



**HAL**  
open science

## 1957: El proletariado invade Santiago

Luis Lt Thielemann

► **To cite this version:**

Luis Lt Thielemann. 1957: El proletariado invade Santiago. Manuel Loyola. Ariadna Ediciones, 2023, Manuel Loyola, 978-956-6095-83-5. 10.26448/ae9789566095835.76 . hal-04138385

**HAL Id: hal-04138385**

**<https://hal.science/hal-04138385>**

Submitted on 22 Jun 2023

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Distributed under a Creative Commons Attribution - ShareAlike 4.0 International License

# 1957 EL PROLETARIADO INVADE SANTIAGO

Luis Thielemann H.

TESIS  
XII

Ariadna  
ediciones





**1957**

**EL PROLETARIADO  
INVADE  
SANTIAGO**

---

Luis Thielemann H.



# 1957

## **El proletariado invade Santiago**

Un año de revuelta, tomas y ruptura estratégica en  
el alba de la metrópolis chilena

\*

LUIS THIELEMANN H.



Luis Thielemann H., “1957. El proletariado invade Santiago. Un año de revuelta, tomas y ruptura estratégica en el alba de la metrópolis chilena”.

Santiago: Ariadna & Tesis XII, 2023.

ISBN: 978-956-6095-83-5

Este libro aprobó un proceso de evaluación científica de doble ciego, y un posterior proceso de revisión académica y editorial.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional.

---

Ariadna ediciones & Tesis XII editores

Primera edición: abril, 2023.

Diseño & diagramación: LTH.

Este libro fue hecho en Santiago, Chile, al sur del sur.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
I. CRISIS, PROLETARIOS Y MALESTAR EN LA CIUDAD. SANTIAGO HACIA 1957	41
II. UN VERANO ENTRE PIEDRAS Y GASES. LA AGITACIÓN Y LAS PROTESTAS DE ENERO — FEBRERO, 1957	65
III. LA MUERTE (Y LA VIDA) DEL OBRERO MANUEL ROJAS LLANTÉN	87
IV. LA REVUELTA. MARZO — ABRIL, 1957	103
V. LA NUEVA NORMALIDAD	163
VI. REALIZAR LA RUPTURA: LA VICTORIA. OCTUBRE — NOVIEMBRE, 1957	191
VII. EPÍLOGO. EN EL PRINCIPIO, LA REVUELTA	221
CONCLUSIONES	233
BIBLIOGRAFÍA	240





# PLANO DE SANTIAGO

Tratado de Voz y Sil.  
1.º MARZO 1923  
Ejemplar Legal

INSTITUTO NACIONAL  
13 MARZO 1958  
Ser. Control y Cal.

1958



COMUNAS DE SAN MIGUEL Y LA CISTERNA

- REFERENCIAS
- EDIFICIOS PÚBLICOS
- INSTITUCIONES PÚBLICAS Y HOSPITALES
- ESCUELAS
- ✶ COLEGIOS
- ✚ PARQUE
- ✚ PARQUE





“Puede amarse una ciudad, pueden reconocerse sus casas y sus calles en los más remotos o entrañables recuerdos; pero sólo a la hora de la revuelta la ciudad se siente verdaderamente como la propia ciudad: propia, por ser del yo y al mismo tiempo de los “otros”; propia, por ser el campo de una batalla elegida y que la comunidad ha elegido; propia, por ser el espacio circunscripto en el cual el tiempo histórico está suspendido y en el cual cada acto vale por sí solo, en sus consecuencias absolutamente inmediatas. Nos apropiamos de una ciudad huyendo o avanzando en la alternancia de los ataques, mucho más que jugando, de niños, en sus calles, o paseando luego por los mismos lugares con una muchacha. A la hora de la revuelta, dejamos de estar solos en la ciudad.”

Furio Jesi, *Spartakus. Simbología de la revuelta.*



## INTRODUCCIÓN

\*

A comienzos del año 2020, la Asociación Chilena de Municipalidades presentó un estudio cartográfico sobre las protestas sociales ocurridas durante la revuelta del año 2019 en Santiago, la capital de Chile. Entre sus conclusiones, indicaban que “El centro de Santiago concentró gran cantidad de hechos del estallido social, no solo de día como era común durante las protestas de los años 80, sino que también al caer la noche”. Más adelante, sugieren también como novedad de la revuelta de 2019, un cambio en los sectores de la ciudad en que tradicionalmente había protestas: “el estallido social se propagó como una llamarada hacia diferentes sectores de la ciudad: Puente Alto, Maipú, Quilicura y Pudahuel Sur, aparecieron como las locaciones más visibles”. Esto, mientras “otros lugares emblemáticos en la lucha social por la recuperación de la democracia [...] estuvieron ausentes”, agregando ejemplarmente que las “poblaciones de La Pincoya, La Legua, La Bandera, José María Caro o La Victoria, no eran informadas en los primeros días, como los lugares más activos del inicio del estallido social”.<sup>1</sup>

Si estamos de acuerdo con el informe, y si entre las protestas contra la Dictadura en la década de 1980 y la historia de Chile en las décadas anteriores había cierta coherencia en el mapa de la protesta urbana en Santiago y se producía mayor intensidad en las mismas zonas, en los hechos de 2019 ese vínculo parecía perdido. En el lugar central de la

1 Escuela de Gobierno Local / Asociación Chilena de Municipalidades, “*El territorio habla. Del mapa de el estallido social 2019 al mapa de tensión social en pandemia 2020*”, Mayo, 2020. En *El Mostrador*, mayo 2020. <https://media.elmostrador.cl/2020/05/El-Territorio-Habla.pdf>

protesta aparecían Maipú o Puente Alto, entre otras zonas pobladas masivamente en décadas recientes y por ello, sin la tradición histórica de las denominadas “poblaciones emblemáticas” de la lucha social capitalina. Lo mismo ocurría con otras novedades que se describen en el informe respecto de las experiencias de la década de 1980, como fue la ocurrencia de protestas en el centro de la ciudad tras caer la noche. Si en el período militar las protestas nocturnas ocurrían en la periferia de un vaciado centro urbanas; en los hechos de 2019 el centro no podía ser desalojado sino hasta altas horas de la noche, más por cansancio de los manifestantes que por el éxito de los métodos de Carabineros.

En realidad, estas y otras “novedades” lo eran solo porque ocurrieron en tiempos de opacidad de la historia de las revueltas en Chile. Hechos considerados nuevos solo por el olvido de su pasado. Como se ve en este libro, la protesta nocturna en el centro de Santiago era algo bastante normal en las décadas centrales del siglo XX. También, que las periferias de reciente formación no requerían una tradición anclada a un terreno para salir a la revuelta, sino que el reconocimiento en una comunidad de luchas que sí cargaba historia y repertorios de prácticas políticas. Que, y es lo más importante, ese reconocimiento se visibilizaba en la respuesta casi inmediata a los llamados a la lucha, y en ella, a su disposición en un bando socialmente parcial. Así ocurrió en 1957 y también en 2019. Las diferencias con la historia reciente que resaltó el informe de las municipalidades, y al dejar abierta la pregunta por el origen de los métodos que se exhibieron en los nuevos barrios populares de Santiago, creo que en realidad dejan ver una reactualización de la tradición de protesta, tan móvil en sus formas aparentes como coherente en sus tendencias profundas.

La ruptura de la normalidad del tiempo histórico que significa la revuelta, activó una serie de conocimientos históricos que de una u otra forma deambulan en la memoria santiaguina. Ciertas reiteraciones específicas de un hecho universal -la revuelta, un salto estratégico en la lucha social- que dan forma a una tradición. Tal y como siempre, en 2019 el transporte público fue atacado especialmente; se produjeron

resistencias activas y organizadas al pago del pasaje del transporte público las que además sirvieron de chispas iniciales de las revueltas; los grandes comercios fueron saqueados, mientras se perdonaba los pequeños negocios con una selectividad táctica que siempre hace contraste con la violencia aparentemente salvaje de las masas; y se atacaron símbolos del poder, como esculturas de próceres o edificios directivos de empresas o instituciones estatales. En 2019 la violencia popular tributó los límites de casi dos siglos de revueltas urbanas en que siempre se ha evitado el homicidio, a pesar del oscuro ánimo de venganza que queda cuando el orden se restaura y solo hay velorios en los barrios pobres de la ciudad. También, al igual que en 1957 y en las protestas de la década de 1980, el protagonismo social estuvo en el universo proletario de la ciudad, con una separada pero notoria (y poderosa) presencia de las clases medias. Y como suele ocurrir, la revuelta modificó fundamentalmente la política y la ciudad, ya sea en su geografía como en las correlaciones de fuerzas. Cada ciclo de protestas de masas reactiva, actualiza y modifica una tradición opaca del universo proletario de Santiago (también del país, también del continente), en la cual la revuelta y la acción directa son herramientas legítimas para alcanzar intereses que se consideran justos. Se expande por terrenos jóvenes en la tradición de protesta, y agranda así la historia y geografía específica de las revueltas. Las revueltas también son replanteamientos del tiempo histórico imaginado por las partes de la sociedad. Hace saltar por los aires los tiempos de la estrategia, y obliga a las fuerzas a replantearse problemas de prioridades, sujeto y formas de la política. La tradición de protesta popular que emergió en zonas de Santiago de urbanización reciente en 2019, da luces sobre la forma en que la revuelta y los métodos radicales de lucha y reivindicación se experimentan y perfeccionan a la vez que se aprenden en otros tiempos históricos.



\*\*

En abril de 1957 se produjo una revuelta social de magnitudes inéditas en la historia de Chile. La proporción de la población involucrada fue inmensa, y partes importantes de la ciudad se vieron por horas y hasta días, fuera del control del Estado. Una movilización de masas de un número que no se conocían en Santiago, y cuyo carácter social en sí era un manifiesto de una nueva ciudad. El alba del Santiago metropolitano se iluminó con barricadas en llamas, que no eran sino las señales de la lucha callejera, los saqueos, incendios, y finalmente los fogonazos de las carabinas, fusiles y ametralladoras de policías y militares. Se atacaron comercios de lujo, transporte público y hasta esculturas de próceres patrios. Los conteos más fidedignos apuntan una veintena de muertos y cientos de santiaguinos heridos a bala. También quedó la marca de una represión estatal ilegal y terrorista al movimiento popular y a la izquierda, amparada por casi todo el arco político. Ese cierre a tiros se acompañó del ritual rechazo cerrado desde los partidos políticos a la violencia de la revuelta, y un trabajado pero finalmente respaldado estado de excepción con la consecuente ocupación militar de la ciudad. Seis meses después, en la zona sur de la ciudad, donde Santiago paulatinamente se iba disolviendo más allá del Zanjón de La Aguada, miles de familias pobres sin casa, ocuparon y se tomaron la ex-chacra La Feria, y desde ahí fundaron la actual población La Victoria. Aunque no fue la primera acción de este tipo en la historia de la ciudad, fue considerado un hito de inicio del movimiento de pobladores de la larga década de 1960, y se convirtió en el paradigma del método de lucha más radical de ese período: la toma. ¿Qué camino acelerado hay de la protesta hacia una revuelta y de ahí, a la gestión autónoma del derecho a la vivienda por la vía de la ocupación? ¿Cuál fue el vínculo entre esos dos movimientos? ¿Qué hace de 1957 un año basal en la historia del Santiago construido “a mano y sin permiso” y de su tradicional disposición a la acción directa de masas como método de lucha? ¿Qué lugar tienen los hechos de

1957 en el proceso de radicalización estratégica de la larga década de 1960 en Chile?

Los hechos de 1957 no son nuevos para la historiografía. A pesar de ello, en la mayoría de las investigaciones que mencionan la revuelta de abril de ese año, esta es considerada un evento específico que pareciera no tener origen ni consecuencias de largo o siquiera mediano plazo. Suele ocurrir con la historia de las revueltas, o más bien, su negación como hecho histórico. La causa y razón siempre era la espontaneidad, o bien, tal y como la lluvia explica una inundación, un malestar social in crescendo. De ahí que la historiografía, con un sesgo conservador a veces apenas oculto, las movilizaciones autónomas de las masas populares urbanas -y sus razones, y sus objetivos- se ven afectas al olvido forzado en su rol de evento político de consecuencias históricas con la misma velocidad que el humo de las barricadas se disipa y se borronan de la memoria los nombres de los muertos. Se ven relegadas al compartimento del acontecimiento aislado. En ese sentido, la revuelta de abril de 1957 ha sido tratada generalmente como una reacción natural ante las alzas, de origen espontáneo o insondable, pero reducido a los días de mayor caos y violencia en la calle. Nada más. Los historiadores marxistas que estudiaron Chile antes de 1973, no le dieron mayor relevancia a los hechos de 1957, y en general, las pocas veces que los consideraron, los tomaron como un simple antecedente. Por ejemplo, Julio César Jobet, uno de los más agudos de aquel grupo y de los pocos que puso atención a hechos tan recientes como los de 1957, los consideró un “formidable estallido del descontento popular (...) una espontánea rebelión callejera”<sup>2</sup>. Sin fuentes de respaldo pero con la memoria fresca, las causas, formas y condiciones, para los historiadores y en general para los pensadores de izquierda previos a 1973, fueron relegadas a la acción de sujetos en negro, a sombras sociales, a la negatividad lumpenproletaria y separada del “correcto” sujeto histórico, la clase obrera, la ciudadanía, o lo que fuese dentro de las instituciones del Estado.

2 Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile* (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1971), II - 32.

Luego de 1973 y con el protagonismo de la argamasa proletaria en las protestas de la década de 1980, se volvió a mirar las revueltas, ahora buscando huellas de dichos sujetos sociales en la historia local. Así, la negatividad lumpenproletaria de 1957 fue asumida afirmativamente por Gabriel Salazar, en el ya clásico escrito sobre la violencia popular en Santiago en el siglo XX<sup>3</sup>. Para Salazar, los disturbios del verano y otoño de 1957 son presentados como una “arremetida historicista” de los sectores populares, principalmente los pobladores y los militantes de base. A su vez, y con lo que también estaríamos de acuerdo, notó correctamente la importancia específica de los pobladores, al que considera un “verdadero elemento sorpresa” de las jornadas de abril para los políticos y sectores elitarios. Sin embargo, su relato, centrado en los hechos de violencia y basado en fuentes (la “crónica roja” de la prensa comercial de la ciudad) que habilitaban la opacidad o separación maniquea de los protagonistas de la revuelta, terminaba en una admiración poco fina de los hechos, y en que sus protagonistas se ven mistificados pero reducidos en la figura de “fiera histórica”<sup>4</sup>.

En 2007, con el libro de Pedro Milos, “Historia y Memoria. 2 de abril de 1957”<sup>5</sup>, la revuelta por fin tomó un lugar de peso en la historiografía local. Esta enorme obra ha permitido conocer el detalle de la revuelta de abril, casi en el minuto a minuto, y cubriendo a casi todos sus actores. Presenta una enorme cantidad de fuentes para intentar definir a “quienes actuaron” en las jornadas de álgida protesta, desde el punto de vista de la prensa de la época, de la opinión de los políticos del período, del análisis de los detenidos, heridos y muertos; y, finalmente, desde la memoria de los protagonistas y testigos entrevistados por el autor. A pesar de la rigurosa presentación de fuentes del trabajo de Milos, los problemas emergen al momento de

3 Salazar, Gabriel, *Violencia política popular en las “grandes alamedas” la violencia en Chile, 1947-1987: una perspectiva histórico-popular*, vol. 1 (Santiago: Ediciones SUR, 1990). En este texto se usa la segunda edición: Salazar, Gabriel, *La violencia política popular en las “grandes alamedas”: Santiago de Chile 1947-1987: una perspectiva histórico-popular* (Santiago: Lom Ediciones, 2006).

4 Salazar, *La violencia*, 209-220.

5 Pedro Milos, *Historia y Memoria: 2 de abril de 1957* (Santiago: Lom ediciones, 2007).

la interpretación. En ese sentido, a pesar de la abundancia de fuentes, estas se concentran en un par de días o apenas una semana antes y después de la revuelta. Las fuentes de memoria, muy influenciadas por la historia de las décadas siguientes a los hechos (las entrevistas fueron hechas en la década de 1990), solo ahondan ese trato a los hechos como aislados y cuyo sentido solo está en una posterior constitución de una discutible identidad pobladora. En el libro de Milos, las tendencias políticas del campo popular conformadas en el mediano plazo no son tomadas en cuenta; ya sea aquellas que precedieron a la revuelta, como aquellas que se vieron modificadas por la misma. De esta forma, se confirma el descanclaje de la revuelta respecto de la historia social popular del año 1957, del periodo largo de la década de 1960 y toda la historia contenciosa de la región.

De todas formas, no se niega la calidad del trabajo de Pedro Milos. En este libro reconocemos lo insuperable de su detallada narración de los días de la revuelta de abril. Este ensayo, además, tiene otros objetivos, distintos en temporalidad y foco. Sobre los hallazgos de las obras antes mencionadas, se propone un ensayo histórico que explique la revuelta de abril en tiempos más largos que una semana de disturbios, analizando sus orígenes políticos entre las bases del campo popular, y tratando de visualizar las razones profundas que llevaron a miles de personas a arriesgar la vida en la pelea callejera, y que resulta burdo explicarlas como instintiva reacción al “estímulo” de las alzas. Por último, que explique sus efectos en el corto y mediano plazo en la composición política del universo proletario de Santiago, y así, su relación con la toma de la ex-chacra La Feria y la fundación de La Victoria en octubre de 1957.

La hipótesis de la anomalía histórica que era la revuelta de 1957, entendida por fuera de los vectores fuertes del período, tributaba de una lectura que se haría permanente en el análisis histórico de las revueltas, y que distinguía entre fases históricas las formas de protesta de también distintas clases o formas de clase. Se exageraron y extendieron los argumentos de los estudios sobre la evolución de un

tiempo dominado por la revuelta y los motines relativos al consumo y la circulación, hacia otra época dominada por la protesta y la huelga relativas a la producción (específicamente industrial), sobre los que volveré más adelante. En dicho análisis, que se sostiene desde George Rudé<sup>6</sup> a Joshua Clover<sup>7</sup>, correctamente se identifican tipos de protesta distintos según distinta es también la motivación y los objetivos de la misma. Pero no es posible verificar de inmediato y en las realidades latinoamericanas, que exista un proceso evolutivo entre esos métodos diferentes, ni que correspondan los mismos a una evolución de clases y de supolitización. No se verifica en la historia contenciosa de Santiago (ni en la de muchos lugares distintos del norte industrial global) que motines y huelgas hayan sido formas propias de etapas distintas en la historia de las luchas sociales. La combinación moderna y contemporánea, más que la sucesión, de huelgas y motines es un hecho notorio en sociedades que no estaban totalmente determinadas por las relaciones laborales industriales, y en cuales buena parte de la sociedad vivía no “de”, sino “en torno a” el trabajo industrial; como es el caso chileno y del cono sur en general.

El consenso histórico de que los hechos de 1957 eran una anomalía se hizo dominante con el tiempo. La historiografía local, así como buena parte de la izquierda, consideró los hechos de abril de 1957 como resabios del pasado proletario<sup>8</sup>, o bien, como presagios del futuro de las protestas de la década 1980, o incluso recientemente de la revuelta de 2019<sup>9</sup>. Y no es que dichas afirmaciones sean del todo falsas; sino que en esas narrativas la revuelta y la acción directa perdían su especificidad y carácter histórico y su lugar en el proceso político contemporáneo. La revuelta de 1957 “no corresponde” a los períodos predefinidos de acción popular, y su abandono por la historiografía durante muchas décadas ha respondido a esa imposible

6 George Rudé, *Revuelta popular y conciencia de clase* (Barcelona: Crítica, 1981).

7 Joshua Clover, *Riot. Strike. Riot. The new era of uprisings* (London - New York: Verso, 2019).

8 Salazar, *La violencia*, 220.

9 Por ejemplo, ver “¿Cómo lo contará la historia de Chile en 30 años?”, *La Tercera*, 26 de octubre de 2019.

situación en la historia de las formas de reivindicación y protesta popular que no resiste más. Esta misma crítica al consenso sobre la anomalía histórica de la revuelta luego de los cambios de la década de 1930 en Chile y la región, ha sido sostenida agudamente por Camilo Santibáñez en un texto reciente. Para este historiador, la distinción entre “protestas modernas” (huelgas, marchas y concentraciones, dirigidas por organizaciones sindicales o estudiantiles, sostenidas y vinculadas a partidos políticos, y protagonizadas por pobladores, estudiantes y obreros) y “protestas populares” (motines, huelgas salvajes, tomas y revueltas), se basa en considerarlas a ambas como fases sucesivas de un proceso de constitución de sujetos sociales, del proletariado inorgánico de fines del siglo XIX al movimiento obrero organizado de mediados del siglo XX. Así, las formas más violentas y directas de lucha corresponderían a una etapa inorgánica en la historia del campo popular, pre o despolitizada, caracterizando la marginalidad de los sujetos en una época previa a la existencia de los partidos o ajenos a su influencia; mientras que las protestas modernas y protocolizadas, daban cuenta de la existencia de organizaciones, partidos y estrategias políticas. Como bien demuestra Santibáñez, dicha división esquemática no se corresponde con la historia de las protestas populares -en Chile y en casi ninguna parte-, tampoco con sus estudios más recientes. Al revés, las investigaciones y fuentes muestran una coexistencia de revuelta y huelga, de violencia y negociación, de acción directa y camino institucional, en fin, de formas legales, alegales e ilegales, practicadas por un amplio universo proletario, en una amplia variedad de tiempos y lugares, todo de forma a veces inextricable.<sup>10</sup>

10 Camilo Santibáñez Rebolledo y Luis Thielemann H., eds., *Revueltas. Disturbios y lucha de clases en la metrópolis [Chile, siglos XX-XXI]* (Santiago de Chile: América en Movimiento, 2021), 19-41; Ver también, aunque no trata la revuelta de 1957, Viviana Bravo Vargas y Claudio Pérez Silva, eds., *Huelgas, Marchas Y Revueltas. Historias De La Protesta Popular En Chile 1870-2019* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2022); Para una aproximación más reciente sobre el problema a nivel global, ver Natasha Ginwala, Gal Kirn, y Niloufar Tajeri, eds., *Nights of the Dispossessed: Riots Unbound* (New York: Columbia Books on Architecture and the City, 2021).

La historiografía sobre el origen y desarrollo de la población La Victoria es mucho más abundante que aquella sobre la revuelta de abril. Además, es parte de una de las áreas de estudio más y mejor trabajadas en Chile, como es la historia del movimiento de pobladores. Entre los estudios generales que incluyen a La Victoria en un lugar especial, destacan las obras de Vicente Espinoza<sup>11</sup> y Mario Garcés<sup>12</sup>. En ambos trabajos, el trato a la toma de la ex chacra La Feria es muy bien documentado, utilizando como fuentes a los mismos pobladores. Entre los estudios que tratan específicamente sobre La Victoria, destacan los escritos hechos por protagonistas o habitantes de la población, como el de Guillermina Farías<sup>13</sup> y el de Juan Luis Lemuñir<sup>14</sup> o la compilación de relatos de memoria de los pobladores hecha por el Grupo de Identidad de Memoria Popular en 2003<sup>15</sup>. También originario de La Victoria, aunque desde su posición de sociólogo y especialista en pobladores, Alexis Cortés ha indagado en el rol de la toma e historia de la población en la composición de las luchas por la vivienda y la ciudad, así como en la política del debate académico al respecto<sup>16</sup>. Destaca asimismo el trabajo de Simón Castillo sobre la forma en que el Estado se relacionó con la toma de la ex-chacra La Feria, observado a través de las páginas del diario

11 Vicente Espinoza, *Para una historia de los pobres de la ciudad* (Santiago de Chile: Ediciones Sur, 1988).

12 Mario Garcés, *Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970* (Santiago, Chile: LOM Ediciones, 2013).

13 Guillermina Farías, «Lucha, vida, muerte y esperanza. Historia de la población La Victoria», en *Constructores de ciudad: nueve historias del primer concurso «Historia de las Poblaciones»* (Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1989), 49-63.

14 Juan Luis Lemuñir, *Nuestra Victoria. A 60 años de la toma de terrenos de la población La Victoria. Relatos de un poblador*: (Santiago de Chile: Cinco Ases, 1992).

15 Grupo de Identidad de Memoria Popular, *Memorias de la Victoria: relatos de vida en torno a los inicios de la Población*, 2.a ed. (Santiago de Chile: Editorial Quimantú, 2017).

16 Alexis Cortés, «El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad», *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales* 40, n.º 119 (2 de enero de 2014), <http://www.eure.cl/index.php/eure/article/view/366>; Alexis Cortés, «Los Touraine Boys y el movimiento social imposible de pobladores», *Revista Mexicana de Sociología* 84, n.º 2 (30 de marzo de 2022): 476-506.

La Nación<sup>17</sup>, y que da cuenta de la relevancia de la población desde sus primeros años. Sobre el movimiento de pobladores que precedió a La Victoria, existen algunos excelentes trabajos en que apoyarse. El texto de Manuel Loyola sobre la constitución del movimiento de pobladores durante las décadas de 1950 y 1960<sup>18</sup>, ha permitido iluminar las décadas más desconocidas de las luchas sociales santiaguinas. Jorge Rojas Flores aporta en la misma línea con un estudio<sup>19</sup> sobre inéditas tomas de terrenos en el gobierno de González Videla (1946 – 1952) y el rol del Partido Comunista en ellas. Buscando los orígenes de la práctica de la toma de terrenos y su doble uso como acción directa y acción de protesta reivindicativa, Boris Cofré y Emanuel Giannotti han investigado las ocupaciones de suelo o viviendas en construcción desde la década de 1940 y hasta 1957. Así, han publicado recientemente un notable estudio que permite conocer y comprender el origen de una experiencia que pasó a ser parte permanente del repertorio popular.<sup>20</sup>

Pero en estos trabajos sobre La Victoria o el movimiento de pobladores de la década de 1950, la revuelta parece un simple antecedente del malestar, un evento que bien podría no conocerse y la interpretación de las razones de la toma de octubre de 1957 sería la misma. Esto último es uno de los problemas historiográficos que este libro busca resolver: el desconocimiento del vínculo entre las acciones populares de abril y las de octubre de 1957. Los hechos de 1957 han sido escasamente interpretados como componentes sociohistóricos del universo proletario que protagonizó la política en esos años. Permanece

17 Simón Castillo, «La toma de la Victoria y el problema habitacional a través del diario La Nación. Agenda estatal y movimiento de pobladores en Santiago, 1957», *Tiempo Histórico*, n.º 21 (diciembre de 2020): 101-22.

18 Manuel Loyola, «Los pobladores de Santiago; 1952-1964 : su fase de incorporación a la vida nacional» (Licenciatura en Historia, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1989).

19 Jorge Rojas Flores, «La lucha por la vivienda en tiempos de González Videla: Las experiencias de las poblaciones Los Nogales, Lo Zañartu y Luis Emilio Recabarren en Santiago de Chile, 1946-1947», *Izquierdas*, n.º 39 (febrero de 2018): 1-33.

20 Emanuel Giannotti y Boris Cofré Schmeisser, «La invención de la “toma”, o cómo se transformaron las ocupaciones de terrenos en Santiago de Chile entre 1945 y 1957», *Historia*, n.º 54 (2021): 107-50.



opacado así el hilván que vincula ambos hechos en procesos de mayor calado y que permiten explicarlos en toda su complejidad. Al mirar con atención se observa un interesado desanclaje y negación del rol de la revuelta respecto del proceso de composición política de las clases populares urbanas en el período desarrollista. Y aquello no es un problema únicamente historiográfico, sino que político, relativo a la consideración de la capacidad de agencia y autonomía de las clases populares, y de la posibilidad de una historicidad parcial de las mismas.

No es este un libro que descubra hechos históricos desconocidos, sino que se propone echar luz sobre aspectos y vínculos opacados, proponer relecturas de fuentes primarias y miradas a fuentes no tomadas en cuenta anteriormente, volver a observar fuentes secundarias, y, finalmente, intentar explicar la historicidad multidimensional de los hechos de 1957. Se trata de comprender cómo, en la historicidad popular del Santiago de mediados del siglo XX, se construyó una revuelta, y de ahí, cómo se saltó a una nueva fase estratégica. Se trata de reconstruir esa historia desde una perspectiva, entre muchas posibles, que analice los hechos en las formas que fueron experimentados por el universo proletario de Santiago, con toda la complejidad que eso significa.

\*\*\*

La revuelta, en tanto ruptura del tiempo continuo de la política, y así ruptura del régimen histórico del orden dominante, es también un momento de cambio en la estrategia política de las clases y partidos que las protagonizan. En este libro se trabaja como hipótesis que la revuelta de abril de 1957 fue, así, una ruptura estratégica, un salto cualitativo que abrió una nueva fase política para el universo proletario de Santiago (y para las organizaciones políticas y sociales que en ese mundo social se basaban), definida por la acción directa y la radicalización, marcas de la larga década de 1960 hasta 1973. Es

el salto del malestar a la protesta, a la lucha callejera, y de ahí a la fusión de táctica y estrategia que contiene la toma de terrenos, la propuesta práctica de una otra sociedad que nutrió la imaginación del movimiento popular en los quince años siguientes. De ahí que se sostenga que la revuelta es un quiebre multidimensional, y que sigue ocurriendo como ruptura en otras luchas sociales una vez terminado su momento más espectacular, el del disturbio callejero. La revuelta de abril y la toma de octubre de 1957, conforman un mismo momento crítico, la misma coyuntura larga, en que se produce un salto cualitativo en la práctica política de las clases populares, hacia la realización inmediata del interés directo, práctica que se identifica con la toma de aquello que se reivindica para sí.

Una revuelta no es un evento de similar especie pero de grado menor que una revolución. No se trata de una diferencia esquemática, sino más bien de hechos y procesos que se pueden relacionar (un proceso político de revueltas puede alcanzar grados revolucionarios), pero que necesariamente deben distinguirse porque así ha sido en la historia (hay revueltas que nada tienen que ver con la revolución). La observación histórica de las revueltas locales indica que estas, no serían, como afirma Tenenti para tales hechos en la Europa de la modernidad, una especie de revolución frustrada, que no logra “pervertir un orden secular, modificarlo y cambiarlo de forma duradera, extensa y profunda”<sup>21</sup>. Según Enzo Traverso, por el contrario, “las rebeliones pueden convertirse en revoluciones si pasan de la indignación a la transformación consciente del estado de las cosas, pero las revoluciones pueden destruir el ‘poder ontológico’ de los levantamientos”<sup>22</sup>. Pareciera que la forma histórica de las revueltas ha ido por un carril que no es necesariamente el de la insurrección organizada contra un orden, y que su acaecer no es algo buscado -aunque casi siempre bien recibido- por los revolucionarios;

21 Alberto Tenenti, *De las revueltas a las revoluciones* (Barcelona: Crítica, 1999), 10.

22 El concepto de «poder ontológico» es tomado, según Traverso, de Antonio Negri. Enzo Traverso, *Revolución. Una historia intelectual* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2022), 41.

sino más bien se presentan como levantamientos no planificados pero previsibles, producto de una, primero paulatina y luego explosiva, masificación y radicalización de la protesta popular. Tiene valor como hecho de magnitud propia, y no uno que solo es el grado menor o trunco de otro acontecimiento. Por otra parte y como ha indicado Arno Mayer, “las grandes revoluciones son epidémicas y cósmicas, a diferencia de las revueltas, que son endémicas y territoriales”<sup>23</sup>. Así se entiende que en el conocimiento de los perfiles gruesos y las sutilezas únicas de una revuelta, se puedan encontrar claves de sentido de un salto estratégico en la historia de las clases que la protagonizan. En otras palabras y según la bibliografía más reciente sobre estos eventos, las revueltas no son solo un síntoma de la crisis. Son algo distinto de la revolución, y su valor está dado por su carácter de hito y coyuntura en el proceso histórico específico que así componen.

Esta afirmación implica necesariamente polemizar con algunas referencias comunes sobre las revueltas y los procesos políticos de los que forman parte. Desde el comienzo, asumiendo su historicidad, se asumen sus límites. Los hechos de 1957 y otras revueltas de la historia local o regional, causan una sorpresa tal en sus protagonistas, enemigos y observadores, que se suele afirmar que en esos momentos “todo es posible”. Como ha reflexionado al respecto Sidney Tarrow, aunque “en la mente de los participantes” en los momentos de revuelta pareciera que “lo imposible se hace real”, esto no es así y debe considerarse siempre “la vinculación con el desarrollo histórico del repertorio de contestación”<sup>24</sup>. Precisamente por la concatenación de los procesos políticos de mediana o larga duración con los breves momentos de masificación de las prácticas de protesta combinadas con la violencia, la ilegalidad o la acción directa; es que tales límites y tradiciones se problematizan, más que simplemente disolverse.

23 Arno J. Mayer, *Las Furias: violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa* (Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014), 27.

24 Sidney Tarrow, «Ciclos de acción colectiva: entre los momentos de locura y el repertorio de contestación». En Mark Traugott, *Protesta social: repertorios y ciclos de la acción colectiva* (Barcelona: Hacer, 2002), 104.

Si son hechos reiterados en nuestra historia local y regional, y si cada vez que ocurren se presentan con formas y prácticas que son comunes y conocidas ¿por qué la sorpresa ante las revueltas, ya sea en 1957 o en 2019?. La respuesta que podemos ofrecer es que las revueltas realmente producen una ruptura estratégica en el tiempo histórico continuo, también aquel en que se piensan los grupos dominantes. Allí, la revueltas son errores, y por lo tanto, su relevancia es negada en la historia política. No calzan con las narrativas tradicionales sobre las clases populares, en las cuales éstas son siempre víctimas de procesos políticos ajenos y sin desarrollo político autónomo; o bien, han evolucionado a un nivel en que las revueltas son parte de una supuesta “etapa formativa”, como si se tratase de prácticas de “infancia”. En el mejor de los casos, la revuelta es un síntoma de otros procesos (crisis, empobrecimiento, etc.) y no un acontecimiento que altera o cambia totalmente el proceso que viven sus protagonistas. Como ha destacado Sergio Serulnikov para el caso de las rebeliones indígenas en el altiplano sudamericano hacia fines del siglo XVIII protagonizados por Túpac Amaru, la negativa a tratar a las revueltas como acontecimientos inscritos e incidentes en la historia, es la negativa a la forma en que hacen política los subalternos, y finalmente, es la negativa a conocer esa forma plebeya y autónoma de intervenir en la política de un país o sociedad. Para Serulnikov, “restituir el significado de la experiencia tupamarista no requiere otra cosa que recuperar la dimensión política del fenómeno”.<sup>25</sup> En Chile, y como bien ha destacado Alexis Cortes, la negativa a la historicidad de los habitantes de las periferias urbanas, la porfía desde cierto sector de las ciencias sociales por reducirlos a anomia o irracionalidad violenta, sin potencia política ni histórica, solo han aumentado la ignorancia sobre la forma permanentemente contenciosa que tiene la política de masas en la región y en el continente, declarándola “imposible”.<sup>26</sup>

25 Sergio Serulnikov, *Revolución en Los Andes. La era de Túpac Amaru* (Buenos Aires, Sudamericana, 2010), 22.

26 Cortés, «Los Touraine Boys y el movimiento social imposible de pobladores», 501.

La revuelta no es un disturbio. La confusión suele ser estética. El disturbio es el manifiesto de la revuelta, el anuncio, las trompetas que derriban los muros de la ciudad, pero solo cuando ya está rodeada por una mayoría popular que se rebeló. Esa mayoría no suele ser “todo el pueblo”, pero es una mayoría que nadie discute, pues recurre al argumento subalterno por naturaleza: el del número, el de ser siempre más que sus dominantes. Para Joshua Clover la revuelta es una “experience of surplus”, que acá podemos traducir con lealtad al significado pero no a la letra, como la experiencia del exceso: “el exceso de peligro, exceso de información, exceso de equipamiento militar, exceso de emociones [...] El exceso crucial en el momento de la revuelta es simplemente el de participantes, el exceso de población”<sup>27</sup>. El disturbio es la consecuencia de la masividad movilizada en la revuelta, de lo inmanejable de su volumen y también de su furia. Sus formas son básicas, y precisamente por eso se irradian y se replican en poco tiempo por grupos que no se conocen entre sí. Como ha indicado Alessi Dell’Umbria, las revueltas se expanden porque son simples en sus características, simpleza que convoca la amplitud masiva y proletaria que la protagoniza.<sup>28</sup>

Lo que hemos aprendido de la bibliografía clásica y reciente, entonces, es que las revueltas nunca son solo una discusión sobre el precio de la comida, el transporte o lo que sea. En general, son un conflicto abierto sobre la forma de la economía en su conjunto cuando ya ninguna discusión es posible. De ahí su relación con las revoluciones, y como una revuelta puede devenir en revolución, ya sea en el corto o largo plazo. Es la noción de injusticia, sobre una moral popular largamente larvada, la que motiva la salida a las calles, y luego de eso es el reino de la incertidumbre. Y es la misma sed de justicia la que busca saciarse, realizar el derecho perdido, por otros medios luego que se apagan las barricadas. La moral de la revuelta, su rol como “ajusticiamiento” en base a derechos que van más allá -en tiempo y alcance- de la ley

27 Clover, *Riot. Strike. Riot. The new era of uprisings*, 1-2.

28 Alèssi Dell’Umbria, *¿Chusma?: a propósito de la quiebra del vínculo social, el final de la integración y la revuelta del otoño de 2005 en Francia* (Logroño: Pepitas de Calabaza, 2006).

del Estado, es algo de consenso en la bibliografía especializada en el fenómeno<sup>29</sup>. El desenlace de la ruptura, en todo caso y más allá de las jornadas de revuelta, es algo abierto, no garantizado por la valoración de sus reivindicaciones y razonamientos. Superado el estadio de la violencia rabiosa, el disturbio en tanto cara más visible, la revuelta como ruptura del tiempo estratégico de la dominación (y también de sus opositores), continúa en otras dimensiones de la vida. En el caso de Santiago en 1957, se desplegó como la lucha por realizar lo que desde un principio se buscó: el derecho a la ciudad.

Esto último tampoco es una anomalía de las revueltas. Su ocurrencia viene a modo también de desborde de los métodos más tradicionales e institucionalizados de reivindicación de las clases subalternas. Se convierte en una brecha hacia lo nuevo o lo perdido. En el caso que estudiamos, la revuelta de 1957 ocurre tras diez años de creciente cancelación de la huelga obrera por la vía de la legislación anticomunista. Ocurre cuando, tras una mortal represión a los obreros del salitre en el norte del país, a la crisis de la huelga respondió la reunión de una multitud obrera de decenas de miles de santiaguinos, que protestó en octubre contra la represión. La calle y la concentración o “meeting”, a diferencia de la fábrica y la huelga, permite la reunión y participación de todos los grupos populares independiente de su especificidad, agregando un nuevo sentido a la idea de que la revuelta es multidimensional.

En ese sentido, los días de disturbio callejero y la toma, ambos momentos de una revuelta multidimensional y una ruptura

29 Entre la bibliografía relativa al tema, que todavía no ha sido citada acá, y que han abordado los sentidos profundos de las revueltas más allá de sus causas inmediatas, destacan por diversas razones E. P. Thompson, «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past & Present*, n.o 50 (1971): 76-136; Ranajit Guha, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India* (Durham, NC: Duke UP, 1999); Michael J. Rosenfeld, «Celebration, Politics, Selective Looting and Riots: A Micro Level Study of the Bulls Riot of 1992 in Chicago», *Social Problems* 44, n.o 4 (1997): 483-502; Raj Patel y Philip McMichael, «A Political Economy of the Food Riot», *Review (Fernand Braudel Center)* 32, n.o 1 (2009): 9-35; Sergio Serulnikov y Gabriel Di Meglio, eds., *La larga Historia de los Saqueos en la Argentina de la Independencia a Nuestros Días* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2017).

estratégica en el tiempo político, comparten su amplitud de convocatoria. Si seguimos a Ellen Meiksins-Wood<sup>30</sup>, y las clases son tanto una relación contingente en la producción, como un proceso histórico de luchas por redefinir dicha contingencia; entonces las clases populares de Santiago, en el caso de 1957, se hicieron visibles como una diversidad de grupos proletarios, unificados en el conflicto por las alzas en el bando de quienes se sentían agraviados por ellas.<sup>31</sup> Un universo proletario. De ahí que en este escrito se haya optado por este concepto, más expresivo de los grupos que actuaron, que otras parcialidades como clase obrera, que por su uso tradicional podría sugerir a un grupo estricto de trabajadores. Mismo caso con el concepto de pobladores, que siendo correcto su uso para los movimientos definidos por esa práctica y objetivo -poblar-, terminan opacando otras formas de lucha y otros objetivos que muchas veces esos mismos grupos protagonizaron. Que el concepto universo proletario remita a la reproducción material de la vida -la prole, la familia- es un signo que invita a observar la lucha de clases más allá de la producción en específico, más allá de los muros de la fábrica, cuando termina el turno. A veces obreros, a veces dueñas de casa, a veces estudiantes, a veces lumpen, a veces juventud, a veces pobladores; todos, en comunidad de interés y destino a la hora de la lucha total, la revuelta, conformaron un universo proletario. Como se ha sugerido, el concepto de clase cobró fama para designar la desigualdad social en los siglos recientes, en la medida que la legalidad que sostenía otras formas de desigualdad se fue disolviendo, menguando en su poder o simplemente desapareciendo. Designa una realidad persistente a pesar del esfuerzo normativo. En ese proceso, el concepto de proletariado obtuvo su fama como forma de designar a la parte no propietaria, a la parte “negada”, al conjunto diverso abigarrado que constituía la parcialidad no propietaria de

30 Ellen Meiksins-Wood, «Class as process and relationship», en *Democracy against Capitalism. Renewing Historical Materialism* (Cambridge, MA: Cambridge University Press, 1995), 76-107.

31 Sobre la diversidad social y política de las clases populares en el Chile del período, Barbara B Stallings, *Class conflict and Economic Development in Chile: 1958-1973* (Stanford, Ca.: Stanford University Press, 1979).

una sociedad de clases desiguales.<sup>32</sup> Proletariado marca a una parte del conflicto social, y su definición es relacional, sus atributos no son fijos ni homogéneos, sino que se comprenden y hacen visibles en la obligada oposición. El proletariado se reconoce en la dirección común del movimiento conflictivo y obligado de una diversidad social, más que en formas específicas de la carencia, aunque también. Ambos, clase y proletariado, son conceptos científicos que no rehuyen a su inevitable origen histórico y político, a su sentido situado en procesos sociales reales; como cualquier otro concepto.

De todas formas, no puede negarse la asimetría que generaba en el cotidiano el estar enrolado en un trabajo formal y la obtención de su consecuente salario mensual. El poder material que colocaba a la clase obrera arriba y al centro del proceso reproductivo del universo proletario era la base de una también desigual participación política. Y como se verá en el caso de la toma de La Victoria, eso generaba fricciones en toda la base del movimiento popular. A pesar de eso, el derecho al pleno sufragio que alcanzaron las mujeres entre 1949 y 1952, y el ascenso crítico de la cuestión social de la vivienda y que implicó un protagonismo movilizadísimo de las mujeres urbanas, contrapesaban en algo el poder político de los asalariados. Por otra parte, procesos combinados como el fin de los años dulces del proceso de industrialización sustitutiva, la expansión administrativa del Estado en áreas como la educación pública y el salto demográfico propio del período en Chile; también permitían equilibrar las fuerzas dentro del universo proletario, dándole importancia a los cesantes, a los niños y a la juventud.

El universo proletario existía a través de vínculos reales, verificables, y se identificó en las luchas sociales. Las formas en que las dirigencias poblacionales se vincularon a las organizaciones sindicales y de estudiantes en el ascenso de la protesta a la revuelta a comienzos de 1957, dan cuenta de esta unidad de parte, más subjetiva en su composición

32 Sobre la historia de ambos conceptos, Proletariado y Clase, en español, ver Patrick Eiden-offe, *La poesía de la clase: anticapitalismo romántico e invención del proletariado* (Pamplona: Katakarak, 2021), 13-50; Erik Olin Wright, ed., *Modelos de análisis de clases* (Valencia: Tirant Humanidades, 2015).



clasista que en la objetividad de los límites de lo estrictamente productivo. Ese universo proletario era una experiencia del colectivo que no pasaba desapercibida para los sujetos. Se hacía presente en la común experiencia de la pobreza, las luchas y conversaciones cotidianas por el bajo salario o la carencia de vivienda. En este período no solo había aumentado la población de la ciudad, sino que lo había hecho en forma de prole, entre migración y crecimiento vegetativo, el ejército de braceros -“obreros masa”- formaban la clase no solo en su ser asalariado, sino con toda su familia, también las mujeres solas, también los huachos. Era la población, las calles de barro, la experiencia fría y hacinada del transporte público que se encarecía y también la del conocer la vida del vecino al que nadie le da trabajo porque es comunista, narrada por él mismo, en un drama ante el cual no cabía la indiferencia. Así, cuando se use este concepto a lo largo del texto, es en referencia a ese conjunto diverso, en que lo proletario es lo compartido que permite la unidad. No busca negar el uso de conceptos como clases populares o pobres de la ciudad, pero probablemente es más preciso al recalcar la faceta conflictiva de dicha multitud urbana del Santiago de mediados del siglo XX. El proletariado, entonces, como unidad en la negación o el conflicto. El universo proletario como el punto focal desde el que se observan y toman relevancia y unidad historiográfica los hechos de 1957.

La revuelta y la toma hacían visible a una forma de clase que se vinculaba por sus rasgos proletarios. Ambas, y siguiendo a Juan Carlos Marín quién en 1972 se adentró en la relación entre huelga campesina y toma de fundos en el contexto de la reforma agraria chilena, le han permitido al conjunto de las clases populares sumarse a la lucha de clases allí en donde está “aconteciendo”. En tanto la huelga obrera pedía como boleto de entrada un contrato de trabajo; mujeres dueñas de casa, cesantes, niños y adolescentes, se veían imposibilitados de participar en ella por los muros de la fábrica o el derecho a voto en la asamblea, incluso cuando las consecuencias del conflicto les afectasen directamente. Para Marín, “[l]a huelga difícilmente puede ser separada de un momento táctico en la defensa

estratégica; en cambio, la toma implica ganar una posición para el enfrentamiento, pareciera pertenecer al ámbito de la ofensiva estratégica”. Para Marín, la toma habilita y transfiere “un poder de acción que sobrepasa la contingencia de una inserción en el proceso productivo; crea el terreno único de una acción para la clase toda, en donde la solidaridad se confunde con el interés del conjunto de la clase [...]. Y agrega que la toma “está al alcance de la clase asalariada en su conjunto, no es un atributo posible, restringido, de una particular porción, sino que se transforma en una alternativa para aquellos que no mantienen un grado permanente de vinculación con un proceso productivo específico”. De esta forma, el devenir hacia la práctica de la toma “implica un cambio en la acción en el grado de unidad de la clase de los asalariados. [...] sus objetivos [los de la Toma] sufren un cambio significativo en relación a los que hasta ese momento han mantenido las huelgas”.<sup>33</sup> De todas formas y sin embargo, importa destacar una diferencia de alcance entre la toma y la revuelta callejera, y es que la primera lleva al plano estratégico y hace permanente aquello que en la revuelta estalla como fuerza inédita y se piensa casi siempre desde la táctica o puede degradarse en lo transitorio o la rutina marginal.

Esta amplitud proletaria del disturbio y de la toma respecto de la huelga, se hace visible en otra constante histórica de este tipo de luchas. Y es que como es de consenso en los estudios al respecto, las revueltas suelen estar ligadas al consumo y a la reproducción, en toda su amplitud. Y debido a la división sexual del trabajo y a la amplitud de convocatoria de las revueltas modernas, las mujeres suelen tener en las mismas un elevado protagonismo. En la era de la familia organizada por la iglesia y el Estado, con claras divisiones de roles y sostenida por el salario, es en el hogar donde se hace evidente el ajuste al mismo.<sup>34</sup> En el Santiago de 1957, el contrato y consecuentemente el salario eran parte de los vínculos que mantenían unidos al Estado y

33 Juan Carlos Marín, *Las tomas, 1970/72: estudio sobre las ocupaciones rurales en Chile* (Santiago de Chile: Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales, 1973), 9-11.

34 Existe una amplia bibliografía al respecto. Los principales argumentos en esta línea, están en Silvia Federici, *El patriarcado del salario: críticas feministas al marxismo* (Traficantes de Sueños, 2018).

a la Familia, así como a las jerarquías que allí se concentraban y que de ella emanaban, cumpliendo roles fundamentales en la contención e integración social del proletariado. Así, Estado, familia y trabajo reproductivo, como la maternidad y los cuidados de la inmensa cantidad de niños que creció en ese período, estaban vinculados vía la micropolítica del salario y de las garantías al trabajo.<sup>35</sup> Una vez que el salario baja dramáticamente, como ocurrió a mediados de la década de 1950, el vínculo se debilita, tensionando ambas instituciones de la vida proletaria, y desde cada hogar la revuelta se desata, con las mujeres protagonizando cada paso. Y es que estas protagonizan la esfera de la circulación y el consumo, y cuando esta se ve afectada, se movilizan, casi siempre acompañadas por su prole, produciendo la mayoría, construyendo “el exceso” de multitud. Aunque desigualmente cohesionada como se indicó, en los tiempos de revuelta los vínculos de esa mayoría se hacían más poderosos que sus factores disolventes.

Entonces, la revuelta en sus diversas dimensiones permite la convocatoria a la casi totalidad del universo proletario. Cobra relevancia destacar la sorpresa causada en las elites santiaguinas, así como entre la prensa y las clases medias que habitaban normalmente el centro de la ciudad, la invasión del centro urbano por un universo proletario que no conocían en los días de abril de 1957. Hombres que “no usaban vestón y andaban en mangas de camisa”. No era sino la misma vieja clase obrera, luego de una larga noche de cambios, con el conjunto del universo proletario de una ciudad en pleno momento refundacional. Para los ajenos ojos de la vieja elite que todavía habitaba el centro, eso era una invasión proletaria de Santiago. Sus protagonistas se habían convertido en masas, mientras se encontró expulsada de la política por la fuerza. Allí se recompuso de la mano

35 Karin Rosseblatt, *Gendered Compromises. Political Cultures and the State in Chile, 1920-1950* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2000); Karin Rosseblatt, «Por un hogar bien constituido : el Estado y su política familiar en los Frentes Populares», en *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX* (Santiago de Chile: SUR / CEDEM, 1995), 181-222; Mooney, Jadwiga E. Pieper. *The Politics of Motherhood: Maternity and Women's Rights in Twentieth-Century Chile*. University of Pittsburgh Press, 2009.

de jóvenes sin partidos, de obreros cesantes y perseguidos, de mujeres más atentas a la política luego del derecho a sufragio recién conquistado, viendo como el hogar ya no era “lo privado”, sino que una extensión de lo social, de aquello que debería transformarse. Masas instintivamente clasistas y combativas, instintivamente ligadas a la izquierda, activas con razones propias.

El universo proletario experimentó una ruptura estratégica de la política en 1957, para así protagonizar el proceso histórico más intenso de la lucha de clases en Chile. Este carácter de ruptura del tiempo de la estrategia política, ordenado y planificado, que tendría la revuelta, ha sido tratado por Furio Jesi de una forma que ilumina bastante para el objetivo de este libro. Según Jesi, la revuelta se trata de “actuar de una vez por todas y el fruto de la acción se hallaba contenido dentro de la acción misma”<sup>36</sup>. En cambio, pensar la revolución es, para Jesi, “todo el complejo de acciones a largo y a corto plazo” que se piensan como necesarias en una procesión en pos de “cambiar en el tiempo histórico una situación política, social y económica”<sup>37</sup>. En cambio, la revuelta “puede describirse [...] como una suspensión del tiempo histórico”. Incluso, cuando una revuelta resulta de una insurrección planificada (es el caso de Jesi, que analiza la revuelta spartakista de enero de 1919 en Alemania), a las pocas horas que la multitud se lanzó a la calle, ya no es sostenible ninguna planificación, pues los supuestos en que se basaba son cosa del pasado. En esos siempre breves días de revuelta, el régimen de historicidad en que se desenvuelve la política y la economía, el orden social, se hace trizas. La revuelta rompe “las relaciones de causa y efecto” que ordenan su “tiempo histórico”, también ya desvencijado. Obliga a rebarajar el naípe y pensar la política, la estrategia, en otro tiempo, en nuevas correlaciones de fuerza. En base a tales ideas es que en este texto se propone que la toma de la ex-chacra La Feria en octubre de 1957, así como su carácter posteriormente adquirido de hito inicial del movimiento de pobladores, es la continuación de la revuelta de abril

36 Furio Jesi, *Spartakus: simbología de la revuelta* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2014), 64.

37 Jesi, 69.

en otra dimensión de la vida proletaria. La revuelta de 1957 es así un colapso del diseño estratégico del Estado para el campo popular -la paulatina y mediocre democratización desarrollista-, y también de las izquierdas al respecto -el gradualista y estrictamente obrero frentepopulismo. Una experiencia en que por algunos momentos la estrategia y la táctica se vieron fusionadas, o como ha sostenido Jesi, “la intersección entre el eterno retorno y el de una vez y para siempre”<sup>38</sup>. De ahí a pensar en nuevas formas de realizar en octubre lo que en los breves días de abril fue visto como una potencia. La toma es la realización de lo que en la revuelta es ambiguo y se presta a la manipulación de cualquier grupo; o sea, la violencia radical e inmediatista, teñida de táctica como absoluto. La revuelta puede ser ruptura estratégica, para no degradarse en un problema de orden público y en el olvido.

La fundación de la población La Victoria marca una nueva fase política de la lucha social en Chile, un nuevo tiempo estratégico que incorpora la ruptura de 1957 como dato fundamental respecto de la potencia del universo proletario. También se constituye en parte fundamental de la nueva cultura popular urbana del Santiago Metropolitano. El conocimiento de lo que podía después de abril de 1957 se convierte en base estratégica, foco imaginativo, del proceso de partidos y movimientos sociales que protagonizó la larga década de 1960 y el gobierno de la Unidad Popular hasta 1973. Tras la ruptura de abril, la toma de octubre como adopción de una nueva temporalidad, tanto para el campo popular de Santiago como para sus vanguardias militantes. Un tránsito político desde el producir el hecho al producir el derecho. La toma de La Victoria, aunque continuidad de un ascenso práctico de más una década, es un salto cualitativo; una táctica difundida en un nuevo contexto de revuelta, ante un enemigo con más miedo y sobre bases sociales más seguras, y que abre así un nuevo período.

38 Jesi, 123.

\*\*\*\*

Este estudio adquiere justificación, entonces tanto por una nueva comprensión de la coyuntura de 1957, que involucra hechos de mano proletaria hasta ahora tratados separadamente, así como porque se hace relacionando fuentes ya estudiadas, con los análisis de historiadores especializados y con nuevos hallazgos documentales hasta ahora no trabajados. Se complementó todo con estudios cuantitativos y cualitativos del contexto de 1957, del proceso precedente marcado por la represión vía Ley Maldita y por el empobrecimiento de masas tras la crisis de la inflación de mediados de la década de 1950. El punto de vista desde el que en este texto se propone una narrativa histórica es uno que trata de situarse en el universo proletario de la época. Este libro es un ensayo historiográfico, y más allá, una propuesta interpretativa para comprender en forma de una larga coyuntura y un hito de cambio de fase en la historicidad del campo popular de Santiago, lo que hasta ahora se ha leído como eventos de un segmento específico del universo proletario y enajenados de la historicidad del conjunto de sus clases protagónicas; o bien y en el caso de la revuelta, como simple y esperable reacción popular a la agencia dominante. Lo que media entre ambos hechos y que acá ofrecemos como código interpretativo, es la historia común del universo proletario de Santiago, con ese conjunto de seres humanos al centro.

El libro se divide en siete capítulos. El primero, trata sobre los principales determinantes económicos, políticos y sociales del universo proletario de Santiago, y que permiten explicar cómo se llega a la situación del primer trimestre de 1957, cuando la revuelta crece indeteniblemente por las calles de la ciudad. El segundo capítulo revisa las protestas crecientemente masivas de los meses del verano en Santiago, y que precedieron y conformaron las explosivas jornadas de abril; e intenta explicar cómo se construye una revuelta. El tercer capítulo se detiene en el estudio de la particular complejidad de los protagonistas de los hechos de 1957. Lo hace revisando la vida y la muerte del obrero Manuel Rojas Llantén, quien fallece al

parecer producto de un apaleo policial y tras ser detenido en una protesta contra las alzas, en febrero de ese año.<sup>39</sup> Al ahondar en su vida, en su práctica política, en su activismo social y sindical, en su rol como organizador poblacional, se pone en cuestión los límites de las categorías sociales usadas para definir la diversidad de estos grupos -poblador, sindicalista, militante o dirigente-, y se propone una compleja interrelación entre las mismas, su compenetración y confusión en las formas reales de las movilizaciones y organizaciones del universo proletario de la ciudad. El cuarto capítulo estudia a fondo los días de la revuelta de abril. Asumiendo que no es posible cubrir todos los aspectos, nos centramos en aquellos que visualizan tanto las principales formas de la política popular, como los que iluminan la trascendencia estratégica para las luchas sociales de estos hechos. Es el capítulo más largo, y el que se apoya más en fuentes primarias y secundarias ya conocidas. El quinto capítulo estudia los meses entre abril y octubre de 1957, desde la recuperación luego del fuerte golpe represivo con que concluyó la revuelta, como la rápida reactivación de las organizaciones políticas y sociales del campo popular que le siguió. Se estudia también la epidemia de gripe que afectó especialmente a las familias más pobres de la ciudad, y su lugar en la agudización de la crisis de la vivienda, que para muchos ya tomaba tonos de urgencia en pos de la supervivencia. El sexto capítulo se centra en la toma de los terrenos de la ex-chacra La FERIA y la fundación de la población La Victoria, ocurrida en octubre de 1957. Se analizan sus vínculos con la revuelta de abril, así como con las prácticas e ideas que se expandieron desde entonces entre las franjas más belicosas y desesperadas del universo proletario de Santiago. Finalmente, el séptimo capítulo sirve a modo de epílogo, situando los hechos de 1957 en una historia más larga, ubicando la revuelta como hito en la composición política y de clase del movimiento popular

39 Ese capítulo es una versión más breve del artículo “Los últimos días del obrero Manuel Rojas Llantén y el ciclo de protestas del verano de 1957 en Santiago de Chile”, publicado en *Revista de Historia y Geografía* (Santiago), 44, 2021, 107 – 131. Agradezco a David Home, editor de la revista, por las facilidades para su inclusión en este volumen.

de la larga década de 1960, así como en la historicidad misma de la ciudad, hasta el presente.

\*

Este trabajo fue posible gracias a ANID Chile y al Fondecyt de iniciación n°11200441. También agradezco a Camilo Santibáñez, a Juan Pablo Vásquez y a Andrés Estefane por sus comentarios al borrador. A Cristóbal Portales por su ayuda en la investigación y por su amistad. También a Manuel Loyola y Ariadna ediciones por creer en este proyecto. Finalmente, agradezco a Carolina Olmedo Carrasco por la comunidad y el sentido.





- I -

**CRISIS, PROLETARIOS Y MALESTAR EN LA  
CIUDAD.  
SANTIAGO HACIA 1957**

Aunque las fuentes hablan de un loteo organizado entre pobladores y el Estado, la mayoría de los pobladores de Los Nogales, hasta el presente, recuerda el origen de la población como una toma. Ubicada en la parte occidental de Santiago, en Estación Central, conmemora su origen el 8 de enero de 1947. Ese día, según la memoria de sus habitantes, se invadió y loteó el terreno de la chacra que llevaba por nombre el que más tarde tomaría la población. Puede ser que sus recuerdos estén confusos, pero los pobladores de Los Nogales, en su mayoría familias del creciente universo proletario de Santiago, no estaban imaginando nada irreal. Desde 1946, diversos comités de pobladores habían realizado ocupaciones de terrenos en chacras del poniente de la ciudad, donde se encuentran Los Nogales. Así nacieron también las poblaciones Lo Zañartu y Luis Emilio Recabarren. Este último nombre sugiere, además, la fuerte militancia de los comités de familias sin casa. Las tomas que ocurrieron esos años no eran simples medidas desesperadas, sino acciones planificadas, tácticas sometidas a mejoramiento, superando sus errores vía ensayos continuados. Varios de los pobladores que fundaron Los Nogales se habían fogueado en esos intentos de 1946. Varios de ellos participaron en una toma en Barrancas en noviembre de 1946, y no sin costos. En enero 1949, en los días duros de la persecución anticomunista bajo la Ley Maldita, unos 400 pobladores de Los Nogales estaban siendo citados a tribunales por la ocupación ilegal.<sup>40</sup>

40      Rojas Flores, «La lucha por la vivienda en tiempos de González Videla».

Pasada una década de estos hechos, el 11 de enero de 1957, hubo una toma en terrenos de calle Hermanos Heyraud, paralela a Santa Teresita, cercanos a Los Nogales. La acción demostró niveles importantes de planificación y complejidad táctica. Según se supo más tarde, el objetivo era presionar a los candidatos del Partido Agrario Laborista, Orlando Latorre y Ernesto Toro, quienes habían prometido conseguir antes de la navidad de 1956, para “los allegados de los Nogales”, los terrenos de la chacra “La Palma” “a modo de aguinaldo navideño”, según dijeron los pobladores. Pasado ya el plazo, las familias organizadas en el comité de allegados habrían decidido ocupar los terrenos en disputa para así presionar por el traslado a “La Palma”, como se les había prometido. Carabineros intentó impedir la ocupación, acordonando el terreno en disputa con seis radiopatrullas y 36 infantes armados. Finalmente, a pesar de la tenacidad de las familias por hacer hogar en El Guanaco, la toma fracasó. Solo alcanzaron a instalarse unas 11 familias, con un total de 90 personas. ¿De dónde salían 300 personas desesperadas por una vivienda en Santiago, a riesgo incluso de la cárcel o la muerte, y cómo habían aprendido la compleja operatoria política del método de la toma de terrenos? Sabemos que algunas habían sido expulsadas de viviendas por demoler o porque no podían pagar. Estos no eran casos aislados, la prensa indicó que en los dos últimos meses de 1956 se habían producido 590 lanzamientos. Pero la mayoría de las familias que intentaron el asalto de la chacra esa noche del 11 de enero, se conocieron como allegadas y aprendieron a tomar terrenos mientras vivían amontonadas en los pocos espacios que dejaba la vieja población Los Nogales.<sup>41</sup>

No fue la última toma, sino la parte de una serie de acciones que dieron un salto cualitativo diez meses después, en octubre de 1957. Antes, el 11 de febrero de ese año unas 300 familias tomaron los terrenos en El Guanaco, en el extremo norte de Santiago<sup>42</sup>. Tras diez años, los

41 “590 lanzamientos en sólo 2 meses. Ayer hubo 26”. *El Siglo*, 12 de enero, 1957, 1.

42 La cifra es según el registro realizado por Manuel Loyola. Manuel Loyola, *Los Pobladores de Santiago. 1952-1964. Su fase de incorporación a la*

conocimientos de textura proletaria y que portaban las familias que protagonizaron las distintas ocupaciones de terrenos, familiares o masivas, desde hace décadas, se habían desplegado y desarrollado por casi cada rincón de las atolladas periferias de Santiago. Para 1957, la toma era algo ya conocido en la capital, aunque su uso todavía estaba en exploración, y las experiencias tenían desiguales resultados. Así y todo, la toma graneada, de a pequeños grupos de familias o incluso unifamiliar, crecía como la forma más fácil -y realista- de realizar el derecho a la vivienda hacia fines del gobierno de Ibáñez. No solo en los barrios pobres, también las ocupaciones merodeaban los bordes del nuevo barrio alto, para preocupación de sus empingorotados vecinos. El 5 de enero de 1957, en una carta a *El Mercurio*, un vecino o vecina de Ñuñoa, comuna al este de Santiago, de iniciales E.R. se preguntaba “Por qué la Municipalidad no obliga, pero realmente, con medidas drásticas, a los dueños de sitios que aún permanecen sin cierros [sic], a cerrarlos”, pues de esta forma se evitaba “que los aficionados a construir poblaciones callampas se instalen en esos sitios, que son únicamente focos de infecciones, suciedades y brotes de tifoidea”<sup>43</sup>. Las callampas eran la vivienda que resultaba de la toma graneada y de a una o pocas familias. La imagen era un puñado de precarias viviendas y sin mucha planificación, creciendo entre la humedad y canales, haciendo más gráfico el nombre para designar estos acumulados de autoconstrucciones. A su vez, era la marca de nacimiento de la nueva periferia. Pero este crecimiento molecular y por la base de la práctica de la toma, daba cuenta también de la disposición a la frontalidad y a la acción directa, probada en una década de ensayo y error, que comenzaba a caracterizar a una creciente porción proletaria de una ciudad que estaba al borde del colapso. En el noveno año de la Ley Maldita, esa inmensa parte de la ciudad decidió, en vez de colapsar, dar un salto cualitativo en sus prácticas políticas y vivir.

---

*Vida Nacional* (Tesis para optar al grado de licenciado en Historia, PUC, Chile), 1989, 81.

43 E. R., “Casas callampas en Ñuñoa” (Cartas al director), *El Mercurio*, 5 de enero, 1957, 3.

Hacia 1957, Santiago era, de cierta forma, una ciudad nueva. Entre los censos de 1940 y 1960, la población de la ciudad se había más que duplicado, pasando de 952 mil habitantes a más de 1,9 millones de personas. Solo entre el censo de 1952 y el de 1960, la urbe sumó casi seiscientas mil personas más. En las poblaciones ‘callampas’, jóvenes y viejos santiaguinos se amontonaban junto a los migrantes, provenientes de ciudades o pueblos de provincias del sur, huyendo de la pobreza agrícola o corriendo hacia la bullente economía concentrada en la capital. Santiago, la ciudad blanca del patriciado, se veía ahora rodeada de una multitudinaria periferia pobre, repleta y resentida. La escasez de viviendas en la capital del país y en otros centros urbanos venía siendo una constante desde por lo menos la década de 1920. Más de tres décadas después, el déficit habitacional era uno de los más graves problemas sociales del país. En 1952 había en la capital unas 75 mil personas viviendo en callampas, cifra que en 1959 llegó a 150 mil, lo que representó entonces el 8% de la población de Santiago y consistía en unas 32 mil familias.<sup>44</sup> Cuando esta ausencia de vivienda y el aumento de la población urbana se mezcló con la inflación y los ajustes salariales, la explosividad de las familias pobres y buena parte de los sectores medios llegó al punto de ebullición.

Para fines de 1956, en los pasillos de los talleres y fábricas, en las calles de las poblaciones, y en los estrechos cuartuchos de tablas y cubiertos de fonola, faltaba comida, espacio y dignidad, pero sobraba el resentimiento contra el gobierno, los ricos, los políticos, la policía y, en general, contra todo lo que se identificaba como razón de las desdichas de los más pobres. Vista desde abajo, la multitud que protagonizó los hechos de abril de 1957 se articuló en las múltiples dimensiones que el desencanto con la política, la inflación y el estancamiento productivo golpeaban a la clase obrera. Pero también había creatividad, y después entusiasmo a pesar de las balas y la muerte. Todo eso, y más, es lo que produjo la densa conjunción de epopeyas desde abajo del año 1957. Era una rabia retenida o confusa en largos

44 Vicente Espinoza, *Para una historia de los pobres de la ciudad* (Santiago, SUR, 1988), 244 y ss.

años de impotencia política; que desbordaba a la fábrica, recorría calles de barro y entraba a las callampas y a las escuelas, percolando la experiencia de mujeres pobladoras, de niños y niñas, de jóvenes pobres, también de cesantes, vagabundos y lumpen; y entremedio, sin posibilidad de distinguir, la ciudad en toda su humanidad. Allí parecía constituirse la argamasa proletaria en el negativo de su pauperización, y en ella, unas cada vez más osadas ganas de vivir. Mientras la ya vieja composición de clases populares del período de la Constitución de 1925 y que votó masivamente al Frente Popular, perdía ímpetu con el paso de los años, una nueva unidad popular se formaba con diferencias pero sin romper entre sí. Cuando se tomaron la ciudad, la prensa los denominó “elementos incalificables”, de nutridas “filas heterogéneas”. Fueron caldeando razones, tácticas y estrategias junto a los que ya se consideraban “conocidos agitadores”, sobretudo con los jóvenes militantes que no habían conocido otra experiencia política que el trabajo semiclandestino y la frontalidad hacia los patrones y el Estado. Esa mezcla explosiva está en la base del momento lumpen de esos meses de 1957, y de la constitución de la “turba irresponsable”, la negativa a seguir cargando el peso de la crisis.

### **La crisis inflacionaria y la “ofensiva” sobre las clases populares**

Aunque resulte simplista, no es posible negar el lugar de la crisis de aceleración inflacionaria<sup>45</sup> que afectó al gobierno de Carlos Ibáñez del Campo desde 1953 y hasta el final de su mandato, con un clímax en 1955; en el ascenso de conflictividad social que lo marcó, y en especial en los hechos de 1957. Como es conocido, el ejecutivo intentó resolver esta crisis convocando a una misión norteamericana, la firma

45 Las conversaciones con Javier Rodríguez Weber sobre la inflación de la década de 1950 y la evolución salarial durante las décadas centrales del siglo XX, son un aporte invaluable en la confección de este capítulo. Los resultados de esta colaboración, se encuentran en Rodríguez Weber, Javier; y Luis Thielemann H., «Ley Maldita, sindicalismo y salarios en Chile. Para un estudio de la economía política de la expansión y el ajuste. 1948–1958», *Izquierdas*, 51, 2022: 1-25.

Klein-Saks, y que emitió una serie de recomendaciones de política económica para contener la inflación. En su mayoría, relativas al ajuste del gasto, tanto en subsidios a las empresas como en salarios. Se ha exagerado el rol de la Misión Klein-Saks como precursora de una serie de políticas antiinflacionarias de línea monetarista en Chile<sup>46</sup>, pues su convocatoria y presencia en el Gobierno de Chile más bien ilumina una permanencia de esta corriente económica durante las décadas centrales del siglo XX, junto y en contradicción o ambigüedad a otras posiciones sobre desarrollo del país que existían entre el empresariado y los economistas del período. Más bien, la Misión, como el Gobierno, fueron abandonados políticamente -si es que alguna vez lo apoyaron- por los demás actores económicos, reacios a aceptar sacrificios propios en nombre de la economía nacional.<sup>47</sup>

La feroz resistencia desde la parte obrera a un ajuste salarial que de todos modos ya había ocurrido, así como el aumento de las prácticas de lucha contra las alzas de bienes y servicios, son indicios que hacen necesario explicar más los efectos reales en el universo proletario, de las políticas de ajuste del Gobierno de Ibáñez en la década de 1950. La misión Klein-Saks promovió medidas que afectaban tanto a los empresarios como a las clases trabajadoras; pero fueron estas últimas las más implementadas. En ese sentido, la misión, que permaneció en Chile asesorando al Gobierno de Ibáñez hasta su final en 1958, terminó promoviendo y justificando técnicamente la normalización oficial de la contracción salarial ocurrida en la primera mitad de la década. Así, no es la Misión quien baja los salarios, sino la que permite confirmar oficialmente la baja salarial ya ocurrida entre 1953 y 1955. Entre los primeros efectos de sus recomendaciones, estuvo la eliminación del

46 Sofía Correa Sutil, «Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile (1955-1958)», *Opciones : Revista del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea*, 1986.

47 Joaquín Fernández Abara y Margarita Goldflam Leiva, «Hacia la constitución de una economía de mercados jerárquicos: Modernización capitalista y tradicionalismo social en los industriales chilenos (1952-1958)», *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, n°32 (1 de diciembre de 2016), <http://journals.openedition.org/alhim/5550>.

sistema de ajustes automáticos de salarios, en diciembre de 1955, para así controlar mejor el afianzamiento del nuevo equilibrio salarial. Su argumento era que “el país se encuentra prisionero del pasado donde nació el actual ajuste automático”.<sup>48</sup>

La Misión Klein-Saks y las medidas que propuso, así como su rol legitimador de las contracciones salariales, a través de la pretendida neutralidad de la técnica económica liberal, implicaron necesariamente una agudización de medidas de contención al sindicalismo. Si bien la derecha y el empresariado criticaron al Gobierno y a la Misión por su incoherencia y reiteradas contradicciones y zigzagueos en las reformas que implicaban al capital y a los grupos propietarios, en el fondo, estas no los afectaron estratégicamente. Como se verá más abajo, desde la Ley Maldita el sindicalismo más radical y clasista estaba sostenidamente bajo persecución. Pero el ataque a la estabilidad laboral y a la expansión salarial a punta de huelgas, se intensificó desde 1955 en adelante con una nueva herramienta legal, la “Circular Yáñez-Koch”, que como se explica más abajo, estaba destinada a impedir todavía más la resistencia obrera a las medidas anti-crisis del Gobierno.

Las políticas del Gobierno para contener la inflación están en la base del malestar de 1957, y su devenir en revuelta se explica principalmente en la imposibilidad de procesar política y pacíficamente el conflicto en las instituciones del Estado, debido al carácter represivo que asumió éste hacia las organizaciones sociales populares; así como en los límites alcanzados por la lucha sindical. También debe ponerse atención, y es algo que se busca a través de todo este texto, a las transformaciones en la subjetividad de masas y su disposición a la lucha frontal y a la ilegalidad, que encuentra origen en la forma en que estas medidas se aplicaron. La ofensiva antipopular que aprovechó la oportunidad de la crisis inflacionaria, se vio recubierta de un discurso gubernamental que demandaba la aceptación del sacrificio

48 Juan Pablo Couyoumdjian et al., *Reformas económicas e instituciones políticas: la experiencia de la misión Klein-Saks en Chile* (Santiago de Chile: Universidad del Desarrollo, 2011), 128.



en el universo proletario de la ciudad, ya sea por su voluntad o por la presión de las balas estatales. Y así se asumió incluso después de los hechos de abril. En su informe final de mayo de 1958, la Misión Klein-Saks seguía sosteniendo el tono bélico contra la inflación y que “el único plan con probabilidades de éxito [contra la inflación] sería aquél que significara un ataque general, en el que todos los sectores contribuirían, mediante una retirada gradual de sus posiciones extremas previas”.<sup>49</sup> Mismo tono que poco menos de un año antes, en julio de 1957, usó el entonces ministro de Economía General Horacio Arce para decir que las alzas se impondrían “a sangre y fuego”<sup>50</sup>. Más allá de las metáforas, lo cierto es que la sangría inflacionaria de mediados de la década de 1950 se detuvo por la vía de mantener los salarios bajos y encareciendo el costo de la vida de la mayoría de la ciudad, y también del país, para lo que se utilizó la Ley Maldita a discreción.<sup>51</sup> Y también resulta cierto que eso obligó a crecientes sectores de esas mayorías a asumir el camino de la protesta.

### **La ofensiva contra el universo proletario I: salarios a la baja y desempleo**

El 3 de enero de 1957, unos cincuenta sindicatos de las industrias textiles, agrupados en la federación de obreros del ramo, entregaron al gobierno un “Memorial” sobre el estado del trabajo a un año del congelamiento de los salarios. El informe exhibía que de un total de treinta y tres industrias estudiadas, todas habían reducido su fuerza de trabajo a la mitad o más, y cuatro cerraron sus operaciones. Finalmente, a la hora del total, reducir la planilla también era ajustar salarios. Así, los obreros resumían que de los cinco mil seiscientos trabajadores de la industria textil que ellos habían contado a comienzos de 1956, un año más tarde quedaban “2000 más o menos”. En su reclamo, los obreros agregaron que “en las hilanderías de

49 Couyoumdjian et al., 138.

50 «Contra la cesantía desfilan jóvenes obreros el jueves», *El Siglo*, 2 de julio de 1957, 7.

51 Stallings, *Economic Development and Class Conflict in Chile*, 32-50.

algodón la cesantía es aún mayor, pues se han despedido turnos enteros de centenares de trabajadores”<sup>52</sup>. En otras ramas de la producción, los obreros llegaban a conclusiones igual de dramáticas. El día martes 5 de febrero, la Conferencia Provincial de Santiago de la Federación Industrial Nacional de la Construcción (FINC) daba cuenta de la cesantía en su área, que según sus fuentes alcanzaba una proporción “de un 46,5 por ciento a un 50 por ciento”<sup>53</sup>. Para marzo de 1957, la situación estaba extendida y el reclamo se repetía en los panificadores, empleados particulares y obreros ferroviarios, entre otros grupos de obreros industriales afectados por los despidos<sup>54</sup>.

La cesantía era el síntoma obrero de la crisis de mediados de la década de 1950. El estancamiento industrial local de los años centrales de esa década, así como la necesidad que mostraron entonces los empresarios por contar con subsidios estatales en divisas, forzó a un gobierno con escaso apoyo político, como el de Carlos Ibáñez, a cargar el peso de la crisis sobre la clase obrera. La primera encuesta de desempleo en Santiago, realizada por la Universidad de Chile sólo en el área metropolitana de la capital, fue dada a conocer justo a comienzos de 1957. Según esta encuesta, el desempleo en la capital aumentó en 1957 aproximadamente un 40% respecto del año anterior y recién comenzó a bajar en 1958. Aunque no podemos saber cuáles fueron las proporciones anteriores a 1957, sí sabemos que las cifras aumentaron fuertemente en los años siguientes<sup>55</sup>. Como ha sostenido Nora Reyes para estos años, la recuperación salarial en algunas áreas de la producción se hacía a costa de reducir el empleo.<sup>56</sup> El 3

52 «En un año, de 5600 obreros textiles solamente quedan trabajando dos mil», *Las Noticias de Última Hora*, 4 de enero de 1957, 4; «Pavoroso balance de obreros textiles durante un año de congelamiento», *Las Noticias de Última Hora*, 4 de enero de 1957, 4.

53 «Un balance de la Conferencia de la FINC. La unidad de obreros y estudiantes en acción», *El Siglo*, 6 de febrero de 1957, 6.

54 Pedro Milos, *Historia y memoria: 2 de abril de 1957* (Santiago de Chile: LOM / Universidad Alberto Hurtado, 2007), 54-62.

55 Encuesta de Ocupación en el Gran Santiago (EOGS), realizada por primera vez desde fines de 1956 (Existen los datos sólo desde 1957) por la Facultad de Economía de la Universidad de Chile. En «Encuesta de Ocupación en el Gran Santiago (EOGS)» (Centro de Microdatos - Facultad de Economía de la Universidad de Chile), accedido 18 de julio de 2020, <https://www.microdatos.cl>.

56 Nora Reyes, «Salarios durante la Industrialización en Chile (1927/1928-1973)» (Tesis Doctoral en Historia Económica, Barcelona, Universitat de

de enero de 1957, días antes que comenzaran las protestas contra las alzas en Santiago, la prensa dio cuenta de la cesantía en la ciudad en esos meses, que alcanzaba un 5,9%. Pero si se observaban los niveles de desocupación por rama, era notoria su concentración en la clase obrera urbana. Así, según *El Mercurio*, la cesantía, contrastada con las personas activas por rama productiva, alcanzó en la minería un 19,4%, en las manufacturas un 6,5%, en la construcción un 21,6%; cifras que contrastaban con las de sectores como los servicios, la agricultura, el transporte o el comercio, cuyas proporciones de desempleo eran inferiores al 5%<sup>57</sup>.

A la cesantía y a la baja de los salarios reales producto de la aceleración inflacionaria de 1953 a 1955, se sumó el fin legal de las alzas automáticas de sueldo según el aumento de la inflación desde 1956. A pesar de la resistencia obrera y de la CUT a través de una huelga nacional llevada a cabo en enero de ese año, que terminó con toda la dirección detenida, procesada y finalmente relegada<sup>58</sup> la contracción salarial se aplicó de todas formas. Por esta vía, los reajustes salariales quedaron planificados por el gobierno, desde 1956 hasta 1958, siempre por debajo de los indicadores de inflación. Junto a las alzas de precios de bienes y servicios básicos, la reducción de salarios o su insuficiente aumento, así como la cesantía, operaron a modo de cargar el peso de la crisis económica sobre la clase obrera.

### **La ofensiva contra el universo proletario II: Alzas de precios y encarecimiento de la vida**

El carácter antipopular de las medidas para paliar la crisis se volvía más claro en el otro extremo del problema inflacionario. Si por un lado los salarios se habían devaluado por la inflación, primero, y mantenidos así, a la fuerza y desde el Gobierno, después; por el

Barcelona, 2017), 193-94.

57 «Desocupación de 5,9 por ciento establece el instituto de Economía», *El Mercurio*, 3 de enero de 1957, 1 y 10.

58 «Relegados miembros de la CUT», *El Mercurio*, 5 de febrero de 1957, 1.

otro lado, el mismo Gobierno eliminaba el control de precios a casi todos los bienes, incluidos los de subsistencia. Eliminó así el subsidio al transporte público, permitiendo que las alzas de pasajes se disparasen a discreción<sup>59</sup>. Se configuraba un escenario en el que la métrica del proceso de empobrecimiento de las familias obreras urbanas fuese cada vez más la capacidad de compra de los salarios. La inflación, medida en el Indicador de Precios del Consumidor, alcanzó variaciones del 56,2% en 1953, de 71,1% en 1954, y de 83,8% en 1955. Si bien tuvo su alza en 1956 (37,7%) y 1957 (17,2%), los precios no dejaron de subir, y en 1957 ya lo hacían tanto o más que los salarios, mientras estos no recuperaron el poder de compra perdido en el primer quinquenio de la década de 1950, sino hasta varios años después.<sup>60</sup> Desde el campo popular, la inflación no era un guarismo abstracto, sino ascendente carestía de la vida, resumida en una palabra que sería el gran tema del año: “alzas”. En enero de 1957, *El Siglo* llamaba “A Detener las Alzas”, con cifras preocupantes para los ya golpeados bolsillos de los trabajadores:

“las cifras de las alzas están resultando espectaculares. La tarifa escolar de la locomoción se alza en un 500%. El pasaje corriente de la locomoción para comenzar sube en un 50% y de hecho en un 100% con el sistemita de los “pullmans”, que dentro de poco serán los únicos vehículos que circulen, como sucedió antes con los “expresos”, y que costarán \$20 — El agua potable, artículo indispensable más que ningún otro, se encarece en el 40%. Y así, lo demás. El Gobierno es riguroso para exigir un 25% como tope para los reajustes pero sigue una política diametralmente opuesta para las alzas”<sup>61</sup>.

59 Correa Sutil, «Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile (1955-1958)», 133–137.

60 Javier E Rodríguez Weber, *Desarrollo y desigualdad en Chile (1850-2009): historia de su economía política* (Santiago de Chile: LOM Ediciones - Centro de Investigaciones Diego Barros Arana - Biblioteca Nacional de Chile, 2018).

61 “Detener las alzas”, *El Siglo*, Santiago, 5 de enero de 1957, 3.

Precisamente, esas brutales diferencias con que operó el gobierno al fiscalizar el tope de un 25% de ajuste establecido en la ley 12432, de 2 de febrero de 1957, entre el uso para los salarios y para los precios del pasaje de locomoción, fue uno de los detonantes inmediatos de las protestas<sup>62</sup>. De la misma forma, la desconfianza en el Gobierno no ayudaba y para algunas franjas de la población las alzas fueron vistas como maniobras conscientemente destinadas a la ganancia más que como una consecuencia de la crisis. El 23 de enero, por ejemplo, grupos de mujeres organizadas de la comuna de Renca denunciaban que la desaparición del azúcar era una maniobra del Gobierno y los empresarios para así justificar el alza de su precio en el mercado local.<sup>63</sup>

Las alzas en los arriendos de vivienda eran otra espina, aunque la carencia de unidades habitacionales que subía los precios era allí el principal problema. Pero esto no era ningún consuelo, sino todo lo contrario. La situación de pobreza, hacinamiento y marginalidad que convivía con la ausencia de una vivienda digna, fue una experiencia en comunión de distintos tipos de grupos sociales, no solo del proletariado más pobre. El déficit de techos era masivo: según el censo de vivienda de 1952, había 1.773.724 chilenos que necesitaban 374.306 viviendas. Así, en la década de 1950 y según los datos del período, el problema de la falta de casas estaba lejos de ser un drama de los más pobres o marginales, pues poco menos de un tercio del país no tenía dónde vivir o lo hacía en una vivienda no apropiada para la habitación, pagando altísimos y crecientes precios por ello.<sup>64</sup>

Las alzas significaron una tributación de emergencia desde los sectores más pobres a los más ricos en el marco de la crisis. Una especie de contra – redistribución. Generaron problemas a la siempre

62 “Escandalosa alza de la locomoción rige desde hoy. La ley 12.132 prohíbe alzas superiores a 25%”. *El Siglo*, Santiago, 26 de marzo, 1957, 1.

63 “Mitin de mujeres de todo Santiago contra alzas propicia Renca”. *El Siglo*, 23 de enero, 1957.

64 Mario Garcés, *Tomando su sitio. El Movimiento de Pobladores de Santiago. 1957 – 1970* (Santiago: Lom ediciones, 2002), 62 – 88.

delicada reproducción material de la vida, y prácticamente agitaron la revuelta tanto como la promoción de las prácticas de acción directa que hacían militantes y activistas en las poblaciones. Con la presión sobre la economía doméstica y los salarios en un alza insuficiente y aplacada en su éxito por la cesantía, el malestar obrero llegaba, una vez más y sin otra válvula de escape, al hogar. Los precios de los bienes y servicios, también el del arriendo de las viviendas, fueron temas de agitación y organización territorial en las poblaciones. A su vez, el alza del transporte que golpeó fuerte desde inicios de 1957, otorgaba la ligadura perfecta para unir el malestar activo de capas medias, especialmente estudiantes y profesores, con el universo proletario de la ciudad. Se expandía una crítica política que desde la producción se desplazó al consumo y el habitar. De la imposible o ya limitada práctica sindical en la fábrica vigilada, se avanzó a la conspiración y organización en los barrios, contra un precio por vivir que ya se hacía impagable. La ciudad toda hacía aguas, en el trabajo y fuera de él también. La calle, el terreno baldío, lejos de los muros vigilados del trabajo, sería el lugar donde ajustar cuentas con patrones y gobernantes.

### **La ofensiva contra el universo proletario III: La represión a la clase obrera**

Finalmente, cabe detenerse un momento en la situación represiva del período, y que es la principal razón de que la protesta no pudiese procesarse políticamente. Desde 1948, y por decisión del gobierno de Gabriel González Videla y con apoyo de buena parte de los partidos políticos, estaba en vigencia la Ley Maldita, que impedía la acción legal de todo aquello que fuera sindicado como “comunista”. Aunque se conoce un poco más el rol de la Ley de Defensa de la Democracia, su verdadero nombre, en la persecución al PC, menos se sabe de su uso en manos de los patrones y contra los obreros más combativos, en los sindicatos locales. El gobierno de Ibáñez, apurado por los

problemas de la crisis económica, retomó notoriamente desde 1955 el uso de la Ley y su carácter antiobrero, continuando así el trabajo de desarticulación de la izquierda a nivel de las fábricas y talleres, iniciado por su predecesor. Y es que si bien desde 1950 la represión a los comunistas había amainado de cierta forma, la represión al sindicalismo, en cambio, cumplía una función en la economía política de los centros productivos al mantener intimidada a la fuerza de trabajo. Más allá de la fiebre anticomunista global de dicha década, la legislación aplicada al sindicalismo se mostraba realmente útil a los patrones y Gobierno. Los efectos de la Ley Maldita entre los trabajadores se hicieron sentir primero entre los dirigentes sindicales comunistas, quienes fueron relevados de sus cargos, y se les prohibió dirigir sindicatos en cualquier lugar y para siempre. La Policía Política fue asignada a la vigilancia de los trabajadores organizados de cada establecimiento, y contaba con el derecho a vetar candidatos en las elecciones sindicales arguyendo la simple sospecha de pertenecer al PC, tuviesen o no pruebas de ello. En el sector público se prohibieron las asociaciones políticas y las huelgas legales se hicieron casi imposibles. Desde el Estado, además, se vigilaron las cuentas y propiedades de los sindicatos, evitando cualquier fortalecimiento institucional de los mismos<sup>65</sup>.

El carácter anti-sindical de la Ley Maldita se agravó cuando el gobierno de Ibáñez, inmediatamente después de las movilizaciones de julio de 1955, emitió un decreto que acrecentó el poder legal de vigilancia sobre los sindicatos. El 20 de septiembre de ese año, mediante el decreto 4161 -una disposición que fue conocida posteriormente como la “Circular Yáñez-Koch” (en referencia a los ministros del Trabajo y del Interior)-, se mandató a los gobiernos locales a hacer efectivo el artículo 36 de la Ley Maldita, el que permitía controlar las asambleas obreras e interferir las listas sindicales, en búsqueda y descalificación de los elementos que fuesen acusados de comunistas.<sup>66</sup> El efecto de

65 Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, 69-70.

66 Cristián Pozo Mayorga, «Orientaciones del Movimiento obrero en Chile. Unidad sindical, antagonismo y reflujo (1952 – 1957)» (Maestría en Estudios Públicos y Sociales, Mexico, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013),

esta nueva arremetida se hizo sentir prolongadamente. Para el 1 de mayo de 1957, casi un año y medio después, algunos militantes obreros reunidos en la Plaza de los Artesanos denunciaron que esta normativa legal adosada a la Ley Maldita “había inhabilitado más de tres mil dirigentes sindicales” desde su entrada en vigencia<sup>67</sup>. La Circular, que siguió operando hasta 1958 a pesar de ser declarada ilegal por la Contraloría General de la República, afectó de tal manera al sindicalismo, que su derogación pasó a ser una de las reivindicaciones centrales de cada reunión o movilización del movimiento obrero durante el trienio final del Gobierno de Ibáñez, junto a la exigencia de terminar con la Ley Maldita y con las alzas.

Así, con la crisis económica, y con la necesidad de imponer medidas paliativas que cargaran en la espalda obrera las pérdidas y estancamientos, la Ley Maldita, lejos de terminarse, como alguna vez prometió Ibáñez, se endureció durante el gobierno del “general de la esperanza”. Peor aún, radicalizó su carácter antisindical más que anticomunista (o bien, hizo un pérfido sinónimo entre ambas), y, con la terrible mezcla de alzas, cesantía y persecución policial; presionó hasta lo insoportable sobre las vidas del universo proletario de Santiago.

### **A pesar de todo, el ascenso de la conflictividad**

Pero así y todo, la protesta y malestar buscaron su curso. En 1956 la represión no amainó y buena parte del movimiento popular debió hacerse cargo. El año comenzó con la detención de toda la dirección de la CUT, tras el reprimido paro nacional del primer mes de 1956. Las maltratadas bases trabajadoras habían ido poco a poco levantando cabeza en medio de la represión, asumiendo a la misma como una más de las difíciles condiciones de lucha sindical.

144.

67 «Hablan los trabajadores del mitín de ayer: “No nos asusta la represión”: “El 2 de abril fue una lección”».», *Las Noticias de Última Hora*, 2 de mayo de 1957, 6.



De aquella experiencia podían dar cuenta Omar Venegas, dirigente de la recientemente nacida Federación Nacional de los Trabajadores de la Salud (FENATS), y los trabajadores de los servicios de salud (SNS). En el primer semestre de 1956, Venegas y “sus comandos de huelga”, llevaron a cabo “el movimiento huelguístico más grande que puede contar la historia hospitalaria”. La huelga, de resultado ambiguo para las bases que eran en su mayoría mujeres, no terminó bien para numerosos dirigentes y activistas, que fueron reprimidos constantemente mientras duró el movimiento. Algunos líderes, como Carlos Torrealba, Guillermo González y Alfonso Araya, y según denunciaron las bases de la FENATS, fueron detenidos varias veces por Carabineros y luego hostigados y maltratados por la Policía Política, para ser finalmente procesados por la Ley Maldita. A pesar de la represión, la movilización de las bases del SNS no fue desmoralizada, y de sus franjas de obreras más activas nació en julio de 1956 el primer periódico de la FENATS, “Federación”, por cuyo primer número conocemos los pormenores del sufrido movimiento de aquel año.<sup>68</sup>

Pero más allá del portón de las fábricas, talleres, escuelas, hospitales y oficinas públicas, más allá de las manzanas ordenadas del centro de la ciudad, era en la nueva pero creciente periferia urbana donde la rabia se había ido acumulando sin posibilidad de evacuarse por un cauce institucional. Los hechos de movilización popular en Santiago durante el año 1956 muestran un cambio de actitud en sectores del universo proletario de la ciudad, en específico respecto de la represión y de la necesidad de organización y movilización. Un primer signo de esta nueva disposición fue visible en octubre de 1956.

Las revueltas suelen ser precedidas de hechos inéditos que anticipan las formas explosivas y renovadoras de la misma. Cabreamientos aislados, fragmentados, derrotados muchas veces de formas terribles, pero que vistos en conjunto muestran un incremento cuantitativo de la tensión y saltos cualitativos en las formas de protesta. Cada

68      «s/t», *FEDERACIÓN - órgano oficial de los trabajadores de la salud - FENATS*, julio de 1956.

instrumento pacífico o legal para la reivindicación, era suprimido violentamente y con amparo estatal, acrecentando el sentimiento de abuso, reduciendo para las familias trabajadoras al mínimo la idea de ciudadanía, en el fondo, dejando pocos escapes más que la insubordinación violenta. En los meses previos a 1957, la neutralización vía represión de las alternativas legales o pacíficas para la mayoría del proletariado urbano fue causando pequeñas rebeliones sin perspectiva de triunfo, pero expresivas de un nuevo nivel de rabia. El 17 de septiembre de 1956, en la víspera del día nacional de Chile, fueron asesinados 3 obreros y heridos otros 24, cuando Carabineros disparó contra ellos en la sede sindical en la oficina salitrera Pedro de Valdivia (propiedad de la compañía Anglo Lautaro), bajo el argumento de hacer cumplir el decreto de reanudación de faenas. En esa jornada, Carabineros se dirigió al local sindical para detener a los dirigentes requeridos por un exhorto del Juzgado del Crimen de Iquique, y en algún momento del procedimiento, la población de la oficina que observaba se enfrentó con la policía, sin detenerse ante los tiros al aire de advertencia. Finalmente Carabineros disparó al grupo de obreros, mujeres, pobladores y niños, matando a Pedro E. Figueroa (de 26 años), Rubén Díaz (de 24 años) y Juan Andrés Véliz (de 49 años)<sup>69</sup>. El Gobierno, cuestionado internacionalmente por la OIT por este crimen mantuvo la versión oficial que entregó a la prensa. Se limitó a responder que Carabineros debía detener, basado en la Ley Maldita, a varios dirigentes sindicales de la salitrera, y cuando los agentes del Estado “fueron atacados violentamente por alrededor de 2.000 obreros”, Carabineros disparó “algunas balas al aire, las que, de rebote, hirieron a varios de ellos, ocasionando a algunos la muerte”<sup>70</sup>. En enero de 1957, los derrotados obreros de la oficina Pedro de Valdivia nuevamente levantaron la cabeza y realizaron una

69 Juan Carlos Rodríguez T, Pablo Miranda B, y Pedro Mege R, «Etnografía de la Siberia Caliente: Una nota metodológica sobre un estudio en María Elena, el último pueblo salitrero», *Estudios atacameños*, n.º 22 (2002).

70 Ver respuestas del gobierno de Chile al Comité de Libertad Sindical de la OIT, el 10 de octubre de 1956 y 12 de enero de 1957 en Comité de Libertad Sindical - Organización Internacional del Trabajo, «Informe provisional - Informe número 28, 1958», 1958, [https://www.ilo.org/dyn/normlex/es/f?p=1000:50002:0::NO:50002:P50002\\_COMPLAINT\\_TEXT\\_ID:2898247](https://www.ilo.org/dyn/normlex/es/f?p=1000:50002:0::NO:50002:P50002_COMPLAINT_TEXT_ID:2898247).

huelga por el despido de dos de sus dirigentes, de los departamentos de carpintería y de perforistas, así como por la intención de cesar a ciento sesenta obreros, desoyendo acuerdos alcanzados meses antes<sup>71</sup>. La huelga tampoco terminó bien, y la persecución cayó sobre el resto de los trabajadores<sup>72</sup>. Pero esta vez no estaban dispuestos a perder y además nuevamente cargar ataúdes. Alguna revancha debía ocurrir. Antes de retirarse otra vez, impotentes apretando los dientes, los obreros decidieron empezar el año de 1957 con un mensaje de antagonismo: detonaron dos bombazos contra las instalaciones de la oficina salitrera<sup>73</sup>.

El conflicto del segundo semestre en la pampa salitrera tuvo repercusión en los barrios ya rabiosos de las ciudades, también en los círculos militantes, sobre todo los más jóvenes, que llevaban años conociendo una impune represión estatal contra el movimiento obrero organizado. Identificaban en sus relatos del desierto, contenidos en la prensa que los filtró a pesar de la censura, aspectos de la angustiante vida de los proletarios amontonados en poblaciones urbanas. La ejemplaridad de la desesperada resistencia de los pampinos se transfería velozmente en todos los medios del universo obrero. Además, es posible imaginar a esas historias corriendo con la tradicional itinerancia del proletariado de las faenas primarias, de ida y vuelta entre el norte y la capital. Con la cesantía y represión del período, ciudades y puertos se llenaron de obreros cesantes con sus familias, cargaban rabia y unas cuantas experiencias para contar. Allí todos se mezclaban con algunos conocidos agitadores, también con elementos indeseables. Pero no solo era algo concentrado a los contactos con los obreros migrantes, sino una atención cada vez más atenta hacia las luchas obreras, que se mantenía expectante, y que se hacía visible para las mayorías de las ciudades en los modernos medios de noticias como la radio o los diarios, o, por último, se

71 Ministerio del Interior, Chile, «Oficio n°89», 11 de enero de 1957, Ministerio del Interior, Vol.16566, ARNAD, Chile.

72 «Además de las alzas, la cesantía y la represión sindical hacen estragos: lo de Pedro de Valdivia.», *Las Noticias de Última Hora*, 10 de enero de 1957.

73 Meléndez, “Diez obreros detenidos a raíz de dos explosiones en oficina Pedro de Valdivia”, *El Mercurio*, Santiago, 10 de enero de 1957, 23.

volvía atendible en el enjambre de organizaciones que crecía por las bases poblacionales, entre un proletariado cada vez más educado. La concentración del 25 de octubre de 1956, en apoyo a los obreros baleados de la salitrera Pedro de Valdivia, fue convocada por casi todos los partidos progresistas y de izquierda, por la CUT, y por organizaciones estudiantiles y del sindicalismo cristiano. Según la prensa comunista, fue “la concentración y desfile más grandes de los últimos tiempos”, calculando que “participaron alrededor de 100 mil personas”<sup>74</sup>. Fue una movilización socialmente amplia, y mostró cómo los diversos grupos medios y proletarios de la ciudad presentaban, más allá de una identificación política específica, un ánimo de respuesta a la represión y al abuso, aunque todavía pacífico y contenido.

Pero a pesar de la masiva y pacífica manifestación de octubre de 1956, de sus airados reclamos, para los patrones y el Estado la violencia siguió siendo una forma legítima de relacionarse con los obreros. En noviembre del mismo año, apenas un mes después de la protesta de decenas de miles en repudio a la represión, y un mes antes de la formación del Comando contra las Alzas que desataría las mayores protestas en décadas, un obrero fue asesinado en Santiago, por carabineros, en la represión de una huelga local<sup>75</sup>.

Santiago era un polvorín. En especial su creciente cinturón proletario, en el que habitaban cientos de miles de obreros pobres, en general formados en una cultura teñida de un plebeyo clasismo urbano y de una moral que se enajenaba en tono quieto pero sostenido, de cualquier romance paternalista. Una nueva ciudad que emergía desde distintos costados y llena de grupos de pobres que no se reconocerían como mayoría sino en la revuelta de abril de 1957. Fragmentos parciales de la abstracción llamada clase obrera, y también la diversa muchedumbre que se ubicaba a su lado y que vivía al amparo de sus ingresos, empezaron a descubrir que su existencia era más que la jornada laboral y el sufrido descanso en lejanas poblaciones, y que

74 «Los “4 gatos” repletan la Plaza de Artesanos.», *El Siglo*, 1 de enero de 1957.

75 «Tramitación y solución de Conflictos Colectivos en los Servicios de Trabajo», *El Mercurio*, 1 de enero de 1957, 31.

en realidad componían una multitud enorme, en creciente expansión en torno a la ciudad, amenazando a su centro. En la construcción de una comunidad clasista, se reconocían en las formas propias de la explosiva crisis urbana del período: la cesantía o el trabajo esporádico como amenaza constante a la subsistencia; la juventud que crecía, estudiando o no, solo para experimentar la constricción de la vida en el trabajo asalariado; las mujeres que administraban la pobreza de cada hogar y comenzaban a llenar preocupadas los comités de pobladores; la transversal angustia sentida producto de las espirales alzistas de bienes y servicios básicos; la lejanía con el bienestar del centro normalizado de la ciudad blanca, todavía de aires coloniales. Entre enero y abril de 1957, en la generalización de la insolencia y la violencia difusa como instrumento de protesta, ese universo proletario y santiaguino, se descubrió en masa indetenible.

\*

El 21 de diciembre de 1956 fue el último viernes antes de navidad y el penúltimo del año. Además, el día que empieza el verano en el hemisferio sur. Los obreros de la construcción de una lujosa mansión que crecía con sus manos en calle Luis Thayer Ojeda, ubicada en uno de los barrios ricos del Santiago de entonces y del presente, esperaban a que les entregaran su salario y bonificaciones de fiestas de fin de año. Nunca ocurrió. Los ocho trabajadores fueron expulsados de la obra con los bolsillos vacíos. Cuando éstos reclamaron, Eugenio Almarza, el patrón y propietario de la faena hizo oídos sordos, actuando como que no los conocía. El desamparo de los obreros era enorme. Ellos eran demasiado pocos y contratados por muy poco tiempo, como para construir un sindicato con el que haberse defendido. Entonces llamaron a Carabineros, esperando ayuda de la ley, pero eso resultó peor. Al llegar, los oficiales detuvieron a uno de los obreros, y a palos corretearon del lugar a sus compañeros. El día lunes 31 de diciembre, los ocho obreros volvieron a la obra, a buscar alguna solución. Esta

vez se entrevistaron con Almarza, el patrón, a quién le exigieron el pago de lo adeudado, y un préstamo de mil pesos para pasar la fiesta de año nuevo. Aunque según la prensa, la demanda de los obreros fue hecha “con energía, pero correctamente”, Almarza se enfureció e insultó a los obreros. Luego, anunciándolo a viva voz, fue a buscar “a un familiar que es Mayor de Carabineros”. El pariente se hizo presente sin uniforme, aunque con otros carabineros, e hizo detener al obrero Eduardo Valdés, acusándolo de una agresión, mientras los uniformados nuevamente expulsaron a los otros siete trabajadores de la obra. Así, con un compañero preso, abandonados por la ley, acosados por policías corruptos, y todavía sin paga alguna, los ocho trabajadores pasaron el año nuevo de 1957. El día 2 de enero, los obreros acudieron a la Federación Industrial de la Construcción (el principal sindicato del ramo), la que también carente de poder frente a la situación, pidió ayuda al senador del Partido Socialista Luis Quinteros Tricot. Con el apoyo del parlamentario, acudieron a la 14° comisaría de Santiago, para tratar de liberar a Valdés. Finalmente y tras mucha insistencia del senador, quien debió ofrecerse como garantía, el obrero Valdés fue puesto en libertad. Ese fue el único triunfo de los ocho obreros, dejar de ser reprimidos, pues finalmente el patrón libró y ellos no recibieron ni su salario ni sus correspondientes asignaciones.<sup>76</sup>

Hacia 1957, para un grupo de obreros de base de la ciudad de Santiago, patrones, leyes y carabineros parecían formar parte de un mismo complejo organizado a favor de la ganancia capitalista, a la vez que en contra suya. Ni el sindicato del ramo ni un senador de la República podían más que ese entramado terrorista. Tal vez su único consuelo es que en su miserable situación no estaban solos. Eran parte de una nueva mayoría urbana: el universo proletario de la creciente ciudad. Ahí se refugiaron en el pobre año nuevo que pasaron, y ahí encontraron apoyo cuando las instituciones fallaron. En esa mayoría se mezclaban, de forma indistinguible, obreros,

76 «Navidad y Año Nuevo “sin ni cobre” pasaron 8 obreros constructores», *El Siglo*, 3 de enero de 1957, 5.

pobladoras, y estudiantes, a veces en una misma persona, a veces masas desbordando las categorías, revolviendo las identidades en figuras paganas del proletariado. En 1957 y desde hacía casi una década, el malestar de clase no podía procesarse en los canales que la democracia de 1925 tenía supuestamente instituidos para ello, pues, en la práctica, la Ley Maldita operativa desde 1948, lo hacía imposible. Por otra parte, desde 1955 el gobierno había bajado salarios y liberado los precios de bienes y servicios básicos, ensemble que terminó rápidamente empobreciendo a la clase obrera en su conjunto. Ambas cosas, la experiencia colectiva de la intensificación del abuso y la opresión, junto a la corrupción de las vías institucionales de solución de la conflictividad, dejaban como única salida una vieja conocida, la demostración masiva, pública y violenta de la rabia, es decir, pasarse por un tiempo “necesario” al lumpen y al fuego. En pocas palabras, la revuelta.







- II -

**UN VERANO ENTRE PIEDRAS Y GASES. LA  
AGITACIÓN Y LAS PROTESTAS DE ENERO –  
FEBRERO, 1957**

Uno de los antecedentes menos conocidos de los hechos de abril de 1957 es el esfuerzo de organización y agitación que realizaron cientos de activistas y militantes por levantar durante el verano de ese año, la protesta contra las alzas de bienes y servicios básicos, misma que se haría masiva meses más tarde. Con base en esa ignorancia, se han fortalecido las tesis que destacan la espontaneidad de la protesta de abril, o bien la consideran una mera reacción “natural”, casi obvia en cierto nivel de opresión, de las nuevas clases populares urbanas que repletaban sin control la ciudad de mediados del siglo pasado. Así, distintas voces han opacado la acción consciente y decidida, desde abajo y desde dentro de las clases populares de la ciudad, que empujó una paulatina y compleja construcción de una rebelión de masas hacia el otoño de 1957. En la historia de la revuelta, más larga que la crónica de sus momentos más espectaculares, es posible observar sus huellas avanzando con creciente peso por un ciclo de protestas contra las alzas, que comenzó en enero y se suspendió en la veintena de febrero de 1957, para retornar en la quincena de marzo. Visto así, las protestas que se inician a mediados de marzo y terminan a comienzos de abril, en la denominada “Batalla de Santiago”, serían la continuidad y fase más aguda y masiva de ese ciclo de protestas. Este período se caracterizó por una constante agitación militante en las poblaciones de Santiago, llamando a la protesta callejera contra las alzas, muchas veces en el marco de la campaña electoral para las elecciones parlamentarias realizadas el 3 de marzo. Un conjunto de desórdenes y violencias fragmentadas no se convierte en revuelta sino

hasta que su envergadura se hace evidente, y sobre todo políticamente ineludible para todos los actores.

### **La agitación en las nuevas y viejas poblaciones de Santiago**

Agitadas, entre dispersas resistencias e intentonas de tomas, las organizaciones poblacionales no estaban calmas en el verano de 1957. Las alzas de los precios de alimentos, transporte y vivienda, entre otros, las habían puesto tempranamente en alerta. Así ocurría en el sur de Santiago, el 5 de enero, donde el Comité de Arrendatarios de Santa Rosa, adherido a la Agrupación Provincial de Pobladores (APP), había organizado una asamblea “urgente” para tratar “los problemas causados” por el alza de los arriendos, considerados como un “abuso” por los pobladores<sup>77</sup>. En paralelo y también compenetrados con las pobladoras, la izquierda se aprestó para enfrentar las alzas en vivienda y del costo de la vida una vez más. Los socialistas constituyeron un comité de abogados defensores de los arrendatarios, acosados por la amenaza de los lanzamientos, y que fue presentado en sociedad el 4 de enero<sup>78</sup>. El 5 de enero de 1957, “Frente a la ola de alzas iniciadas”, la sección provincial de Santiago de la alianza de los principales partidos de izquierda, el FRAP, lanzó “un urgente llamado a todos los Comités comunales y de base para organizar una poderosa campaña [...] contra las medidas alcistas del Gobierno y los sectores reaccionarios”. La convocatoria planteaba que se debían reunir “extraordinariamente” el conjunto de “organizaciones sindicales, gremiales, de pobladores, deportivas, etc.” para levantar las protestas. Como repertorio de lucha se recomendó “hacer muchas pequeñas concentraciones, en cada calle, población, localidad, etc., condenando esta política”. Además, se debían “lanzar volantes y acudir en delegaciones portando los acuerdos a los organismos citados”. Como si fueran tareas ya hace

77 “Arrendatarios del sector Santa Rosa se reúnen el día 5”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 1 de enero, 1957, 10.

78 “Abogados dinamizan combativa ‘Unión de arrendatarios’: pelearán hasta el fin”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 4 de enero, 1957, 6.

mucho conocidas por la militancia de izquierda en las poblaciones, la izquierda cerraba su convocatoria pidiendo “desarrollar toda clase de iniciativas con el objeto de lograr detener las alzas”<sup>79</sup>. Si bien no era la primera vez que la izquierda intentaba combatir las alzas por la vía de la movilización social amplia, sino que parte de su tradición de lucha, sí era una novedad para el FRAP en tanto recién fundada plataforma unitaria de izquierda nacida en 1956. Y aunque, como está demostrado, esta coalición y los partidos que la integraron no lograron darle dirección a la revuelta de abril, no se puede negar su participación fundamental en los hechos y en la agitación veraniega precedente.

Al otro día de la conformación del Comando contra las Alzas, el 10 de enero, la CUT anunció que desplegaría a la militancia sindical en las poblaciones obreras de la ciudad, las que eran comprendidas como parte de los 120 nuevos seccionales de la Central. En estas agrupaciones territoriales, con los sindicatos en el centro pero convocando explícitamente a los componentes del universo proletario, la CUT buscó coordinar localmente en los barrios la lucha contra las alzas. En cada una de las seccionales, según la CUT, se contaba “con una directiva de vecinos o de dueñas de casa”. La Central, además de llamar a conformar estas organizaciones de base en las poblaciones, convocó a huelga de consumidores, pidiendo a sus bases que se abstuvieran de comprar los productos que habían subido de precio, a la vez que pidió evitar la violencia contra las autoridades.<sup>80</sup> Lo que puede verse como un simple movimiento táctico, era en realidad un desplazamiento de importancia enorme en el período: el llamado a que el movimiento obrero se desplegara en la ciudad, fuera de los muros de la fábrica, especialmente en las poblaciones populares, a organizar al conjunto del campo popular en la lucha por sus demandas “extra laborales”, vale decir, contra las alzas y por la vivienda. Era

79 “FRAP Provincial llama: ¡A luchar contra la ola de alzas!”. *El Siglo*, Santiago, 5 de enero, 1957, 1

80 “‘Resistencia Pasiva’ de toda la población contra las alzas” y “Santiago dividido en 120 sectores sindicales para pelear contra las alzas”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 10 de enero, 1957, 6.

la ampliación de la línea de frente del movimiento obrero hacia la lucha de clases urbana y convocando a la pelea a la mayoría pobre de Santiago.

En algunas de estas poblaciones en que se desplegó la militancia obrera la respuesta positiva al Comando no era fácil de conseguir. Por ejemplo, en la Nueva Matucana, en el norte de la ciudad de Santiago, la adhesión fue resistida por las pobladoras, cuyos tiempos de deliberación no fueron respetados por los militantes comunistas que fueron a exponer la idea de sumarse al Comando contra las Alzas, quienes debieron finalmente disculparse por la prensa ante las pobladoras<sup>81</sup>. A pesar de estos contratiempos, la agitación barrial no paró. El Frente Nacional de la Vivienda (FNV), liga también relacionada con los partidos de izquierda, estuvo convocando asambleas barriales diarias y “un movimiento general de protesta contra los verdaderos escándalos que se están cometiendo con el valor de los arriendos” desde el mismo 1 de enero<sup>82</sup>. En ese estado de movilización en ascenso, el FNV realizó el 17 de enero una concentración de protesta (“comicio”) por las alzas en los arriendos y en los bienes de subsistencia. En el evento “se promovió no pagar el alza de los alquileres de viviendas, por considerarlas ilegales y arbitrarias”. También se criticó la ya anunciada alza del pasaje de la locomoción, así como el alza del pan, del azúcar y “otras que se piensa aplicar mientras se congelan los sueldos y salarios”. En el evento se encontraron representantes de las cooperativas, los arrendatarios y, junto a ellos, el diputado socialista Mario Palestro<sup>83</sup>, quién personalmente y así como su familia de políticos, tenía un ascendiente de relevancia en los barrios obreros del sur de Santiago, especialmente en el gran San Miguel.

81 “Pobladores de Nueva Matucana: A la pelea contra las alzas”. *El Siglo*, Santiago, 14 de enero, 1957, 1. y “Dirigentes de “Nueva Matucana” aclaran información”. *El Siglo*, Santiago, 15 de enero, 1957, 5.

82 “Arrendatarios exigen que devuelvan dineros cobrados de más y en forma ilegal”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 1 de enero, 1957, 10.

83 “Arrendatarios acordaron no pagar las alzas”. *El Siglo*, Santiago, 18 de enero, 1957, 5.

Por esos mismos días, una reunión de la población Luis Emilio Recabarren acordó repudiar la decisión del Gobierno de vetar el proyecto que concedía un 30% de aumento en las remuneraciones del sector privado, y que afectaba a los ingresos de muchos de sus habitantes. A su vez, se comprometieron a luchar para que “el Gobierno no autorice una alza más” y “por el triunfo de los candidatos del FRAP, para reforzar el movimiento de masas que deberá impedir que el país sea conducido al caos por los especuladores y sus sirvientes”<sup>84</sup>. El día jueves 24, la población Miguel Dávila Carson, en el sector sur de Santiago, a través de su Comisión de Subsistencias y Abastecimiento de la Junta de Vecinos, realizó una reunión “para protestar por el ocultamiento de algunas mercaderías, como la harina y el azúcar, y contra las alzas que está experimentando el costo de la vida”, además de temas propios como el del las cañerías y el agua potable del sector<sup>85</sup>.

Esta agitación en las poblaciones no se encontraba aislado de las protestas que surgieron desde la FECh y la CUT contra las alzas. Así fue como la Agrupación Nacional de Pobladores de Chile, atendiendo el llamado de la Agrupación Provincial y otros organismos de base y luego de reuniones y asambleas como las mencionadas anteriormente, el 22 de enero anunció su decisión de sumarse al Comando contra las Alzas<sup>86</sup>. Tanto a los pobladores organizados como a aquellos obreros cesantes y los que no estaban a cubierto del gran sindicalismo, así como también a los que no veían en la constreñida lucha sindical y en sus perseguidos dirigentes una alternativa contra las alzas; se les abría una posibilidad de pelea en la acción directa y la lucha territorial en el Comando. Algunos de ellos en parte incitados, como hemos visto, por el discurso de la izquierda en torno a las alzas y su efecto en los hogares y las familias; otros, simplemente oteando que la posibilidad de hacer algo se hacía más atractiva que la de simplemente padecer. “¡Si me llaman a gritar contra los ladrones y los autores de las alzas,

84 Ídem.

85 “Mitin de mujeres de todo Santiago contra alzas propicia Renca”. *El Siglo*, Santiago, 23 de enero, 1957.

86 Ídem.

voy de inmediato! - dijo “vehemente” Aída Peñailillo Montenegro, una modista de 34 años y habitante de la población Simón Bolívar, cuando la prensa le preguntó por las alzas. La actitud de expectación y espera ante lo que pudieran hacer las franjas organizadas era notoria en los hogares populares<sup>87</sup>. Al acecho, así, estaba un creciente protagonismo de las mujeres en las organizaciones de base, especialmente en aquellas ligadas a la reproducción de la vida, las más golpeadas por las alzas. Sus integrantes, prestas, se sumaron a la pelea desde el primer mes. Es el caso, por ejemplo, del Comité Femenino de Renca, el cual en enero resolvió sumarse a las protestas contra las alzas de la locomoción y del pan, proponiendo la realización de “un mitin de todas las mujeres de Santiago”, a la que habrían adherido los comités similares de las poblaciones Las Javas, Calvo Mackenna y Luis Emilio Recabarren<sup>88</sup>.

Este ascenso en la capacidad de movilización de masas, y en particular de las mujeres populares que desde hace algunos años contaban con derecho a voto, estaba ligado también a un crecimiento de la militancia de los partidos rojos agrupados en el FRAP, incluso a pesar de la Ley Maldita. Esta renovada fuerza, si bien no fue suficiente para vencer en las elecciones parlamentarias de marzo de 1957 (más adelante se profundiza en ellas), sí impactó en las calles, en la marcha de cierre de campaña, el 28 de febrero del mismo año. En aquella jornada la prensa en general destacó como el FRAP realizó la más grande concentración de masas desde las “cuatro marchas” con que Ibáñez cerró su campaña de 1952<sup>89</sup>. La izquierda demostró haber recuperado capacidad de movilización y resiliencia ante la represión anticomunista reactivada desde mediados de la década de 1950, creciendo entre los sectores más activos del campo popular. A su vez,

87 “El Gobierno y los empresarios de micros le dieron otro puñete a la mala al pueblo, impiendo el alza”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 25 de enero, 1957, 5.

88 “Mitin de mujeres de todo Santiago contra alzas propicia Renca”. *El Siglo*, Santiago, 23 de enero, 1957.

89 “El FRAP superó sus propios planes con desfile de ayer”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 1 de febrero, 1957, 3. En el artículo se hace un detallado recuento de las portadas matutinas de la prensa ante el desfile del FRAP.

las masas en la calle, por si mismas, anunciaron su retorno a la arena política.

### **Marchas, gases y apaleos al atardecer**

El calor del verano es seco e intenso en Santiago de Chile. En los meses de diciembre a marzo se genera una atmósfera soporífera, especialmente en las tardes. Produce un falso ambiente de calma, una especie de quietud en el agotamiento. A veces, esconde un cabreo que en cualquier momento puede pasar a la violencia. Hacia enero de 1957, los elementos confluían al mínimo común denominador de todas las revueltas: un malestar general intenso y que asoma por cada rincón de la vida en la ciudad ligado a la reproducción material de la vida, una creciente franja de militantes buscando dar un salto en el grado del enfrentamiento con el Estado y la oligarquía local, y la imposibilidad legal y política del procesamiento institucional y democrático del malestar. En esos meses en que el miedo de las familias proletarias se empezó a revolver por el lado más joven, y que lo iba convirtiendo en rabiosa audacia, el polvo de las calles de tierra se pegaba en los sudados rostros de quienes no tenían mucho qué hacer. Meses de vacaciones en las escuelas, con muchas faenas cerradas, con muy poco espacio en las casas, con mucho que pensar.

En esas circunstancias, el proletariado de la capital se jugó el doble o nada. Lo que en la práctica fue la intensificación de la combinatoria de formas de luchas que utilizaban la ciudad de masas como un instrumento, a la vez que se construían y expandían las condiciones que las posibilitaban. De a poco aunque desde los primeros días de enero, desde los más organizados a los grupos de esquina que miraban de lejos a los partidos, el entusiasmo por la protesta fue desbordando su cauce.

Los trabajadores de base comenzaron a activarse también desde el comienzo del año. El 5 de ese mes, la Federación de Estudiantes de Chile (FECh), junto a la Federación de Trabajadores de la Salud (FTS),



emitió una declaración en la que se protestó enérgicamente contra la decisión del gobierno de autorizar una nueva alza de las tarifas de la locomoción colectiva<sup>90</sup>. Los mismos trabajadores de la salud estaban movilizados por otras razones relativas al empleo desde comienzos de 1956, y ya en el paro nacional de enero de ese año habían estado entre los grupos más activos en la huelga.<sup>91</sup> De ahí que el ciclo de protestas del primer semestre de 1957 se inició en las brasas de las derrotas inmediatamente anteriores, y desde las organizaciones con capacidad de articularse, como las de estudiantes y funcionarios públicos, pues los obreros estaban todavía golpeados por la represión y fuertemente vigilados en las fábricas. Resulta evidente el esfuerzo de las organizaciones del universo popular de la ciudad por levantar un ciclo de protestas. La idea de un origen autónomo y espontáneo de los hechos de abril de 1957 se desdibuja al incluir en el relato la socialmente amplia acumulación de conflictividad que hubo en el verano del mismo año. Más bien, se vuelve notorio que la revuelta habría sido un inesperado y descontrolado éxito de convocatoria de las organizaciones sociales populares a sus bases.

Como se vio, el 7 de enero la FECh convocó a una movilización contra las alzas, a las que se plegaron los profesores declarándose “en pie de guerra” y asegurando que saldrían a la calle, junto a la FECh y la CUT, “a pelear por el pan y la libertad del pueblo”<sup>92</sup>. Tras ellos se sumaron a la lucha los estudiantes de la Federación de Estudiantes Técnicos Vespertinos y Nocturnos, quienes también emitieron una declaración, en la cual expresaron su rechazo al alza del transporte público y llamaron a los sindicatos a parar y luchar en conjunto<sup>93</sup>. Con la suma de este último sector estudiantil, la amplitud social de las

90 «Fué autorizada nueva alza de tarifas en la Locomoción de Santiago», *El Mercurio*, 4 de enero de 1957, 15.

91 «Presidente de la república resolverá sobre el alza de tarifas en la Locomoción», *El Mercurio*, 5 de enero de 1957, 15; «La FECh y trabajadores de Salud contra el alza de la locomoción», *El Siglo*, 5 de enero de 1957, 5.

92 “Profesores llaman al mitin de la FECh”. *El Siglo*, Santiago, 7 de enero, 1957, 5.

93 “La FECh saldrá a la calle contra alza de locomoción”, “También los estudiantes vespertinos y nocturnos”. *El Siglo*, Santiago, 6 de enero, 1957, 1.

direcciones de la protesta comenzó a crecer hacia el campo popular, lo que significó un sostenido engrosamiento de la protesta.

El ciclo de protestas también fue exitoso en convocar la opaca y negada memoria de las revueltas. En la protesta del día 7 de enero, según la prensa, los estudiantes recordaron la alianza obrero-estudiantil de 1949, año de la “revuelta de la chaucha”, misma que fue caracterizada como un triunfo que entonces impidió las alzas del pasaje de la locomoción. En la asamblea previa a la caminata, un obrero de la Construcción fue muy aplaudido al manifestar que los estudiantes debían marchar junto a los obreros, como en aquel año 1949. Al terminar la reunión, los convocados decidieron marchar bajo los gritos de “Para el pueblo no hay puchero, pero hay alzas para los micreros”, “Contra el alza de la locomoción se levanta la nación”. Esos y otros gritos coreados, provenían, como si fuesen herramientas tradicionales, de la memoria de viejas manifestaciones. A la cabeza de la columna de obreros y estudiantes se extendió una gran bandera chilena, seguida de cerca por la directiva de la FECH y de la CUT. La muchedumbre se desplazó por la Alameda, para de ahí llegar hasta Ahumada. En este trayecto se plegó mucha más gente, probablemente trabajadores a la salida de sus turnos de día. Pero no todo podía ser una postal de la pacífica unidad proletaria en el atardecer veraniego del valle del Mapocho. Al llegar a Plaza de Armas, carabineros comenzó la represión del movimiento y desbandó la marcha<sup>94</sup>.

La violencia, al igual que las protestas, no fue una novedad de abril de 1957. La disposición a la confrontación callejera de grupos minoritarios pero crecientes en las protestas del Comando en enero de ese año, así como el veloz paso a la brutalidad de parte de Carabineros y el Estado, se fueron haciendo cada vez más notorios desde aquella

94 En la misma asamblea, el estudiante Gastón Le Beuffe criticó a la directiva de la CUT por carecer de “autoridad moral” por el fracaso del paro del 9 de enero de 1956. Fue rápidamente rebatido por el dirigente de la FECH y miembro del PC, Enrique Paris, acusando a Le Beuffe de ser miembro del Partido Liberal, y acusando a esta organización de haber apoyado “la política de hambre y de represión de este Gobierno”, llamando a los estudiantes a estrechar filas con la CUT. “Empezó la pelea contra la carestía. Manifestaciones en la Plaza de Armas”. *El Siglo*, Santiago, 8 de enero, 1957, 1.

primera movilización del 7 de enero de 1957. Ese día, en la calle Mac Iver, algunos estudiantes que se retiraban de la manifestación fueron violentamente apaleados por carabineros sin mediar provocación. Entre ellos, la estudiante nocturna Adriana Morales vio reventado su rostro a palos de un policía. Algunas cuadras al poniente, en la Plaza de Armas, fue golpeado Clotario Blest y los dirigentes de la FECh Gustavo Horvitz y Enrique Marín<sup>95</sup>. Más tarde, en calle San Antonio, carabineros le arrebató a los estudiantes la bandera chilena que había encabezado la marcha. Ese día, los manifestantes detenidos por Carabineros fueron alrededor de una decena, siendo liberados a las once de la noche<sup>96</sup>.

Una prometedora coincidencia fue que el mismo día, exactamente un año después del derrotado paro nacional del 9 de enero de 1956 y que terminó con toda la primera línea del sindicalismo chileno tras las rejas, en Santiago se fundase el Comando Provincial Coordinador contra las Alzas, la plataforma social que impulsó las principales movilizaciones sociales de 1957. La CUT, en voz de su presidente Clotario Blest, había promovido la formación de esta liga tan sólo dos días antes, en las protestas del 7 de enero<sup>97</sup>. Era una especie de manifiesto de la resiliencia del sindicalismo de la capital. El local escogido para la reunión de la noche del día 9 fue la sede del Partido del Trabajo<sup>98</sup>, y las principales organizaciones asistentes según El Siglo fueron, además de los estudiantes de la FECh, la Federación Textil, la Agrupación Nacional y Provincial de Obreros Municipales, la Agrupación Nacional de Pobladores, la Unión de Mujeres de Chile, la Juventud Socialista Popular, la Juventud Comunista, el

95 “Con un apaleo a estudiantes y periodistas, comenzó la lucha contra alzas de micros y pan”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 8 de enero, 1957, 6.

96 “Empezó la pelea contra la carestía. Manifestaciones en la Plaza de Armas”. *El Siglo*, Santiago, 8 de enero, 1957, 1.

97 “Empezó la pelea contra la carestía. Manifestaciones en la Plaza de Armas”. En *El Siglo*, 8 de enero, 1957.

98 El Partido del Trabajo fue una pequeña organización fundada en 1953 con restos de la izquierda ibañista. Le sirvió al PC, en 1958, como frontis legal tanto para su actuar público como para la participación de elecciones, tanto en el Frente del Pueblo como en su sucesor, el FRAP.

Sindicato de Enfierradores, la Unión de Estucadores en Resistencia, el Comité Provincial de Cesantes, entre otros grupos cuyo nombre no fue especificado. Además se sumaron los organismos comunales del FRAP, de las quinta, sexta y novena comunas, así como sus pares de Conchalí y Ñuñoa<sup>99</sup>. Era una diversidad bastante amplia. Entre jóvenes de partidos rojos, pobladoras en un particular momento de radicalización, obreros curtidos en la pelea callejera y con deseos de ajustar cuentas con la patronal, estaban los estudiantes universitarios, pocos en número pero contando siempre con la posibilidad que las enormes masas de la juventud popular de la ciudad respondieran a su llamado. En este listado es posible dimensionar el relieve preciso de las franjas militantes que levantaron la protesta en el primer trimestre de 1957. La flor y nata de los conspiradores del universo proletario de la ciudad.

La coincidencia entonces se volvió macabra cuando la noche de ese mismo 9 de enero, Clotario Blest, el presidente de la CUT, fue apresado en su domicilio. Ese día, la Central había protestado públicamente por la confirmación en los tribunales, ocurrida el 2 de enero, de la condena a cien días de prisión de los dirigentes sindicales del sector bancario Mario Morales, Iván Katalinic, Enrique Baeza, Jorge Silva, Luis Urrea y Fernando Torres<sup>100</sup>. La queja de la Central no le agradó al Gobierno, y detectives allanaron su sede central y luego detuvieron a Blest en su hogar<sup>101</sup>. La represión, para los distintos brazos del Estado y vía Ley Maldita, seguía siendo la principal forma de relación con el movimiento obrero.

Ese miércoles 9 de enero, en la Plaza de Armas, sirvió de orador el dirigente de la Federación de Estudiantes Nocturnos, Luis Gutiérrez, debido a que los demás dirigentes, especialmente los de la CUT, estaban preocupados de la suerte de Blest, quién estaba en manos de la

99 “Movilización permanente contra las alzas y cesantía”. *El Siglo*, Santiago, 10 de enero, 1957, 5.

100 «Corte confirmó sentencia de los bancarios», *Las Noticias de Última Hora*, 2 de enero de 1957, 19.

101 «Allanaron a la CUT: reactualizan proceso por el paro de bancarios», *Las Noticias de Última Hora*, 10 de enero de 1957, 16.

policía. El dirigente estudiantil llamó a la participar en la lucha contra las alzas, debido a que estas afectaban “no solo a los estudiantes sino que al pueblo en general”. La manifestación coreaba consignas como “Hay que ser recontra leso, pa’ pagar los veinte pesos!”, “¡Contra el alza de los micreros se levanta Chile entero!”, y el reconocimiento de ser parte de una larga historicidad de lucha popular, con un “¡Aquí estamos uno a uno como el año 31!”, recordando las protestas que sacaron al actual presidente Ibáñez del gobierno en 1931. Cuando carabineros arremetió contra la marcha e intentó desalojar la plaza, fueron superados por la resistencia de “los pequeños grupos operativos”, como los llamó la prensa, en que se dividieron los estudiantes por rincones y pasajes del centro de Santiago. La misma prensa notó como el público de la Plaza de Armas “rió de buenas ganas con la inteligente táctica de los muchachos y muchachas, que dejaron en ridículo a la policía”<sup>102</sup>. El apoyo de masas también estaba siendo ganado para el bando de la protesta.

Respecto de las alianzas de estudiantes y obreros, vale hacer una aclaración sobre su oportunidad. La particular unidad entre los estudiantes y las organizaciones de obreros se facilitó no solo por la debilidad de los segundos (que permitía mayor protagonismo a los dirigentes estudiantiles), sino además por la importancia que habían tomado los obreros más jóvenes en la dirección de las organizaciones sindicales. La represión sindical y política de la década de 1947 a 1957 constantemente había impedido actuar a los cuadros más veteranos del movimiento obrero, obligando a los militantes jóvenes a pasar rápidamente a la primera línea de dirección, tal y como había ocurrido en las reuniones y protestas sindicales ocurridas en 1956.<sup>103</sup>

102 “Ayer siguió la pelea de los estudiantes en la calle: Protestas contra alzas conmovieron centro de Santiago. Lanzaron micros contra manifestantes: Un herido”. *El Siglo*, Santiago, 10 de enero, 1957, 1.

103 Haciendo notar aquello y rememorando el fracasado paro de exactamente un año antes, el 9 de enero de 1957 el tesorero nacional de la CUT escribía en *El Siglo*:

“El Gobierno pretendió que el movimiento sindical quedara sin dirección al ordenar la detención de los dirigentes nacionales de la CUT, pero también fracasó en este intento. Los dirigentes que permanecían en libertad coordinaron su trabajo ilegal, con un grupo de entusiastas y abnegados jóvenes

Esto además era parte de un protagonismo juvenil de la política que recién emergía entonces como signo de la larga década de 1960. Así, el aumento poblacional de la segunda mitad del siglo XX que relevaba la importancia de la juventud tenía su forma política en una ebullición constante de nuevos cuadros y militantes, que empatizaban con sus pares estudiantes en las ganas de pasar rápido a la acción.

Las protestas contra las alzas fueron suspendidas momentáneamente desde el Comando, el día 10 de enero, ante la noticia de la muerte de la poeta Gabriela Mistral. En el comunicado de homenaje a Mistral, la FECh lamentó su muerte y llamó a retomar los actos de protesta para el día 15<sup>104</sup>. Así lo hizo el Comando contra las Alzas, y para ese día hubo un fuerte despliegue de la policía, que cercó varias calles, colocando piquetes, de una veintena de carabineros cada uno, en ambos costados de la Alameda. A la altura de la Biblioteca Nacional, los dos piquetes fueron reforzados por patrulleros con ametralladoras. La tensión era tal que se produjeron confusiones que resultaban ilustrativas de una creciente imposibilidad de la policía para distinguir entre el universo proletario: ese día, un inocente testigo, un obrero de apellido Velásquez, fue detenido mientras esperaba locomoción frente al Cerro Santa Lucía al ser confundido con uno de los posibles asistentes a la protesta<sup>105</sup>.

---

dirigentes que continuaron al frente de las organizaciones y enfrentaron los difíciles días que siguieron al 9 de enero. La persecución continuó, nuevos dirigentes fueron detenidos pero también continuó la actividad organizadora de la Central Única.

Fue la Dirección de la CUT compuesta en su mayoría por jóvenes cuadros del movimiento sindical la que se dio la tarea de organizar el 1° de mayo de 1956, que resultó la más grande movilización de masas. El Gobierno procedió a impedir esta concentración y los desfiles pero la actitud combativa de los trabajadores lo obligó a poner marcha atrás y, pese a que la mayoría del Consejo Directivo Nacional se encontraba en la cárcel, el 1 de Mayo de 1956 se caracterizó por su espíritu unitario, su combatividad y el gran despliegue de masas, que puso en evidencia la reciedumbre del movimiento sindical chileno y su decisión de continuar combatiendo por la Unidad Sindical y la Plataforma de Lucha de la Central Única de Trabajadores”. Juan Vargas Puebla, “A un año del Gran Paro del 9 de enero de 1956”. *El Siglo*, 9 de enero, 1957, 3.

104 “La FECh se adhiere al homenaje”. *El Siglo*, Santiago, 11 de enero, 1957.

105 “Se planteó en mitin de anoche: ‘Impedir alzas del pan y de la locomoción’”. “Nuevamente salieron a la calle estudiantes y obreros”. “Se

A las 19:30 de ese día 15 comenzó la manifestación. La amplitud social de la convocatoria del Comando, apenas seis días después de su conformación, se cargó por el lado del universo proletario. Así, a la movilización de ese día se sumaron formalmente la Agrupación Provincial de Pobladores, los estudiantes de la Universidad Técnica del Estado, los estudiantes normalistas y los jubilados ferroviarios<sup>106</sup>. La columna de manifestantes avanzó por Miraflores en dirección a Mapocho, coreando consignas como el repetido grito de “Hay que ser recontra rico, para poder viajar en micro”, y otras como “Estudiantes con obreros, defendemos el puchero”, “La familia Letelier, no nos deja pa' comer”, “Todo Chile a luchar contra el alza criminal”, que animaban la caminata. La marcha siguió por Mac-Iver hasta la Alameda. En cada esquina la policía les cerraba el paso hacia las calles más céntricas, como Ahumada o Bandera. La manifestación finalmente terminó con los discursos de los dirigentes estudiantiles y sindicales frente a la sede de la FECh.<sup>107</sup>

La composición proletaria de la movilización del verano de 1957 fue algo que se fortaleció en la medida que la lucha no se detuvo a pesar de las vacaciones estivales. Como ya se indicó, a los ya activos estudiantes vespertinos y técnicos, en general más proletarios que sus pares diurnos y de liceos humanistas, se sumaron los estudiantes de la Universidad Técnica del Estado, a través de su Federación (FEUT), rechazando las alzas y convocando a organizarse junto a la FECh. Con la movilización de la FEUT, fueron convocados a la protesta muchos estudiantes que componían los sectores más modernos y jóvenes de los trabajadores industriales y del ramo de la construcción. En un comunicado que resaltó el carácter social de sus asociados y el desplazamiento del conflicto de clases, la organización estudiantil

prepara gigantesca manifestación contra alzas”. *El Siglo*, Santiago, 16 de enero, 1957, 1.

106 “Gremios y estudiantes salen otra vez a la calle contra las alzas” y “Estudiantes normalistas adhieren a las protestas contra la especulación”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 15 de enero, 1957, 4.

107 Ídem. En ese entonces la sede de la Federación de Estudiantes quedaba en la avenida Alameda Libertador General Bernardo O'Higgins, número 634, en el centro de Santiago.

llamaba la atención respecto de: “[q]ue todos sus miembros son hijos de asalariados y no tienen otros medios de subsistencia que los sueldos y salarios, y siendo estos insuficientes cortarán la carrera de muchos estudiantes”. Pero además, “[q]ue otra parte de este alumnado junto con estudiar, trabaja para costear sus estudios”, por ello, consideraban el alza del transporte como “criminal”, debido a que diezmaba “principalmente al estudiante pequeño de escuela primaria, hijos de modestísimas familias”.<sup>108</sup>

Con una base de un carácter más plebeyo que a comienzos del mes, la agitación del verano continuó el 31 de enero, cuando los estudiantes y obreros nuevamente salieron a la calle y protagonizaron enfrentamientos con la policía contra las alzas en los precios de bienes y servicios básicos. Las formas se repetían: una marcha en las cercanías de Plaza de Armas, corridas y choques en las calles aledañas, heridos, presos. Aquella noche los estudiantes fueron golpeados luego de ser cercados en la Farmacia “Congreso” y lo mismo ocurrió en la esquina de Ahumada con Alameda, quedando decenas de heridos. Para el diario *El Mercurio*, la violencia se inició “ante la imposibilidad de que Carabineros pudiera disolver la manifestación en forma pacífica”. Tras estos hechos los estudiantes realizaron una amplia asamblea en la sede de la FECh desde la que salieron en pequeños grupos engrosados en el camino hacia la Plaza de Armas por trabajadores y otras personas que a esa hora caminaban por el centro de la ciudad. Mientras esto ocurría, la policía rodeó la recién abandonada sede estudiantil y destruyó la propaganda de los estudiantes contra las alzas en su ausencia. La escalada en el enfrentamiento se aceleraba, a la par con la sensación de que la violencia callejera se justifica por el actuar de la policía. Y los registros dan cuenta que la sensación no estaba lejos de la verdad. Carabineros ese mismo día 31 y en el contexto de la manifestación, sin mediar provocación, decidió dispersar a un grupo de personas que esperaban locomoción y observaban los hechos, en su mayoría trabajadores. Dejaron así heridos a los

108 “Estudiantes, obreros y empleados rechazan las alzas que liquidan ‘anticipadamente’ el reajuste de 30%”. *El Siglo*, Santiago, 20 de enero, 1957, 8.



obreros Juan Orellana y Carlos Cortés. Los estudiantes que fueron testigos de la agresión protestaron airadamente, rodeando a uno de los policías, quien desenfundó su revólver y disparó al aire, mientras varios carabineros se lanzaron a perseguir, revolver en mano, a todo lo que pareciera obrero o estudiante por las calles del centro. Los estudiantes intentaron reagruparse y reemprender la protesta. Un grupo enfiló por Ahumada coreando gritos contra las alzas, pero fueron recibidos por un muro de lumazos. Finalmente, los detenidos fueron veinticinco, los heridos fueron decenas, incluyendo a un par de reporteros gráficos. La impotencia policial para contener la protesta se comenzó a volver crítica y solo sumaba furibundos santiaguinos a las filas de la creciente revuelta.<sup>109</sup>

Febrero de 1957 no fue el mes estival que cabría esperar, las protestas continuaron. En el atardecer del viernes 2, obreros y estudiantes volvieron a la calle. En Alameda con calle Estado hubo nuevamente enfrentamientos entre la policía y los estudiantes. El mismo día, los choferes de microbuses pidieron resguardo a Carabineros, debido a las barricadas y apedreos que realizaron manifestantes en el sector del barrio Mapocho, al norte del centro de la ciudad<sup>110</sup>. Junto a las luchas contra las alzas, los empleados de la Universidad de Chile decidieron paralizar en protesta por el retraso de sus sueldos; y por su parte, el FRAP se movilizó el día 3 y fue fuertemente reprimido por la policía. Sin atender a la crispación de la situación, ciego y sordo ante la guerrilla social que copaba día por medio las calles, el gobierno reafirmó las alzas el día 4 de febrero<sup>111</sup>.

El 7 de febrero la sangre llegó al río. Una gran cantidad de estudiantes y trabajadores, convocados por el Comando contra las Alzas, y en

109 “Violenta agresión policial contra los estudiantes. Por gritar contra las alzas”. *El Siglo*, Santiago, 1 de febrero, 1957, 1; “Round de los estudiantes: Ni a bala los disolvieron”. *El Siglo*, Santiago, 2 de febrero, 1957, 1; “Manifestaciones de protesta por alza de la locomoción”. *El Mercurio*, Santiago, 1 de febrero, 1957, 10; “Presos 20 estudiantes y un periodista herido”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 1 de febrero, 1957, 6.

110 “Disturbios en manifestación de estudiantes”. *El Mercurio*, Santiago, 2 de febrero, 1957, 13.

111 Salazar, *op. cit.*, 211.

específico por la FECh y la FEUT y la CUT, respectivamente, así como también por la Federación de Panificadores, los jubilados ferroviarios y por trabajadores de la salud, se reunieron frente a la Casa Central de la Universidad de Chile. El acto se inició poco después de las 20 horas, pues la represión lo retrasó. A la hora convocada, carabineros y detectives de civil impidieron el uso de los altoparlantes del patio de la casona de Alameda, por lo que debieron hablar a viva voz. Se presentaron varios oradores, y cerró el acto el secretario de la FECH, Gustavo Horvitz, quien rechazó la condena a relegación de los dirigentes de la CUT por el paro de enero de 1956, y que los tribunales anunciaron por esos días. El encuentro finalizó con un desfile hasta el local de la Federación de Estudiantes, donde fue obligado a disolverse por carabineros<sup>112</sup>. Como ya se había hecho costumbre en ese verano, la policía eligió el desorden que producían sus intentos por impedir a lo bruto la protesta, antes que simplemente tolerar la manifestación. El centro, entonces y otra vez, se volvió un disturbio. En los combates callejeros que ocurrieron por las calles del damero central de la ciudad, la policía disparó gases y se lanzó a la caza de manifestantes luma en mano. Los heridos fueron, nuevamente, decenas. Entre ellos se contaba un obrero panificador, dirigente sindical y de pobladores así como militante socialista, de nombre Manuel Rojas Llantén. Fue apaleado y detenido por Carabineros, apaleado otra vez en la celda, y finalmente liberado. Se atendió en la Posta Central de los golpes recibidos. Al otro día, en la mañana, en su trabajo como cargador de la Vega Central, cayó al piso adolorido, muriendo al instante<sup>113</sup>.

La larga tradición de recordar a los muertos en las luchas sociales como patrimonio se reactivó en el movimiento obrero, y la memoria del agravio fue invocada para decretar la ilegitimidad de las políticas del Gobierno que no presentaban más argumentos que la violencia. El 10 de febrero y tras la muerte de Rojas -que quedó definitivamente impune luego de algunos días-, el acto electoral del FRAP en el Teatro

112 “Las Alzas recibieron ayer un fuerte apaleo”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 8 de febrero, 1957, 9.

113 Salazar, *op. Cit.*, 212. Sobre la muerte (y vida) de Manuel Rojas Llantén, se profundiza en el siguiente capítulo.

Caupolicán se volvió un acto de protesta contra la violencia policial. Era el mismo día que el funeral del obrero panificador. Más tarde, los militantes y simpatizantes frapistas que salían del evento se sumaron a engrosar el cortejo fúnebre de Manuel Rojas Llantén rumbo al cementerio, hacia el lado norte de la ciudad<sup>114</sup>. La muerte tenía esa capacidad de fraguar frentes, de constituir en comunidad de duelo lo que hasta entonces era solo una mayoría imaginada.

La movilización bajó en intensidad y se calmó por más o menos un mes, el tiempo de las elecciones parlamentarias. Entremedio se realizó la II Conferencia Nacional de la CUT, cuyo sector mayoritario proponía una discusión crítica sobre la efectividad de los métodos de lucha sostenidos entonces por la minoría más radical (anarcosindicalistas y trotskistas principalmente) y practicados en los paros nacionales de 1955 y 1956, y asumidos a modo de intentonas de desatar una huelga general indefinida. Para Baudilio Casanova, secretario general de la Central y militante del PS, estas discusiones “fortalecían orgánicamente” a los obreros, pues se estudiaban “nuevos métodos de lucha”, y así se acentuaba “la unidad granítica de la clase trabajadora alrededor de nuestra Central Única”<sup>115</sup>. Casanova tenía razón, pero no de la forma en que probablemente lo pensó. Lo que describía ya había estado ocurriendo por un mes y medio, en las protestas callejeras contra las alzas. Estas se habían caracterizado por ampliar su base de convocatoria, y privilegiar la manifestación callejera por sobre los paros dentro de los establecimientos productivos. El 20 de febrero se realizó la última manifestación del mes, en una nueva marcha por el centro de la ciudad, y que fue convocada por estudiantes de la FECh y la FEUT; los trabajadores de la CUT, la FINC, la Federación Metalúrgica; y los pobladores de la Agrupación Provincial de Santiago, de la población Nueva La Legua; así como otros nodos específicos,

114 “Se hizo chico el Caupolicán. Para la proclamación de los candidatos del FRAP”, “Enérgica condena a la política del gobierno”. *El Siglo*, Santiago, 11 de febrero, 1957, 1; “Estudiantes y política”. *El Mercurio*, Santiago, 16 de febrero, 1957, 3; “FRAP desbordó el Caupolicán: volvieron a unirse las fuerzas populares que Ibáñez desunió el 52” y “El pueblo acompañó los restos de Manuel Rojas”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 10 de febrero, 16.

115 «Hablan los consejeros», *El Siglo*, 15 de febrero de 1957, 4.

como el Comando contra las Alzas del Hospital Barros Luco y su símil de la novena comuna de la capital<sup>116</sup>. El verano así terminaba entre apaleos, piedras y gritos contra el gobierno de una base que era notoriamente más amplia y masiva que a inicios de enero.

El fin del mes de febrero estuvo calmo. Por más o menos treinta días los estudiantes y obreros dejaron las calles, principalmente porque el Gobierno anunció su duda sobre el alza del pasaje de la locomoción. En ese lapso ocurrieron las elecciones parlamentarias de marzo de 1957. La calma se mantuvo así hasta la segunda quincena de marzo, cuando se desató otra vez y con mayor intensidad la protesta popular. La movilización estival, por tanto, sirvió de propagador de la agitación contra las alzas. Una bandera común que permitía acoplar el malestar urbano de obreros, trabajadores de servicios, cesantes, profesionales de sectores medios, y la diversidad de afectados por la crisis; o sea, el universo proletario en forma.

Se ha observado como la convocatoria de marzo y abril de 1957 a la movilización fue precedida por una amplia lucha y agitación de dos meses, y que aquello preparó el terreno y abonó la situación para la revuelta. La sorpresa de abril fue la masividad, no la protesta ni sus formas. En el verano de 1957 y embarcados en un movimiento de lucha contra las alzas, los grupos de militantes que habitaban las organizaciones de estudiantes, obreros y pobladores, cabreados de la cesantía, la represión y la carestía de la vida, fueron abriendo una ruptura histórica en los consensos de la ciudad. Santiago empezaba a refundarse como metrópolis definida por la lucha de clases en su interior, en cada calle, en cada comuna. Una invasión proletaria, a ratos aluvial y a ratos más lenta, asomaba en el horizonte. Nacía así la nueva ciudad, de masas, rebelde, metropolitana, con un tajo de la desigualdad abierto y sangrante, atravesándola de norte a sur. La protesta definía una nueva geografía social de la lucha de clases en

116 “Gritando contra alzas se tomaron la calle. Estudiantes y obreros realizaron un desfile por el centro de Santiago. El pueblo apoyó. Los manifestantes, repudiando intervención de la policía”. *El Siglo*, Santiago, 21 de febrero, 1957; “Contra las alzas y la cesantía”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 21 de febrero, 1957, 12.

Santiago, y convocaba a sus habitantes a sumarse a la pelea, a tomar partido. Como se dijo en un editorial del diario comunista *El Siglo*, los estudiantes y obreros que protestaban en el verano “Han encontrado la respuesta del carabinero —símbolo de la intelectualidad del régimen—: el palo por las costillas, el manguerazo de agua a gran presión, la sarta de injurias del tenientillo”, pero también “han encontrado algo más. El apoyo resuelto del público [...] Ante la audacia de los jóvenes que enfrentan la agresión policial, la reacción ha sido unánime. Y en un segundo, en dos segundos, la manifestación contra las alzas ha tomado un marcado carácter político”<sup>117</sup>.

117 Juan Furgón, “Alzas, palos y política”. *El Siglo*, 2 de febrero, 1957, 3.





- III -

**LA MUERTE (Y LA VIDA) DEL OBRERO  
MANUEL ROJAS LLANTÉN**

En algún momento de los primeros días de enero de 1956, Manuel Rojas Llantén fue seleccionado por su sindicato, el número 5 de Panificadores de Santiago, para representar a todo el gremio en las reuniones del Comando contra las Alzas. Esta instancia de articulación social para impedir las alzas decretadas por el gobierno de Ibáñez del Campo a bienes de consumo cotidiano y servicios básicos, como el azúcar o el transporte público, comenzó a funcionar el 9 de enero de 1957. La selección como vocero gremial de Rojas Llantén es la conjunción de caminos, y de ahí una puerta de entrada al conocimiento histórico de una instancia de articulación de distintas organizaciones de obreros, pobladores y estudiantes, como fue el Comando contra las Alzas. Esta alianza si bien no era inédita, tampoco era algo común, y, como vimos, su conformación y fortalecimiento en las luchas sociales del verano, y en ellas la masificación de su convocatoria, constituyen el lento despegue de la revuelta de abril de 1957. A través de la muerte (y la vida) de Rojas Llantén, de su lucha en el Comando contra las Alzas en el verano de 1957, de su lugar en la subjetividad de la protesta social, es posible observar a ras de suelo la formación de la revuelta.

La elección de Rojas Llantén como representante sindical en el Comando provincial contra las alzas, exhibe dos formas de confianza de clase. Primero, una confianza política. Rojas era militante del Partido Socialista de Chile, la fracción minoritaria de ese partido entonces quebrado en varios grupos, y, aunque se había preocupado de purgarlos, mantenía un historial de personajes anticomunistas entre sus filas. Entre los panificadores organizados, abundaban los



militantes de izquierda y anarquistas, tanto como las clásicas rencillas entre ellos; por lo que su elección como representante gremial tuvo que ver probablemente con su probada militancia en el sindicalismo antes que por el peso de la fracción partidaria a la que pertenecía. Por otra parte, dicha elección da muestras de una confianza sindical importante, pues Rojas Llantén no tenía trabajo en panaderías en ese momento (y desde hacía tiempo), y su relación con sus compañeros no estaba dada por su cotidianidad laboral, sino, probablemente, por su activismo en el movimiento obrero.

En las reuniones del Comando, Manuel Rojas debe haber conocido a algunos rostros de luchas anteriores o de instancias parecidas, mientras que los nuevos dirigentes avecinados con la amplificación social de la protesta, le resultaban ajenos. Además, la represión aceleraba el recambio de personajes. El endurecimiento de la represión desde 1955 y especialmente tras los golpes que había recibido el sindicalismo durante 1956, habían puesto tras las rejas a buena parte de los sindicalistas de su edad, o bien, estaban lo suficientemente fichados y demasiado vigilados como para actuar. El ambiente era notoriamente juvenil, lo que finalmente facilitaba los intercambios de métodos o instrumentos de lucha -barricadas o tomas, por ejemplo- así como de conocimientos de todo tipo, con los “viejos”, quienes se veían más aislados y contenidos en su posibilidad de acción. Entre estos últimos estaba Rojas Llantén.

La formación como militante obrero de Manuel había sido entre los rudos proletarios de las panaderías. Este movimiento fue uno de los más importantes componentes de la clase obrera en Chile desde sus orígenes. En 1957, los sindicatos de panificadores alegaban representar unos 16 mil trabajadores<sup>118</sup>, entre los que abundaban los migrantes del sur del país, en su mayoría mapuche. Esto le otorgaba una historicidad específica entre la clase trabajadora, pero común a importantes sectores del gremio, y un constante antagonismo a una patronal dominada por migrantes de origen europeo, lo que agregaba un carácter racial al enfrentamiento clasista en el ramo. Los

panificadores fueron uno de los puentes entre el viejo sindicalismo, dominado por gremios artesanales y militantes libertarios, agonizante luego de los cambios políticos y económicos de la década de 1930; y un obrerismo surgido del desarrollismo, legalizado y encuadrado en el Código Laboral de 1931, pero que mantuvo altos niveles de combatividad y clasismo. Por dicho puente probablemente pasó todo tipo de conocimientos, ideologías y liderazgos, acumulados en décadas de militancia. En lo que hay seguridad, es en la transmisión a los sindicalistas panificadores de la segunda mitad del siglo XX de abyectos métodos proletarios para vencer en los conflictos, tales como el sabotaje, el incendio intencional o los bombazos a panaderías, acciones que se registran en las huelgas del rubro de 1961 y de 1967.<sup>119</sup>

Para Rojas Llantén, la década de 1950 no había sido un período de alegrías o éxitos. Hace un tiempo ya antes de su muerte en febrero de 1957, no podía conseguir trabajo en las panaderías, y por ende no realizaba su oficio. Tal vez esto era producto de la Ley Maldita, no es posible establecerlo a ciencia cierta, pero, a pesar de ello, Rojas Llantén había logrado emplearse en otras labores. Así, trabajaba como cargador en La Vega en las mañanas, manteniendo el sostén de su familia. Esta estaba compuesta por cuatro hijos (Manuel, Haydee, Pablo y Guillermo; aunque al parecer tenía dos hijos más de su anterior relación) y su pareja, Lastenia González Abarca. Su hijo Manuel, de 20 años, también trabajaba, en la construcción, para así ayudar al hogar familiar, aunque no resultaba del todo bien. Como vimos, para 1957 el ramo de la construcción tampoco lo estaba pasando bien, y por esos meses, su sindicato denunciaba que la cesantía afectaba a casi a la mitad de sus afiliados<sup>120</sup>.

119 Sobre los obreros panificadores en el siglo XX, ver Claudio Alvarado Lincopi, «¿Qué pueden temer los winka si los mapuche nos unimos?» Raza, clase y lucha sindical mapuche. Santiago, 1925-1980», *CUHSO* 27 (2017): 121-51; Víctor Muñoz Cortes, *Sin Dios ni patronos: historia, diversidad y conflictos del anarquismo en la región chilena (1890-1990)* (Valparaíso: Mar y Tierra ediciones, 2013), 147-51; Juan Carlos Yañez Andrade, «Por una legislación social en Chile. El movimiento de los panaderos (1888-1930)», *Historia* (Chile) 41, n.o 2 (2008): 495-532.

120 «Un balance de la Conferencia de la FINC. La unidad de obreros y estudiantes en acción», *El Siglo*, 6 de febrero de 1957, 3; Ver también «Estudios

La familia de Rojas Llantén vivía en “dos piezas de tablas y latas” en la calle Olivos, ubicada en la población Julio San Martín<sup>121</sup>, que se extendía en la parte norte de la ciudad. Era un obrero de la periferia, en un momento en que la misma estaba naciendo, el lugar donde crecía la ciudad de los proletarios que no cabían en la ciudad blanca. Era parte de esa invasión proletaria de la vieja ciudad de Santiago. La descripción que hizo la prensa cuando conoció el hogar de un ya difunto Rojas, no dejaba mucho lugar a la imaginación: “Sobre la cama un canasto con papeles y documentos. A la izquierda, una mesa y una pala. Debajo del lecho, un perro, ‘Pipo’, el amigo eterno de los pobres”<sup>122</sup>. En esas condiciones de pobreza que eran las de toda su población, y al estar fuera de la actividad sindical de base debido a su cesantía, Rojas Llantén comenzó a ocupar su tiempo y energía activista en los problemas de vivienda en su barrio. Así, se convirtió en dirigente social de la población “Julio San Martín”. Para el período, este cambio en los “frentes de lucha” no era algo traumático, ni muy novedoso, ni tampoco un salto a lo desconocido. El paso de la militancia obrera a la organización en las poblaciones fue algo en creciente normalización para la época, puntualmente porque este tipo de nuevos barrios periféricos, en su inmensa mayoría, estaban habitados por familias obreras y así las traslaciones de prácticas y saberes era más fluido<sup>123</sup>. De ahí entonces se producía otro enlace, que es el vínculo entre poblaciones y protestas contra las alzas. En el verano de 1957, éste se sostenía en las articulaciones militantes del movimiento obrero y el creciente movimiento de pobladores. Como se observó más arriba, fueron innumerables las organizaciones de base en las poblaciones que durante el verano de 1957 se fueron sumando a la protesta contra las alzas. Se sumaron así a estudiantes y obreros en las reuniones del Comando ad-hoc. A la vez, la organización poblacional se pensó como la base territorial del Comando contra

relativos a la desocupación en esta capital», *El Mercurio*, 17 de enero de 1957, 19.

121 «Las lumas cobraron ayer su primera víctima: cayó el obrero Manuel Rojas», 8.

122 Ídem.

123 Mario Garcés, *Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2013), 52-62.

las Alzas (junto a, y también a través de, los seccionales de la CUT), prefigurando desde entonces el carácter proletario, periférico y más allá de lo específicamente laboral que tuvo la revuelta de abril. Rojas Llantén, era un ejemplo vivo de aquello. Tal y como lo acordaron los asistentes a la reunión del día 11 de enero, de la sección provincial de Santiago del Comando, y que se autoasignaron como tarea el “organizar en cada barrio o comuna el movimiento contra las alzas y la cesantía coordinando la acción de las organizaciones sindicales, femeninas, de pobladores, deportivas, políticas, etc. que allí existan”<sup>124</sup>.

Manuel Rojas Llantén, entonces, fue en sus últimos días un obrero panificador pobre y casi sin trabajo, pero respetado en su sindicato como dirigente y militante de izquierdas. Hasta donde se sabe, era un activista carente de experiencia política institucional, pero conocedor de la construcción de base y las escaramuzas políticas en el campo popular, lo que le permite convertirse en un dirigente de pobladores. Esa era la imagen de Manuel Rojas Llantén en el Comando contra las Alzas. Según Baudilio Casanova, compañero del Partido Socialista de Manuel Rojas Llantén y además secretario general de la CUT, este obrero panificador tenía un rol importante en el Comando, “donde llevó varias sugerencias interesantes”<sup>125</sup>. Allí se hizo parte de una alianza social que reproducía las mixturas que su propia vida militante ofrecía. Aquel era un lugar en que se reunían grupos distintos, y no un idealizado espacio “popular” sin fisuras. En el inicio de la revuelta, la convocatoria al ciclo de protestas contiene una diversidad de actores vinculados por el hilo común del encarecimiento de la vida en la ciudad.<sup>126</sup> La revuelta de 1957 se formó, también, de esos encuentros de activistas socialmente diferentes que descubrían así sus enemigos

124 «El martes próximo, a las 18 horas: PROTESTA CALLEJERA CONTRA LAS ALZAS. Propicia el Comité Coordinador Provincial Contra las Alzas y la Cesantía.», *El Siglo*, 12 de enero de 1957, 1.

125 «'Palos y muerte ha dado el gobierno al pueblo', dice la voz de la calle», *Las Noticias de Última Hora*, 9 de febrero de 1957, 5.

126 Sobre el problema específico del carácter social de la revuelta de 1957, se ahonda en el cap. IV; y en Luis Thielemann H., “...sectores sociales subordinados a las más bajas pasiones”. Notas sobre lucha de clases y disturbio callejero en la Batalla de Santiago. Enero - Abril, 1957”. en Camilo Santibáñez R., Luis Thielemann H. (Eds.), *Revueltas...*

en común. La figura de Manuel Rojas Llantén pivota sobre estas realidades distintas que se reunían en el Comando, y nos permite un punto de vista a sus vínculos en el conflicto. Un galpón con estudiantes de buenos apellidos, provenientes de las capas medias de la capital; jóvenes obreros que a la vez y cuando bajaba el sol, se convertían en estudiantes vespertinos; curtidos obreros militantes -entre los que estaba Rojas Llantén-; y también varias mujeres dirigentes de organizaciones de las poblaciones y de los allegados. Aquello era un nodo común definido por el encarecimiento de la vida en Santiago, y que permitió hilvanar una trama que la represión a la protesta solo hizo más firme.

Las trenzas activistas, en el fondo clasistas, se tejían así entre los distintos grupos organizados -y ni tanto- que se reunían en algún punto del centro de la ciudad, siempre a las 19:30 horas. Podía ser el local de la FECh o el del Partido del Trabajo, ambos dando cara a la Alameda, la principal calle de Santiago. Como se dijo, en esas reuniones participó Rojas Llantén. Ahí conversaba con el diputado Florencio Galleguillos, su amigo, o con Clotario Blest, a quien conoció recién en enero en esas mismas reuniones<sup>127</sup>. Como se vio, a partir de las reuniones y asambleas del Comando, salían a la calle, y si Carabineros no lo impedía, comenzaban a avanzar desde la Alameda, por Miraflores, Mac Iver, San Antonio o Ahumada, en dirección al río Mapocho, con tal de alcanzar la Plaza de Armas. Si no había enfrentamientos con Carabineros, o si estos no eran muy fuertes, se volvía a la sede de la FECh en donde nuevamente se daban discursos y debates. A veces los disturbios eran más fuertes, a veces terminaban con varios detenidos apaleados en las comisarías del centro de Santiago.

En esos disturbios, que demandaban agilidad y resistencia física, el protagonismo lo tenían los obreros y en especial los jóvenes estudiantes. Rojas Llantén no era joven, tenía 49 años ese, su último, verano. De todas formas, no era alguien ajeno a las peleas violentas,

127 «Las lumas cobraron ayer su primera víctima: cayó el obrero Manuel Rojas».

fueran en un ring de box o en la calle. Según la prensa que algo se adentró en la vida de un obrero muerto, el “más hermoso recuerdo” de Rojas era una fotografía tomada el 14 de mayo de 1929, encontrada entre sus pertenencias, y en la que el panificador, con su atuendo de boxeador de peso liviano, posaba tras derrotar, por puntos y al 12° round, al peruano “Dinamita Jackson”. Esas técnicas de pugilato pueden haberlo ayudado en las jornadas de violencia de enero y febrero a través de los choques con los funcionarios policiales, pero no pudieron salvarlo del apaleo final.

Lo que es visible en los pocos registros existentes de la actividad social y política de los últimos días de la vida de Manuel Rojas Llantén, tiene que ver con formas concretas de construcción de un ciclo de protesta, de cómo, sin subestimar las determinaciones de la experiencia rebelde, se levanta desde abajo una revuelta. Así, toma nombre la construcción de una “normalidad del disturbio”, que se fue nutriendo de masas en la medida que demuestra su posibilidad de servir para la expresión del malestar y al conseguir contener la iniciativa del poder. Tal construcción de movimiento fue un proceso dolido en los cuerpos de muchos activistas y militantes. Puesto así, la creciente agitación, organización y convocatoria a las protestas en el centro de la ciudad, por parte de personas como Rojas Llantén durante el verano de 1957, se puede entender como una normalidad para activistas y militantes del universo proletario urbano en el Chile del siglo XX. Se dedicaban al cultivo de vientos buscando conscientemente cosechar tempestades. La sorpresa de la revuelta de abril, como dijimos, está en la masividad convocada y no en la violencia o la generalización del disturbio, procesos en marcha desde meses antes y levantados por personas como Rojas Llantén.

En las nuevas poblaciones, repletas de viviendas autoconstruidas y en las que se amontonaba la diversidad popular, se tanteaba una afirmación de identidad proletaria. Se le llamó “popular”, aunque ese concepto aparentemente unitario, se usó con un marcado tono clasista y sectario más que amplio y nacional. No era una “nueva identidad” de pobladores, tampoco una simple movilización “obrera”. Era una

expansión de la lucha de clases a la totalidad de la contradicción desplegada en la ciudad; y asimismo, una constitución de un bando proletario más amplio que el movimiento obrero, pero con éste al centro. Rojas Llantén cargaba en su cuerpo ese proceso, entre sus roles de dirigente sindical, organizador provincial de protestas contra las alzas, dirigente de pobladores y militante de partido obrero y marxista. Lo nuevo era el espacio que nacía en un cada vez más violento parto, la periferia de Santiago. Las masas abigarradas que se definían por ese lugar, eran proletarios también porque eran periféricos, y viceversa. Una especie de sitio creado por el salto demográfico en un capitalismo dependiente y la subjetividad popular que le era consustancial; y que desde su origen se definió en rebeldía y conflicto con los barrios de la riqueza y el poder, es decir, el centro y el barrio alto.

### **“Anoche me pegaron sin compasión los carabineros...”**

La noche del 7 de febrero, como ya se indicó, hubo fuertes disturbios luego que Carabineros acosó el acto del Comando en la Casa Central de la Universidad de Chile, a pocas cuadras de La Moneda. Tras eso, y luego que el acto se hiciera con discursos a viva voz, se inició una marcha hacia la sede de la FECh. En el camino, Carabineros atacó a los manifestantes, y la columna se fragmentó en varios grupos enfrentados a los policías, que respondían lanzando gases lacrimógenos. La espesa atmósfera del verano santiaguino se hacía irrespirable en los alrededores de la Plaza de Armas. Entre el humo, la policía asaltó a palos a todo lo que se movía, cayendo varios heridos.

Esa noche, el joven Luis Fernández Barrera recorría las calles del centro en su bicicleta. No es posible establecer si lo hacía en el marco de las protestas o por otras razones. Como sea, terminó su recorrido entregándole la bicicleta a un amigo mientras era detenido frente a calle Catedral por oficiales de Carabineros. Al igual que Rojas Llantén, el muchacho era otro más de los tantos sujetos que

“habitaban” dos o más de las categorías tradicionalmente utilizadas como compartimentos estancos para el período: Fernández Barrera, de 16 años, era empleado de la Feria Automotriz de la calle Santa Rosa, y también, en las noches, era alumno de la Escuela 57 de Santiago. Joven, trabajador, estudiante. El 7 no fue su día de la buena suerte, y terminó encerrado en el “juanito”, como se le llamaba al carro policial para transporte de detenidos. A la prensa, Fernández Becerra le contó que cuando lo detuvieron, los carabineros lo lanzaron al fondo del carro de “un solo empujón” y cerraron la puerta, dejándolo solo en la bodega. El vehículo se echó a andar y durante unos cinco minutos, el joven no supo hacia donde estaba siendo conducido. De pronto, el carro se detuvo en medio del barullo callejero y gritos de policías. Se abrieron las puertas, y un hombre viejo, lamentándose por el dolor de los golpes, fue también empujado a patadas al interior del furgón, cayendo como un bulto a un costado del estudiante. El viejo era Manuel Rojas Llantén, que había sido apaleado y detenido por Carabineros en las cercanías de la Plaza de Armas<sup>128</sup>.

El encarcelamiento de Rojas Llantén junto a Luis Fernández Barrera es una imagen que habla de la forma de los disturbios que crecían en la medida que terminaba el verano de 1957. También del resentimiento que probablemente generaba esa especie de venganza policial sobre los detenidos que ocurría -y ocurre- en los vehículos y comisarías. La prensa destacaba esos días cómo, además de esos apaleos normales a los detenidos por parte de Carabineros, aquellos eran sometidos a “la cruel tortura” -como la denominó la prensa- conocida en ambientes policiales y delictuales como “la ‘calle del medio’”. Este “refinamiento policial” fue definido por los periodistas como “el atormentado paseo de un detenido por entre dos filas de carabineros que, aprovechando la impunidad, dan rienda suelta a sus instintos abofeteando y pateando sin compasión a la indefensa víctima”<sup>129</sup>. Este habría sido el festín de golpes que recibió Manuel Rojas Llantén en vehículos

128 «“Rojas fue golpeado y enviado a un calabozo”, acusa testigo de 16 años.», *Las Noticias de Última Hora*, 10 de febrero de 1957, 7.

129 «Las lumas cobraron ayer su primera víctima: cayó el obrero Manuel Rojas», 9.



y recintos policiales. En la represión a una violencia callejera cada vez más generalizada en el centro, eran principalmente estudiantes y obreros los que sufrían el “ataque al bulto” de Carabineros. Los datos de detenidos, heridos y muertos de las jornadas del 2 de abril de 1957, recopilados en la obra de Milos, confirman aquella abrumadora presencia de jóvenes pobres entre las víctimas de la violencia policial<sup>130</sup>. Fernández y Rojas expresaban, también en el encierro común de la jaula, el odio policial hacia una alianza social de protesta popular, no solo de ese abril de 1957, sino a su permanencia histórica, a su conocido sentido y razón. Y es que las instituciones represivas del Estado también tienen cultura y memoria, y por cierto enemigos históricos, y lo han demostrado cada tanto con pilas de cuerpos sobre la acera.

La noche del 7 de febrero continuó en la Primera Comisaría de Carabineros de Santiago, ubicada en el 714 de la calle Santo Domingo, en el centro de la ciudad, casi al llegar al parque Forestal junto al río Mapocho. Allí fue conducida la pareja de detenidos. El joven Fernández Barrera contó más tarde que Rojas Llantén pedía por favor que lo soltaran. A los carabineros que lo mantenían detenido les “insistía en que era un obrero panificador y que tenía que velar por sus cuatro hijos”. Pero sus lamentaciones y gritos por los golpes recibidos y por los reclamos por su liberación encontraron una única respuesta de los oficiales, un frío y cortante llamado al silencio: “Tate callao...”. Y aunque Rojas Llantén siguió gritando, “ya ningún uniformado más se preocupó de su suerte”. Tras estos hechos, ambos fueron llevados ante el teniente Alejandro Martínez Pereira, quién los interrogó brevemente. Rojas Llantén alegó que él no tenía “nada que ver con el boche que había en la calle”; a lo que el teniente le respondió: “claro, si todos los que llegan aquí se hacen los tontos, como vos”. Sabemos que, en este caso, lo más probable y dado el rol de Rojas Llantén en el Comando contra las Alzas, el oficial Martínez haya tenido razón en su presunción. El teniente les aplicó la misma multa a ambos, 440 pesos chilenos de la época. Rojas podía pagar ese dinero, pues portaba 570

<sup>130</sup> Milos, *Historia y memoria*, 325-75.

pesos en sus bolsillos, pero el teniente le advirtió que solo podría salir si pagaba la multa también de Fernández Barrera, quien solo portaba 150 pesos. Finalmente, los policías cambiaron de parecer, y liberaron al golpeado Rojas Llantén, y, horas más tarde y solo cuando su padre pagó la multa, a Fernández Barrera.<sup>131</sup>

Rojas Llantén volvió tarde a su casa, esas “cuatro tablas de la población Julio San Martín”, allá lejos, cruzando el río, en la periferia norte. Se acostó sin dar mayores detalles a su hijo, a quien apenas le contó que había sido detenido por Carabineros en “el mitín contra las alzas”. Al otro día y como todos los días, se levantó temprano para ir a su trabajo como cargador en la Vega Central. Esa mañana se sentía mal, pues así se lo confesó a su hijo Guillermo y a su vecina, la señora Rosa Valenzuela. Según la prensa y tal vez presintiendo la tragedia que asomaba, le pidió a su hijo que anotara la dirección del Sindicato n°5 de Panificadores, en donde Rojas Llantén era dirigente. “Por si algo me ocurre hoy”, explicó. Cuando llegó a su trabajo, no le causaron mayor gracia las bromas de sus compañeros, quienes le mostraban las fotos en los diarios santiaguinos de esa mañana, que en portada llevaban la imagen del obrero panificador siendo detenido por Carabineros. A doña Carmen Albornoz y a don Armando González, comerciantes de la Vega, Manuel Rojas les confidenció: “estoy muy molido. Me duelen los riñones y tengo la cabeza pesada. Anoche me pegaron sin compasión los carabineros. Estuve más de una hora en la Comisaría antes de lograr salir. Me siento muy mal”<sup>132</sup>. Según los testigos, esa mañana Rojas no pudo trabajar en la forma normal de siempre. Se mostró cansado y sin ánimo. En un momento, cerca de las 10:30 de la mañana, transportaba una carretilla con dos cajones de duraznos, Rojas se sentó a descansar junto a la puerta de la entrada de la Vega Central, tomándose con las palmas de las manos firmemente la parte posterior del cráneo. Minutos después cayó desplomado en el patio de dicho mercado que da a la calle Salas, muriendo “de

131 «“Rojas fue golpeado y enviado a un calabozo”, acusa testigo de 16 años.», 7.

132 «Las lumas cobraron ayer su primera víctima: cayó el obrero Manuel Rojas», 9.

Conmoción”<sup>133</sup>. Así, al otro día de un brutal apaleo policial y a sus 49 años, el obrero panificador Manuel Rojas Llantén dejó de existir.

Aunque no es el objeto central de este capítulo ni libro, la muerte de Rojas nos abre a otro aspecto en la historia del movimiento popular de la segunda mitad del siglo pasado, como es la indefensión de los dirigentes sindicales ante la violencia del Estado. Lejos de la protección o integración al Estado que en otras latitudes pero en el mismo período gozaban otros dirigentes y activistas sindicales, la vida y la muerte de Rojas Llantén nos muestran la normalidad de la precaria protección ante el abuso legal y la violencia estatal que tenían tradicionalmente los líderes obreros en Chile. No existió en Chile la denominada burocracia sindical, alejada de las complicaciones de la primera línea del enfrentamiento de clases y dedicada más bien a las tareas de negociación y administración.<sup>134</sup> En cambio, los últimos días de activismo de Rojas Llantén dan cuenta de las dificultades y el costo del compromiso que significaba ser parte de los nervios vivos del movimiento popular del período.

Desde el Gobierno se sostuvo hasta el fin que Rojas Llantén había muerto de una pancreatitis, tal y como lo indicó el parte médico oficial de su defunción<sup>135</sup>. Uno de sus hijos, el obrero de la construcción también llamado Manuel, sostuvo ante la prensa con firmeza su duda ante dicha versión: “[Mi padre] jamás se quejó del hígado... Mi padre murió a consecuencia de los garrotazos”<sup>136</sup>. Pero su opinión no importó, y los informes oficiales descartaron la participación policial en la muerte del obrero panificador.<sup>137</sup> Por su parte, el diario

133 «Uno de los apaleados anoche en la manifestación contra las alzas murió hoy de un ataque cerebral», *Las Noticias de Última Hora*, 8 de febrero de 1957, 16; «Las lumas cobraron ayer su primera víctima: cayó el obrero Manuel Rojas», 16.

134 Luis Thielemann, «La rudeza pagana: sobre la radicalización del movimiento obrero en los largos sesenta. Chile, 1957 – 1970.», *Izquierdas* 44 (junio de 2018): 114-33.

135 Salazar Vergara, *Violencia política popular en las «grandes alamedas»*, 212.

136 «(Portada)», *Las Noticias de Última Hora*, 9 de febrero de 1957, 1.

137 “Esta es la versión de la DIE [Dirección de información del Estado]”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 10 de febrero, 1957, 7. Según la autopsia

El Mercurio aseguró que Carabineros manejaba información relativa a la “intervención de elementos activos del Partido Comunista en los incidentes callejeros de los últimos días”, destacando la muerte de Rojas como “víctima de una conmoción cerebral en los momentos en que transitaba por la calle”<sup>138</sup>. Cinco días después, las oficinas del mencionado diario conservador fueron apedreadas por “extremistas con apariencia de estudiantes”, según narró el mismo matutino<sup>139</sup>.

La defensa corporativa ante la acusación de que funcionarios policiales podrían haber sido culpables de causarle la muerte a Rojas Llantén, más allá de su justificación, convocó lo que investigadores han llamado “la paradoja de la represión-protesta”<sup>140</sup>, es decir, que si bien en un comienzo la represión logra contener la protesta, en otro momento del ciclo de conflicto puede incrementar la protesta misma. En ese sentido, la muerte de Rojas Llantén marcó un hito de intensificación de la protesta, y es posible proponer que produjo cambios en la subjetividad de las masas e implicó una fuerte politización del conflicto social por las alzas.

El funeral de Rojas Llantén fue asumido, independiente de la sentencia oficial sobre las causas de su muerte, como el que le correspondía a un mártir del movimiento. En consecuencia, fue velado en el salón de honor de la sede de la FECh con el acuerdo de su familia. La misma Federación contrató los servicios funerarios, los que resultaban impagables para sus deudos. Por su parte, casi todos los sindicatos y organizaciones populares reunidas en el Comando provincial contra las Alzas emitieron declaraciones de condolencia con la

realizada al cuerpo de Rojas por el médico Alfredo Vargas Baeza, “el carácter leve de las lesiones [...] excluyen toda relación de causa a efecto entre ellas y el proceso patológico causante de la muerte”. Alfredo Vargas B, *Informe de Autopsia n°223 de Manuel Rojas Llantén* (copia). En Fondo Ministerio del Interior, ARNAD, Chile.

138 “Intervención de extremistas en los últimos desfiles”. *El Mercurio*, Santiago, 9 de febrero, 1957, 11.

139 Salazar Vergara, *Violencia política popular en las «grandes alamedas»*, 212.

140 Charles D. Brockett, «Una resolución de la paradoja represión-protesta popular mediante la noción de ciclo de protesta», en *Protesta social: repertorios y ciclos de la acción colectiva* (Barcelona: Hacer, 2002), 131-61.

familia de Rojas Llantén, y de protesta ante lo que consideraron un crimen policial, y, según la misiva de los ferroviarios, parte de “las medidas de fuerza con que se pretende acallar el clamor popular”<sup>141</sup>. El 10 de febrero, un acto electoral del FRAP convocado en el Teatro Caupolicán se convirtió en un acto de protesta. El teatro se repletó, y sí bien oficialmente la CUT y la FECh no participaron del acto, argumentando su carácter gremial, sus bases lo hicieron de forma masiva, repletaron la movilización y sus directivas enviaron los saludos correspondientes. A la salida del teatro, los miles de manifestantes reunidos allí se sumaron al cortejo fúnebre de Manuel Rojas rumbo a los cementerios del norte de la ciudad<sup>142</sup>.

Por su parte, la prensa de izquierdas mantuvo vigente el nombre de Rojas Llantén, y asoció su muerte a los costos de la lucha social contra las alzas. De esta forma, en el diario *El Siglo*, en la sección de la Lira Popular, fueron publicados durante el mes de febrero poemas en homenaje a Rojas Llantén, en los que se le reconocía el mencionado carácter: “Manuel Rojas, fuiste obrero / de heroísmo singular / y tu sangre es el señero / de un camino a marcar. / Manuel Rojas, tu martirio / es lucero en la opresión; / si hoy estamos entre cirios, / mañana será en canción”<sup>143</sup>. Con la enorme y amplia movilización popular de repudio a la muerte del obrero panificador y como protesta contra la represión policial a demandas ampliamente respaldadas, puede comprenderse mejor la violencia desatada en abril de 1957 por las clases populares de la ciudad de Santiago, cuando fue asesinada por las balas de Carabineros la estudiante Alicia Ramírez. Ambos hechos

141 «Muerte de Manuel Rojas sacude con profunda indignación a trabajadores», *Las Noticias de Última Hora*, 10 de febrero de 1957, 3; «Medios políticos y parlamentarios condenan el maltrato del obrero Manuel Rojas: responsabilizan al Gobierno», *Las Noticias de Última Hora*, 9 de febrero de 1957, 6.

142 “Se hizo chico el Caupolicán. Para la proclamación de los candidatos del FRAP”, “Enérgica condena a la política del gobierno”. *El Siglo*, Santiago, 11 de febrero, 1957, 1; “Estudiantes y política”. *El Mercurio*, Santiago, 16 de febrero, 1957, 3; “FRAP desbordó el Caupolicán: volvieron a unirse las fuerzas populares que Ibáñez desunizó el 52” y “El pueblo acompañó los restos de Manuel Rojas”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 10 de febrero, 16.

143 Sara Marín, «Canto fúnebre al mártir», *El Siglo*, 17 de febrero de 1957, 3; Julio González, «A Manuel Rojas Llantén», *El Siglo*, 24 de febrero de 1957, 3.

constituyen hitos en una narrativa de ascenso represivo que respondía a su vez al ascenso de masas de la protesta. La espiral de la violencia aceleró su movimiento con cada golpe represivo. Por su parte, cuando algo así como un mes y medio después cayó baleado Samy Muga, y luego Ramírez, abriendo el macabro listado de víctimas de la revuelta de 1957, el movimiento de protesta los ubicó en la parte más alta de un sitio de memoria en que ya estaba Manuel Rojas Llantén, todos símbolos del agravio policial antipopular.



- IV -

**LA REVUELTA. MARZO – ABRIL, 1957**

Los patrones y el gobierno tomaron nota de los resultados electorales de los comicios parlamentarios de 1957. Las fuerzas de izquierda concurren agrupadas en el Frente de Acción Popular (FRAP) en la que fue su primera incursión parlamentaria. Aunque un 14% de los votos y una similar proporción de escaños en el Congreso parecía suficientemente bueno para un debut de una coalición electoral exclusivamente de izquierdas, sus partidos se mostraron notoriamente estancados en su proporción de los sufragios, y por ende, del Congreso.<sup>144</sup> El apoyo a los partidos que portaban las banderas de las reivindicaciones salariales, de la lucha por la vivienda y, últimamente, contra las alzas, no había subido de forma significativa respecto de anteriores comicios, a pesar de la fuerte movilización de sus activistas en el verano.

Pero había una opacidad proletaria en esos resultados que se haría del todo relevante en las semanas siguientes. Así, las cifras electorales oficiales no podían dar cuenta de los casi 700 mil adolescentes y jóvenes santiaguinos mayores de 10 años y menores de 21 años (en torno a un tercio del total de habitantes de la ciudad) que no estaban legalmente habilitados para votar.<sup>145</sup> Estos sectores etarios fueron los principales protagonistas de la revuelta que se desató en las semanas siguientes, y sin duda, fueron los que protagonizaron la década larga de 1960 que se abrió con las rupturas de 1957. Entre los que sí podían

144 «1957 Congressional», *Base de datos, Political Database of The Americas*, accedido 5 de marzo de 2021, <https://pdba.georgetown.edu/Elecddata/Chile/Cong57.html>.

145 Cifra aproximada, a partir de datos de Dirección de Estadística y Censos, *Características básicas de la población (censo 1960)*, vol. 1, 2 vols. (Santiago de Chile: La Dirección de Estadística y Censo, 1964).



votar, por otra parte, la participación en los comicios, especialmente en los parlamentarios, era tradicionalmente muy baja. Solo un 40% de los ciudadanos habilitados estaba inscrito oficialmente para ello, y de ellos, poco más del 60% votó ese 3 de marzo de 1957.<sup>146</sup> La fuerte crítica a las condiciones de vida que estaba emergiendo no buscó -todavía- ser representada en los votos, así como tampoco parece haberse interesado en la búsqueda de nuevos métodos de lucha de la Central Única de Trabajadores. Por fuera de los aún estrechos canales de la lucha electoral, la disposición a producir un hecho político desde abajo y en formas plebeyas se volvió una alternativa seductora en todos los sentidos imaginables y que crecía en las nuevas y viejas periferias de la ciudad. El recurso al número, y como desborde de masas para tomarse la calle (y lo que sea que le siga) pareció una forma más conocida y veloz de hacer algo con el malestar.

Las elecciones habían suspendido las protestas en febrero, también la promesa gubernamental de poner fin al alza del transporte público había hecho lo suyo, pero principalmente bajaron su intensidad porque la mayoría de los agitadores y activistas del Comando contra las Alzas eran también militantes de los partidos del FRAP y uno que otro del Partido Radical o la Democracia Cristiana, por lo que debieron ponerse al servicio de las campañas parlamentarias. Pero el retorno a clases en marzo y la rápida masificación del centro de la ciudad que ese mes ocurre tradicionalmente en Santiago, activó la protesta popular apenas empezó su primera semana, el día lunes 4 de marzo.

Muchos jóvenes querían volver a las calles. Las protestas del verano se habían convertido en una especie de divertimento juvenil de temporada estival, que les permitía capear el aburrimiento y el sopor entre piedras y gases. En las corridas por el centro de Santiago se encontraron obreros de todo nivel, estudiantes universitarios de sectores medios y también los más populares de las nocturnas o los liceos periféricos. Ahí la protesta y el disturbio se confundían por

146 Porcentajes aproximados, a partir de datos de Jaime Rossemblit y Jaime Nazer, «Electores, sufragio y democracia en Chile», *Mapocho* 48 (2000): 227.

horas. Ese fue el caso, al parecer, del estudiante vespertino del Liceo Integral N°3 y empleado de una fábrica de ropa en avenida Diez de Julio, en Santiago, Ricardo Pizarro Venegas, de 16 años, y que fue muerto de un balazo en el abdomen el día 2 de abril. Para explicar su asistencia a las protestas, su madre dijo a la prensa que el joven “andaba loco con estas cosas de los estudiantes y antes ya había ido dos veces a desfilas o a mirar”.<sup>147</sup>

### **El retorno de la protesta**

La agitación y la protesta recomenzó entonces los primeros días de marzo. La vida en la ciudad estaba tan atravesada por los conflictos heredados del año anterior, como por aquellos abiertos durante el verano que terminaba, dejando las cosas caldeadas durante casi todo marzo. Para la quincena de marzo, en la zona sur de Santiago, los obreros de la industria MADECO llevaban a cabo una trabada negociación con sus patrones que los tenía al borde de la huelga. En el mismo sector de la ciudad, los obreros de las obras de Vicuña Mackenna Sur pararon en protesta por el despido de dieciocho compañeros que la empresa cesó, y por que no contentos con ello, tampoco habían aplicado el reajuste legal en sus salarios.<sup>148</sup> Otro de los múltiples pequeños focos de incendio popular eran los obreros alcantarilleros de la ‘Población Roosevelt’. Una larga y dramática huelga iniciada en enero y que duró 65 días, concluyó el 26 de marzo con una complicada acta de avenimiento.<sup>149</sup> No era solo Santiago. En la ciudad y también en el siempre agitado puerto de Valparaíso, las noticias de estallidos locales en regiones del norte y del sur llegaban veloces. La pelea en la pampa salitrera había continuado todo el

147 Citado por Pedro Milos, Op. Cit., 367.

148 “Industria Madeco regatea aumento a sus obreros”. *El Siglo*, 13 de marzo, 1957, 4; “Gerente de MADECO se hace el desentendido frente a peticiones del sindicato”. *El Siglo*, 16 de marzo, 1957, 4; “PARO realizaron ayer obreros de Vicuña Mackenna Sur”. *El Siglo*, 15 de marzo, 1957, 4.

149 “Con dramática huelga ganaron reivindicaciones los obreros de los obreros de la Población ‘Roosevelt’”. *El Siglo*, 27 de marzo, 1957, 4

verano tras el breve alto por la masacre y las movilizaciones de masas en la capital hacia fines de 1956. En enero, los derrotados obreros de la oficina salitrera Pedro de Valdivia habían realizado una nueva huelga por el despido de dos de sus dirigentes, y ante la amenaza de la empresa, la Anglo Lautaro, de cesar a ciento sesenta trabajadores, negándose así a obedecer los acuerdos que se habían alcanzado entre ellos, el sindicato y la Intendencia<sup>150</sup>. Esa huelga de enero fue disuelta por Carabineros, cuando, al parecer y como ya se indicó, un grupo de obreros dinamitó, con dos sendos bombazos, las oficinas de la empresa en el pueblo de María Elena. Por el hecho fueron detenidos diez trabajadores<sup>151</sup>. Las derrotas obreras del verano sirvieron a modo de diana para una nueva ofensiva de los sectores propietarios sobre las clases trabajadoras. Ya en marzo, Marta de Rivera, secretaria del Comité de Dueñas de Casa de María Elena, cuyo esposo, Pedro Rivera, había sido desahuciado el 25 de febrero al igual que los cónyuges de las demás mujeres dirigentes del comité, declaró a la prensa que la empresa estaba despidiendo a “no menos de 35 obreros semanales – en su mayoría padres de muchos hijos- con el fin de destruir al Sindicato y contratar a nuevos obreros con salarios más bajos”<sup>152</sup>. A Santiago llegaban las noticias del duro enfrentamiento entre obreros y patrones, también eso era una diana para los proletarios más clasistas de la capital.

El malestar social crecía casi como si se estuviera instalando un lento y fragmentado sitio a la vieja ciudad del patriciado chileno. El ambiente de crispación violenta, de polarización social y rabia crecía con el recién llegado otoño. Los días 29, 30 y 31 de marzo se realizó el Quinto Congreso Provincial de Pobladores de Santiago, que demandó el cumplimiento de la legislación sobre vivienda y, concatenando

150 Oficio n°89, 11 de enero, 1957, Fondo Ministerio del Interior, ARNAD, Chile. Vol. 16566

151 Melendez, “Diez obreros detenidos a raíz de dos explosiones en oficina Pedro de Valdivia”. *El Mercurio*, Santiago, 10 de enero, 1957, 23. “Además de las alzas, la cesantía y la represión sindical hacen estragos: lo de Pedro de Valdivia”. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 10 de enero, 1957, 3.

152 “la Anglo desahucia obreros en masa y contrata otros con menos salarios” (con mayúsculas en el original). *El Siglo*, Santiago, 6 de marzo, 1957, 4.

demandas, se sumó a la lucha de la CUT contra las alzas.<sup>153</sup> Este congreso acompañó la radicalización en las poblaciones, al verse precedido por una serie de reuniones y asambleas por toda la ciudad en que se discutía justamente la pobreza, las alzas y el problema de la vivienda popular en Santiago. Así, por ejemplo, el 22 de marzo se reunió el Consejo Directivo de la Agrupación Comunal de Pobladores de Barrancas, organización que decía aglutinar a 16 poblaciones con un total de 21 mil habitantes de esa zona del poniente de la ciudad. Sus resoluciones ofrecen un buen ejemplo sobre lo que se vivía en los barrios proletarios durante la segunda mitad de marzo. Primero, la reunión de pobladoras resolvió protestar públicamente por el alza de la locomoción colectiva que el gobierno había anunciado reactivar, haciéndose parte de la continuidad y revitalización del ciclo de protestas del verano, apenas suspendido en febrero. En segundo lugar, se propuso protestar contra el alcalde de la comuna por temas relativos al derecho a edificación de viviendas en la zona, que era uno de los límites legales que enfrentaban los miles de obreros sin casa de la ciudad. Por último, la asamblea planteó la participación de las bases de la organización en un próximo encuentro de pobladores, buscando así la expansión de su debate y estrategias de lucha.<sup>154</sup> De esta forma, en una sola asamblea y en una abierta perspectiva de conflicto, se mezclaba la lucha por la vivienda con el ciclo de protesta general contra las alzas, sin abandonar las mismas necesidades de organización interna, de tiempos más lentos aunque vinculados al desarrollo de la lucha. Por estas vías de vinculación de reivindicaciones y frentes de conflictos, el movimiento de protesta se fue masificando, articulando en la comunidad de enemigos y demandas a las organizaciones de pobladores, de obreros y de estudiantes. Con un ritmo parecido al de la lenta persistencia con que se acortan los días durante marzo, la protesta poco a poco fue deviniendo en revuelta. Ocurrió a través de catarsis en asambleas y reuniones, en esquinas donde se leía en

<sup>153</sup> «Hoy finaliza el quinto congreso de pobladores», *El Siglo*, 31 de marzo de 1957, 9.

<sup>154</sup> “Pobladores de Barrancas contra alza de locomoción”. *El Siglo*, 23 de marzo, 1957, 4.

colectivo los periódicos que relataban impresentables injusticias y derrotas lejanas de hermanos cercanos. Ocurrió cuando se volvieron explícitos y urgentes los elementos generales de los conflictos, los que de otra forma y en otros momentos, eran vistos como estrictamente particulares o gremiales.

### **El alza como declaración de guerra**

La resolución n°67 del Ministerio de Economía, fechada el 18 de marzo pero que se haría conocida el día 22 del mes, fue la forma en que el gobierno retomó su política alcista y rompió también la tregua anunciada en febrero. En la práctica las alzas significaron un tributo de emergencia, provisto contra su voluntad por los sectores más pobres, y destinado a sostener la caja de las empresas y también los bolsillos de sus dueños y directivos, mientras duraba la crisis. Una declaración de guerra social. Esa línea, sueldos con cepo y precios sin control, era algo conocido y aborrecido. Un ya citado editorial de *El Siglo* lo explicaba con claridad: “El Gobierno es riguroso para exigir un 25% como tope para los reajustes [salariales] pero sigue una política diametralmente opuesta para las alzas [de bienes y servicios]”<sup>155</sup>. Ese 18 de marzo, el mismo diario comunista sentía los vientos de tormenta: “esto va a estallar cualquier día. Va a estallar... no por instigaciones políticas o de otra índole, sino por la rebelión de los espíritus...”<sup>156</sup>. La guerra empezó por la base. Antes que se hiciera público el decreto de alza del pasaje, ya algunas máquinas estaban cobrando la nueva y más elevada tarifa. Según los conductores, los empresarios los obligaban. La revuelta también puede ser comprendida como una ofensiva -patronal- que salió mal. Los estudiantes, por su parte, estaban en resistencia desde comienzos del mes y ya habían mostrado su negativa a seguir colaborando con cualquier salida a la crisis que

155 “Detener las alzas”, *El Siglo*, Santiago, 5 de enero de 1957, 3.

156 Citado por Milos, *Historia y memoria*, 84.

implicara afectar el bolsillo de sus familias, y simplemente empezaron a desobedecer el pago.

Finalmente el alza fue peor de lo previsto. El decreto 222 del Gobierno, fechado el día 25 de marzo, liberó al transporte de entre los servicios que tenían límite legal para las alzas sobre el 25% de su precio previo. Más allá de distintas formalidades y caminos burocráticos para evadir la ley y cobrar el máximo, el alza combinada con la reglamentación específica que la habilitaba, era mucho mayor. Según Milos, “a nivel suburbano el alza superaba el 50%, situándose casi la mayoría [de los precios de pasajes de los distintos tipos de transporte público] en el 100% de aumento o más”<sup>157</sup>. Toda esta información apareció el día 26 de marzo en la prensa, y fue apreciada negativamente por todos los colores políticos. Sin nadie que la defendiera, el alza entró en efecto ese día 26 y la pradera simplemente se encendió.<sup>158</sup>

### **El fragmentario ascenso de la revuelta**

Desde entonces, la agitación en los distintos segmentos del universo proletario, especialmente entre los jóvenes, creció en masividad y actividad callejera. Esos días, la sumatoria de las bases estudiantiles y obreras de Santiago a la protesta tuvo el mismo carácter que en el verano, pero de forma explosiva: ante cualquier protesta de estudiantes, los obreros y transeúntes del centro se sumaban raudos a su bando. El 27 de marzo en varias asambleas poblacionales de la periferia de Santiago se empezó a hablar de “huelga de pasajeros”. Eran los barrios de las familias obreras, como San Miguel y La Cisterna por el sur y Conchalí y Quinta Normal por el norte y poniente<sup>159</sup>.

157 Milos, 88.

158 Una detallada crónica del proceso legal que desató el alza de marzo de 1957, en Milos, 84 – 90.

159 Desde aquí y en lo que sigue del capítulo, a menos que se indique específicamente, nos basaremos en las fuentes presentes en el ya citado libro de Pedro Milos, en el trabajo de Gabriel Salazar sobre la violencia política (2006), en las páginas del diario *El Siglo* de los días 27 al 2 de abril de 1957, y en los Diarios de Sesiones del Senado de la República de Chile, sesiones 1 – 6, 5 y 6 de abril,

Ese mismo día 27 por la mañana, en el puerto de Valparaíso, los estudiantes ya no esperaban ninguna orden para atacar a su enemigo directo. Apedrearon buses y en los paraderos organizaron protestas contra el alza, mientras se negaban a abordar los colectivos e invitaban al público a hacer lo mismo. Luego marcharon de Viña del Mar al puerto, y en el camino fueron aplaudidos por los trabajadores, muchos de los cuales se les sumaron, para finalmente encontrarse con sus compañeros de la Universidad Católica de Valparaíso. Estos últimos y a esa hora ya estaban cortando las calles del puerto, “tendidos en el piso”. Por la tarde, hubo disturbios y apedreos de buses nuevamente en las dos ciudades costeras. Los obreros también comenzaron a dar muestras autónomas de descontento contra las alzas, y los municipales y ferroviarios porteños se negaron a almorzar, exigiendo que se subieran sus sueldos en función del alza del pasaje de los buses. Mientras en Valparaíso los estudiantes fueron abriendo paso a la movilización de los grupos obreros, en Santiago la protesta crecía más lenta, pero también más pesada.

El día 28 de marzo, la protesta se volvió violenta y abiertamente popular en el puerto. La CUT local, que se reunió el día anterior, había logrado constituir ese 28 un comando provincial contra las alzas, y también se reactivó ese día el de Santiago, repitiendo la exitosa articulación de organizaciones sociales y políticas que levantó el ciclo de protestas de enero y febrero de ese año. Esta coordinadora, en su versión porteña y a diferencia de lo que ocurrió días más tarde con su símil de Santiago, logró mantener las riendas de las movilizaciones, incluso en los momentos más álgidos de la revuelta<sup>160</sup>. Tal control de la iniciativa política basada en la lucha callejera, abrió el camino al triunfo de la revuelta en Valparaíso. No fue fácil. Durante el día hubo disturbios en todo el centro del puerto: grupos organizados de estudiantes recorrieron los liceos y entraron a las salas invitando a

1957. De todas formas, las citas textuales a estos y otros textos se referenciarán bibliográficamente como corresponde.

160 Estaba formado por La Falange, el FRAP, los radicales, la CUT, la ANEF, CEPCH, los semifiscales y las federaciones regionales de estudiantes secundarios y universitarios.

la revuelta, y los choques callejeros duraron hasta bastante tarde, especialmente en el sector de plaza Sotomayor. La intensidad de la protesta en el puerto fue enorme en su breve duración, a tal punto que cuando el periodista del diario Mundo Libre Raúl González Alfaro compareció ante tribunales requerido por la Ley Maldita, pues había titulado la edición del día 28 de marzo declarando que había “Guerra Civil” en Valparaíso, este respondió que se basaba en la información que manejaba, y que hablaba de “disparos de las tropas armadas contra los civiles; ataques de estos contra aquellos, incendios de casetas de comerciantes, apagones del alumbrado público [...] tales acontecimientos en mi concepto pueden ser calificados con exactitud bajo las expresiones de guerra civil”<sup>161</sup>. La jornada terminó con muchos buses dañados, unos 300 contusos, decenas de heridos a bala y 52 detenidos.

El movimiento obrero estaba encendido en toda la zona central. Tanto en la mina de El Teniente como en la industria MADECO, importantes recintos productivos del país, ese día se votaron huelgas que mezclaban la lucha contra las alzas con sus propios pliegos locales. Los obreros de la primera de las mencionadas empresas decidieron parar el trabajo desde el 1 de abril, mientras que los de MADECO pensaban hacerlo desde el 4 de abril. La revuelta y el estado de sitio que le siguió, darían distintas suertes a tales movimientos. Ese mismo 28 de marzo, además, los dirigentes Clotario Blest, Baudilio Casanova y Juan Vargas fueron condenados -nuevamente- a la pena de relegación por tres años y un día. Los sectores más modernos y mejor organizados del movimiento obrero (mineros e industriales) vieron confluir con el enfrentamiento a los patrones el enfrentamiento con el gobierno y la política de ajuste ante la crisis. Las revueltas suelen ser también un momento de ajuste de cuentas.

En las calles de Santiago, el 28 de marzo también fue un día agitado. Los estudiantes realizaron marchas y apedrearon microbuses y trolebuses, tal y como habían empezado a hacer en las postrimerías

161 Elizabeth Lira y Brian Loveman, *Poder judicial y conflictos políticos (Chile: 1925 - 1958)* (Santiago de Chile: LOM, 2014), 662.



del ciclo de protestas del verano, cuando la tarde oscurecía la ciudad. Pero ya no eran grupos de decenas recorriendo el centro en guerrillas contra carabineros, como en las jornadas de enero, sino que bandas de cientos de jóvenes, cuyos rostros mayoritarios hacían notar el tinte proletario y periférico que ya había tomando la protesta. Esos jóvenes permanecían por horas en el centro de la ciudad atacando a la policía y a los microbuses, haciéndose notar, prolongando el desorden como su única garantía. Tampoco las marchas de marzo eran ya las divertidas rondas de dos meses atrás, sino que más bien presentaban la ofensiva de abigarrados grupos de rabiosos que pasaban de las pedradas, a subir a los buses, secuestrarlos, tratar de volcarlos o incendiarlos.

El día viernes 29 de marzo, los disturbios empezaron a descontrolar a Carabineros, y estos dispararon en dos ocasiones en distintos lugares del centro de Santiago al no poder contener las crecientes columnas de estudiantes y obreros que repletaban la zona desde temprano por la tarde. Esa noche, en la esquina de las calles Bandera y Catedral, un obrero murió atropellado por un bus que huía de las pedradas de los manifestantes. Amador González era su nombre y su oficio era el de suplementero. Como bien indicó Gabriel Salazar, para fines de marzo la movilización se había vuelto una rutina: los estudiantes convocaban a sus bases, mientras que grupos de obreros, liceanos y transeuntes se sumaban a la lucha; y luego Carabineros intentaba despejarlos. Aunque la violencia de esos primeros días de revuelta fue rápidamente adjudicada a provocadores (el gobierno diría que de extrema izquierda, mientras los estudiantes y la izquierda acusó a provocadores “de la reacción”), lo que indican las fuentes es que esta se administró como un recurso, y que aquello era el aprendizaje de los jóvenes estudiantes y obreros que llevaban ya más de dos meses realizando la práctica de enfrentar a Carabineros en el centro de la ciudad. La semana laboral terminó con un balance de decenas de heridos, decenas de detenidos, 71 vehículos de transporte público dañados y 16 garitas policiales destruidas. Muchos locales comerciales terminaron con daños en sus vitrinas, como anuncio

de que la violencia que venía era tan defensiva de la policía como ofensiva contra lo que se consideraba lujo.

El fin de semana, los disturbios se expandieron a las poblaciones. Aunque la CUT y la FECh seguían llamando a las masas a sumarse a “esta batalla”, lo cierto es que la periferia de Santiago -y a esas alturas, también Valparaíso y Concepción, en donde la protesta ya se había desatado y tomó cursos menos desbordantes por la pronta actitud de las autoridades locales al detener las alzas- estaba en un estado de agitación crítico, y probablemente no esperaban ninguna orden para actuar. La ciudad era ya ingobernable, se reconocía en la dinámica multidimensional de la revuelta. Quizás desde cuándo, no lo sabemos, pero en ese primer semestre de 1957, aquella idea de una ciudad fuera de control se hizo evidente realidad. Más aún, que la ingobernabilidad era una condición que la propiciaba la subjetividad movilizadora del universo proletario de la ciudad. El día sábado 30 de marzo, en que algunas dirigencias (como las de la FEUCV y la presidencia de la FECh y de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, todas instancias ligadas a la Falange u otros grupos conservadores) mostraron su distancia con la tendencia violenta que estaban tomando las manifestaciones contra las alzas, la base del movimiento estudiantil secundario y universitario estaba ya en permanente actividad y abocado a expandir las protestas, actuando incluso en días sin clases, como el fin de semana.

Desde las 10 de la mañana del día sábado 30 de marzo, hubo enfrentamientos entre estudiantes universitarios y carabineros por todos los accesos a la Plaza de Armas de Santiago. En Mapocho o en la Alameda, la situación era la misma: arremetidas de policías, bastón en mano y lanzando gases lacrimógenos, eran resistidas a pedradas por las bandas de estudiantes. Frente al Club de la Unión y a eso del mediodía, algunos carabineros se vieron superados por los estudiantes y dispararon al aire en repetidas ocasiones para apenas zafar del encierro. La actitud estudiantil era a la ofensiva. Por la tarde una marcha recorrió Ahumada rumbo a la Plaza de Armas, volcando y atravesando automóviles en la vía, para dejarlos a modo de barricada

cubriendo su retaguardia. A su paso se sumó todo tipo de gente, en su mayoría atrapada por la ausencia del transporte público pero atenta con cierto entusiasmo al itinerario en ofensiva de los manifestantes. Al llegar la marcha a la Plaza, su corriente principal se lanzó al ataque de locales comerciales y al enfrentamiento con Carabineros. Durante dos horas, hasta las 3 de la tarde, la Plaza se hizo escena de una violenta contienda por su control, prefigurando en una manzana lo que ocurrió en toda la ciudad la semana siguiente. A la hora señalada, el centro empezó a calmarse, los manifestantes empezaron a retirarse con la caída de la tarde para desaparecer por algunas horas. El resultado era de numerosos heridos, entre ellos algunos choferes del transporte golpeados por piedras; 23 detenidos en las comisarías del centro; 27 buses, 6 trolleys y 5 tranvías dañados “considerablemente”; y también fueron averiadas dos radiopatrullas de Carabineros.

Durante la tarde y la noche, la contienda nuevamente subió de tono. Los estudiantes volvieron con la oscuridad a causar disturbios en el centro de la ciudad, y Carabineros salió con tenida de combate, fusiles y ametralladoras. Mientras los jóvenes realizaban barricadas, agrupados en pequeñas bandas que desaparecían con velocidad solo para atacar en otra esquina del centro; la exasperación de Carabineros crecía. El centro estaba lleno de personas que continuaban sin poder volver a sus hogares, debiendo caminar por calles y avenidas, y Carabineros los atacaba con gases y palos sin discriminar su actitud. Los uniformados entraban a los cafés para apalea personas y hacían lo mismo a la salida de los cines y teatros; y en su salvaje raid incluso terminaron sitiando en la sede de la FECh al sector más moderado del movimiento estudiantil, ligado a los conservadores. El balance de la tarde y la noche en el centro era más duro que el del medio día. La prensa reportó que al terminar los incidentes había unos 150 detenidos en comisarías, mientras que a las 1 de la madrugada los heridos atendidos en la Posta Central, el tradicional recinto hospitalario del centro de la ciudad entonces ubicado en el 85 de la calle San Francisco, se contaban ya en una treintena. En la periferia y al caer la noche, por primera vez en este ciclo hubo un sinnúmero de protestas locales.

Al norte del Mapocho, se reportaron ataques a buses, y las garitas de los buses del sector simplemente cerraron temprano, intimidadas por las bandas de manifestantes que las emprendían contra cualquier máquina que se les atravesara. Similares hechos ocurrieron en San Miguel, Ñuñoa y La Cisterna, en donde se realizaron concentraciones en esquinas y plazas, se atacó al transporte público y jóvenes de las zonas se enfrentaron a carabineros a pedradas durante la noche.

El día 31 amaneció temprano para nueve dirigentes de la CUT y uno de la FECh, que fueron detenidos por la Policía Política bajo orden de la Intendencia de Santiago, y sacados de sus domicilios rumbo a centros de detención. El argumento era la convocatoria a las protestas y otros temas, acusación sostenida en la Ley Maldita, por lo que fueron buscados en medio de la escalada revoltista. Entre los detenidos estaban los tres dirigentes de la CUT (Clotario Blest, Baudilio Casanova y Juan Vargas Puebla) que debían empezar su pena de relegación por esos días. En medio de las negociaciones y ya prácticamente desatada la revuelta, la CUT era nuevamente golpeada, quedando con su dirección paralizada y en condiciones de enorme dificultad para conducir las protestas. Según Milos y de acuerdo a la prensa, la policía buscaba detener a importantes cuadros de dirección de la izquierda chilena y en especial del Comando provincial contra las alzas. No pudieron, la mayoría no fue hallado ni en sus domicilios ni en las sedes de sus organizaciones. Los dirigentes que quedaban en la legalidad mantenían las negociaciones con el Gobierno en pos de detener el alza, especialmente los estudiantes y algunos sindicalistas. Sostuvieron las conversaciones hasta la tarde del día 1 de abril, cuando fueron desahuciadas por el Gobierno. La CUT, descabezada, no le quedaba más que confiar en sus dirigencias juveniles, las mismas que desde enero de 1956 cada tanto debían asumir la primera línea ante similares arremetidas represivas sobre sus dirigentes veteranos. Finalmente no hubo acuerdo posible en la mesa de negociación, y constatando los ataques desde diversos brazos del Estado al Comando contra las Alzas, tampoco parece haber habido ánimos de aquello.

Ese día 31 de marzo no hubo convocatorias a protestar al centro y salvo el funeral de Amador González, que fue convertido en una manifestación de repudio al Gobierno, no hubo mayores actos de masas. La notoria excepción la constituyó una concentración en La Cisterna, comuna popular del sur de la ciudad, que el alcalde, militante del Partido Liberal y en unidad con casi todos los partidos y sindicatos de la zona, había convocado en protesta por el alza de precios para la jornada dominical. En este lugar, se había formado además un comando para llamar a la “huelga de pasajeros”, o sea, la evasión al pago del pasaje de los buses del transporte público, y que actuó el viernes 29 en los paraderos de la zona, buscando boicotear las alzas.

Mientras en Santiago se mezclaban protestas con infructuosas negociaciones con la autoridad, en Valparaíso el comando local “bajaba” las protestas y manifestaciones luego de haber alcanzado un importante acuerdo para limitar las alzas en la ciudad. Esta victoria le permitió a las organizaciones del Comando contra las Alzas de la provincia mostrarse vencedoras tras tres o cuatro días de fuertes disturbios y marchas. Pero nada es gratis, menos contener la iniciativa del Estado: ese día sábado 30 de marzo, en Valparaíso, había sido muerto por las balas de Carabineros el obrero Samy Muga, de 23 años, cuando observaba los disturbios. El plomo de las armas policiales hirió a decenas de porteños, y la resistencia de estos a la represión dejó a su cuenta decenas de carabineros heridos. Cifras que dan cuenta de la intensidad de la violencia en el puerto. Para el día domingo 31, finalmente la calma volvió al Puerto, y el Estado de Emergencia, decretado dos días antes, por fin pareció ser respetado por el universo proletario de la ciudad. La violencia de esas jornadas no había sido vista “por lustros” en la ciudad, como dijo El Mercurio entonces. Las noticias que llegaron de la situación en Valparaíso parecían servir de ejemplo y hasta tal vez de envión anímico a los jóvenes de Santiago. La lección era simple: a través de la revuelta era posible detener el alza del transporte público. Quedaba poco del día domingo, las negociaciones no avanzaban ni lo harían más. El lunes

1 era el día que toda la ciudad se volcaba al centro. Casi siempre, para trabajar o para hacer trámites, esta vez una buena parte lo haría para ajustar cuentas con el Gobierno. Ya nadie podía esperar otra cosa, las decisiones estaban tomadas y el vértigo copaba toda las calles, proletarios y empobrecidas clases medias estaban decididos. La revuelta era cosa de tiempo.

### **La imposible negociación**

El 1 de abril transcurrió a la espera de una última negociación. El transaccionalismo partidario tuvo una oportunidad ese día de contener el desborde proletario que ya estaba convocado. Y es que, en medio de las últimas negociaciones, el centro de la ciudad había empezado a llenarse desde temprano por la mañana de los rostros más diversos dentro del campo estudiantil y popular. Vistos desde arriba y desde fuera, resultaban amenazantes. La juventud santiaguina se presentó al campo de batalla, ya no tanto esperando una solución, sino una negativa que, como una simple formalidad, les permitiera echarse a la protesta violenta. No estaban solos en ese ánimo. El Jefe de Plaza asignado a la ciudad, el General Horacio Gamboa, había dispuesto tropas por todo el centro de Santiago, lo que fue considerado por cierta prensa una exageración dada la calma que habían tenido las calles durante el fin de semana.

Desde temprano, ese día lunes las negociaciones estaban enturbiadas, si se quiere deslegitimadas, por los golpes represivos que había sufrido el Comando contra las Alzas sistemáticamente desde la semana anterior. Tanto los grupos de estudiantes y obreros detenidos en los desórdenes callejeros de los días previos, como los dirigentes de la CUT y la FECh apresados en las redadas de las noches del fin de semana, fueron tramitados el día lunes en los Tribunales. En total eran unas 87 personas procesadas por la Ley Maldita. De ellos, finalmente y a lo largo del día, 23 quedaron detenidos e incomunicados, 47 detenidos con “libre plática”, mientras que otros

16 fueron puestos en libertad incondicional.<sup>162</sup> Buena parte de las dirigencias estudiantiles, especialmente las que habían evitado las detenciones, estaban siendo buscadas por la policía política. En esas condiciones se dieron durante el día desesperadas pero imposibles negociaciones. El Gobierno no tenía ningún ánimo de transar, sabía que las direcciones de los movimientos populares estaban a la fuga o en prisión, y creían ya haber testeado su capacidad de respuesta en las huelgas generales anteriores. No tenían razones para tener miedo, pues lo que se les vino encima el día 2 de abril era desconocido en sus formas y magnitudes, y sus protagonistas eran fruto de una composición de clase desconocida para ellos, distinta en sentidos y prácticas de aquella que habitó los años de esplendor de los gobiernos frentepopulistas en la década de 1940.

Finalmente las negociaciones no llegaron a ninguna parte. El Gobierno no tomó más en cuenta a los estudiantes y los redujo a un problema de orden público. Realmente, solo la presidencia falangista de los estudiantes buscaba acuerdos; el resto de los dirigentes y representantes del movimiento estudiantil nacional, en especial la FECh, llamó apenas pudo a la protesta callejera y a un paro de 48 horas que debía iniciarse el día martes 2 de abril. Disolviendo los enlaces con los últimos dirigentes del Comando contra las Alzas que estaban dispuestos a conversar, el Gobierno dejó de ver la marea de rabia popular que avanzaba hacia el centro, que llegaba allí a ver “qué pasaba”, a protestar con los estudiantes, y que no necesitaba de estrategias ni conspiraciones para producir una revuelta. Una inmensa masa, formada lejos de las discusiones de la directiva de la FECh, incluso de la CUT, más atenta a los llamados agitativos de las portadas de los diarios rojos que a los vericuetos de la táctica parlamentaria. Ese grupo no esperaba órdenes. Esperaba la oportunidad y un poco más de fuego. Solo necesitaba tiempo suficiente de desprecio y violencia estatal para caldearse. Contaba con un arma tan infalible como costosa, que conocía por la memoria

162 «La protesta se extiende a los barrios», *El Siglo*, 2 de abril de 1957; Milos, *Historia y memoria*, 201.

y experiencia de los más viejos y los más militantes, y que probó como efectiva en los días siguientes: la superioridad numérica llevada al máximo, la forma exceso.

### **La muerte de Alicia Ramírez**

Ese día lunes no hubo calma, sino una intensificación sostenida de la protesta y la violencia. Desde temprano por la mañana y en paralelo a la instalación de los militares en las principales esquinas del centro, los manifestantes que llegaban desde los diversos barrios populares de la ciudad entrenaban una y otra vez la puntería de las piedras que podían lanzar. Estudiantes de Ñuñoa, por calle José Pedro Alessandri, o del sur, por San Miguel, se entretenían por la mañana gritando contra los dueños de microbuses y apedreando las máquinas. También en algunas esquinas del centro de la ciudad, como avenida Matta con Santa Rosa, se produjeron similares ataques al transporte público. La mayor parte de las fuerzas militares destinadas a la guarnición de Santiago estaban vigilando la instalaciones ferroviarias de la capital, pues ese día lunes 1 de abril había comenzado la huelga de los obreros de la maestranza ferroviaria de San Bernardo, al sur de Santiago. Las fuerzas del Estado trataban de contener la movilización de masas hacia el centro de la ciudad, pero sus intentos, lejos de alcanzar su objetivo, reforzaban aún más la disposición al enfrentamiento que por esos días adoptaron las clases populares santiaguinas.

De esta forma, la dinámica de la paradoja de la represión y la violencia<sup>163</sup> continuó durante el día. Mientras más se agudizaba la violencia policial sobre la creciente manifestación, ésta más se llenaba de rencor inmediato a los uniformados y ya más allá de la demanda contra las alzas, redoblando su desafío a las fuerzas de Carabineros. Por todos lados, además, reaparecía una figura que ya había emergido disruptivamente en el verano en algunas manifestaciones, los jóvenes

163 Charles Brockett, «Una resolución de la paradoja represión-protesta popular mediante la noción de ciclo de protesta», *Op. Cit.*



obreros y su particular vestimenta. “Los que [...] salían de sus respectivos trabajos, [y] por eso circulaban sin vestón”, como fueron descritos desde el Gobierno cuando las policías se lanzaron a la caza de estos jóvenes obreros.<sup>164</sup> La hegemonía de la vestimenta urbana del centro de Santiago en la década de 1950 era todavía pequeñoburguesa, con vestón y camisa bien puesta, a la usanza de los empleados y pequeños empresarios, y no de los obreros. La revuelta también fue parte de un proceso que cambió para siempre los rostros hegemónicos del centro de la capital. Así, tal predominancia de la clase media sobre la ciudad que se expresaba en la vestimenta del profesional, “de terno”, se vio desafiada desde entonces por la desvergonzada vestimenta proletaria, que en sí misma y en su situación anormal como masa activa en el centro significaba la revuelta. Una “pinta” con cierta reminiscencia del campo, pero también natural para jóvenes obreros formados en barrios de clase, en donde ya no había nada que aparentar y mucho de lo que sentir un nuevo orgullo. La desfachatez de los jóvenes que se presentaban a protestar esa primera semana de abril de 1957, portada en su inédita forma de vestir a la hora de ejercer la ciudadanía, fue tan distintiva como forma de la amenaza plebeya, que se convirtió en un signo para homogeneizar aquello que se presentaba diverso y extranjero, a la vez. Y, como veremos, así también fueron cazados por el poder.

En la periferia sur de la ciudad, los jóvenes comenzaron a salir desde los liceos y poblaciones para sumarse a la revuelta. Durante el día 1 de abril, por toda la Gran Avenida había secundarios en las calles cortando el tránsito y coreando consignas. Por la noche, la protesta contenida en sus especiales límites de piedras y corridas, dio paso a una acción inédita pero señera de ciertos cambios de actitud generacional. En la mencionada avenida de la gran comuna obrera del sur, San Miguel, un grupo de estudiantes secundarios subieron a un bus del transporte público. Frente al chofer, uno de los secundarios sacó un arma y le apuntó con ella. Le exigió devolver a los pasajeros “los cinco pesos robados”. El chofer se paralizó y no atinó a moverse. Ante ello, una

164 Milos, *Historia y memoria*, 263.

de las muchachas del grupo tomó el dinero de la “pecera”, la caja donde los choferes guardaban el dinero de los pasajes y los boletos, y repartió a cada pasajero el dinero indicado. Al terminar bajaron en la esquina siguiente, entre aplausos de los pasajeros y “muy alegres y satisfechos” de su acción.<sup>165</sup>

Ya para el anochecer de ese primer día de abril, se produjo una nueva marcha de estudiantes, la única autorizada ese día, y seguida por unos dos mil jóvenes. La disposición como masas de los estudiantes en la calle, y su relación rencorosa con Carabineros, auguraba que sería una noche de disturbios y corridas por el centro de Santiago. La movilización empezó en frente de la Casa Central de la Universidad de Chile, en donde nuevamente la juventud hacía gala de rondas y cantos creativos, que contrastaba con la marcialidad policial y la estética de la violencia de sus movimientos. Al poco andar, la retaguardia de la marcha fue atacada por tropas de carabineros que se lanzaron a sablazos sobre la multitud, sin provocación de por medio, a la altura de calle San Antonio. La punta de la marcha, por su parte, fue rodeada por una ofensiva de 200 carabineros provenientes de las calles Miraflores y MacIver, provocando un enorme caos en torno a la Biblioteca Nacional. En la huida, en calle Moneda con MacIver, Carabineros dispara por primera vez en esa noche en dirección a la multitud para de inmediato lanzarse a sablazos contra los que huían por las calles cercanas al Teatro Municipal. Ahí también cae el primer herido de gravedad de esa sangrienta semana, el estudiante de quinto año de Medicina Veterinaria, Max Perelman de 22 años, quien terminó con un corte a sable de lado a lado de su cabeza. Hubo otros heridos a palos y sablazos en esa ofensiva de Carabineros, entre ellos dos periodistas. Con disparos y ofensivas de sables, Carabineros había dado un salto de grado en el enfrentamiento

Con el desbande de la marcha, los estudiantes fueron empujados a punta de tiros de carabina y golpes de espadas y palos de Carabineros, rumbo al río Mapocho. En esa ofensiva policial, a las 22 horas y 40 minutos de la noche, en la esquina de las calles Merced y Mac Iver,

165 *La Tercera*, 2 de abril, 1957, 9. Citado en Milos, 201.

los policías disparan nuevamente sus armas contra un grupo que huía de los uniformados que venían presionando por el sur. Allí caen heridos a tiros seis jóvenes, entre ellos un estudiante secundario de 15 años, Manuel Vásquez Ferreira. También se cuenta entre las personas heridas en esa balacera, a la estudiante de Enfermería, activista y delegada de su escuela ante la FECh, Alicia Ramírez Patiño de 23 años. Ramírez Patiño fue trasladada a la Posta Central, en donde murió a las 23 horas producto de las heridas. Se convertía así, y tras Manuel Rojas Llantén y Samy Muga, en la tercera víctima de la represión policial de los hechos de 1957, también en la más conocida. El aumento en el grado de violencia terminó como era tristemente esperable, en la muerte de una inocente. La noticia de una joven estudiante que era asesinada por la policía armada del Estado, como cúlmene de una semana de represión desbordada de sangre, fue la diferencia que hizo saltar la situación desde la agitación callejera a la revuelta popular.

La historia de Alicia Ramírez, al igual que en el caso de Rojas Llantén, expresaba aristas de la diversidad popular que asomaba disidente respecto de las formas políticas dominantes hasta esos años. Era otra composición social que distinguía a la franja más joven del campo popular. La ciudad ingobernable y su universo proletario, que declararon también en esas horas su fundación moderna, se referenciaron en las diversas facetas de la muerte y la vida abigarrada, como todo lo popular, de Alicia Ramírez. En primer término, era mujer. Eso, en un país en que apenas cinco años antes habían votado por primera vez para presidente, y en que la centralidad de las mujeres y sus específicas demandas serían una de las marcas de las luchas sociales de la década siguiente, es algo sumamente relevante. En ese sentido, la importancia de su muerte es también producto y a la vez símbolo de una presencia femenina en las luchas sociales que se hizo cada vez más protagónica en los años siguientes. Era estudiante y de enfermería, una zona de contradicción entre las tareas de cuidados feminizadas y la autonomía que prometía la futura vida como profesional. Alicia Ramírez, además, vivía sola en Santiago, en el pensionado universitario de la zona norte de la ciudad,

junto al cerro San Cristóbal; hecho que reforzaba su autonomía como dirigente y activista. Alicia muere de noche, en la calle, casi sin dudas estaba siendo parte de la manifestación y de la resistencia callejera a la represión policial. Es una víctima injustamente baleada, pero no inocente de la situación en la que estaba. Era dirigente estudiantil, su situación entre los grupos que protestaban interrumpiendo el tránsito en la ciudad no era casual. Tal y como fue el caso de Ramona Parra<sup>166</sup>, asesinada por tropas de carabineros en una protesta sindical en Santiago el 28 de enero de 1946, es un caso que desencaja con la idea del disturbio o la revuelta como un símil de una batalla entre ejércitos pero de un grado menor. Muestra a las personajes de la movilización callejera como una diversidad creativa de un acontecimiento de popular, urbano, cuya unidad es circunstancial, y en que se busca mantener el enfrentamiento en tonos y formas defensivas, y más bien performativas, tendientes al uso mistificante de una estoica resistencia en desventaja frente a la policía. Alicia Ramírez es también esa imagen de la protesta como un espacio de rebeldía y violencia con formas más cercanas a las de un carnaval, con sus ritos, cantos y bailes; que a las de una batalla con ejércitos regulares.

La muerte de Alicia Ramírez, entonces, ilumina la diversidad del campo popular dispuesto a la protesta, y la imposible definición del disturbio callejero como una cosa únicamente propia de la rudeza de un imaginado lumpen. Más allá de las pesadillas de conspiraciones comunistas y hordas de antisociales viniendo de ninguna parte, la revuelta que se abrió paso esa noche, estaba compuesta del universo proletario santiaguino, así como de grupos oriundos de las capas medias, dispuestos al choque más que por algún programa o consigna, por la rabia mezclada que provocaban las alzas y el asesinato de Alicia Ramírez, ante meses, años de violencia y desprecio estatal.

166 Alfonso Salgado, «La Familia de Ramona Parra en la Plaza Bulnes: Una Aproximación de Género a la Militancia Política, la Protesta Social y la Violencia Estatal en el Chile del Siglo Veinte», *Izquierdas* 18 (1 de abril de 2014): 128-45.

## **El largo madrugar del 2 de abril**

La muerte de Alicia Ramírez Patiño invirtió dramáticamente los términos del imaginario de la revuelta. Desde entonces sí hubo algo parecido a una batalla y la violencia se convirtió en la principal dimensión de la rebelión del proletariado de Santiago. La vigilia del 1 al 2 de abril fue una noche de macerar la rabia, de contar lo que había ocurrido por todas las calles y pasajes de los barrios pobres de la ciudad. La policía había asesinado a una joven inocente. El tablero había sido pateado. La FECh de inmediato reafirmó su convocatoria a un paro de 48 horas, hecha apenas unas horas antes, lo que en la práctica y en la nueva situación, era un llamado a sus bases a salir a las calles. Lo que ocurrió desde entonces no fue el retroceso temeroso ante el sable policial ni tampoco la venganza sanguinaria de la horda homicida, sino la rebelión como mensaje de una nueva apuesta. El hecho político que impusieron las masas de la ciudad no era la violencia como vendetta, sino la insubordinación ante las balas y la masificación del disturbio. La revuelta como el manifiesto de una nueva ciudad, ingobernable. Una vez más es importante distinguir la violencia popular de la revuelta. La una como parte fundamental de la otra, pero no su totalidad o único relieve. El desarrollo de la violencia, de sus intensidades y formas, es también la historia interna de las revueltas. Esa noche del 1 al 2 de abril, se entró en una nueva fase del ciclo de protestas, marcada por el salto a un momento lumpen de miles de personas, en su mayoría estudiantes universitarios y, sobre todo, buena parte del universo proletario de Santiago.

Mientras la protesta del verano mantuvo un coqueteo con la violencia de carácter defensivo, los sectores de capas medias y las militancias de partidos de izquierda y centro la toleraban o la dirigían, asumiéndola controlada. Así, el disturbio se tolera como enseña de rebeldía ante el poder y el resto de la ciudadanía, pero siempre y cuando la pradera no se incendie y las barricadas no se extiendan sin control. Además, es una enseña que cuida su superioridad moral, en tanto la policía mantiene la superioridad en el enfrentamiento armado y por su

parte la resistencia de los manifestantes no se ve como una violencia agresiva, sino legítima. Mientras la protesta se contuvo territorial y temporalmente, para los grupos que se reconocen a sí mismos como “responsables” -como los estudiantes de la FECh, los profesores o los militantes comunistas-, los hechos de violencia se aceptaron como su propio “momento lumpen”, el primero de varios en esos meses, es decir, un espacio y tiempo en que la violencia y otras ilegalidades son practicadas y toleradas, también justificadas, en tanto amenaza o referencia de un posible salto cualitativo en la protesta. Cuando la protesta alcanza momentos de agudización, las actitudes reconocidas como propias del lumpen, lejos de ser realizadas únicamente por grupos sociales permanentes que puedan ser reconocidos en esa categoría, se hacen visibles en distintas clases que se disponen al conflicto violento.

Entre enero y abril de 1957, primero por estudiantes y sindicalistas, luego por una enorme multitud de personas del universo proletario de Santiago, fue tomada la opción por la ocupación de las calles, el ataque a la propiedad y el choque con la policía. Fue algo racional, no una reacción preformateada o instintiva. Las acciones de violencia y saqueo de 1957, vistas así, no se perfilan como frutos de una rabia ciega; aunque sí básica. Sus objetivos fueron claros, su táctica también. No parece haberse buscado más que el enfrentamiento con el poder, o reparar simbólicamente la injusticia directa a través de causar daño al poder, al Estado o a los más ricos, o bien, a través del saqueo a las grandes tiendas. En el verano de 1957 y embarcados en un movimiento de lucha contra las alzas, los grupos organizados de militantes de izquierda que habitaban las organizaciones de estudiantes y pobladores, convocaron un malestar masivo y proveniente del afuera de las líneas de dirección programática o táctica de los partidos y coordinadoras sociales, a la vez que le daban sentido político de masas a la protesta.

El “momento lumpen” de las protestas del verano, principalmente de parte de los estudiantes organizados en torno a la FECh, empezó a verse desbordado por la cada vez mayor convocatoria de trabajadores

y jóvenes de familias obreras allegados al centro de la ciudad, y por un descontrol creciente de Carabineros. El asesinato de Alicia Ramírez reactivó la memoria roja, fresca aún desde febrero cuando ocurrió el crimen de Manuel Rojas Llantén, ya viva luego de la muerte de Samy Muga; y también así corrió los límites de la legitimidad de la violencia. El entusiasmo con que se agitaban las protestas, en el nuevo carácter de profunda indignación del crimen de la joven estudiante, se convirtieron en un llamado a las masas al disturbio, sin hacerse cargo de la diversidad de intereses y experiencias, en el fondo, de amarguras de clase, que se sentían referenciadas en el grito contra la represión y el abuso estatal.

Por la mañana de ese día 2 de abril, los estudiantes secundarios y universitarios comenzaron a abandonar liceos y campus y a movilizarse hacia el centro de la ciudad. A las 10 de la mañana estaban convocados a la plaza Vicuña Mackenna para marchar. En el sector poniente, en las esquinas de la Alameda con Bascuñán Guerrero, se produjeron los primeros combates callejeros de la jornada. Allí, una marcha compacta de estudiantes de los liceos N° 1, Amunátegui, Técnico N° 2 de Niñas, Técnico N° 4 de Niñas y N° 2 de Niñas; se topó con un cerrado cerco policial que se abalanzó a palos sobre las y los jóvenes. Quedaron tres detenidos en el lugar, todos dirigentes del movimiento, así como un profesor que los acompañaba, además de cuantiosos heridos en las filas de los escolares. La ferocidad de cada encuentro entre los jóvenes y la policía empezó a tener costos medibles en números de heridos y detenidos por los carabineros.

La protesta, aunque con su principal contingente estudiantil desfilando por la Alameda desde temprano, tenía múltiples focos. En los diversos accesos al centro, tanto en los puentes sobre el río Mapocho, como en las grandes calles por el sur y el poniente del centro, como San Diego o San Pablo, se apedreaban los microbuses desde las primeras horas. Parecía un sitio al viejo corazón urbano desde las nuevas periferias, cada vez más repletas, de pobres y malestar. No todas aquellas personas que salieron ese día a la protesta, probablemente no la mayoría, eran estudiantes. Buena parte tampoco tenía acceso a

las convocatorias y proclamas de las organizaciones referentes de las manifestaciones. Fueron la prensa de la mañana hablando de muertes y más alzas, las transmisiones por radio de la noche y madrugada que contaban las formas de la represión y el desprecio del Estado, fueron los militantes que agitaron en las poblaciones la alternativa de la calle, entre otros, los medios por los cuales el universo proletario de la ciudad se sintió convocado a salir a protestar el día 2 de abril. La rebelión de ciertos grupos más jóvenes de ese mundo santiaguino tomó, esta vez, una actitud de rabia vengativa y redentora y a la vez, una capacidad amplificada de convocar a las masas.

A las 11 de la mañana se produjo una movilización de miles de estudiantes -"diez mil" diría la prensa- desde la plaza Vicuña Mackenna, a un costado de la Biblioteca Nacional, avanzando hacia el poniente por la Alameda. Como en otras ocasiones, era una bandera de Chile la que dirigía la marcha, seguida del estandarte de la FECh. Con gritos de "Alicia Ramírez, ¡Presente!" y "Si nos apuntan con pistola, le daremos poca bola; si nos apuntan con fusiles, gritaremos Viva Chile", doblaron al norte por calle Estado, y desde allí recorriendo distintas calles del centro. En casi todas las esquinas tuvieron choques con la policía, y esto, lejos de disolver la protesta como ya se vio, producía la paradoja de que engrosaba la movilización con el apoyo de trabajadores y transeúntes del centro que se sumaban furiosos y con ese extraño entusiasmo que generan las masas en revuelta. Por fin la columna logró llegar a un acto en la sede de la FECh pasado el medio día, cuando la multitud reunida y formada por jóvenes estudiantes, obreros, dueñas de casa, niños y adolescentes, era entonces ya de decenas de miles de personas.

Apenas los dirigentes terminaron sus discursos, a lo largo de la Alameda comenzaron disturbios. Según Milos, esta vez, lejos de resistir o responder la violencia, los estudiantes fueron quienes empezaron su provocación a los policías que vigilaban el acto. Esto es bastante probable, y las fuentes destacan el odio que había surgido hacia Carabineros entre estudiantes y obreros comprometidos en las protestas, así como en la población de las ciudades que se enteraban



de los hechos luctuosos producidos por la represión. Una comunidad de experiencias de lucha callejera se había formado en esas largas semanas que llevaba el movimiento reivindicativo desde enero, y estaba marcada por las muertes ocurridas por represión policial desde febrero, con el caso de Manuel Rojas Llantén, el de Samy Muga en Valparaíso la última semana de marzo, y la noche anterior con el asesinato de Alicia Ramírez Patiño. La provocación de las y los manifestantes a la policía, al mediodía del día 2 de abril de 1957 en el centro de la ciudad, fue una forma de buscar una pelea para finalmente ajustar cuentas. De ahí en más, la juventud del universo proletario que se había agrupado en el centro de la ciudad, entre la Alameda y la Plaza de Armas, desató la tormenta. La tarde y la noche del día 2, y el día 3, se produjeron los choques más fuertes con la policía, y, lo que es la marca más reconocida de la revuelta de abril de 1957, los saqueos y destrucción de locales de comercio y del mobiliario público.

### **La revuelta, los militares y la derrota de Carabineros**

Para el mediodía del día 2 de abril, el gremio del transporte acusaba que “más de cien microbuses habían sufrido serios deterioros” producto de los ataques de la muchedumbre. Cuando la violencia popular arremetió al centro de la ciudad, el comercio empezó a cerrar. La lucha, que concentraba su espectáculo principal en torno a la Plaza de Armas, era tan asimétrica en sus fuerzas como intensa y también creciente en su masividad y violencia. A eso de las 16 horas no quedaban locales ni comercio abiertos, y Santiago era plenamente una ciudad ingobernable. Hacia las 17 horas, toda la Alameda, entre las calles Morandé y Portugal, era escenario de choques con la policía, mientras algunos levantaban barricadas hechas con rejas, jardineras, postes y bancas. En cada encuentro, los policías, a pesar del uso graneado de su poder de fuego, eran superados por la multitud. El periodista Mario Carneyro, presente en los hechos y citado por Milos, describió la actitud de la multitud en revuelta de la siguiente

forma: "...sus armas eran los gritos y las piedras, matizadas de vez en cuando con la Canción Nacional. Sus filas eran heterogéneas: hombres maduros, obreros, estudiantes, mujeres y niños. Todos engañados con la suposición de una victoria asomándose. Y eran rechazados sistemáticamente por las balas. Al comienzo al aire. Esto produjo los primeros heridos..."<sup>167</sup>.

La muerte de José Sergio Rodríguez Muñoz, de 22 años, soltero, garzón de la fuente de soda "La Bahía" del centro de Santiago, ilustra la frivolidad macabra que alcanzó a veces la represión de la revuelta. Rodríguez Muñoz, oriundo de Curicó, había salido temprano de su trabajo debido a los disturbios, y tras llegar a su hogar, una pequeña pieza en calle Compañía, volvió a la calle a mirar o a participar de los disturbios. Aquella tarde, José recorrió bastantes cuadras con ese objetivo, y no sabemos cómo, pero en ese periplo terminó buscando refugio de las balas policiales en el Pasaje Metropolitano, ubicado entre las calles San Antonio y Estado, en pleno centro de la ciudad. Creyéndose a salvo, le hizo una mueca a modo de sonrisa a un carabinero que descansaba también en la galería comercial. El policía no toleró la broma y le disparó un tiro a quemarropa al joven Rodríguez Muñoz, matándolo en el acto. Si no fuera por sus compañeros de trabajo que hicieron una colecta, su familia no habría tenido dinero siquiera para enterrarlo.

La incapacidad de Carabineros de controlar la Plaza de Armas, mientras era superado en todas partes por una multitud en rebelión y que solo crecía en ferocidad en la medida que más nervioso se volvía el gatillo policial, agudizó el temor del General Gamboa, y, por extensión, del Gobierno y la clase política. Era el miedo a un nuevo tipo de conmoción social, distinto de la huelga, más cerca del viejo motín; sin control ni petitorio, pero de inmediata identidad popular y antagonista. La revuelta popular urbana, una movilización violenta novedosa de tan antigua que era, ajena al control partidario, incluso rojo, y a la vez, protagonizada por un proletariado urbano que en la calle se volvía inmenso, desconocido. Además, a esas horas de

167 Milos, *Historia y memoria*, 216.

la tarde del día 2 de abril y a la luz del fuego de buses y escaños públicos que ardían por la Alameda, esas masas de desposeídos en el éxtasis de la revuelta, se declaraban de esa fogosa manera desleales del orden que les tocaba vivir con particular mezcla de la ya conocida rabia y una inédita euforia. La unidad nacional que servía de postal al Desarrollismo se agrietaba a pedrazos y se manchaba con el humo de gases y fogatas; como ceremonia de refundación del Santiago metropolitano.

Gamboa, ante lo que era ya un evidente fracaso de la represión policial a la revuelta, decretó a las 17 horas el reemplazo de la tropa de Carabineros en las tareas represivas del centro de la ciudad, por el Ejército y sus unidades móviles. La orden se hizo efectiva a las 18 horas, con el retiro a los cuarteles de los cansados policías. Desde el principio de este cambio en el personal represivo, acentuado en los días siguientes, se produjo una acusación, originada en una declaración pública del Partido Radical, que indicaba que se había abandonado el centro de la ciudad al saqueo y la violencia popular, para así favorecer un autogolpe del presidente Carlos Ibáñez. Como bien ha indicado Pedro Milos, las fuentes apuntan a que más bien el supuesto abandono tenía que ver con una diferencia en las formas represivas entre ambas instituciones armadas. Mientras Carabineros actuaba buscando copar extensivamente todos los rincones y calles de la ciudad para así sofocar los disturbios, el Ejército, en cambio y como algo propio de una fuerza de guerra y no de orden público, se dedicó a tomar posiciones estratégicas específicas -como su copamiento de la Plaza de Armas con tanques y que fue aplaudido por quienes repudiaban por igual a manifestantes y a Carabineros- y solo se desplegó calle a calle a eso de las 21 horas, cuando la muchedumbre que saqueaba y quemaba bienes públicos y privados ya había “envuelto la ciudad”<sup>168</sup>.

Gamboa creía, compartiendo el problema de la paradoja de la represión, que el actuar ultraviolento de los policías descontrolados atizaba el apoyo de la mayoría urbana a la revuelta, y que su relevo de

168 Milos, 220.

las calles por parte del ejército permitiría, en sus palabras, “recuperar la normalidad, con un mínimo de vidas sacrificadas”<sup>169</sup>. Esto era cierto en parte, y ya vimos que la violencia policial gatilló un aumento de la violencia popular, desde las primeras resistencias estudiantiles a los palos, hasta la resistencia feroz del proletariado santiaguino. Pero también es cierto que desde antes del 1 de abril la acción directa violenta de algunos grupos más radicales entre la protesta, lejos de responder a los excesos policiales, buscó provocar una generalización del disturbio al resto de la ciudad. Era algo así como una apuesta por subir los niveles del enfrentamiento callejero y movilización popular. Gamboa reconoció aquello en sus memorias, publicadas cinco años más tarde, al indicar que “En la Plaza de Armas fueron destruidos escaños, faroles y casetas. Justamente mientras los carabineros trataban inútilmente de impedirlo con disparos al aire. También incendiaron automóviles en las mismas circunstancias”, agregando más adelante: “No fue el retiro de Carabineros lo que permitió la acción destructora y vandálica de los revoltosos, pues estos la empezaron y desarrollaron desafiando la enérgica acción de aquellos que sólo se abstuvieron de disparar directamente al cuerpo de los furibundos manifestantes”<sup>170</sup>. A pesar de contar con tales certezas sobre la violencia de la revuelta en esos momentos de la tarde del 2 de abril, el convencimiento de Gamboa en que toda la revuelta fue una conspiración revolucionaria digitada, y que impregna todas las páginas de sus citadas memorias con sugerencias al respecto, no da lugar a la posibilidad una comprensión de las razones de la violencia popular. Pero tal vez sí explique la ferocidad de la represión que dirigió.

Gamboa nunca fue acusado formalmente y menos procesado por los crímenes de la represión de esos días. Eran años que la masacre se consideraba un recurso extremo pero legítimo del Estado ante las revueltas. Pero dos años después, Gamboa terminó preso por “cohecho y estafa”, debido a sus presiones por conseguir tierras magallánicas

169 Horacio Gamboa, *En la ruta del 2 de abril* (Santiago, 1962), 149.

170 Gamboa, 186.

para uso propio y a sus actos de compraventa fraudulentos respecto de los mismos terrenos. Cuando el juez ordenó su detención en marzo de 1959, Gamboa, recordando los hechos del 2 de abril, sostuvo: “me están atacando con cobardía y sin mostrar la cara muchos que en otros tiempos me propusieron alzarme contra el orden constituido...”<sup>171</sup>.

Finalmente, la noche del 2 de abril el Gobierno de Carlos Ibáñez decretó el Estado de Sitio y estableció el toque de queda desde las 21 horas, y ambos instrumentos -además de las armas legales y de fuego- se usaron para recuperar el control en los días siguientes. Como ha sostenido recientemente la historiadora Verónica Valdivia, la represión de abril de 1957 dirigida por Gamboa y amparada por el Gobierno de Carlos Ibáñez y buena parte del parlamento, respondía a una línea estratégica de los sectores conservadores y propietarios del país, la “militarización del conflicto político”. Esta posición, tendía a defender la respuesta armada drástica a la protesta popular, acrecentando los instrumentos legales y constitucionales de suspensión de derechos y que avalaban la represión militar. El carácter anticomunista y antipopular de dicha línea era evidente, más aún en los años de la Ley Maldita. El hito, como bien sostiene la autora, no estaba en que la represión fuese alguna novedad, menos en un orden político que llevaba varios años en una creciente militarización de la relación con las disidencias. El hito estaba más bien en el tipo de actores sociales que entraron en escena; en la forma de hacerlo, con una rebelión general y de la cual la revuelta de abril era su arista más notoria; y finalmente, por su efecto de dislocar el curso político institucional.<sup>172</sup>

171 “Gamboa: Batalla Perdida”, *Ercilla*, 11 de marzo, 1959, 10.

172 Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *Pisagua 1948. Anticomunismo y militarización política en Chile* (Santiago de Chile: LOM, 2021), 329-39. Ver también Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1938)* (Santiago de Chile: LOM, 2018).

## La retirada de las direcciones oficiales

Al atardecer del día 2 de abril, el miedo a la rebelión en las vocerías legitimadas de la política y la sociedad, era mayúsculo. Los sectores más identificados con los partidos de centro y las clases medias entre el movimiento estudiantil habían conjurado fuerzas que no conocían, y que no podían controlar. Los partidos políticos tenían aún más miedo, especialmente aquellos que no se reconocían en el Comando contra las Alzas. El gobierno, el parlamento, los militares, en fin, todo el poder real de la ciudad de Santiago estaba paralizado, esperando que la violencia de los tanques resolviera el problema de su propia seguridad, para recién empezar a preguntarse por el problema de su situación en la nueva lucha de clases que se había instalado de golpe.

Un fallido último intento de negociación con la FECh, de parte del Gobierno, terminó por volver a sepultar cualquier idea de diálogo. Mientras el ministro del Interior, el Coronel Benjamín Videla, exigía el fin de las protestas, y la directiva de la FECh su salida y el castigo a los políticos y policías culpables de la represión mortal de esos días; el acuerdo era evidentemente imposible. Ninguno de los dos actores podía hacer lo que se les exigía. Ni la FECh controlaba la protesta ni el Gobierno iba a claudicar ante la revuelta y contenerse en el uso de su única garantía, las armas del Estado. Por su parte, la FECh ya se había desligado del sector más violento de las luchas callejeras del centro y había desconvocado las protestas, mas no el paro. Pero ese desconocimiento de la revuelta les significó perder cualquier capacidad de tensar al Gobierno. Luego de eso, el ministro Videla rechazó la negociación con las organizaciones sociales, y siguió persiguiendo a la directiva estudiantil tal y como perseguía al resto de los dirigentes sindicales y de pobladores del Comando contra las Alzas, es decir y como se le explicó al Senado en esos días, “por incitación a la revuelta”, porque “ultimaban los preparativos para una huelga general”, o “por subversión del orden público”.<sup>173</sup>

173 Senado de la República de Chile, «Diario de Sesiones del Senado - Sesión 6 (extraordinaria)», 5 de abril de 1957, 220-21.

En general, las direcciones estudiantiles, tanto universitarias como secundarias, se retiraron de las calles durante la tarde del día 2, con sendos llamados a “los escolares que cesaran en sus manifestaciones callejeras y se retiraran a sus respectivos hogares”<sup>174</sup>. El tono paternalista empalmaba con el del ministro Videla, quien insistió por la prensa que “[l]os padres de familia deben impedir a sus hijos el participar en las asonadas callejeras”<sup>175</sup>. La Federación de los estudiantes secundarios (la FESECh) y su sección local de Santiago, llamaron a dejar la lucha callejera, pero tenían el mismo problema de los universitarios: no tenían ningún control sobre sus bases en revuelta. Solo la FEUTE no llamó a retirarse de las calles, y mantuvo la crítica al Gobierno por la represión, culpando de la violencia en las calles al actuar de la policía.

### **La militancia de la izquierda y la revuelta**

La izquierda partidaria y sus principales referentes políticos, se preocuparon mucho de marcar distancia con la violencia callejera y los saqueos en Santiago. Pero una cosa fueron los posicionamientos oficiales y públicos, y otra muy distinta fue el grado de control sobre la acción de sus bases partidarias, especialmente las franjas más jóvenes del universo proletario y militante de la ciudad. Así, a pesar de las vocerías oficiales partidarias y de las organizaciones gremiales populares, la militancia de base y ligada al universo proletario de la ciudad parece haber actuado promoviendo de diversas formas la revuelta, empatizando con sus vecinos y compañeros, y salvando la distancia con sus dirigencias. La actitud de los comunistas, socialistas y otros no habría estado, entonces, definida por un aislamiento, previo o buscado durante la movilización, respecto de las masas populares que intervinieron en la revuelta. Es visible que participaron en importantes acciones directas, varias violentas, a modo de dirigir

174 Milos, *Historia y memoria*, 217.

175 *Ibid.*, 218.

en la calle misma la revuelta y evitar “la desviación de izquierda”. El problema para los partidos rojos es que estaban acosados por la Ley Maldita, sus principales vínculos con la revuelta eran los dirigentes sindicales, que habían sido desactivados varios días antes por la represión, y debieron confiar sólo en cuadros juveniles, los mismos que se mostraron muy radicalizados durante estos años y por lo tanto reacios a una moderación que contradecía el ímpetu de las clases populares de la ciudad. Citado por Pedro Milos, Federico García, miembro de la dirección de las JJCC, recuerda que esta organización, contraviniendo al partido, llamó en las jornadas de abril a “tratar de empujar hacia delante, en busca de una situación de quiebre”. Según Milos, esta posición sería la causante de la expulsión de varios dirigentes de las JJCC, en lo que se definiría como la reacción de un partido institucionalista ante un cambio de actitud de sus propias bases más activas.<sup>176</sup>

La investigación de la historiadora Eugenia Palieraki<sup>177</sup> muestra similar actitud en las bases juveniles de otros partidos rojos, como el PS. Los militantes de la amplia diversidad de la izquierda radical reconocieron como hito de encuentro y construcción de confianzas orgánicas a los hechos de abril de 1957, en que destacaron los socialistas de Concepción, especialmente de la JS, y que saldrían expulsados en 1964; los nuevos líderes de las JJCC que habían ascendido a la dirección luego de la purga al reinosismo, fueron expulsados cuando se les acusó de que participaron en posiciones de conducción y agitación violenta en las jornadas de abril, como vimos en el párrafo anterior. En los disturbios callejeros también se mezclaron con los trotskistas del Partido Obrero Revolucionario y con los futuros miembros de la Vanguardia Revolucionaria Marxista, que mantenían presencia en algunas poblaciones de Santiago sur y también ciertas direcciones obreras sindicales.<sup>178</sup> Similar ejemplo se puede encontrar en la obra literaria “La Base” de Poli Délano, publicada apenas un año después

176 Pedro Milos, 2 de abril..., 538 – 545.

177 Eugenia Palieraki, *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta* (Santiago, Lom, 2014).

178 *Ibid.*, 23 – 81.



de la revuelta, notoriamente inspirada en ella y muy popular entre las filas del PC de la época. Allí, se describe las acciones y cotidianidad de una “base” del clandestino Partido Comunista, formada por trabajadores santiaguinos del centro de la ciudad. En la novela se narra detalladamente el trabajo organizado de la militancia durante las jornadas de abril de 1957:

“Casi toda la gente de la base andaba en la Alameda, animando a los estudiantes, distribuyendo propaganda, desfilando y dando gritos. [...] de pronto, en medio del tumulto, veía correr a dos hombres que tiraban del cordel del tomacorriente de un trole y obligaban a los pasajeros a bajar, y me daba cuenta de que eran Esteban y Martínez. [...] O en una esquina, una mujer con anteojos de concha peroraba contra el alza, reuniendo a gentes, a transeúntes a su alrededor: era Sonia. Cuando los carabineros se acercaban, sus propios auditores la protegían, escamoteándola a la furia de los verdes. El jueves en la noche, mientras peleábamos en la Alameda, vi pasar a Green con su chaqueta sucia de tierra. A Miguel lo divisé dos veces entrando al local de la FECH con otros estudiantes. Mi base estaba cumpliendo como podía sus resoluciones. Todos peleaban contra el alza”.<sup>179</sup>

Aproximarse a la forma que tuvo el rol de las y los jóvenes militantes de izquierda en los disturbios de abril de 1957, ilumina la masividad y extensión de la actitud de revuelta entre la juventud popular de Santiago, una disposición de ruptura que se había extendido como marca de clase y también generacional.

Uno de los documentos más importantes para analizar desde abajo la acción militante en los hechos de abril y que curiosamente ha sido poco o nada trabajado, es el texto de autocrítica del PC por su actuación en la revuelta en Santiago y Valparaíso, publicado en julio de 1957 en la revista teórica del partido, Principios. Está dividido en dos partes respectivas a cada ciudad y ambas son bastante detalladas en su contenido, así como desiguales en cuanto a la valoración de las acciones. En el documento se analizan los problemas internos de la

179      Poli Délano, *La Base* (Santiago: Austral, 1058), 108 – 9.

revuelta y la forma de la lucha de clases en su interior, alejándose de maniqueísmos alusivos a marginales e integrados o protesta y lumpen. Es un texto bastante interesante por la descarnada honestidad de su crítica, por lo detallado de su revisión de aciertos y fracasos, y por las perspectivas de observación de los hechos que abre.

La primera parte corresponde a Valparaíso y está firmada por Manuel Romero, en ella se indica que si bien “la lucha apareció en un primer momento como una cuestión espontánea”, luego se agrega que “más que nada ella se presentó como la gota rebasando el vaso. En la provincia de Valparaíso, como en el resto del país, pero aquí quizás con mayor profundidad, se venían agudizando los problemas de los trabajadores y del pueblo”<sup>180</sup>. La autocrítica de los porteños es más bien en tono complaciente: “Lanzadas las masas a la calle, la dirección del Partido comprendió que se estaba ante un hecho de enormes proyecciones [...] que se precisaba unir en la acción a todas las fuerzas que resistían las alzas”<sup>181</sup>. En la dirección de la lucha en las calles porteñas, el documento asegura que la militancia comunista no se vio superada por grupos más violentos o con mayor decisión en el enfrentamiento. Pero a la vez, destacaron la unidad alcanzada en el combate callejero, y criticaron la inorganicidad de la revuelta sin renegar de los métodos violentos y el enfrentamiento: “Esto era más importante aún, dado el caso que, pese a todo, había una masa de miles de personas de nuestro pueblo que creía que parte de la lucha contra las alzas era la quebrazón de faroles, así como otros actos directos”. Los comunistas de Valparaíso aseguraban haber actuado con firmeza para detener los intentos de producir enfrentamientos directos con la policía y los marinos desplegados en el puerto, bajo el argumento de que sería una masacre segura. Finalmente, los comunistas porteños insistían también en su perspectiva de lucha que combinaba la revuelta con la negociación política, “la legalidad del movimiento”: “Mientras se combatía en las calles, el comando se entrevistaba con las autoridades para buscarle solución al problema,

180 Manuel Romero, “Las luchas de abril y la provincia de Valparaíso”. *Principios*, 43 (Julio - agosto, 1957), 12.

181 Manuel Romero, “Las luchas...”, 12 - 14.

dejando sin efecto el alza de la movilización en Valparaíso. Esto fue logrado parcialmente”.<sup>182</sup> El documento termina con algunos llamados a fortalecer el partido en el puerto, y la necesidad de ampliar su grado de influencia.

A renglón seguido comienza el escrito llamado “Las luchas de abril y la provincia de Santiago”, escrito por Mario González, y que es el que más interés reviste para este texto. En el escrito nuevamente se discute respecto de la distancia política habida entre los militantes del partido y sus instancias directivas, y las masas en la revuelta. De ahí se concluye que el problema del PC en los hechos de abril habría estado en la dirección de masas con las que se convivía, por lo que no era una dificultad proveniente de alguna extranjería social respecto de las mismas. Para la autocrítica comunista, el Comité Regional del partido (CR), “si bien comprendió el problema y tomó las medidas necesarias para realizar y controlar las tareas, de acuerdo con el ascenso del movimiento, puede decirse que desarrolló una labor de dirección política extraordinariamente débil”. Así, permitieron que “en frentes decisivos, como el sindical, se mantuviera una actividad negativa” ante la lucha de masas desatada en las calles y fuera de los lugares de trabajo.<sup>183</sup>

El PC reconocía un problema de dirección en lo que identificó correctamente como un cambio de actitud en buena parte del universo proletario de la ciudad. De esta forma, en el documento en cuestión se planteaba que en la capital, “[...] los organismos sindicales y, en ellos, los dirigentes medios y superiores, subestimaron el carácter de la lucha, sin comprender suficientemente que cada día iba tomando cuerpo en sectores populares la necesidad de abocarse a una lucha resuelta y decidida para poner término a la implacable política de alzas”. Según los comunistas, esta “falta de sensibilidad” de las cúpulas de la CUT y del partido respecto del paulatino cambio de tono de la protesta popular en ese primer trimestre de 1957, “impidió

182      Íbid. 13 – 14.

183      Mario González, “Las luchas de abril y la provincia de Santiago”.  
*Principios*, 43 (Julio - agosto, 1957), 15 – 19.

que la clase obrera tomara parte activa en la estructuración de un organismo provincial que canalizara el descontento.”

Si bien, como se vio, los comunistas asumían que en la revuelta de abril no habían podido dirigir la lucha, ni tampoco lo habían podido hacer las direcciones sindicales, el problema era todavía mayor. Así, se consideró “especialmente grave” que “las condiciones objetivas” -es decir, la congelación de los salarios y la sostenida alza en los precios- que presionaban a “la gran masa de la población”, “no fueran debidamente tenidas en cuenta en el movimiento sindical, diciendo en muchos casos algunos dirigentes responsables, frases tales como: ‘la gente no quiere pelear’, y ‘hay cobardía entre los trabajadores’”. Para González, el autor del texto autocrítico, ese tipo de frases dichas por dirigentes sindicales días antes de la revuelta, reflejaban “una tremenda desconfianza en la capacidad de lucha de las masas, falta de combatividad y de contacto con la realidad”, y significaban “vivir al margen de la vida de las masas”. Y es que tales prejuicios sobre la combatividad de las clases populares de la ciudad “fueron desmentidos por los acontecimientos, durante los cuales el pueblo de Santiago luchó heroicamente contra la policía, las balas y el terror, sacrificándose una gran cantidad de vidas valiosas”<sup>184</sup>.

Luego de la enumeración de culpas en el actuar tardío del PC en los hechos de abril, el documento autocrítico dejó espacio para observar los aciertos de la militancia comunista de Santiago, especialmente entre el movimiento obrero. La autocrítica destacó cómo la militancia intermedia y de base, así como sus anillos de influencia en la clase obrera, y a diferencia de las direcciones superiores del partido, sí actuó en la revuelta y se colocó a la vanguardia de las luchas. De esta forma, el texto muestra las características de la revuelta que permiten dar cuenta de su multidimensionalidad, no solo en su expresión más espectacular, la violencia callejera, sino en las diversas formas de protesta que copan la ciudad y en una extendida disposición a la rebelión. Se destaca así que aunque la acción comunista fue “muy débil en la base”, tuvo “más fuerza en algunas comunas importantes

como Renca, Quinta Normal, San Bernardo, La Cisterna, San Miguel”, todas de fuerte presencia obrera. A pesar de la carencia de instrucciones desde las cúpulas obreras y partidarias, el documento relata cómo “hubo camaradas que, por su propia iniciativa, hicieron esfuerzos para dirigir la lucha, organizaron mitines en el centro de la Ciudad, trataron de orientar a la masa, se opusieron a los actos de vandalismo”, aunque de todas formas “fueron rebasados por la magnitud de los sucesos”.

Como contrapunto de estos ejemplos de intentos infructuosos, se enumeran varias acciones de conducción comunista exitosa durante la revuelta. Los casos indican que la revuelta no fue solo la lucha callejera, los saqueos e incendios en el centro de Santiago, sino que una movilización general del universo proletario de la ciudad en reuniones de protesta que implicaban diferencias y hasta contradicciones con las acciones más brutas de rebelión popular. Así, en “San Miguel [...] el lunes primero de abril la masa paralizó la movilización [...] especialmente poderosos fueron los esfuerzos en La Legua, Población Germán Riesco y Miguel Dávila”. Además, ese día se “Hicieron reuniones con los pobladores y se recorrieron los sindicatos. Ya el día miércoles se efectuó una reunión de los sindicatos Madeco, Mademsa y otros de la comuna, paralizando ésta completamente”. Al extremo sur poniente de la ciudad, en San Bernardo, los obreros de la Maestranza del ferrocarril abandonaron sus labores y salieron a la calle, “realizando un gran mitín calurosamente aplaudido por la población y presentaron sus demandas al gobernador, demostrando una gran combatividad, sin que se efectuaran provocaciones que habrían sido aplastadas por los obreros”. En el poniente, en Quinta Normal, los días 2 y 3 de abril “los camaradas recorrieron los sindicatos, juntando a 13 organizaciones, que rápidamente fueron capaces de hacer imprimir volantes, llamando a organizar el paro, que fue un éxito en esa comuna”. En otros lugares de la ciudad, como al norte del río Mapocho, se hicieron “ediciones de volantes, haciendo funcionar varios mimeógrafos y repartiendo propaganda. Hicieron además rayado mural y recorrieron los sindicatos”. En esa

zona, el importante sindicato de la editorial e imprenta Zig-Zag, salió a la calle a manifestarse, y “los obreros castigaron a los provocadores que estaban incitando al pillaje”. En Providencia, al este de Santiago por la rivera sur del río Mapocho, y en esa época todavía un sector industrial, la movilización obrera durante la revuelta había paralizado una decena de industrias, aseguraban los comunistas. Por su parte, en La Cisterna y en Lo Espejo, al sur de la ciudad, el documento se atrevía a indicar que “fue allí donde la población en general se volcó a la calle, en una manifestación de más de 1500 personas: La combatividad fue tal que la masa se dio la consigna del derrocamiento de Ibáñez y pensaba marchar hacia Santiago”. Para los comunistas, esta actitud significaba “una pérdida de las proporciones de la lucha, síntoma de una desviación de izquierda”.<sup>185</sup>

### **El momento lumpen del universo proletario de Santiago**

Pero sin duda, y precisamente por la densidad de la rebelión multidimensional que se desata con una revuelta, por lo profundo de su ruptura, la principal marca de los hechos de abril de 1957 fue la violencia. La jornada del día 2 se grabó en la historia con los martillazos de la destrucción, con el terror de los saqueos y las marcas del fuego de los incendios. La memoria conservó imágenes de esa noche en que la oscuridad provocada por la destrucción de las luminarias públicas, se interrumpía por el fuego de garitas y locales comerciales. La mencionada diferencia de formas represivas y el hiato de tiempo que hubo entre el retiro de carabineros de las calles y el despliegue del ejército en la ciudad, había abierto no solo la ventana de oportunidad para la rebelión, sino también había despertado la imaginación de lo que era posible en una protesta, con las masas y por la vía de los hechos.

Si bien es cierto que la violencia fue en su mayoría protagonizada por elementos del proletariado de la ciudad, como ya se indicó más arriba,

185 Ídem.

muchos militantes estudiantiles de las capas medias se sumaron a las luchas. Esto, probablemente tenía que ver con la coherencia entre sus ideas políticas, los sujetos convocados real o imaginariamente a realizar las mismas, y la dirección de tonos clasistas de la revuelta. En las barricadas, en los incendios y en los saqueos, no pocas veces los proletarios se confundían con los exaltados militantes universitarios. La revista teórica de los estudiantes de la Falange, *Política y Espíritu*, apuntaban a esto cuando en su relación de los hechos de abril de 1957, publicada apenas semanas más tarde, indicaron que: “Gente de diversas clases, algunos hombres mal vestidos y de aspecto patibulario, otros jóvenes manifestantes arreglados, se lanzaron, en pequeños grupos y con calma increíble, a destruir semáforos, garitas, a derribar postes, etc.”<sup>186</sup>. La “calma increíble” de los saqueos también es una característica repetida en los reportes de este tipo de hechos a lo largo de la historia. Parece que la forma real de los saqueos, también los de 1957, estaba lejos de constituir un gesto descontrolado de una turba irracional, y más bien tendía a mostrar una racionalidad de la revuelta, una capacidad de elegir objetivos y de mediar la violencia en función de la protesta.

Entonces y para insistir en ello, se debe comprender que en los hechos de abril de 1957, la violencia popular no fue la destrucción ciega y sin sentido que se suele diagnosticar en estos casos, sino que sometida a ciertos límites y razones. El carácter de carnaval, de goce de la destrucción y la furia del enfrentamiento a la policía, contrastaba con una evidente pérdida del sentido de la urgencia política de las bases de la revuelta. Los intentos destituyentes que asomaron en algunas personas y que aparecen en las fuentes, nunca tuvieron canalizaciones serias o prendieron masivamente. No se quiso avanzar a La Moneda, y la multitud prefería enfilarse iracunda rumbo al comercio, a los buses o hacia los cordones de policías. Eran razones de revuelta y no de revolución. Eran razones de la rabia proletaria, no de la política parlamentaria. En la revuelta de abril se atacaron las sedes del Congreso Nacional, de los Tribunales de Justicia y el edificio del

186 “Momentos críticos”, *Política y Espíritu*, 176, 15 de abril, 1957, 3.

diario El Mercurio, todos cercanos a la Plaza de Armas, sin que las viviendas y pequeños negocios cercanos sufrieran daños.

Era propio de una situación de revuelta en las ciudades modernas del siglo XX, que los manifestantes, sobretodo aquellos que provienen de los sectores menos organizados de las clases obreras, como la juventud secundaria y los trabajadores de industrias y talleres sin tradición sindical, desbordasen cualquier tipo de dirección o control en la misma movilización. Tal desborde, en 1957, rápidamente tensionó la unidad táctica entre las distintas clases que componían el Comando contra las Alzas, entre los obreros y estudiantes proletarios, y las clases medias universitarias. De esta forma, desde la tarde del 2 de abril, se produjo un segundo “momento lumpen”, esta vez proveniente desde las masas de la periferia de Santiago. No eran “otros grupos sociales”, sino que las bases autoconvocadas del universo proletario de la ciudad, con la clase obrera el medio pero socialmente mucho más allá. Eran los pobres de un país dependiente, ya en abierta disposición al enfrentamiento y conscientes de la fuerza de su número, de su exceso. Los mismos obreros aplaudidos en el verano, empezaban el otoño en una nueva actitud: proletaria, desconfiada, resentida. Alfonso Guerra, dirigente de los estudiantes vespertinos, recuerda, a tono con la autocrítica de Principios vista más arriba, que en aquellas jornadas mantenían dirección de la pelea callejera hasta cierto momento en la medida que las bases movilizadas seguían siendo los sectores más organizados del movimiento estudiantil; pero con el correr del día y la llegada de la noche, “cuando toda esa masa empieza a desaparecer y empieza a emerger este otro mundo que efectivamente emergió, que bajó de San Miguel, que bajó de Conchalí... Efectivamente llegó esa gente y ya los grupos que se movían no te reconocían... [...] Había ahí una masa con odio, con mucho resentimiento.”<sup>187</sup>.

Tal y como los estudios de los disturbios y revueltas populares, de Thompson y Rudé hasta Joshua Clover, han sugerido, la violencia popular de estos eventos no puede ser entendida ni como mera reacción al estímulo económico del empobrecimiento, ni como una



diáfana disposición política revolucionaria. El “momento lumpen” es uno definido por una actitud dinámica de las clases populares frente a una situación específica de la lucha de clases, y en cuya complejidad adquieren sentido las acciones de violencia y sus objetos. Es tanto a su favor como contra sus dueños, que los revoltosos saqueaban e incendiaban. Saqueo y destrucción, aunque parecen acciones contradictorias, vistas desde la perspectiva de la guerra social adquieren particular coherencia. De esta forma no es difícil leer los clivajes que explican los saqueos a la custodia de equipajes de la Estación Mapocho del ferrocarril, de donde sustrajeron maletas, abrigos y “cuanto les fue posible llevar”; o los ataques al Mercado Central, amago de incendio incluido. Pero en especial, que la mayoría de los ataques fue a las tiendas de la calle 21 de mayo, al norte de la Plaza de Armas. Era la búsqueda de inflingir daño a la propiedad más que hacerse de ella, más que la necesidad, lo que parece haber motivado los saqueos. Entonces la prensa ya suponía que no se hablaba de estudiantes, sino de “los sectores populares ubicados en la rivera norte del río Mapocho”, a un puente y algo más de distancia de dichas vitrinas.

Como da cuenta el estudio de los detenidos, heridos y muertos hecho por Milos, así como de la composición social de las poblaciones callampas de la periferia de Santiago, esos grupos que “desbordaron” a las militancias no eran ajenos a la clase obrera o al estudiantado popular, sino que eran sus bases y su distancia era en realidad respecto de la política gremial o parlamentaria por igual. Tal vez, precisamente por esa distancia, estaban tan decididos a la acción directa y la violencia. Dicha violencia era de gruesas y toscas razones clasistas no solo en el carácter de sus agentes, sino en lo que definían como sus enemigos. No era algo muy elaborado como una estrategia revolucionaria, pero era claro en su parcialidad.

Además, debe asumirse que la violencia implicó diferencias de grado en su práctica. No todos los que aprobaban los saqueos participaban de los mismos, ni todos los que lo hacían eran parte de la destrucción, el descerraje y los incendios que solían ser parte de

estas acciones. Cuando el abogado Andrés Aylwin Azocar, defensa de Francisco Suárez, detenido y procesado por saqueos en la revuelta de abril, respondió a los tribunales, sostuvo que Suárez solo había hurtado los bienes con que fue sorprendido por los policías, pero que no había cometido “robo con fuerza”, como se le acusaba. En su argumentación, el abogado sostuvo que “los lamentables sucesos” de la revuelta, “transformaron en delincuentes ocasionales a muchachos inexpertos y honrados”. Los saqueos, según esta defensa, ocurrieron “según es de conocimiento público y notorio”, de dos formas. Primero, por “personas que con escalamiento entraban a establecimientos y robaban especies”; y luego, se sumaban “personas que sin participar en estos hechos”, tomaban los bienes que quedaban abandonados “en las calles o veredas por aquellos que habían ejecutado el escalamiento y que huían o lisa y llanamente las dejaban caer sin darse cuenta”.<sup>188</sup> Si bien cuesta creer en una separación tan moralmente clara como la descrita por Aylwin Azocar, lo cierto es que buena parte de los saqueos de abril de 1957 no eran sino un recoger lo que ya había sido liberado de vidrios y rejas, una violencia contra la propiedad que se realizaba a veces con mucha calma. Es más, como ya se ha indicado y como bien probó Milos, los robos no fueron por hambre. Al parecer, primó más un inmediato y primigeneo clasismo. Se atacaron y saquearon principalmente locales de bienes suntuarios; y, aunque se registra un saqueo a una panadería en el barrio Franklin, no hay más documentación de ataques a tiendas de alimentos ni abarrotes en esos días<sup>189</sup>.

Por su parte, los incendios, el ejemplo extremo de violencia contra la propiedad, ocurridos los días de revuelta no parecen haberse dado en cualquier parte ni de forma descontrolada. También acá hay razones. En los registros de prensa e investigaciones posteriores, se habla de una gran cantidad de incendios (13 fuegos “intencionales” fueron reportados por los bomberos para la tarde y noche del 2 de abril)<sup>190</sup>,

188 Lira y Loveman, *Poder judicial y conflictos políticos (Chile: 1925 - 1958)*, 674-75.

189 Milos, 241.

190 Milos, *Historia y memoria*, 223.

y todos corresponden a garitas de transporte público, microbuses e instalaciones de carabineros, los enemigos declarados de la multitud que estaba desde hace meses en las calles. La destrucción por la protesta, sin duda, fue enorme, los grupos que actuaron lo hicieron con ahínco contra semáforos y faroles, para luego convertirlos en barricadas. Pero, por otra parte, no se atacaron otro tipo de inmuebles, ni con fuego ni con otro tipo de armas, como pequeños comercios o viviendas.

El “momento lumpen” de las clases obreras de la ciudad, como se ha insistido, era salvaje, inorgánico, pero sometido a cierta moral y ciertas razones. Reconocía bando, frente y enemigos. Como indicó *La Nación* en su edición del día 3 de abril, entre el “medio centenar de tiendas” que fue atacado o saqueado, “del sector comprendido entre Moneda. Bandera, Santo Domingo y Miraflores”, “Las relojerías fueron las preferidas de las turbas”<sup>191</sup>. Se destruyeron vitrinas y se saquearon los almacenes de lujo en el centro, se robaron “relojes, joyas de alto valor y porcelanas finas”<sup>192</sup>, también las armerías, se atacó e incendió las propiedades de la empresa estatal de transporte público (ETCE) y se respondió como pudo a la violencia de Carabineros. Lo que predominó fue cierta moral de clase -una economía moral de la multitud, si se quiere- que se hace reiterada en los saqueos en la historia de Chile, y que se expresa en que en la abrumadora mayoría de los casos se elige como blanco a la gran propiedad o a las tiendas de lujo, y no a los pequeños comercios de abastos. Pareciera que se hace evidente, sin jamás decirlo, que no se roba por hambre ni por necesidad absoluta, sino que se roba por oportunidad y a la vez como ajusticiamiento, como un acto de redistribución “a la fuerza”. Sin duda era un acto políticamente insignificante, pero la potencia de sus imágenes y relatos que abundaron en la prensa que no fue perseguida, elevó esos actos a poderosos símbolos, tanto a modo de muestra de un resentido terror proletario al que combatir; o bien, a modo de una fuerza potencialmente revolucionaria que habría que conducir.

191 «Turbas saquearon las tiendas. Lo que fue el pillaje ayer en Santiago», *La Nación*, 3 de abril de 1957, 2.

192 Según la prensa citada por Milos. Milos, 227.

Tal vez, entre los hechos que no podemos comprender, pero no porque carezcan de racionalidad sino porque requiere mayores antecedentes para estudiarse, están dos ataques a estatuaría pública. Primero, el ataque e incendio a las instalaciones de la construcción del monumento al héroe naval Arturo Prat cerca de la estación Mapocho; y luego, el ataque a pedradas a los faroles del monumento a Bernardo O'Higgins en la plaza Bulnes.<sup>193</sup> En años más recientes se han reiterado estos ataques a estatuaría pública, pero sería demasiado aventurado sugerir que las razones sean las mismas. Lo que sí es posible sostener, es que el desprecio por la estatuaría que homenajea a los héroes patrios en momentos de revuelta, es algo tan antiguo como los hechos de 1957 parecen sugerirlo.

Como se ha indicado más arriba, la orientación notoriamente parcial, de clase, de la violencia del “momento lumpen” de los obreros y estudiantes que actuaron en el centro y las periferias norte y sur de la ciudad, provocó rápidamente roces. Primero, con las dirigencias preocupadas de conducir la revuelta, y, luego y lo que más interesa destacar, con los grupos de capas medias que ya habían salido de su momento lumpen y se encontraban hacia el final del día 2 empeñados en rechazar los ataques a la propiedad. Esto se hizo evidente en la diferente valoración de los saqueos como medio o parte de la protesta. Ocurrió que en las primeras horas de la tarde del 2 de abril, manifestantes intentaron saquear y quemar el local de los lujosos Almacenes París, ubicado en Alameda con San Antonio, en pleno centro de Santiago, tal y como ya habían hecho con otros locales. Alertados por otros manifestantes de lo que ocurría en la esquina mencionada, un grupo de estudiantes de la universidad de Chile, muchos de ellos miembros de las Juventudes Comunistas, decidieron correr al lugar y formar un cordón humano para proteger la tienda. Ocurrió que lo lograron y repelieron a golpes a los atacantes.<sup>194</sup> La presencia destacada del hecho en la prensa de esos días, así como en la memoria de los participantes, ocupa el lugar del hito en que se

193      **Íbid.**, 225.

194      **Íbid.**, 406-9.

diferenciaron dos grupos en la revuelta. Se dibujó así con claridad y hasta el presente una frontera social en la interpretación de la revuelta del 2 de abril. Una distancia entre aquellos ligados al movimiento estudiantil, que en el momento mismo y en entrevistas posteriores realizadas décadas después han insistido en cómo la defensa de Almacenes París era la defensa de cierto estatus moral de sus protestas, y el rechazo a las prácticas de los que han llamado “lumpen”, “antisociales” o “marginales”. Y aunque no hay prueba alguna de la participación en número importante de delincuentes en la violencia y los saqueos, y que hay una cantidad enorme de fuentes que muestran a obreros y estudiantes de los barrios pobres, también a militantes comunistas<sup>195</sup>, actuando en la mayoría de los casos de fuego, saqueos y lucha callejera; se ha insistido siempre desde las voces autorizadas en la actuación de “marginales” en esos casos, o bien, se instala la sospecha de la actuación de “provocadores”, hayan sido estos del gobierno o de los grupos “fascistas”. Los hechos de Almacenes París, simbolizaron todos los saqueos y destrucción de esas noches de otoño en Santiago. La identificación de algunos grupos de manifestantes con la seguridad de ciertas empresas privadas, al punto de ponerse como escudos de las primeras, y en contra de la furia destructiva de una parte de la revuelta, es un hecho que revela las diferencias sociales, de subjetividades históricamente constituidas y disposiciones de clases reactualizadas en el conflicto social, que resistieron a la unificación que generó el enemigo común, en este caso, el Gobierno y las alzas. Era la irreductible lucha de clases dentro de la revuelta.

195 Pedro Miranda, en entrevista con Luis Vitale en 1980, narra que el grupo de las JJCC que se opuso a la actitud de contención de la violencia y oposición al saqueo durante las jornadas de abril de 1957, y que oficialmente tomó el PC, salieron del partido y construyeron el Movimiento 2 de Abril, y más tarde se incorporaron al trotskista Partido Obrero Revolucionario (POR). Ver Nicolás Miranda, *Contribución para una historia del trotskismo chileno (1929-1964)* (Santiago de Chile: Clase contra Clase, 2000); Marco Álvarez V., *La ruta rebelde: historia de la izquierda revolucionaria* (Concepción: Escaparate, 2014).

## El momento lumpen del Estado

Cuando se logró contener la revuelta y apenas se superó el miedo al apocalipsis proletario, el poder se aprestó a la venganza ejemplar y a la expulsión de los males. Eligió culpables y enemigos. Además de los comunistas y toda una imaginada conspiración internacional roja, los ya mencionados proletarios “sin vestón”, símbolos identificatorios del “terror” popular desde el inicio de la revuelta, fueron declarados el pozo de todos los males de los hechos de abril, desde las vocerías del Estado y la elite de la ciudad. Apenas las fuerzas del Estado recuperaron la iniciativa, el General Gamboa y con él toda la prensa que seguía en pie, comenzaron a apuntar como responsables directos de la revuelta a los hombres que “no llevaban vestones y sus edades fluctuaban entre los 14 y los 35 años”, los que se “se servían de ciclistas como ‘enlaces’ con sus dirigentes”. Aquello era apuntar directamente a la clase obrera de la ciudad. Bicicleta, mangas de camisa, en un tibio comienzo del otoño, eran modos reconocibles del proletariado urbano. En el centro, las tropas del ejército comenzaron a detener a todos los que cumplían con el perfil mencionado. Los aproximadamente 500 prisioneros que llenaron el hall del Ministerio de Defensa en pocas horas luego de la orden, dieron cuenta de la masividad del “personaje” que se había sindicado como responsable de la revuelta. Su carácter obrero quedó claro cuando la mayoría fueron liberados, pues no se les podía achacar nada más que esa era su vestimenta a la salida del trabajo. Pero otros no tuvieron tanta suerte, y fueron procesados tras pasar por tribunales.<sup>196</sup>

El delirio represivo generalizado en los pasillos del poder, así como la violenta negación de los cuerpos obreros, de sus formas, resultan pruebas por contraste del grado del manifiesto de vida y mayoría que el universo proletario de la ciudad había hecho a través de la revuelta. Los primeros días de abril de 1957 constituyen así un hito en la emergencia protagónica de lo que ya estaba ahí, la mayoría popular

196 Las citas a la prensa y al General Gamboa, en: Milos, *Historia y memoria*, 261-63.

de la nueva metrópolis que ya era Santiago, pero que permanecía oculto en la hasta entonces hegemónica y duradera opacidad colonial de la ciudad.

Finalmente, comenzó el momento lumpen del Estado durante la noche del 2 de abril. Más allá de la esperable brutalidad policial que caracteriza la represión de las revueltas populares en Chile y otras regiones, la especificidad histórica de 1957 estuvo en la forma en que el Estado, y las fuerzas políticas que allí reconocían lealtad, desató todos sus miedos y prejuicios, en la misma medida que perdía el control de las instituciones armadas. En algún momento de la tarde del mencionado día 2, el Estado en pleno reaccionó, y desde el General Gamboa y sus tropas, hasta las oscuras brigadas de la Policía Política, empezaron a reprimir a discreción.

El Gobierno les había dado cobertura esa misma tarde, con una “enérgica orden”, como la llamó el General Gamboa años más tarde y que fue firmada por Ibáñez, por el ministro del Interior Coronel Benjamín Videla y por el ministro de Defensa, el Vicealmirante Francisco O’Ryan; y que fue difundida por la prensa y la radio. En el comunicado se declara que el “primer deber” del gobierno es “mantener el orden público”, y que para ello había decidido adoptar “todas las medidas a que las circunstancias obliguen, por dolorosas que ellas sean”. Anunciaba que desde ese momento, “las tropas, la fuerza pública” debían mantener el orden “por encima de toda consideración y sin atender peticiones o proposiciones que retarden su acción”. La misión era sin duda reprimir la protesta como si se tratase de una invasión extranjera (y de cierta forma, lo era) y no de una manifestación de la ciudadanía de la capital. Ibáñez recordó al Ejército y a Carabineros que para cumplir su misión “[t]ienen las armas que necesitan para ello: fusiles, ametralladoras y cañones”, y así con ellas “poner fin a la obra vandálica de los malvados que pretenden producir el caos y la anarquía”. En seguida prohibía toda reunión pública, se anunciaba que cualquier protesta o toma de recintos, cualquier resistencia “será eliminada no solo con prontitud sino, que por el medio enérgico de las armas, cualesquiera que sean las

consecuencias”. A esa brutalidad estatal, de tonos bélicos y empapada de deseos de venganza, el presidente la llamó “violencia legítima y restauradora”.<sup>197</sup> Gamboa, sus tropas, y también la temida Policía Política, comprendieron el comunicado gubernamental como un pase liberado para atacar a las direcciones del movimiento popular de Santiago.

Así, aunque todo el mundo comprendía que la dirección del movimiento sindical tenía poco control de lo que ocurría en las calles, la Policía Política decidió perseguirlos tal y como había perseguido a los dirigentes estudiantiles, culpándolos de increíbles conspiraciones sediciosas. De una u otra manera querían detener a todo el Comando contra las Alzas, y aprovechando la revuelta, atacar y golpear -y en el fondo, castigar- lo más posible a las franjas organizadas del movimiento popular de Santiago. A esas alturas de los hechos, solo quedaban operativos algunos desperdigados restos de la CUT y un par de cuadros estudiantiles totalmente desconectados de cualquier esfuerzo organizativo. Los maltraídos sindicalistas de la central obrera se habían reunido de urgencia durante la noche del 2 de abril en la casa del abogado de trabajadores Eduardo Long Alessandri, en la esquina de las calles República y Grajales, en la parte sur-poniente del centro de la ciudad. Allí, en la madrugada ya del día 3, la Policía Política los ubicó y los detuvo bajo acusaciones evidentemente falsas. Así, un grupo de 23 sindicalistas terminó en la Cárcel Pública, incomunicados, por varios días. Luego de los golpes que por semanas desarticulaban la primera línea de la CUT, esta arremetida represiva también dejó totalmente fuera de combate a la segunda línea del movimiento obrero santiaguino.

No era el único golpe que tenía preparado el brazo más antipopular del Estado. Horas más tarde del golpe a los últimos restos del movimiento obrero, a las 2:15 del día 3 de abril, en la calle Lira, entre Santa Victoria y Marín, se estacionaron vehículos de Carabineros y del Ejército. Bajaron varios hombres armados, algunos uniformados y otros de civil, y acordonaron la cuadra. Rápidamente algunos hombres

197 Todas las citas del párrafo: Gamboa, *En la ruta del 2 de abril.*, 161-63.



de la Policía Política se dirigieron al número 363, donde funcionaba la Imprenta Horizonte, polo editorial de casi toda la prensa de izquierda de la ciudad y también del país. Entraron sin identificarse, y se dirigieron al primer y segundo piso, destruyendo todo a su paso, máquinas y también cuerpos. Veintidós obreros gráficos y periodistas fueron detenidos en el lugar, sin ninguna orden judicial o de Gobierno que amparase legalmente los hechos. Simplemente fue un ataque matonezco contra uno de los músculos de la izquierda santiaguina, y al cabo de algunas semanas, el Gobierno lo terminó reconociendo, ante las evidencias presentadas por casi toda la prensa no oficialista ni de derecha del país. El ataque a la Imprenta Horizonte es un hecho recordado como uno de los símbolos de la represión indiscriminada a la revuelta del 2 de abril, así como de la venganza política del Estado sobre la izquierda marxista, a la que acusaban de ser responsable del alzamiento.

Pero la huella más duradera del momento lumpen del Estado en la revuelta de abril de 1957, fueron los muertos y heridos. Como siempre sucede en este tipo de situaciones, la información respecto de la cantidad de víctimas es fragmentaria, a veces difusa y otras es objeto de exageraciones, rumores o censuras. Según la consolidación de informaciones que el estudio de Pedro Milos realiza para cada día de la revuelta de abril de 1957, a partir de los datos de prensa y de la Asistencia Pública y la Posta Central (ambos recintos de atención de salud del centro de Santiago); se registró ese día 2 a seis personas muertas y a más de 280 heridos, producto de la represión policial y militar.

Más allá de la cifra, se había reafirmado la tradición estatal frente a las revueltas, según la cual una nutrida prescripción de balas fiscales era la forma más eficaz de lograr que las masas insumisas de la ciudad volvieran a sus hogares y a su trabajo. Pero por muy tradicional que fuese la masacre, no era algo normalizado, y su gravedad excepcional daba cuenta del grado de la ruptura ocurrida a través de la revuelta. La violencia contra la propiedad, contra los bienes encarecidos y contra el lujo, primero; y el recurso estatal al terror

de la fuerza armada, después y como respuesta; eran hechos luctuosos que, a su vez, daban cuenta de otro índice: el nivel de enajenación política que había alcanzado la desigualdad social en la ciudad. La represión indiscriminada de la revuelta, hilvanada en la larga historia de la violencia antipopular estatal, reactualizaba así la imagen de un Estado identificado con las clases dominantes y el desprecio a los más pobres. Si el universo proletario de la ciudad solo parecía amilanar su rabia ante grandes dosis de plomo y bayoneta, significaba que sus razones eran profundas, históricas, y que la interpretación que se hacía de toda esa violencia en calles y plazas de las poblaciones, era probablemente muy básica, pero también de un diáfano clasismo.

### **El sangriento final de la revuelta**

La noche avanzó entre esporádicos y cada vez menos ataques al comercio y a los puestos de vigilancia militar y policial, y el sonido de los disparos con que estos respondían. El general Gamboa recorrió la ciudad durante la madrugada, y se regocijó porque la paz imperaba en el terreno conquistado por la tropa. Horas después, el ministro del Interior y los comandantes de las fuerzas armadas realizaron el mismo recorrido, con similar tranquilidad, como si se tratara de una revista a un terreno conquistado en guerra. Para ellos era una batalla por la ciudad, “La Batalla de Santiago” como la denominaron. En cambio, para los grupos populares que participaron en los momentos más agudos de la revuelta, la lógica de ocupación y control del territorio propia del Estado y los ejércitos resultaba ajena. Eran habitantes de una ciudad, y su violencia era protesta, asalto y luego retirada segura, no una ofensiva para la toma del poder y el ejercicio de la soberanía. Era una revuelta y no una revolución. Esa noche, por la razón de la pólvora, por sentida reflexión política o por lo que sea, algunas franjas de la revuelta asumieron que ya bastaba de lucha; otras, lisa y llanamente, sintiéndose presa del cansancio, se retiraron a dormir. Decidieron cuidar sus vidas, y esperar, tal

vez, otra ocasión para alcanzar de nuevo a componer la imbatible fuerza del número, del exceso. Como fuera, el desborde de esos días avanzaba hacia otros espacios y momentos de la cotidianidad popular. La multidimensionalidad de la ruptura política de 1957, y que se expresó esos días en forma de revuelta callejera, no hacía necesario un triunfo militar sobre la ciudad, sino la instalación en la misma de un estado permanente de rebelión y desafío al orden social de la elite santiaguina. La invasión proletaria de Santiago, presos, muertos y heridos mediante, tomaba un nuevo curso luego de su espectacular manifiesto.

La lógica militar se apoderó de la ciudad desde la madrugada del día 3 de abril. A Santiago llegaron tropas de la Armada proveniente de los puertos cercanos, así como más tropas del Ejército para reforzar el contingente local. El objetivo declarado era copar la ciudad con infantería, antes que lo hicieran los grupos de manifestantes, y así asfixiar cualquier foco de revuelta. En el cielo sobre la ciudad, sobrevolaban dos helicópteros de la Fuerza Aérea vigilando las calles de Santiago. La ciudad tenía casi todo su comercio cerrado y la Bolsa de Valores de Santiago también cerró. Y así y todo, aunque en un número notoriamente menor que en el día anterior, grupos de manifestantes volvieron a salir a las calles, y algunos comenzaron a levantar barricadas y enfrentarse a policías y militares desde que salió el sol.

Ese día 3, fue el día más violento de la revuelta. No hubo espacio para marchas o mitines, simplemente las fuerzas armadas reprimían cualquier agrupación de personas, y rápidamente se pasaba a los enfrentamientos desiguales entre balas y piedras. Los pocos dirigentes sindicales leales a la CUT que quedaban en libertad, mantuvieron el llamado a paro de 48 horas. El ejército cercó el local de la FECh y la allanó, requisando material y deteniendo al mayordomo, el único morador de la sede. El movimiento estudiantil no tenía capacidad alguna de respuesta, al igual que el resto del Comando contra las Alzas. Mientras en el centro se producían variados enfrentamientos en distintas esquinas en torno a la Alameda; en la parte sur del centro,

en el Parque Almagro, grupos de manifestantes incendiaron las garitas del transporte público y varios microbuses; continuando con la selectividad de los ataques con fuego. La intervención de la represión dejó en ese lugar una reguera de heridos a bala y un muerto. Menos masiva, sin la cobertura de aura cívica de las direcciones sociales de las capas medias de los días anteriores, y a pesar de que buena parte del universo proletario de la ciudad mantuvo la protesta en las calles, ese día miércoles la protesta mostró, por primera vez desde el verano, que bajaba en fuerza.

El caso más polémico del día ocurrió en San Miguel, en el sur de Santiago. La mezcla del contexto de revuelta con el precedente conflicto laboral en las fábricas MADECO y MADEMSA, generó un violento enfrentamiento. Una marcha de obreros de ambas fábricas, en dirección al centro de la ciudad por la Gran Avenida, y en protesta por sus reivindicaciones locales, acompañados por el diputado Mario Palestro (PSP), se topó con una patrulla de carabineros armados, que les cortaba el paso. Los obreros habían realizado una “huelga salvaje”, un paro sin aviso, sumándose al paro nacional en agregado de sus demandas. Probablemente Carabineros estaba bajo aviso de la marcha de los obreros, por la notoriedad de las fábricas mencionadas y la presencia de importantes políticos en su directorio<sup>198</sup>, y así la estaban esperando. En un fracasado intento de negociación para continuar con la movilización, realizado por Palestro y dirigentes sindicales de MADECO, estos fueron detenidos por la policía. De inmediato Carabineros empezó a disparar contra la columna de obreros, matando a uno de ellos e hiriendo a otros seis.

La violencia represiva de ese día es realmente sanguinaria. En una jornada en que fue notorio el menor número de gente participando de los disturbios respecto del día anterior, el 2 de abril, la cantidad de víctimas superó con creces los registros del mismo. Los muertos a balazos policiales fueron nueve, y desde el comienzo de la revuelta, incluyendo a Alicia Ramírez y Samy Muga, la cifra total ya sumaba

198 Joel Stillerman, «El ‘día-D’ en Madeco: La huelga de 1960: sus causas, consecuencias y significados», *Crisol*, n.º 5 (octubre de 1994): 23-24.

17 muertos, todos civiles, ninguno carabinero o militar. Por su parte, los heridos de gravedad de ese día 3 superaron a los leves, alcanzando las 200 personas, lo que indica el grado de violencia de la represión, así como la generalización de la misma. Los heridos a bala, en ese día miércoles, sumaron más que en cualquier jornada, dando cuenta de la forma en que el gobierno respondía al desafío de la protesta en las calles, es decir, sin dar el más mínimo margen.

Desde el día 3, ya no hubo más protesta, solo algunos grupos que intentaban reunirse en algunas calles y que de inmediato gatillaba la reacción del bando de las armas del Estado, que parecía buscar ante todo dar una lección sanguinaria, por la vía de establecer una brutal pacificación de la ciudad.

\*

El 4 de abril la paz reina en Santiago. En los días que siguieron, la revuelta se apagó velozmente, mas no lo hizo en silencio. Se acabó entre suficientes estallidos esporádicos, en el centro y la periferia, como para dejar en claro la inmensidad de la ruptura rebelde que había ocurrido. No solo el “estado de sitio” mantenía a raya a la militancia y a la prensa crítica del Gobierno, también el agotamiento de sus fuerzas hacía lo propio. La mayoría de los diarios populares y de izquierda no estaban circulando, pues el golpe policial a Horizonte los dejó fuera de juego por varias semanas. El silencio se impuso a estruendos de pólvora, y cuando recién se había logrado se pudo escuchar venir el retumbar desde el fondo de la Tierra. A las 7 de la mañana de ese 4 de abril se produjo un temblor en la capital, una especie de firma o un anuncio de cicatriz, de todo lo ocurrido. Si bien algunas vanguardias obreras intentaron desatar nuevas huelgas, como en las zonas fabriles de Puente Alto, el ejército controló velozmente la situación. La excepción en la tendencia a la calma, ocurrió en la zona sur de la ciudad, en la Población Dávila. Allí se generaron ese día

nuevos focos de protesta, se levantaron barricadas y hubo apedreos, pero la infantería de la Fuerza Aérea estacionada en el lugar reprimió con severidad la protesta, instaurando un duro control militar de la zona.

Judicialmente, la represión vía Ley Maldita y también a través de la ley ordinaria, se lanzó sobre las ya apresadas dirigencias de las organizaciones sindicales y estudiantiles, en especial contra las primeras. Casi toda la plana mayor del Comando contra las Alzas debió enfrentar fuertes penas, entre las cuales las relegaciones (envío del detenido a una zona extrema del país, para aislar así al condenado de las grandes poblaciones y neutralizarlo políticamente) fueron las más duras, seguidas de los días de prisión en la Cárcel Pública. El día 4, los tribunales a cargo de los procesos seguidos del paro nacional de enero de 1956, establecieron condenas de relegación de tres años y un día para Clotario Blest (relegado a Molina), Juan Vargas Puebla (a San Carlos) y Baudilio Casanova (a San Javier). El 6 de abril, la prensa anunciaba que se habían dictado ya 28 relegaciones a dirigentes y activistas que habían sido acusados de instigar la revuelta. Entre los relegados, estaban dos niños que habían sido aprendidos por la policía política en el asalto a la imprenta Horizonte, donde eran “mandaderos”. Se trataba de los hermanos Gordillo Morales, José y Sergio, de 9 y 14 años respectivamente; que junto a los otros 26 detenidos fueron enviados a lugares del extremo sur y norte del país, “a sitios de nombres sugerentes como Putre, Belén y Codpa”<sup>199</sup>.

Respecto de los detenidos, hasta el 5 de abril habían sido interrogados 230 detenidos. De ellos, 148 permanecieron prisioneros y 59 de ellos en régimen de incomunicación. Pero la cifra era mucho mayor, probablemente miles. Los detenidos durante la revuelta que fueron procesados finalmente alcanzaron a ser más de setecientos, de los cuales 617 eran de Santiago. Según se puede concluir de los estudios de Pedro Milos y también de los trabajos de Elizabeth Lira y Brian Loveman, es posible establecer dos características de importancia

199 “Relegan periodistas”. *La Tercera de la Hora*, 6 de abril, 1957, 4.

respecto de los apresados por las policías y las tropas del ejército. Primero, que en su mayoría predominaba una composición social propia del universo proletario de la ciudad: muchos estudiantes, especialmente secundarios; una inmensa mayoría de obreros, sobretodo sin calificación; en esos grupos se iban dos tercios del total, y el resto lo completaban empleados, comerciantes y una minoría “sin oficio”. Más de dos tercios tenían menos de 34 años y casi la mitad tenía menos de 24. Los lugares de habitación en la ciudad de los detenidos muestran un común origen en las nuevas periferias de la ciudad: la abrumadora mayoría (83%) venía de las zonas proletarias del oeste (34,5%), el sur (27,5%) y el norte (21%) de Santiago; mientras que de la rica zona oriental (9%) o del centro de la ciudad (5%), apenas provenía el 14% del total de detenidos. En segundo lugar, que la mayoría de los detenidos había sido aprehendido por delitos sin motivos políticos, lo que sugiere la ausencia de dirección estratégica partidaria en la revuelta, o bien, habla de la capacidad de huida o discreción de las vanguardias políticas que sabemos sí participaron de los hechos. Por otra parte y como ya se indicó, no es probable que por ende los detenidos fueran simplemente delincuentes o lumpen. Solo 8 detenidos de entre los procesados eran delincuentes habituales. En su mayoría, lo estaban por apedrear o detener buses, por robo, hurto o saqueo, apedreo e incendio de locales comerciales, y otros hechos de violencia en la calle. Eran sin dudas las bases de la revuelta, proletarias, jóvenes y sin un plan político, pero con suficiente rabia como para remecer toda la ciudad<sup>200</sup>.

El éxito de la represión y el renovado control de las calles de la ciudad, daban margen a las instituciones políticas para maniobrar. El viernes 5 de abril, comenzó el procesamiento político del conflicto. Ese día fue designada la comisión encargada de revisar las tarifas del transporte público, y su composición que incluía a organizaciones del Comando, demostraba el retroceso de la iniciativa política del Gobierno. A

200 Lira y Loveman, *Poder judicial y conflictos políticos*, 669-71; Milos, *Historia y memoria*, 340-52.

cambio de esta mesa de representantes de los estudiantes, de los empleados y de los obreros, junto a técnicos y expertos varios; el Gobierno lograba una temporal pero poderosa Ley de facultades políticas extraordinarias. Tres muertos más hubo durante el fin de semana, bajo el Estado de Sitio, todos por balas militares que respondían a alguna muy mundana desobediencia de los habitantes de la ciudad.

En total, y aunque siempre existen controversias en las cifras e incluyendo a los muertos desde fines de marzo y hasta el 7 de abril de 1957, habían perecido 24 personas durante la revuelta, 22 de ellos bajo las balas de la represión. En su inmensa mayoría no habían caído como objetivos selectos, sino dentro de la muchedumbre que había sido atacada por “disparos a la bandada” de Carabineros, es decir, por la práctica de abrir fuego indiscriminadamente a la multitud desarmada en la calle. En los días siguientes hubo todavía algunas escaramuzas e incidentes. A las 17:20 del domingo 7 de abril, en la esquina de Bulnes con Mapocho, Juan Hinojosa Hinojosa tuvo una discusión con una patrulla militar. Lisa y llanamente no se sometió a los uniformados. En consecuencia, fue baleado por los soldados y murió en el lugar. Algunas horas más tarde, a las 11 de la noche, Cedric Dally, ciudadano británico, caminaba por el centro de la ciudad y se negó a detenerse cuando fue conminado por otra patrulla del Ejército. Los militares, ante la negativa y al igual que en el caso de Hinojosa, simplemente dispararon e hirieron mortalmente a Dally en el torax. Muertes en el final de un acontecimiento y que indicaban la belicosidad de los tiempos que se abrían en Santiago y Chile.

En realidad, en los años siguientes los disturbios callejeros se fueron haciendo cada vez más normales, cotidianos. Eran parte de las escenas comunes del Santiago de la larga década de 1960, que comenzó en 1957 y terminó en 1973. Pero en tanto tal, la revuelta general en las dimensiones de abril no volvió a ocurrir por un buen tiempo. Los obreros volvieron a sus trabajos, las mujeres y los niños retomaban su rutina en la reproducción, el comercio volvió a abrir y Santiago



pareció de nuevo en marcha. Se acababa así la revuelta de abril de 1957. Pero ya nada era lo mismo, todo el orden social estaba trizado desde sus bases, la subjetividad de las masas se empapaba de rebeldía. El estado de desacato era ya la nueva normalidad de Santiago.





## **LA NUEVA NORMALIDAD**

Como se ha ido presentando en los capítulos anteriores, la revuelta había sido el escenario y a la vez el gatillo de un cambio de actitud a nivel de masas, un salto estratégico de las prácticas políticas en importantes franjas del movimiento popular. No es la revuelta la causa, sino el momento de manifestación del cambio, un hito de ruptura y tránsito, en un proceso que ya venía decantando de antes, y que superó en su devenir por mucho a los hechos de los primeros días de abril. Tal vez sus primeros signos estuvieron en la huelga de enero de 1956, tal vez se agudizó velozmente tras la sanguinaria represión a los obreros del salitre, y en cuya solidaridad se plantaron en las calles de Santiago decenas de miles de personas en octubre del mismo año. Probablemente fue un lento madurar de situaciones combinadas de represión de las reivindicaciones populares, y de descomposición vía Ley Maldita de sus canales institucionales de procesamiento. Pero también, inseparable de, y tan relevante como, lo anterior, está una extensión de las ideas y los métodos confrontacionales para la realización de los intereses de los grupos sociales populares. Independiente del grado de convencimiento ideológico más o menos revolucionario, lo que crecía en las periferias de Santiago hacia fines de la década de 1950 era una mayor disposición a la ruptura y la acción directa, y un paulatino desencanto con las posibilidades de integración del Estado, en especial tras la políticas de ajuste económico seguida desde 1955 y el endurecimiento de la Ley Maldita.

## La política toma nota

Apenas terminó el control militar de la ciudad tras los hechos de abril, y aunque continuaba el período de los Poderes Especiales concedidos por el Congreso al Gobierno, se notó la persistencia de la conflictividad social. El estado de ánimo de la ciudad era otro, como si todos sus habitantes tuvieran meridiana claridad sobre cómo los equilibrios de la lucha de clases habían sido dramáticamente trastocados. El Gobierno, los partidos y los diversos actores de la sociedad así lo asumían. Cuando se recuperó la producción en la imprenta Horizonte, el día 30 de abril, volvió a la calle el grueso de la prensa sindical y de izquierdas, así como varios diarios populares. Ahí se puede aquilatar, más allá de las afirmaciones inmediatas, el real peso que la política le dio a los acontecimientos de abril. Una revuelta, en tanto ruptura violenta, multidimensional y desde abajo de la vida en la ciudad, podía ser públicamente no reconocida ni objeto de apologías oficiales, pero en las discusiones internas o de fondo de los partidos y otros actores sociopolíticos de peso, su relevancia no era obviada. La resaca de la violencia social de esos días, y el rechazo que había provocado también en la izquierda y algunas dirigencias del movimiento popular en los días mismos de la revuelta, parece haber desaparecido en las semanas siguientes, y su lugar era ocupado por un tono más indulgente. Probablemente, se dio una mezcla de simpatía real con la revuelta y sus protagonistas, junto a un rechazo a la desigual y sangrienta represión que hacía impresentable la crítica a la violencia popular de los pobres de Santiago.

Así, los comunistas tuvieron una ambivalente valoración, pues por una parte reprimieron en su interior a aquellos cuadros que participaron en posiciones de avanzada y acompañaron la violencia y radicalidad de algunos sectores en la revuelta de abril. Esos grupos fueron considerados remanentes del grupo de Reinoso<sup>201</sup>, y

201 Dirigente del PC, expulsado en 1951, y que propugnaba una línea de resistencia armada a la Ley Maldita y el gobierno de Gabriel González Videla (1946 – 1952), en contradicción a la mayoría de la dirección del partido que buscaba un enfrentamiento más político y de largo aliento. Ver Manuel

los aislaron velozmente, haciendo honor a la clásica cautela del PC ante las veloces radicalizaciones de masas. Por otra parte, y lo que más nos importa en este escrito, es que evaluaron positivamente el cambio de actitud de algunos sectores de las masas populares, su apresto a la confrontación en las calles y su unificación en la lucha en torno a la demanda contra las alzas. El “Informe de la Comisión Política al XXIV Pleno del CC del PCCh”, redactado por Luis Collao (chapa de Luis Corvalán) publicado en Principios en mayo de 1957, da cuenta de esta imagen de transformación actitudinal que los comunistas construyeron a partir de su interpretación de los hechos: “Los acontecimientos de los primeros días de abril demuestran que el pueblo chileno es indomable y que vuelve una y otra vez a la batalla por su pan y sus derechos. [...] las masas populares no se han acobardado. El deseo de lucha anida en todos los corazones”<sup>202</sup>. Esto a pesar de los resultados de las elecciones de marzo, las que según el pleno de la dirección comunista, “no expresaron fielmente la voluntad ciudadana”, pues para ellos “Las luchas de abril indican otra tendencia: la tendencia de las masas populares a terminar con la política imperante y a confiar ante todo en su propia acción”.<sup>203</sup>

Por su parte el Partido Socialista tomó nota también del cambio de disposición de algunas franjas de las clases populares. A diferencia de los comunistas, los socialistas no muestran un debate muy profundo sobre su actuar y el sentido de los hechos de abril, probablemente porque su debate interno estaba más preocupado de la unificación del partido, dividido desde 1949 y reunificado en julio de 1957. Así y todo, son precisos en el carácter que le otorgaron a la revuelta, y en el primer número del boletín del comité central del recientemente unificado Partido Socialista, publicado en agosto de 1957, se reproducen las tesis aprobadas meses antes en el Congreso de Unidad Socialista, y se

Loyola Tapia, «“Los destructores del Partido”: notas sobre el reinosismo en el Partido Comunista de Chile, 1948-1950», en Olga Ulianova, Manuel Loyola Tapia, y Rolando Álvarez Vallejos (Eds.) *El siglo de los comunistas chilenos 1912 - 2012* (Santiago: Ariadna Ediciones, 2017), 241-79.

202 Luis Collao, “Informe de la Comisión Política al XXIV Pleno del CC del PCCh”. *Principios*, 42, mayo, 1957, 1.

203 Ídem.

destaca que “[e]ste estado de ánimo de las masas, expresado a veces en manifestaciones espontáneas de protesta, señala la existencia de enormes reservas potenciales de energías revolucionarias que no han encontrado todavía su cauce constructivo y que los partidos políticos, incluso de extrema izquierda, no han sido capaces de interpretar y conducir”.<sup>204</sup>

También los hechos impactaron a partidos de centro con representación de masas, como la Falange, que a los pocos meses de los hechos de abril y tras una alianza con grupos nacionalistas y social cristianos, se convirtió en el Partido Demócrata Cristiano de Chile. Al igual que los socialistas, caracterizaron el ciclo de protestas que desembocó en la revuelta como “espontáneo”, y en donde la agencia racional parece residir únicamente en el Estado. En la ya citada edición de abril de 1957 de la revista falangista *Política y Espíritu*, se sostiene que “las manifestaciones fueron espontáneas y que ellas llegaron al grado de pillaje y saqueo por impotencia, desorganización o voluntad del Gobierno”. Así mismo, si bien valoraron que “la fuerza del Gobierno detuvo los intentos [insurreccionales] en su punto máximo”, condenaban que se haya hecho “usando para ello métodos que sobrepasaron el marco de los hechos mismos y cayeron en abusos, injusticias y falsedades”.<sup>205</sup>

Incluso la prensa conservadora de Santiago tomó nota. Aunque siguió culpando a los partidos rojos de orquestar una asonada de fines revolucionarios, tenía dificultades en esconder la amplitud popular del levantamiento de abril, así como lo extendida de sus razones entre la población de la ciudad. Por ejemplo, la revista *Zig-zag*, a una semana de los hechos, acusaba que los muertos y la destrucción, eran “las tristes consecuencias de una protesta espontánea transformada en revuelta, automáticamente por quienes tenían el plan listo, traducido del ruso, para actuar tan pronto como calzara”. De inmediato, eso sí,

204 Partido Socialista, “Voto político, Congreso de Unidad del Socialismo”, *Boletín del Comité Central Partido Socialista*, 1 (Santiago, julio – agosto, 1957), 6.

205 “¿Protesta, asonada o revolución?”, *Política y Espíritu*, 176, 15 de abril, 1957, 8.

apuntaban a la responsabilidad del Gobierno, al indicar que su deber era “buscar la fórmula adecuada para que no se produzcan motivos para estos estallidos”<sup>206</sup>.

### **El candidato impuesto desde abajo**

Tanto el nuevo ímpetu del proletariado santiaguino, como de los partidos anclados en estos grupos sociales, que se sobrevivieron con y tras la revuelta de abril, encontraron un momento de intensa síntesis entre junio y septiembre de 1957. Más de un año antes de las elecciones presidenciales fijadas para septiembre de 1958, los partidos rojos decidieron quién sería su candidato único. En este evento, se hizo notorio el nuevo peso político que habían adquirido las masificadas y agitadas bases del FRAP, en general con experiencia protagónica en los conflictos sociales de aquel año, así como la relativa autonomía con que participaron de los eventos de la coalición de izquierdas. Esta relevancia de las organizaciones sociales de las clases populares en los partidos rojos fue determinante para definir la segunda candidatura de Salvador Allende a la presidencia como abanderado único de la coalición. Ya en junio se había realizado una consulta interna en el Partido Comunista en que Allende tuvo un amplio apoyo de bases en la militancia. A pesar de los pobres resultados de 1952, en su primera incursión parlamentaria, Allende se había vuelto alguien muy querido en las poblaciones obreras. Según el historiador Joaquín Fernández, las bases comunistas se vieron influenciadas por “la firme oposición que Allende había mostrado a la Ley de Defensa Permanente de la Democracia y la persistencia con que había enarbolado un discurso que apuntaba a reforzar la Unidad Comunista-Socialista en la campaña presidencial de 1952”. Para completar el acuerdo electoral, se hizo una gran reunión entre organizaciones sociales y los partidos del FRAP, llamada la Convención Nacional del Pueblo, entre los días 15 y 17 de septiembre de 1957. La relevancia que se le dio en el encuentro a

206 R.A.H.P., “Defensa de la Nación”, Zig-Zag, n°2716, 13 de abril, 1957, 19.



la presencia de organizaciones sociales fue mayor. Si bien muchas de tales asociaciones estaban ligadas fuertemente a los partidos, no eran una simple caja de resonancia de estas; por otro lado, buena parte de las organizaciones que asistieron no estaban ligadas directamente a la izquierda, salvo por afinidad de clase, política o programática. Así, a la convención asistieron más de tres mil delegados, y entre militantes y parlamentarios, se reunieron también representantes de sociedades de socorros mutuos, sindicatos, comités de pobladores, clubes deportivos, centros culturales, organizaciones de “dueñas de casa” y medios de prensa adherentes a la izquierda, entre otras asociaciones. La presencia de organizaciones de las clases populares en la Convención era relevante además luego de las catástrofes electorales de 1952 y 1953. En esos años la legitimidad de la relación entre los partidos y sus bases votantes y las organizaciones sociales, había sufrido una crisis marcada por el ascenso populista del ibañismo. Esta situación fue la condición que obligó a los partidos de izquierda a hacer algo más que formalidades democráticas para relacionarse con sus grupos de apoyo en la sociedad, para lo cual realizaron todo tipo de asambleas y encuentros que reconstruyeron ciertos vínculos con las organizaciones sociales fogueadas entre la represión, las luchas reivindicativas y una reciente revuelta de proporciones.<sup>207</sup>

### **Movilizaciones y solidaridad con los presos de la revuelta**

El primer día que volvieron a circular los diarios de izquierda, coincidió con el llamado de la CUT a movilizarse para el día internacional de los trabajadores. El tono de la Central demostraba que tanto la enorme movilización del universo proletario en los primeros días de abril, así como el fresco recuerdo de la sangrienta represión que la clausuró, le daba autoridad moral para hablar con propiedad de la crisis social y política del país. A la vez, le permitía dibujar los contornos de lo

207 Joaquín Fernández A., “Allende, el allendismo y los partidos: El Frente de Acción Popular ante las elecciones presidenciales de 1958”. En *Izquierdas* (Santiago), 23 (Abril, 2015), 166.

que consideraban era una nueva mayoría político social demostrada en la revuelta. Su convocatoria a la manifestación del 1 de mayo de 1957 apelaba a la unidad de “Empleados, obreros, campesinos intelectuales, estudiantes y todas las capas de la población”, para “marchar en acción unitaria” y de esa forma “conseguir el respeto a la Constitución, a los derechos para organizarse y petición de huelga y libertades públicas”<sup>208</sup>. Demostraban así un reconocimiento, probablemente extendido entre los grupos más activos del universo proletario de la ciudad, de las limitaciones de la revuelta como forma de la reivindicación y, también, como camino a la revolución imposible. Un editorial dedicado al 1 de mayo de ese año del diario vinculado al socialismo Las Noticias de Última Hora, describía a la revuelta de abril como una “protesta irracional”, que había respondido “a la necesidad de descargar rencores y no de imponer soluciones”. El diario llamó así a realizar una autocrítica de las fuerzas y métodos del movimiento popular, una crítica a “la incapacidad de las organizaciones populares para dar una directiva adecuada, para mostrar una alternativa esperanzada”<sup>209</sup>.

En ese mismo sentido unitario y con una reactualizada lectura de la fuerza propia, en sus posibilidades y limitaciones, se articuló entre las organizaciones sociales populares de Santiago la lucha por la liberación de los presos de abril. Fueron principalmente las organizaciones sindicales y las coordinaciones con pobladores y estudiantes que se habían fortalecido tras la experiencia del Comando contra las Alzas, las que emprendieron el esfuerzo por la excarcelación de los distintos detenidos y procesados de la revuelta de abril. El 2 de junio, el Ampliado de Sindicatos de la Provincia de Santiago, instancia local e intermedia de la CUT, insistió en sus llamados a “reforzar la solidaridad a las víctimas de las leyes represivas, y de la ‘Batalla de Santiago’, y a los reos, procesados y relegados”. Según los dirigentes sindicales de la ciudad, a dos meses de la revuelta todavía habían “15 presos en la Cárcel”, los que no salían por la “falta de dinero para pagar

208 “La CUT llama a mitín”, *El Siglo*, 30 de abril, 1957, 2.

209 «El día de los Trabajadores», Las Noticias de Última Hora, 1 de mayo de 1957, 2.

la fianza”<sup>210</sup>. Para mediados de junio, los sindicatos de la construcción denunciaron que todavía quedaban “10 personas víctimas de las medidas represivas del Gobierno”, a la vez que demandaron una ley de amnistía “para salvar de la Cárcel a los 92 procesados por estos sucesos”.<sup>211</sup>

La pobreza de las familias de los presos y su incapacidad de pago, y por ende la dificultad de procesar legalmente su libertad, reafirmaban la parcialidad de clase de la experiencia de revuelta y represión, y su diferencia con la extranjería experiencial que demostraba el Gobierno y buena parte de las instituciones, incluyendo a los partidos, respecto de los mismos hechos. Dos de los procesados eran niños de 13 y 15 años, que estuvieron un mes y una semana en distintos recintos policiales y penitenciarios junto a otros 80 prisioneros que fueron liberados durante julio. Muchos acusaron “toda clase de vejámenes y humillaciones”. Varios de los presos que eran obreros fueron despedidos de sus trabajos por “haber faltado sin causa justificada” mientras se encontraban en la cárcel, agravando la ya crítica situación producida por la represión y la prisión.<sup>212</sup>

Por varios meses un indulto a los presos políticos de la revuelta parecía imposible. Aunque antecedentes había: el 20 de agosto de 1957 Clotario Blest había sido indultado por el presidente Ibáñez. Pero el precedente se caía cuando se asumía que el indulto era debido la gravedad del estado de salud de la madre del dirigente sindical.<sup>213</sup> No fue sino cuando la investigación sobre el asalto a la imprenta Horizonte, que era llevada a cabo por la justicia militar, escaló y alcanzó a los altos mandos de la Policía Política enviándolos a prisión por un tiempo, y desde ellos se avanzó hacia posibles acusaciones a los mandos políticos ligados a la presidencia de la República; que el Gobierno y

210 “Los sindicatos saldrán a la calle a pelear contra las alzas y la cesantía”, *El Siglo*, 3 de junio, 1957, 2.

211 «Intensificar lucha contra alzas y cesantía, acordó la Construcción», *El Siglo*, 21 de junio de 1957, 9.

212 «Dramático vía crucis protagonizan 92 procesados por sucesos del 2 de abril», *Las Noticias de Última Hora*, 7 de julio de 1957, 12.

213 «Ibáñez reasumió en sus aposentos privados: indultó a Clotario Blest», *Las Noticias de Última Hora*, 20 de agosto de 1957, 6.

la derecha se abrió a discutir una ley de indulto. Finalmente hubo una amnistía. En abril de 1958, decenas de presos que permanecían en las cárceles procesados o condenados por delitos relacionados con la revuelta de un año antes en Santiago, fueron liberados. Pero con ellos, fueron amnistiados todos los delitos de sangre cometidos por las fuerzas del Estado, en especial las tropelías cometidas en el asalto a Horizonte.<sup>214</sup> Los momentos lumpen, de las clases medias, del universo proletario y del Estado, fueron desaparecidos legalmente, expulsados de la memoria oficial por su excentricidad. Un “borrón y cuenta nueva” deseado por el Estado, un rito mediante el cual se pretendía la restauración de la normalidad ante la revuelta. Todo ello, al final, resultaba imposible ante la densa experiencia adquirida y la recién actualizada memoria de la lucha de clases en la ciudad. Los presos de la revuelta y los acusados de todo signo fueron liberados de condenas y procesos, pero, al igual que el tiempo pasado en las celdas, los recuerdos modulados como aprendizajes de lucha eran algo que no se podía borrar.

### **La venganza contra el sindicalismo**

Por alguna razón que no viene al caso averiguar, hay una recurrencia patronal luego de las revueltas. Es el abrazo irracional a la ilusión de que con la calma en las calles y el fin de los disturbios, la rebeldía también se acaba. La utopía de la vuelta al idealizada “foja cero”. Una persistente apuesta perdedora basada en la inexistente amnesia del universo proletario. Las revueltas suelen ser síntoma más que enfermedad. Son expresivas de una rebelión multidimensional, de una ruptura general en la cultura y en los equilibrios de la lucha de clases, mucho más extendida en el tiempo y el espacio que los días de disturbio callejero que la definen espectacularmente. Y los hechos del año de 1957 en Santiago no fueron la excepción. A pesar de aquello, algunos patrones decidieron que con la paz callejera el viento había

214 Lira y Loveman, *Poder judicial y conflictos políticos (Chile: 1925 - 1958)*, 670-90.

vuelto a su favor, y emprendieron nuevamente su presión sobre las organizaciones de la clase obrera.

Los ánimos del empresariado y el Gobierno de reimponer los equilibrios previos a la revuelta se desplegaban en acciones de todo tipo y a lo largo de todo el frente con el movimiento obrero. Uno de los pocos espacios institucionales en que las organizaciones de trabajadores tenían presencia oficial y reconocida ante los patrones y el Estado, era el Servicio del Seguro Social (SSS). En mayo debían elegirse los consejeros del organismo de garantías sociales, pero desde el Gobierno y la Policía de Investigaciones intervinieron en el proceso contra los obreros. Primero, desde el Gobierno, específicamente desde la Dirección General del Trabajo, no avisaron a los sindicatos del día de la elección de los consejeros, y solo algunos se enteraron. Luego, según la CUT, habrían “agregado votos interesadamente a otros candidatos para que salieran”, como sería el caso de un supuesto dirigente de los obreros de la construcción que ningún sindicato reconocía, que había sido expulsado de la Central, pero que aparecía electo como consejero. Dicha elección tampoco era posible de cuestionar con pruebas o testimonios, pues la Central también acusó que el escrutinio se hizo a puertas cerradas, sin representación obrera y solo con funcionarios del Gobierno presentes. Finalmente, de los siete consejeros obreros electos, tres de ellos -los combativos Baudillo Casanova (secretario general de la CUT), Augusto Zamorano (de la Federación del Cuero y el Calzado) y Ernesto Araneda (de la Federación de la Construcción)- fueron inhabilitados por la Policía de Investigaciones, al ser acusados de comunistas<sup>215</sup>. Esta acusación era difícil de sostener, pues Casanova era socialista, mientras que Zamorano era anarquista. Solo Araneda era comunista, aunque había ingresado en el período de la clandestinidad<sup>216</sup>. Como suele ser tradición en las fuerzas represivas, dichas diferencias entre

215 «La verdad por qué no designan los consejeros obreros del SSS», *El Siglo*, 18 de mayo de 1957, 4.

216 Jorge Rojas Flores, Alfonso Murúa Olguín, y Gonzalo Rojas Flores, *La historia de los obreros de la construcción* (Santiago de Chile: Programa de Economía de Trabajo, 1993), 184. Agradezco a Matía Villa J. por el dato y la referencia bibliográfica.

organizaciones eran invisibles -o invisibilizadas a propósito- a los ojos de la Policía Política, la que había reprimido en varias ocasiones anteriores a Araneda, Casanova y Zamorano.

Los golpes no solo eran a las direcciones obreras, sino que también iban a las bases del movimiento. En el complejo industrial que la familia Simonetti tenía en San Miguel, al sur de la ciudad, con las instalaciones de las empresas MADECO y MADEMSA, la lucha de clases estaba allí donde había sido suspendida por la represión, el 3 de abril. Los patrones decidieron reanudarla casi un mes y medio más tarde, con una ofensiva dirigida a descabezar el movimiento obrero de las dos emblemáticas fábricas. Aprovechando la persecución que había caído desde Carabineros sobre los dirigentes sindicales que habían sido detenidos junto al diputado Palestro en los incidentes en la Comisaría de San Miguel del día 3, en que varios obreros quedaron heridos a tiros y uno murió en el lugar, los Simonetti empezaron a cesar de sus trabajos a los apresados líderes obreros. Aunque en estas fábricas tenían una tradición de diálogo entre empresa y sindicato, los hechos de 1957 lo cambiaron todo. Según acusó entonces el sindicato de MADEMSA, en las primeras semanas de mayo habían sido despedidos “sin causa justificada” el secretario general de la organización, un ex dirigente de la misma, un candidato a director, un delegado de sección y con ellos “todos los obreros que fueron detenidos durante los trágicos sucesos de abril, muchos de los cuales fueron heridos por Carabineros”.<sup>217</sup> Finalmente, los dirigentes cesados y perseguidos legalmente, fueron borrados de los registros electorales y demandados por la empresa. Lo que quedaba del sindicato alegó que, aprovechando el manto de terror que dejaba la represión y los despidos luego de los hechos de abril, los patrones evitaban pagar las imposiciones de los obreros, a la vez que los obligaban a trabajar horas extra y a destajo, contraviniendo su contrato.<sup>218</sup> El ataque patronal no

217 «Mademsa despide a dirigentes obreros violando las leyes», *El Siglo*, 14 de mayo de 1957, 7.

218 Stillerman, «El ‘día-D’ en Madeco: La huelga de 1960: sus causas, consecuencias y significados»; «Mademsa despide a dirigentes obreros violando las leyes», 7; «PRIMERA concentración obrera desde el 2 de Abril HUBO HOY», *Las Noticias de Última Hora*, 12 de mayo de 1957, 5.

era simplemente aprovechar los buenos vientos represivos, sino que tomaba ribetes de venganza, además de una ofensiva sobre el trabajo.

### **El retorno a la batalla por la reproducción**

Así y todo, y tal y como se había experimentado en el primer trimestre del año, no era en los suelos de talleres y fábricas donde se abría paso la parte más aguda de la lucha de clases. Esterilizado de su capacidad de resolver conflictos sociales por la Ley Maldita, el sistema de relaciones laborales no iba a ser el lugar en donde fluirían los ríos de magma furioso que habían aflorado con la revuelta. Nuevamente, apenas terminó el estado de excepción, la centralidad política de las luchas sociales estuvo puesta en la disputa por los límites del consumo y el mercado. Aunque no lo sabían, tal vez ni lo imaginaban, pero con la insistencia en el alza de precios y servicios estaban relanzando al universo proletario de la ciudad a la lucha social en el mercado (lo que en la práctica era en la calle), el mismo espacio que desde abril había experimentado los métodos ilegales y de desborde de la constreñida institucionalidad estatal desde todos los rincones de la ciudad. Como se dijo, una ampliación del conflicto social, del salario a la vida misma. Así fue que con los presos de la revuelta todavía tras las rejas, en junio de 1957, las franjas organizadas de los pobladores se reactivaron con una concentración de protesta contra las alzas en la Plaza de Artesanos, al norte del río Mapocho. Convocada para el día 16 de junio por la Agrupación Provincial de Pobladores de Santiago, a la movilización se invitaba a la diversidad de la parcialidad popular de la ciudad con problemas de viviendas, que incluía “a los arrendatarios, mejoreros, compradores en sitios a plazo y familias sin casas”, a escuchar propuestas de “soluciones de los problemas habitacional, urbanización, subsistencias, movilización, sanitario, educacional y legislativo”.<sup>219</sup>

219 «Pobladores llaman a la concentración contra las alzas», *El Siglo*, 14 de mayo de 1957, 5.

Rápidamente se sumaron esfuerzos para la primera protesta contra las alzas luego de la revuelta de abril. El día 15, el Comando contra las Alzas se reunió para reorganizarse, cuando la mayoría de sus cuadros ya se habían recuperado de la represión o bien habían reemplazado a los dirigentes presos o relegados. Aunque el protagonismo estaba centrado en los partidos opositores, las organizaciones sindicales y el movimiento estudiantil, y las organizaciones de pobladores no aparecen en los listados de estas reuniones que la prensa hizo públicos, paulatinamente el interés directo de éstas, muy ligado a la reproducción de la vida, fue copando la agenda de la lucha social.<sup>220</sup> Esta traslación se hacía evidente para las franjas organizadas de la misma forma que durante el verano pasado cuando empezaron las protestas. Así, Ernesto Araneda, el mismo dirigente de los obreros de la construcción que había sido vetado vía Ley Maldita por la policía para ser electo como consejero del SSS, al criticar la inflación y los bajos sueldos convocando a la movilización del 16 de mayo, se preguntaba retóricamente ante la prensa si “¿Se puede vivir con estos salarios? ¿Podrán pagar más alzas los trabajadores?”<sup>221</sup>.

Se abrió un nuevo y breve ciclo de protestas contra las alzas, o tal vez se continuó el ciclo anterior, en un escenario post-revuelta. Se habían reordenado seriamente los equilibrios de la lucha de clases, y la actitud más desafiante de las organizaciones sociales del Comando contra las Alzas daba cuenta de ello. El ampliado provincial de sindicatos afiliados a la CUT, realizado el 2 de junio y que como mencionamos se preocupó de la libertad de los presos de la revuelta, decidió emprender una movilización obrera con el objetivo de “oponerse decididamente a las alzas y cesantía, mediante acciones callejeras, mitines relámpagos, concentraciones y desfiles en que participen todos los sindicatos y vecinos de cada barrio”. Esta vinculación de las acciones obreras y las luchas por la reproducción de la vida desde las organizaciones poblacionales, se hizo todavía más

<sup>220</sup> «Prosiguen actos preparatorios del mitin contra las alzas», *El Siglo*, 14 de mayo de 1957, 7; «“Batalla” contra las alzas tendrán obreros», *Las Noticias de Última Hora*, 15 de mayo de 1957, 5.

<sup>221</sup> «Santiago dirá hoy: ¡No más alzas!», *El Siglo*, 16 de mayo de 1957, 4.



explícita cuando los dirigentes sindicales comunistas indicaron que la pelea contra las alzas la entendían “como una manera de combatir contra la carestía y por el normal abastecimiento alimenticio, la lucha estrechamente vinculada de los organismos sindicales y la población”. Además, se decidió apoyar la organización de los obreros cesantes y de comités de barrio, para que se articulasen con el Comando contra las Alzas.<sup>222</sup> Se evidenciaba así que la alianza social protagonista de la revuelta, y que comprendía una buena parte del arco de clases del universo proletario de la ciudad, parecía ser vista por el movimiento obrero como auspiciosa, en la medida que hacía posible de constituir un fuerte movimiento de masas y de establecer una continuidad semipermanente de protesta en la ciudad.

En esta alianza, las organizaciones poblacionales se fueron haciendo cada vez más relevantes. El 10 de junio, el consejo directivo de la Agrupación Provincial de Pobladores tuvo una reunión en que acordaron sumarse nuevamente al actualizado Comando contra las Alzas, así como a su agenda de movilizaciones. Además de esta resolución, el problema de la vivienda como el más agudo de entre el encarecimiento del costo de la vida, se tomaba el debate de las organizaciones de pobladores. El consejo directivo, en una perspectiva que indicaba la tendencia a la autogestión del derecho a la vivienda, decidió exigir a las autoridades “la pronta entrega de sitios y materiales de construcción a crédito a los pobladores, especialmente los ‘Sin Casa’ de San Miguel, La Cisterna, Renca, Quinta Normal, etc.”<sup>223</sup>. Días después, el 14 de junio, fue el turno de la sección provincial de la capital de la Unión de Mujeres, organización muy ligada a las pobladoras. Nuevamente el vínculo entre la organización de la protesta contra las alzas de precio de bienes y servicios, y la activación cada vez más radical de militantes poblacionales se hacía notoria. Ana Tapia, secretaria de organización de la Unión, destacó la situación “de angustia y zozobra que viven las mujeres trabajadoras

222 «Los sindicatos saldrán a la calle a pelear contra las alzas y la cesantía», *El Siglo*, 3 de junio de 1957, 2.

223 «Agrupación Provincial de Pobladores se pliega a la lucha contra las alzas», *El Siglo*, 11 de junio de 1957, 11.

y dueñas de casa” debido a las alzas, y llamó a una lucha “tenaz en defensa de nuestros hogares y de nuestros hijos”. En ese momento y como ya lo habían indicado en enero las mujeres de Renca, la forma más aguda en que se presentaba las alzas de bienes y servicios, además del transporte, era el encarecimiento, y la consecuente desaparición de los locales de venta, del azúcar. Ana Tapia, al llamar a la movilización de las pobladoras, destacó dramáticamente la falta del endulzante, pues para ella significaba “que ya ni siquiera queda el recurso de la tacita de agua caliente con que se alimenta la mayoría de la población, arrastrada por el alza de todos los alimentos más indispensables”.<sup>224</sup>

El movimiento obrero también se fue haciendo parte de una agenda de movilizaciones que se veía nuevamente determinada por la centralidad de las alzas de precios de bienes y servicios. Era como si nada hubiese cambiado con la revuelta. Si en enero los obreros de la Construcción anunciaban que la cesantía de su ramo era ya insoportable, y tomaban la decisión de lanzarse a las protestas callejeras junto al Comando contra las Alzas, en junio otra vez estaban en lo mismo. Juan Camps, secretario de organización de la FINC, la federación del ramo de la Construcción, acusó la salida de “más de 30 mil obreros” por no encontrar trabajo en las obras. De inmediato, hizo el vínculo entre las alzas, la cesantía y la crisis de la vivienda en la ciudad, y también sugiriendo que el problema no era la posibilidad de construirlas, sino de pagar por ellas. Así, lanzó consignas llamando a la lucha y acusando al Estado por “la falta de construcción de viviendas populares por no entrega de fondos”.<sup>225</sup> Por otra parte, el Gobierno y los empresarios habían retomado su política alcista previa a la revuelta. Primero de a poco, y luego ya en todo el abanico de productos y servicios de primera necesidad. La prensa le llamó “La guerra del hambre” del General Arce, que seguía a “La batalla de Santiago” desatada contra la ciudad en la revuelta de abril,

224 «Unión de mujeres llama a luchar contra las alzas. Asamblea Provincial se efectuó ayer.», *El Siglo*, 15 de junio de 1957, 7.

225 «Intensificar lucha contra alzas y cesantía, acordó la Construcción», 9.

iniciada con el alza del azúcar que “ablandaba a la población” y que venía a reemplazar los balazos con carestía.<sup>226</sup>

Pero las cosas sí habían cambiado. Ya no había espacio para la guerrilla de maniobras y retórica propia de la política. Mientras el gobierno exigía sacrificios a los obreros para paliar la crisis, estos respondían con desmentidos y desacatos. En junio los obreros de Vicuña Mackenna sur acusaban a la prensa que el gobierno “se limita a pedir que los obreros trabajen más, ignorando que en el país hay más de 100 mil cesantes, de los cuales 30 mil hay en Santiago”.<sup>227</sup> Para fines de ese mes, las huelgas estaban en el horizonte de varias industrias de la capital, como en los trabajadores textiles y en los profesores. Ya habían estallado conflictos en la telefonía y la salud pública.<sup>228</sup> Todos tenían en común integrar a sus luchas el repertorio masificado en abril: la lucha callejera, el exceso proletario en la protesta y con objetivos de lucha ligados a la reproducción material de la vida. Las alzas habían sido algo así como una declaración de guerra hacia las clases populares, y estas parecían responder no solo con resistencia, sino convirtiendo la crisis en una oportunidad a la ofensiva.

Varias movilizaciones de masas, convocadas contra las alzas, marcaron el mes de julio. Y es que el Gobierno declaró, como ya se indicó y en una frase muy poco amable, que impondría las alzas “a sangre y fuego”, en palabras del General Horacio Arce, en ese momento ministro de Economía y luego de Interior. Para el Gobierno, al parecer, nada había cambiado. La Comisión Juvenil de la FINC convocó a movilizarse en Santiago el día 4 de julio “contra la cesantía y por el reajuste del salario mínimo”.<sup>229</sup> Ese mismo día, se reunieron distintos gremios para sumarse a las protestas: toneleros, gráficos, estucadores y albañiles.<sup>230</sup> El día 7 de julio se realizaron

226 «Después de la “Batalla de Santiago” desencadenan la guerra del hambre», *Las Noticias de Última Hora*, 26 de junio de 1957, 2.

227 «Obreros de Vicuña Mackenna Sur rechazan nuevas alzas», *El Siglo*, 28 de junio de 1957, 9.

228 «300 mil trabajadores movilizados por la solución de sus problemas.», *El Siglo*, 28 de junio de 1957, 9.

229 «Contra la cesantía desfilan jóvenes obreros el jueves».

230 «Gráficos saldrán a la calle en protesta contra las alzas. Los pobladores

concentraciones barriales, donde las más notorias fueron las de San Bernardo y La Cisterna, en la parte sur y más obrera de la ciudad. El activismo de base que acompañó la marcha convocada para el día 11 de julio fue frenética. Sindicatos y comités de pobladores aprovecharon de vincular la convocatoria a sus luchas particulares, las que en general decían relación con el problema de la vivienda y la reproducción de la vida. Si un bando de clase se va constituyendo en la medida que se posiciona una y otra vez en una vereda de la lucha social, una parcialidad móvil, la lucha por habitar dignamente la ciudad, por sobrevivir en ella, se estaba volviendo históricamente refundacional, la forma real de un cambio de fase política.

La movilización del día 11 de julio fue masiva, y las principales demandas del universo proletario de la ciudad que se convocó al lado norte del río para marchar, tenían relación con la libertad de los presos de la revuelta de abril, y, principalmente, con la derogación de las alzas de bienes y servicios.<sup>231</sup> Una semana más tarde, el 18 de julio, fue el turno del movimiento estudiantil. Con un paro nacional, buscaron protestar contra las alzas del pasaje escolar que volvía a afectarles, y contra la represión, aunque paradójicamente terminaron siendo apaleados en los alrededores de la Plaza de Armas. Los estudiantes aseguraron haber detenido la mayoría de los recintos escolares, pues el ausentismo habría llegado al 90% de la matrícula del país.<sup>232</sup>

Pero inmediatamente después de los éxitos de convocatoria, estaba el vacío político. Se sabía adonde llevaba la intensificación de la protesta, y también lo sabía el Gobierno. Producir nuevamente una revuelta era algo que tal vez muchos deseaban, pero no sabían realmente cómo. El Gobierno había aprendido a resistir con represión los embates de la lucha callejera y de la violencia de las masas en actitud lumpen. La salida política de la revuelta, ya fuese el triunfo definitivo

se cuadran con el Comando contra la Carestía», *El Siglo*, 5 de julio de 1957;  
«Trabajadores exigen salida de la Misión Klein-Saks», *El Siglo*, 5 de julio de 1957, 4.

231 «Gigantesco el mitin contra el hambre», *El Siglo*, 12 de julio de 1957, 1.

232 «200 mil jóvenes fueron al paro», *El Siglo*, 19 de julio de 1957, 1;  
«Estudiantes y periodistas apaleados salvajemente anoche: 12 detenidos», *Las Noticias de Última Hora*, 18 de julio de 1957, 8.

del orden a tiros del Estado, o bien el afianzamiento de un nuevo equilibrio político en la lucha de clases, marcado por la agitación social y la presencia activa de las masas populares, todavía estaba por producirse.

Parecía que nada había cambiado con la revuelta. Pero, si se observa el grado de radicalidad práctica de los hechos con que se cerró el largo año de 1957, pareciera que todo se había desencajado luego que una multitud popular de la ciudad se había hecho presente en las calles. Aquello parece más visible en el devenir de las organizaciones de pobladores en esos mismos meses de mayo a agosto de 1957. Cuando se reunió la Agrupación Provincial de Pobladores de Santiago, su crítica a las alzas se hizo, como hemos ya indicado, ubicando la perspectiva de análisis “en defensa de los hogares” del universo proletario de la ciudad. El llamado a luchar invitaba a “pobladores, arrendatarios, compradores a plazos y familias sin casa” a que se organizaran “en torno a una organización para luchar por la solución del problema habitacional”.<sup>233</sup> Durante julio, las organizaciones de los pobladores se sumaron a las protestas locales y a la gran movilización del día 11 de julio, convocando siempre a perfilar la lucha hacia la vivienda, y tomando pasos prácticos para la autoconstrucción, como dotarse de implementos y llamar a sus bases a prácticas de ahorro organizado. Para el mes de agosto, cuando el día 18 realizaron su Congreso Nacional, los pobladores ya insinuaban con mayor claridad que antes la tendencia práctica a la autogestión del derecho a la vivienda, y demandaron, a modo de “solución inmediata al problema habitacional”, “la entrega de sitios y de títulos de propiedad a los que ya tengan, favoreciendo la auto-construcción de las viviendas con ayuda técnica y crediticia por parte del Estado”.<sup>234</sup> La realización colectiva y a la vez autónoma del derecho a la vivienda, a través de métodos como la autoconstrucción y la toma, comenzó a ser parte

233 «Gráficos saldrán a la calle en protesta contra las alzas. Los pobladores se cuadran con el Comando contra la Carestía», 4.

234 «La unidad primó en el Congreso de pobladores finalizado ayer», *El Siglo*, 19 de agosto de 1957, 2; «Torneo de pobladores se realizará este mes», *Las Noticias de Última Hora*, 3 de agosto de 1957, 8.

del léxico común entre las franjas organizadas de los pobladores, allegados y otros “sin casa”.

### **La peste**

Para el universo proletario de Santiago que había tomado parte en la revuelta, entre los aspectos más amargos que debieron soportar desde junio de 1957, estaba el que, aunque habían llamado la atención sobre sus condiciones de supervivencia en la ciudad, todavía las tenían que soportar pues nada parecía cambiar, más que la exaltación de los ánimos y el sinceramiento de la desigualdad. El malestar se agita más rápido cuando sus causas se reconocen pero no se reparan. El invierno de ese año fue más duro que de costumbre. Además de la normalidad del frío del valle del Mapocho entre junio y septiembre, y que helaba los campos y enfermaba a los cuerpos debilitados, oscurecía la ciudad y la volvía un desafío para las familias pobres de Santiago; ese año una epidemia de influenza golpeó el mundo entero, también a la capital.

Según una encuesta a miles de enfermos de Santiago hecha durante la emergencia sanitaria, y publicada en 1958, la epidemia se habría desatado en Santiago en la tercera semana de julio, y alcanzó su mayor expansión entre el 28 de julio y el 3 de agosto. A comienzos de agosto ya se hablaba de la mortalidad del “corcel de la gripe”, registrándose unos 13 mil casos diarios, y para el día 3 de agosto los muertos se estimaban oficialmente en 46 (muy por debajo de la cifra real) y respecto de los contagiados se hablaba de que estos alcanzaban ya el 20% de la población.<sup>235</sup>

La epidemia de influenza no distinguía entre seres humanos a la hora de esparcirse, pero los cuerpos sí tenían diferencias. Según la encuesta antes citada, en la epidemia de 1957 las personas que

235 «Corcel de la Grippe ya galopa por 5 provincias: once casos fatales», *Las Noticias de Última Hora*, 1 de agosto de 1957, 10; «A 46 sube el número de muertos por influenza», *Las Noticias de Última Hora*, 3 de agosto de 1957, 12.

habitaban en las poblaciones callampas se enfermaron más que quienes habitaban en casas salubres en otras partes de la ciudad. Así mismo, el estudio mostró que mientras en las familias de 4 o menos personas, se enfermó el 51,9% de la población, mientras que en las de 8 personas ese porcentaje subía a 68% y en las de 12 a 72,1%.<sup>236</sup> Nuevamente la diferencia estribaba en el tamaño de “la prole”. Mientras los porcentajes de enfermedad entre las familias pequeñas y que vivían en casas estuvo acorde a los promedios globales, fueron las abultadas cifras de enfermos y muertos entre las clases populares las que hicieron que Chile tuviera los peores promedios de los efectos de la pandemia de 1957 en el mundo, con 9,8 muertes por cada diez mil habitantes.<sup>237</sup>

Finalmente, la pandemia se retiró de forma tan explosiva como llegó, en la última semana de agosto. En Chile se habrían enfermado poco menos de un millón y medio de personas, de las cuales unas 800 mil eran habitantes de Santiago, por lejos la ciudad más afectada del país.<sup>238</sup> La cantidad total de personas muertas por la enfermedad fue aproximadamente 20 mil, en una población total de 6,9 millones de habitantes.<sup>239</sup>

Los estudios científicos sobre la epidemia de influenza de 1957 en Santiago de Chile fueron concluyentes respecto de la amenaza a la vida que significaban las condiciones de vivienda de los barrios pobres de la ciudad para el universo proletario que los habitaba.

236 Guillermo Valenzuela et al., «Aspectos epidemiológicos y medidas de control de la epidemia de influenza en al ciudad de Santiago de Chile», *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana (OSP)* 44 (4) (abril de 1958): 316-29.

237 Cécile Viboud et al., «Global Mortality Impact of the 1957–1959 Influenza Pandemic», *The Journal of Infectious Diseases* 213, n.o 5 (1 de marzo de 2016): 738-45, <https://doi.org/10.1093/infdis/jiv534>.

238 Valenzuela et al., «Aspectos epidemiológicos y medidas de control de la epidemia de influenza en al ciudad de Santiago de Chile», 328; Gerardo Chowell et al., «Severe mortality impact of the 1957 influenza pandemic in Chile», *Influenza and Other Respiratory Viruses* 11, n.o 3 (mayo de 2017): 230-39, <https://doi.org/10.1111/irv.12439>.

239 Conrado Ristori, Horacio Boccardo, y José Manuel Borgoño, «La Epidemia de Influenza Asiática En Chile y Su Repercusión En La Mortalidad», *Boletín de La Oficina Sanitaria Panamericana (OSP)*;49(2), Ago. 1960, s.d., <https://iris.paho.org/handle/10665.2/12420>.

Según un estudio publicado en agosto de 1960 y que observó con atención tanto la epidemia de 1957 como el posterior rebrote de la enfermedad en 1960, “en la provincia de Santiago, la incidencia de la enfermedad y de las complicaciones fue mayor entre las personas de nivel socioeconómico deficiente”.<sup>240</sup> Algunas fuentes permiten ilustrar la relación de miseria y epidemia. Un reportaje del diario Las Noticias de Última Hora, del 8 de agosto de 1957, buscó cubrir la epidemia de influenza en las poblaciones. El texto describía “dolorosas ‘manadas’ de pequeños huérfanos, protegidos solo por la ancha pero impotente solidaridad de los vecinos y compañeros de miseria”. En los barrios y poblaciones de las crecientes nuevas periferias de Santiago, entre el escape y el refugio, el diario encontró “postrados en jergones y sacos en el interior de chozas construidas de cartones, latas y tablas usadas”, una multitud de “padres desesperados que han visto morir dos de sus hijos en tres días. Madres que enloquecen de dolor ante la tragedia que las cerca. Ancianos, jóvenes, niños, hombres y mujeres con todas las molestias propias de la influenza”. El obrero Manuel Monardes llevaba dos meses sin trabajo en agosto de 1957, en ese período para comer había debido vender su radio y su bicicleta —“eran todo el lujo del hogar”—, y como si no fuera suficiente, sus dos hijos estaban con influenza. Vivían en la población Bella Esperanza, ocupando allí “una de las mejores piezas” de una de las casas. A la prensa le contó como debía además hacerse cargo de su sobrina, pues su cuñada había ido a parar al hospital por un cuadro doble de influenza y de un ataque “parece que al corazón”: “¿cómo la iba a dejar solita? Es el destino de los pobres”. Al insalubre cuadro de pobreza, precariedad de la vivienda y el azote de la influenza que se vivía en julio y agosto en las poblaciones de Santiago y otras ciudades del país, se sumó en los peores momentos de la epidemia el problema de la acumulación de cadáveres en las casas. Las pompas fúnebres no daban abasto, y la prioridad no la tenían los más pobres que poco podían pagar. El obrero santiaguino identificado como Ramiro, padre de un niño fallecido por la influenza, al momento de ser entrevistado para el reportaje citado llevaba dos días con el cadáver de su “chiquillito” en casa. Aseguró que ni él ni su esposa habían podido dormir en ese

240 Ristori, Boccardo, y Borgoño, 146.



tiempo. Según la prensa, sus rostros parecían “dos máscaras donde se patentiza la espantosa tragedia que han vivido”.<sup>241</sup>

La influenza castigó en el piso a las familias del universo proletario santiaguino. Para el 6 de agosto, la prensa decía que “el susto ya había pasado”, pero que entre jornales perdidos por inasistencia laboral y costos de la enfermedad y la compra de medicamentos, los obreros de Santiago y el puerto de Valparaíso habían perdido unos “diez mil millones de pesos”.<sup>242</sup> Barrios sin servicios adecuados, cientos de miles de personas hacinadas en viviendas insalubres, y la vida misma corriendo al alza y perseguida por la peste. A las decenas de muertos de la revuelta se sumaron otras decenas de miles de muertos en la epidemia. En 1957, el camino a La Victoria, de abril a octubre, tuvo su propio y nutrido martirologio.

### **Salir del invierno y empezar otra primavera**

La epidemia de influenza de julio y agosto, agudizó los efectos, a la vez desmoralizantes y apaciguadores, del invierno. Suponía un macabro recordatorio de la situación de miseria y asfixia de las clases populares de Santiago, dramatizada por el peso de su derrota política reactualizada tras la revuelta. Las razones de la revuelta habían vuelto con las alzas de precios y bienes de primera necesidad, a la vez que la cesantía y la contracción salarial completaban la pinza contra las condiciones de vida mínimamente dignas.

Las feroces jornadas del primer semestre habían demostrado el poder del argumento del número, de la mayoría en forma; pero esta potencia no se realizaba en ningún cambio de fondo. En ese contexto, la epidemia de influenza supuso una presión extra a las tendencias normalizadoras que venían desde el Estado. Normalidad con alzas y cesantías, claro está. Y es que ya con el aliento repuesto tras superar

241 «La Influenza mata en plena calle a pobladores de callampas», *Las Noticias de Última Hora*, 8 de agosto de 1957, 6-7.

242 «Un millón de habitantes sigue estornudando y tomando aspirinas», *Las Noticias de Última Hora*, 6 de agosto de 1957, 6.

el miedo a los rotos alzados en abril, el Gobierno siguió cargando en las espaldas populares el costo de la crisis, y aprobó más alzas de bienes y servicios, mientras hacía oídos sordos a los ataques al trabajo de parte de los patrones. A fines del mes de agosto, se indicaba que durante la primera mitad del año, el costo de la vida había aumentado un 20% promedio.<sup>243</sup> “Vivimos como chanchos, no como cristianos”, se quejó ante la prensa María de Alarcón, madre de una prole de diez niños y niñas, de la población Luis Acevedo de Quinta Normal. Acusaba que su marido “gana más, pero comemos menos”, con eso, solo podía hacer “una comida al día, o sea el almuerzo. En la noche solo una taza de agua caliente”. El problema no se reducía únicamente al acceso a la comida, “...los zapatos, hace mucho tiempo que no se los compro a mis chicos. Por eso andan a patita. Con 600 pesos diarios no puedo hacer más”. Caso similar era el de Inés Peña de Medina, de la misma población, aunque con “solo” tres hijos. Ella mantenía el hogar pues el marido “aparece tarde mal y nunca”, y lo hacía trabajando como cocinera de un restaurante. “La leche no la vemos nunca, porque incluso no existe en el barrio [...] gana 7000 pesos al mes, es imposible que podamos comer con ese dinero. Solo nos mantenemos con sopas de fideos con pan”<sup>244</sup>.

Para los obreros la inflación los golpeaba por dos. Velozmente en el costo de la vida. Lentamente, pues para ellos las alzas siempre eran síntoma de la crisis, y con la crisis llegaban los despidos. Para agosto la prensa afín al movimiento popular de la ciudad calculaba que en la minería había unos 30 mil obreros cesantes, mientras que en la Construcción dicha cifra ascendía ya a 40 mil, 10 mil más que los que sus dirigentes acusaron dos meses antes, en junio. Según los dirigentes sindicales, los sectores más golpeados por la destrucción de puestos de trabajo, además de los ya mencionados de la minería y

243 «Casi 20% subieron costo de la vida y precios por mayor», *Las Noticias de Última Hora*, 30 de agosto de 1957, p7.

244 «Ahora el dinero no alcanza para vivir: la carne y la leche, alimentos de lujo», *Las Noticias de Última Hora*, 30 de agosto de 1957, 6.

la construcción, eran la metalurgia y las industrias textiles; estas tres últimas fuertemente concentradas en la provincia de Santiago.<sup>245</sup>

Ni siquiera las Fiestas Patrias, tradicionalmente celebradas en torno al 18 de septiembre con fondas y ramadas en el Parque Cousiño, al sur poniente de la ciudad, fueron un gran foco de alegrías populares ese año de 1957. El lugar se repletó de vendedores ambulantes y otros puestos que “no tenían para pagar los derechos” de instalación comercial en la zona, signo inequívoco de la multitud de personas sin trabajo que abarrotaban la ciudad. Según la prensa, “una tonada triste sonaba por los pasillos del parque”, atestados de personas buscando una fiesta más barata, accediendo a juegos ilegales y sumergiéndose en un ambiente de borrachos tristes y peleas explosivas.<sup>246</sup>

Las organizaciones del movimiento popular de la ciudad, especialmente del sindicalismo, si bien habían reemprendido la lucha, no habían podido recuperar el poder alcanzado en las jornadas de abril. La lucha legal y estrictamente remitida al interior de los muros de la faena, era una forma debilitada por la legalidad represiva desde ya hace una década. Desde agosto hasta octubre, además, el sindicalismo se encierra entre el I Congreso de la CUT, ocurrido en agosto, y la Convención Nacional del Pueblo, ocurrida en septiembre. Si bien el segundo de estos eventos tuvo una repercusión importante en la campaña presidencial de 1958, el segundo tuvo menor importancia política, aunque confirmó el fortalecimiento de la Central obrera a pesar de la fuerte represión. Pero salvo por la lucha de los profesores, combatida con ferocidad por el gobierno, incluso con el asalto a su sede que recordó los peores momentos del Estado lumpen de abril y su ataque a la imprenta Horizonte; no hubo grandes movilizaciones sociales en esos meses. La huelga de los profesores terminó en acuerdo, pero luego de un mes de luchas bastante críticas. Finalmente, en todo

245 «Inflación tiene 30 mil mineros en la cesantía», *Las Noticias de Última Hora*, 30 de agosto de 1957, 8.

246 «La alegría no fue al parque Cousiño. Precios amargaron a dieciocheros», *Las Noticias de Última Hora*, 19 de septiembre de 1957, 4; «Miseria toca tonada triste en las fondas», *Las Noticias de Última Hora*, 18 de septiembre de 1957, 7.

el sindicalismo parecía cundir cierto inmovilismo, y el retorno a una versión más pesimista de lo que se había aprendido a fines del año 1956, vale decir, que los métodos legales tenían límites evidentes y que solo podían sortearse por la vía de la masificación de la protesta y los métodos de acción directa.

Fue tal la debilidad del sindicalismo esos meses, en contraste con el poder exhibido en los meses finales de 1956 y abril de 1957, que durante octubre el gobierno de Ibáñez decidió invitar a la CUT a negociar. Ibáñez ofreció, con guiños fuertes a los partidos de izquierda, derogación de la Ley de Defensa de la Democracia y “desahucio” de la misión Klein-Saks, además de enmiendas económicas y negociar las nominaciones ministeriales.<sup>247</sup> Al parecer, Ibáñez con esto intentaba golpear a la derecha que había acusado constitucionalmente a sus ministros, a la vez que buscaba nuevos aliados por la izquierda en su guerrilla con el Congreso. Como buena jugada táctica de un Presidente sin mucho margen, rápidamente perdió fuelle y se notó lo vacío de las promesas de Ibáñez. La prensa de izquierda fue la encargada de demostrar el fracaso de las negociaciones entre el Gobierno y la CUT, asumidas simplemente como una maniobra para ganar tiempo de parte del presidente. Santiago Pereira, dirigente de la ANEF y ligado al recién fundado Partido Demócrata Cristiano, dijo entonces entrevistado por la prensa, que se opuso a asistir por las evidentes intenciones tácticas de Ibáñez, y porque “nada íbamos a ganar cuando fuertes intereses antiobreros iban a impedir que se solucionaran los problemas de los trabajadores”. Agregó que “los hechos me dieron la razón hoy, cuando el Presidente lo único que se preocupó fue de plantear su deseo de que en una amnistía general se salvara a los que asaltaron la Imprenta Horizonte en abril”. Su balance fue duro: “Fuimos a perder el tiempo y a hacer un mal papel. Nada más”.<sup>248</sup>

247 «Derogación de la LDD y desahucio de Klein-Saks ofrece S.E. a la izquierda», *Las Noticias de Última Hora*, 8 de octubre de 1957, 3.

248 «Solo fuimos a perder el tiempo: Santiago Pereira», *Las Noticias de Última Hora*, 8 de octubre de 1957, 16; «Don clotario se enojó porque dimos verídica versión de la entrevista con Carlos Ibáñez», *Las Noticias de Última Hora*, 9 de octubre de 1957, 8; «El presidente quiere usar a los trabajadores

\*

Las terribles condiciones de un particularmente frío y lluvioso invierno entre las poblaciones callampas y en las casas algo más firmes, en donde se acovachaban los obreros y sus familias, rematados por la epidemia, bajo una presión de alzas de precios de bienes y servicios, formaban en su conjunto una escenografía que transmitía una severidad que invitaba al pesimismo. La debilidad de sus organizaciones sindicales completaba el cuadro. Si bien la revuelta había sido capaz de instalar los problemas de las mayorías populares, así como la urgencia de su malestar, más que eso no había pasado. El puzzle sobre cómo convertir en realidad la potencia de abril, seguía sin resolverse, mientras cundía la angustia.

Hacia octubre de 1957 la crisis seguía allí, con las alzas y la enfermedad. Los presos de la revuelta siguieron en las prisiones por varios meses más. Todo y nada habían cambiado a la vez. La situación del universo proletario de Santiago seguía siendo la de antes, a pesar del trauma violento de abril. Pero entre el redundar de protestas contra las alzas y volver a soportar la miseria en una casa ligera de la periferia de la capital, crecían las ganas de no soportar más la condena de habitar en el barro y allí esperar la mortandad de la peste. Las protestas en el centro, convocadas cada tanto, criticaban tanto la injusticia proveniente del Gobierno como la frustración con las propias fuerzas e ideas. Crecía la búsqueda por soluciones a problemas ya demasiado denunciados. En el inicio de la primavera, las franjas organizadas de las poblaciones reflexionaban, pegados en el fango, mojados, apenas estimulados por el té y el mate. Así empezaron a experimentar salidas “más allá” de la legalidad, entre Congresos de Pobladores rebeldes y ofertas institucionales que promovían la autoconstrucción, sin otear todavía las consecuencias de aquellos llamados a una práctica que

---

contra el parlamento», *Las Noticias de Última Hora*, 9 de octubre de 1957; «Por segunda vez la CUT estrechó mano del ex “General de la ESPERANZA”», *Las Noticias de Última Hora*, 8 de octubre de 1957, 4; «Un nuevo y rotundo fracaso “obtuvieron” hoy los trabajadores frente a Ibáñez; chistes a Clotario Blest», *Las Noticias de Última Hora*, 8 de octubre de 1957, 16.

en manos populares se vuelve históricamente densa. Puestas ante la evidencia de la crisis y la inacción del Gobierno junto a las clases propietarias, no quedó más alternativa que realizar el interés “a la plebeya”, a mano y sin permiso.



- VI -

**REALIZAR LA RUPTURA: LA VICTORIA.  
OCTUBRE – NOVIEMBRE, 1957**

El sábado 18 de mayo de 1957, un mes y medio más o menos luego de la revuelta, un violento temporal de viento y lluvia cayó sobre toda la zona central de Chile, golpeando a las ciudades de Santiago y Valparaíso con particular crudeza. Fue uno de los primeros eventos climáticos fuertes que hubo en un año especialmente lluvioso. Varios departamentos de las provincias centrales quedaron aislados y los trenes entre Santiago y el puerto de Valparaíso estaban detenidos, imposibilitados de avanzar por un camino sin puentes o bajo el agua. Cuando llueve todos se mojan, pero no todos por igual. Allí donde abundan los ladrillos y el asfalto no se sufre la tormenta de la misma manera que donde el cartón, las tablas o las fonolas se funden con los barriales que offician a modo de pasajes y calles. Por la mañana del domingo 19, la prensa capitalina transmitió la primera información de Carabineros respecto de la ciudad, según los cuales “no había ninguna novedad de importancia producida por el temporal [...] no hay inundaciones ni destrozos”. Pero en las poblaciones callampas, como también notaron en algunos diarios capitalinos, las acequias se desbordaban, el viento había volado paredes de maderas livianas, árboles y techos de zinc y fonola, mientras el agua hacía colapsar lo que quedaba de las viviendas.<sup>249</sup>

Carabineros había omitido otro hecho en su informe a la prensa. Las primeras informaciones del día domingo, contaban que en Carrascal,

249 «Temporal aisló a Capital del resto del país: no hay trenes a Valparaíso», *Las Noticias de Última Hora*, 19 de mayo de 1957, 1; «Medio Chile está aislado con el temporal: trenes paralizados y poblaciones inundadas», *Las Noticias de Última Hora*, 19 de mayo de 1957, 16.



al norponiente de la ciudad, pobladores –“hombres, mujeres, ancianos, niños y enfermos”- de un barrio de callampas estaban totalmente abandonados a la intemperie, “huérfanos de todo socorro” de parte de las autoridades. Según se supo el día lunes 20, en la víspera del feriado de homenaje a las “glorias navales”, su abandono a cielo abierto no era azaroso. El grupo de pobladores de Carrascal que resistía la lluvia estaba allí desde el día sábado 18, cuando empezó el temporal, pues ese día habían debido abandonar el lugar en que estaba la población “Esperanza”, también en la zona de Carrascal, donde habitaban y cuyos terrenos eran de propiedad particular. El dueño había decidido alzar el precio de arriendo del suelo, a un nivel imposible para la mayoría de los habitantes. Así, sin muchas alternativas, optaron por ocupar un terreno de la Asociación Nacional de Empleados Municipales de Santiago. Sin que quedase claro quién los llamó (el alcalde negó haberlo hecho, así como los dueños), dos camiones de Carabineros llegaron en la madrugada del día 19 de mayo al terreno ocupado por los pobladores. Estos últimos eran unos 280 adultos acompañados de 200 niños, en total componían unas 60 familias. Apenas la policía descendió de los vehículos, comenzaron a desalojar violentamente el lugar, apaleando a todo aquel que tuviesen por delante y destruyendo los pocos bienes que habían alcanzado a llevar al intento de campamento. Quedaron ahí, en la calle, y según la prensa, las familias desalojadas estuvieron más de 65 horas bajo la lluvia, imposibilitados de volver a su vieja población, reprimidos en el nuevo sitio, desamparadas. “No vale la pena, hijos, que sepan quién soy o como me llamo”, le dijo una de las pobladoras desalojadas a los reporteros que buscaban informar de su terrible suerte. Mientras se calentaba en un improvisado brasero, agregó: “Total, esta es la suerte del pobre. Aquí estoy mojada y con mis dos chiquillos. No creo que alguien vaya a preocuparse por la suerte de nosotros, porque desde que vivimos aquí, hace cinco años, nadie nos ha tendido una mano”.<sup>250</sup>

250 «Llueve torrencialmente desde Serena al Sur: Hay muertos y destrozos», *Las Noticias de Última Hora*, 20 de mayo de 1957, 1; «Abandonados como animales 400 personas de Población Callampa», *Las Noticias de Última Hora*, 20 de mayo de 1957, 16; «65 hrs bajo lluvia llevan 60 familias», *Las Noticias de Última Hora*, 20 de mayo de 1957, 5.

La toma del día 18 de mayo en Carrascal fracasó, como tantas otras. Pero la experiencia de esas 60 familias permite observar que ya en esa fecha, la toma de terrenos, en tanto método de solución plebeyo y autónomo al problema de la vivienda, estaba extendida entre pobladores como primera alternativa inmediata ante la crisis. Como se ha dicho, las revueltas nunca son solo una discusión sobre el precio de la vivienda, la comida o el transporte. En general, son el manifiesto de una crisis de tolerancia desde abajo respecto de la economía política en su conjunto, mientras ocurre un cierre institucional a siquiera reconocer dicha crisis. Y conlleva, aunque sea de forma tenue, una propuesta de solución. De inmediato, la experiencia de ser mayoría en la calle, una experiencia de poder, impone la urgencia de la superación de la misma revuelta en objetivos mayores que los originales. De la lucha contra las alzas, en la tarde del 2 de abril, buena parte de las masas se habían pasado a la consigna de marchar hacia el centro, en pos del derrocamiento de Ibáñez. Era un objetivo probablemente desproporcionado para su enorme multitud desarmada, pero su planteamiento y popularidad demuestra que en esas horas, y de ahí en más, se hacía presente la necesidad de ir más allá de la ruptura violenta del orden urbano. Una vez terminado el estadio de la violencia rabiosa, la ruptura se despliega a otras dimensiones de la crisis, como a la lucha por el derecho a la ciudad. Así, la rebelión del primer semestre del año 1957, expresiva de la imposibilidad popular de actuar en el lugar de trabajo, contenida a balazos y muerte en las calles de la ciudad en abril; como el agua, buscó su curso. De la imposible realización de la vida dentro de los confines de un mercado de la vivienda, inaccesible para la mayoría del universo proletario de Santiago, a partir de casi una década de experiencias de toma, y con los aprendizajes de abril todavía frescos, se intensificó la exploración de, literalmente, nuevos terrenos para la vida.

## **La paulatina socialización del método “toma”**

Como ya se indicó en la primera parte de este escrito, la práctica de “tomarse” -ocupar sin permiso de su dueño- un terreno para habitarlo, venía desarrollándose en Santiago desde fines de la década de 1940. La extensión de estas acciones había sido lenta en la ciudad, y solo algunas familias o pequeños grupos se habían decidido a cruzar rejas y construir viviendas en sitios eriazos, comúnmente ubicados en la periferia. Pero a partir de la crisis de mediados de la década de 1950, y como bien han documentado recientemente Boris Cofré y Emanuel Giannotti, la ocupación ilegal de terrenos y viviendas semi construidas para habitar tuvo un salto y comenzó a extenderse como práctica y también en la cantidad de participantes, hasta llegar a su momento de cambio de fase, con un hito que se puede situar en el último día de octubre de 1957, cuando fue tomada la chacra La Feria en el sur de Santiago por miles de personas para fundar la población La Victoria. La hipótesis de este capítulo final es que la toma de La Victoria es resultado de un proceso largo de construcción y expansión de una herramienta de autogestión del derecho a la vivienda, y, a la vez y lo que más interesa destacar en este texto, de una acelerada búsqueda por realizar en hechos concretos tanto las demandas sociales como la potencia política que se hicieron visibles por la subjetividad de masas en la revuelta de abril en Santiago en 1957. Mientras la toma es un creciente conocimiento acumulado, su irrupción espectacular como práctica de masas en octubre de 1957, en tanto movimiento reivindicativo y a la vez de autogestión, es un hecho que encuentra como principal propela la experiencia de la revuelta de abril, en que una multitud de personas, reunidas por un objetivo, dispuestas a resistir la represión, a superar cercas y límites políticos, se habían demostrado a sí mismas como un arma poderosa, por ejemplo, para conquistar el derecho a la vivienda.

Ya sea que se interprete la toma enfatizando su especificidad como un “otro tipo” de ocupación de terrenos para la vivienda, que mezcla la acción reivindicativa con su objetivo y que busca ser evidente ante

la sociedad y la política; o bien resaltando su carácter de ofensiva y conquista estratégica para el enfrentamiento y que permite la participación de toda la diversidad de las clases proletarias; no puede obviarse el peso de abril en octubre. Un largo ascenso y despliegue de un instrumento, logró encontrar en 1957 condiciones -de masas, de actitud de lucha- para precipitarse en un nuevo tipo eficiente de acción colectiva. Esas condiciones había sido hechas notar en la revuelta.

Las tomas, luego de años de practicarse de forma fragmentada, se empiezan a convertir en un instrumento organizado, tanto reivindicativo como autogestionado. La citada investigación de Gianotti y Schmeisser ha registrado experiencias de creciente complejidad desde 1952, cuando se iniciaría un proceso de “ensayo y error” que fue mejorando la herramienta “toma”. Ese año, en Concepción, un centenar de personas sin casa y provenientes de “lanzamientos” y otros desalojes de viviendas, se tomaron un terreno cercano al río. Desde allí, el alcalde se negó a expulsarlos. Años más tarde, en 1954, el día 13 de marzo, unas sesenta familias intentaron una toma de viviendas a medio construir en la población Ánibal Pinto, al sur del Zanjón. Aunque desalojados por Carabineros, los pobladores no se disolvieron y se mantuvieron en las calles, engrosando día a día su número, hasta llegar a ser unas 600 familias las que se mantenían ocupando avenidas y pasajes de las poblaciones de La Legua y aldeañas. Finalmente, gracias a la movilización y luego de una negociación con las autoridades del Gobierno, consiguieron terrenos en la población Germán Riesco, cercana al lugar. Pero entre 100 y 200 familias no habían conseguido solución, y aquello generó un nuevo movimiento y otra toma. El 28 de mayo, los pobladores que no habían alcanzado sitio en el movimiento anterior, ocuparon un terreno aldeaño a la fábrica téxtil Sumar, en una acción que destacó tanto por el protagonismo femenino del movimiento, como por ser uno de los primeros usos registrados de la bandera chilena en la punta de las carpas y viviendas de emergencia, como declaración de soberanía. Una tercera toma y que integraba estas novedades, ocurrió ese año

1954, cuando un centenar de familias ocupó otro terreno cercano a la población Riesco, entrando en una larga negociación que duraría años más. Según destacan Cofré y Giannotti, en la segunda de estas tomas algunas pobladoras notaron el particular pudor de Carabineros, que “respetó los 4 palos parados que son nuestras casas para no botar la bandera si las destruían [...] enseñándoles la bandera y cantándoles la canción nacional nos dejaron vivir donde estábamos”. Entre los distintos métodos e instrumentos que componían el aprendizaje de la toma, la bandera como defensa ya había sido utilizada como escudo o disuasivo ante las policías, pero ahora adquiriría dicho carácter no solo para los cuerpos sino también para el terreno conquistado para la vivienda.<sup>251</sup>

En septiembre de 1956, apenas 10 días después de la masacre en la salitrera Pedro de Valdivia, volvieron las tomas. El día 29 de ese mes, pobladores de Puente Alto decidieron ocupar unos terrenos del Servicio del Seguro Social de su comuna, para que habitaran allí el centenar de familias que se movilizaron esa madrugada. Las banderas chilenas coparon la escena de cualquier toma de ahí en más, y hasta el presente. En enero de 1957, siguiendo el mismo método, hubo una nueva ocupación, de la que se habló al comienzo de este libro. Ese día 11, los pobladores allegados a Los Nogales se tomaron unos terrenos cercanos a la población, y al resistir el desalojo en las calles, consiguieron finalmente construir la población Gabriela Mistral. Un mes más tarde, como ya se indicó, hubo una toma en El Guanaco, al norte de la ciudad. En mayo ocurrió el intento de toma del que se habló al comienzo de este capítulo, en la zona de Carrascal al poniente de la ciudad, junto al río. Las banderas nuevamente fueron visibles, aunque esta vez no pudieron detener la violencia policial. En septiembre, solo unos días después de las fiestas patrias, el 22 del mes, quince familias provenientes de las callampas del sector Santa Rosa – Carmen de El Zanjón, ocuparon las casas en construcción

251 Giannotti y Schmeisser, «La invención de la “toma”, o cómo se transformaron las ocupaciones de terrenos en Santiago de Chile entre 1945 y 1957», 137-42.

de la población de emergencia Vicente Navarrete. Desde allí fueron desalojadas por Carabineros.<sup>252</sup>

Las cuatro tomas que ocurrieron en Santiago durante 1957, antes de octubre, a diferencia de años anteriores donde la zona al sur de El Zanjón tuvo protagonismo, fueron en distintos y distantes lugares de Santiago. Hay pocas dudas de que hacia octubre de 1957 la toma estaba extendida entre las organizaciones de pobladores de Santiago más allá de sus vínculos directos por cercanía geográfica. Era ya parte del acervo cultural parcial del universo proletario. Aunque no era un conocimiento complejo, es notorio como el método se sigue al detalle: un terreno público o en disputa, el argumento del número masivo, de la mayoría aplastante como fuerza; el uso de la bandera como defensa y a modo de señal de soberanía. El impacto de la revuelta de abril en el desarrollo y masificación de la toma, estuvo probablemente en demostrar los alcances de cuando las masas eran realmente una marea, y el ser mayoría podía alcanzar niveles sorprendentes de fuerza. Esos argumentos pesaban cuando se empezó a planificar una gran toma, durante octubre de 1957 en distintos bolsones de pobladores de la zona sur de Santiago.

Este aprendizaje acelerado y masivo empalmaba con una necesidad del movimiento de pobladores por elevar el nivel de sus acciones, luego que en esos años el Estado dejó de tolerar el fragmentario poblamiento de a pequeñas viviendas, y que terminaban en la formación de poblaciones callampas. También las experiencias de lucha alega e ilegal respecto de la vivienda; tanto la pequeña pero intensa oleada de tomas de 1957, como los eventos de organización de pobladores, que remitiendo permanentemente a la búsqueda de sitios y promoviendo la autoconstrucción, fue preparando un camino de normalización social de las ocupaciones. Por último, se había producido un desarrollo de la osadía, para realizar el interés por la vía de los hechos, con acción directa y violencia no homicida, y que

252 «Pobladores que ocuparon casas fueron desalojados», *Las Noticias de Última Hora*, 22 de septiembre de 1957, 14.

se había hecho práctico en las largas jornadas del primer semestre del año.

### **La organización**

Como ya se indicó, en agosto de 1957 se realizó el Segundo Congreso Nacional de Pobladores, en un local en el número 696 de calle Monjitas, justo en la esquina con Enrique MacIver, al oriente del centro de Santiago. Este evento fue un encuentro confirmatorio del crecimiento en número y en capacidad organizativa del movimiento de pobladores en la capital. Era un nuevo paso en un proceso ya viejo, y que se echó a andar con una serie de encuentros locales durante la década de 1950, desde el Primer Congreso Provincial de Pobladores, mejoreros y arrendatarios, efectuado en noviembre de 1951. Fue seguido por la fundación de la Agrupación Provincial de Pobladores de Santiago, en 1951. Con el Primer Congreso de la Agrupación Provincial, en 1954; el movimiento, como vimos en los párrafos anteriores, había ido avanzando en experiencias de acción directa -las tomas masivas- que superaban las reivindicaciones y peticiones a las instituciones que primaron en la denominada “fase de incorporación a la vida nacional”<sup>253</sup>.

El encuentro de 1957 sancionó por amplia mayoría distintos caminos hacia la autorealización del derecho a la vivienda, lo que se argumentaba ante la pasividad del Estado por construir las, y al alza de los precios de los arriendos, con los consecuentes lanzamientos. Estas posiciones aprobadas por el congreso de pobladores, que en su mayoría tenían que ver con la autoconstrucción de las viviendas, con la entrega de sitios desde el fisco y otros mecanismos legales y relacionados con la asistencia social del Estado; en general no preocupaban a las autoridades, las que apoyaban estas medidas. Al parecer, esté énfasis inocente en promover la autoconstrucción tenía que ver con que desde las autoridades se creía tener control

253 Loyola, «Los pobladores de Santiago; 1952-1964».

del proceso luego de cercar y contener la proliferación fragmentada e individual de callampas, con reformas legales, ataques en prensa a las ocupaciones y a sus instigadores, y la obligación del cercamiento de sitios, en los años 1947 – 48.<sup>254</sup> En ese tránsito organizativo, la composición histórica, en las experiencias de lucha de las organizaciones de pobladores, daba cuenta de una radicalización que ocurría en las prácticas, que se agudizaba según los resultados de las movilizaciones. De esta forma se puede explicar, en parte, la disposición a la ilegalidad y a las acciones de hecho en pos de la lucha por la vivienda, que comenzaron a practicar y protagonizar las franjas organizadas de pobladores desde mediados de la década de 1950.

Al igual que como había ocurrido con la Convención del Pueblo, la actitud de las organizaciones sociales de base y la militancia joven demostraban capacidad de forzar las decisiones de los partidos. El sociólogo Alexis Cortés ha destacado que el trabajo de base de la militancia roja en las tomas de 1957, transformó tanto la subjetividad de los movilizadores y de los militantes, pues de pensar un nuevo frente de lucha obrera en las luchas por la vivienda se terminó por construir un tipo de movimiento social que podía expresar el interés popular más allá de la lucha salarial de los trabajadores.<sup>255</sup> Los niveles de convocatoria de masas a la lucha callejera demostrados en abril, así como el avance cotidiano en organización por parte del movimiento de pobladores, permitía correr los límites de la imaginación sobre la acción popular reivindicativa, y empujó a la militancia de izquierda, y en especial al PC y a la militancia socialista, a tomarse en serio la acción directa por la vivienda, la toma. Así lo indicaron, por ejemplo, en los ya citados documentos autocríticos del PC, cuando se destacó que abril había demostrado “que el pueblo chileno es indomable y que vuelve una y otra vez a la batalla por su pan y sus derechos [...] comienza un nuevo periodo de grandes luchas”. Era el redescubrimiento del argumento del número, la masa

254 Gianniotti y Schmeisser, «La invención de la “toma”, o cómo se transformaron las ocupaciones de terrenos en Santiago de Chile entre 1945 y 1957», 120-23.

255 Alexis Cortés, “Los comunistas...”



como ariete para producir cambios o conquistar reivindicaciones a mano y mediante fuerza propia, que había extendido los horizontes de posibilidad que la militancia roja de la ciudad identificaba entre el proletariado santiaguino. Según los comunistas, desde abril de 1957 las “masas populares” tendían “a confiar ante todo en su propia acción”.<sup>256</sup> En el fondo, era la incorporación en la elaboración política de izquierdas, de la ruptura en el tiempo de la estrategia que había provocado la revuelta de abril de 1957.

La militancia, no únicamente comunista, involucrada en la toma provenía de ese espacio ambiguo que también había ocupado el obrero Manuel Rojas Llantén, entre la organización social y el partido político, donde la lealtad clasista se vuelve multidimensional, como la revuelta. Al igual que las organizaciones católicas, conocían las poblaciones porque habitaban allí, y esa era su principal ventaja organizativa. La experiencia de lucha de obreros pobres fue un aporte más o menos obligado, como suele suceder, combinado con esa resurgente vocación de revuelta de los militantes. Incapacitados por la Ley Maldita de luchar en el área sindical, muchos militantes proscritos en las fábricas y talleres redirigieron su rabia y esfuerzos hacia las callampas que habitaban o rodeaban los pocos barrios obreros establecidos. Como han demostrado variadas investigaciones, en el caso de los militantes que sostuvieron la construcción del movimiento de toma de La Feria, en su mayoría estos eran comunistas o socialistas y que eran además habitantes del Zanjón, en la zona sur de Santiago, y que era una de las mayores concentraciones de viviendas pobres y autoconstruidas de la ciudad<sup>257</sup>. Dos años más tarde, en el marco del segundo aniversario de la toma, fueron los mismos dirigentes de La Victoria los que sinceraron a través de su medio -La Voz de La Victoria- la base militante de izquierda que estaba en los gérmenes de organización y planificación de la toma. Allí aclararon que en el “seno” de la dirección de la acción directa “habían militantes de todos

256 Luis Collao, «Informe de la Comisión Política al XXIV Pleno del CC del PCCh», *Principios* 42 (mayo de 1957).

257 Orlando Millas, *Memorias, 1957 – 1991. Una disgresión* (Santiago: CESOC, 1996), 17; Mario Garcés, *Tomando su sitio...*, 125 y ss.;

los partidos del FRAP”, relevando que dicha presencia “hizo posible esta toma de terrenos porque la preparó minuciosamente, que no faltara ningún detalle que pudiera hacer fracasar esta famosa batalla por la toma de los terrenos de la ex Chacra La Feria”.<sup>258</sup>

El Comando Ejecutivo fue la instancia de dirección y organización de la toma. Estaba copada principalmente por dirigentes de los comités de pobladores, y otras organizaciones de “sin casa”. Como se ha tratado en diversos estudios, la toma de los terrenos de La Feria se nutrió principalmente de las masas que se apretaban en los campamentos y callampas de la rivera del Zanjón de la Aguada. Apegados a un curso de aguas sucias en los sectores obreros de la entonces inmensa comuna de San Miguel, el Zanjón pasaba de ser una denominación geográfica a un nombre para un barrio informal de la ciudad. En un espacio de cinco kilómetros de extensión y solo cien metros de ancho, subdivididos en una decena de sectores, se encontraron 30 mil personas habitando el “mayor cordón de miseria de Santiago”.<sup>259</sup> En esos barriales se construyó la organización de la toma, de los Comité de Familias sin Casa de todas las poblaciones de Santiago sur, especialmente en el Zanjón, salían los cuadros dirigentes que formaban un Comando de la acción. Atravesando toda la estructura organizativa y en sus puestos dirigentes, pero sin coparla, estaban los militantes de izquierda, especialmente los comunistas, con cuadros destacados vinculados directamente a la operación. Incluso Galo González, secretario general del Partido, era parte del Comando<sup>260</sup>

Por parte de los comunistas, la toma se pensó en base a una ocupación de terrenos ocurrida tiempo antes en Puente Alto, entonces un pueblo al sur oriente de la capital, y realizada por unas 100 familias. Según Orlando Millas, militante y parlamentario comunista quien participó de la organización de los pobladores en el Zanjón, esta habría ocurrido en septiembre de 1957, “dicha lucha fue examinada en detalle, con

258 “Segundo aniversario”, *La Voz de La Victoria* n°5, Santiago, 7 de noviembre de 1959, 1.

259 Mario Garcés, *Tomando su sitio...*, 121. Cifras de Vicente Espinoza, *Para una historia...*, 248.

260 Garcés, *Tomando su sitio*, 126-27.

lupa, sacando muchas conclusiones”<sup>261</sup>. Según Cofré y Gianotti, apoyados en fuentes de prensa, estos hechos habrían ocurrido un año antes, en septiembre de 1956.<sup>262</sup> Como sea y tal y como destacan los últimos investigadores mencionados, fue la primera vez que la prensa comunista se refirió a la ocupación como una “toma”, aunque como se nota en las fuentes, y citando la opinión de Millas, “hubo cierta preocupación por no jactarse [...] por no publicitarla demasiado”. El “ensayo” de Puente Alto, de ser cierto como tal o bien haber servido como caso de estudio o inspiración para basar la planificación de la toma, presenta un nuevo nivel de organización, sobre una nueva actitud del universo proletario de la ciudad. Cualquiera sea la historia real de este punto, la planificación de la acción sobre la ex chacra La Feria dependía mucho de montar un nivel superior de organización de masas junto a un nivel superior de disposición a las acciones de ruptura e ilegales y que se creyó posible por el también nivel superior de lucha demostrado en abril. Era en sí la incorporación de la revuelta y su suspensión del tiempo, en un nuevo régimen de historicidad de la estrategia socialista.

Durante octubre los hechos se precipitaron bastante, tanto al nivel del estado de ánimo de las bases del movimiento de pobladores, como por eventos que volvieron urgente la toma. Los pobladores de Santiago realizaron una asamblea provincial el sábado 12 de octubre, en un local frente a la Universidad Católica, para analizar “el problema habitacional, urbanización de poblaciones, entrega de títulos de dominios, proyectos pendientes en materias habitacionales”, entre otros aspectos dedicados a la organización misma del movimiento. La consigna fue “solución total”, y aquello significaba, como hemos visto, la entrega de viviendas, de sitios, o los materiales para la autogestión -legal, ilegal o alegal, daba igual- de las mismas por parte de los pobladores.<sup>263</sup> Solo unos días después, en la quincena de octubre, se

261 Orlando Millas, *Memorias, 1957 – 1991. Una disgresión* (Santiago: CESOC, 1996), 17

262 Giannotti y Schmeisser, «La invención de la “toma”, o cómo se transformaron las ocupaciones de terrenos en Santiago de Chile entre 1945 y 1957», 143.

263 «Solución total a problema de viviendas exigen pobladores», *Las*

produjo un incendio en las callampas del Zanjón, el décimo desde que en 1947 se habían comenzado a masificar las viviendas en la zona. Una quincena de viviendas con 32 familias quedaron destruidas por el fuego.<sup>264</sup> “[...] se quemaba hasta la pobreza”<sup>265</sup>, recordó Abel Ojeda, obrero del Zanjón y luego participante de la toma. Las familias afectadas fueron trasladadas desde las ruinas al estadio municipal de San Miguel, mientras que, a decir del dirigente local Juan Luis Lemuñir, “las otras familias quedaron en el mismo lugar: sus ranchitos no habían tenido la suerte de incendiarse”.<sup>266</sup>

El horror y el malestar causado por los incendios, a diferencia de los años anteriores y bajo un nuevo estado de ánimo popular luego de la revuelta de abril, produjo una nueva movilización entre los pobladores y una reactivación de los Comités de Pobladores de todo Santiago Sur. Desde ahí, se formó una comisión, integrada por dirigentes de los comités de Sin Casa, así como por el diputado Mario Palestro, el alcalde y su hermano Julio Palestro, la regidora Iris Figueroa, y otros militantes socialistas y comunistas. Desde este espacio amplio, se forzó la convocatoria a un Cabildo Abierto de Pobladores para el día 27 de octubre, para discutir las soluciones a los problemas de los santiaguinos sin vivienda. Según Lemuñir, esta comisión se llamó “Pro – Toma de Terrenos”.<sup>267</sup>

El día 26 de octubre, debido a una explosión en una curtiembre cercana al Zanjón, se produjo un nuevo incendio en la zona, esta vez de enormes proporciones. Las familias afectadas fueron unas 200, dejando unas 1100 personas damnificadas, en su mayoría del sector denominado “El Carmelo” del Zanjón.<sup>268</sup> La noche del sábado 26 de octubre las familias se quedaron en las calles, especialmente en

*Noticias de Última Hora*, 6 de octubre de 1957, 3.

264 Espinoza, *Para una historia de los pobres de la ciudad*, 250.

265 Grupo de Identidad de Memoria Popular, *Memorias de la Victoria*, 37-38.

266 Lemuñir, *Nuestra Victoria. A 60 años de la toma de terrenos de la población La Victoria. Relatos de un poblador*, 12.

267 Lemuñir, 12; Garcés, *Tomando su sitio*, 128; Espinoza, *Para una historia de los pobres de la ciudad*, 250.

268 Espinoza, *Para una historia de los pobres de la ciudad*, 250.

la calle Traslaviña (donde estaba la curtiembre siniestrada) que se convirtió en una “improvisada población” con las “carpas hechas de sábanas y frazadas” que levantaron los pobladores que algo habían salvado para guarecerse del frío. Otros, los que habían perdido todo, “deambulaban por el lugar pidiendo ayuda, o sencillamente estaban sentados en las cunetas con los brazos cruzados y el rostro desfigurado por una mueca de dolor y desesperación”.<sup>269</sup> El Cabildo convocado para el día 27 se dio en un ánimo de agitación máxima, y con la crisis de la vivienda en su estado más agudo en mucho tiempo. De esta forma, en la instancia, además de exigir apoyo del Estado para la emergencia, se volvió a reclamar los terrenos de la ex chacra La Feria como solución. El Cabildo, así, se convirtió en la práctica en una asamblea pre-toma.

Los pobladores damnificados del Zanjón volvieron a reafirmar su desesperación y su propuesta de solución a la prensa el día 29: “casi todos los niños están descalzos y no tienen ropas. El incendio fue tan rápido que nadie salvó nada. Era día de pago y muchos padres de familia perdieron hasta sus sueldos y los alimentos que habían comprado para la semana”, agregando que “lo único que pedimos es que se nos de los terrenos para edificar nuestros hogares. Los de la chacra Lo Valledor y La Feria salvarían nuestra situación”<sup>270</sup>. La organización de la toma demuestra una nueva estrategia creciendo en el campo popular de la ciudad, compartida por la militancia de izquierda, y que hacía compatible la lenta marcha por las instituciones con una guerra de posiciones basada en la acción directa para realizar derechos sociales o conquistar bases de bienestar. La Toma significó la incorporación de la ruptura de abril en un nuevo tiempo estratégico de las izquierdas. En las palabras de los pobladores es posible observar el peso de la determinación del movimiento en pos de realizar, incluso por sus propias manos, el derecho a la vivienda.

269 «Horrible drama: cientos de familias quedaron en la más completa miseria», *Las Noticias de Última Hora*, 27 de octubre de 1957, 3.

270 «Pavorosa situación de 2 mil personas damnificadas de incendio del zanjón de la aguada: el gobierno no ayuda», *Las Noticias de Última Hora*, 18 de mayo de 1957, 4.

Ese mismo día 29 que los pobladores hablaron con la prensa, “miles de ojos se volvieron al sur del Zanjón”<sup>271</sup>, hacia los terrenos de la ex chacra La Feria. Hacia el anochecer, entre los barriales que armaban las partes más pobres de la desgarrada ciudad capital de Chile comenzó a correr el aviso de boca en boca: “la toma va”.

### **La toma de la chacra La Feria**

A muchas de las personas que participaron en la toma, se les avisó ese mismo día. Algunos eran parte de los comités del Zanjón, otros supieron a través de avisos en los comités de allegados de las poblaciones cercanas, y otros por el “dato” de familiares y amigos. Ángela Román, participante en la toma y hasta entonces habitante de la población La Legua, recuerda que “no sabíamos cómo se estaba organizando, no participamos de eso. Sólo supimos y partimos”<sup>272</sup>. Según cuenta la pobladora Gillermina Farías, “desde temprano” el día 29 comenzaron los preparativos. “Las instrucciones, el desarme de casuchas, el perro y la suegra en los carretones”. Cuando comenzó a oscurecer, cerca de las 20 horas “se empezaron a juntar los más decididos en el lugar acordado”, y ahí tenían todo lo que se necesitaba para ejercer por sus propias manos el derecho a la vivienda: “ser pobre, tener chiquillos, tres palos y una bandera”, también “algunos enseres y frazadas”. La caravana proletaria formada por carretones a caballo, pobladores decididos, perros, tablas y lonas, y que a medida que se acercaba la medianoche era de más de un millar de personas, debía, a pesar de la premura y el tamaño del movimiento, mantener el sigilo. Se ataron tiras de goma a los cascos de las patas de los caballos, para impedir que su trote alertara a la policía.<sup>273</sup> “Un día se me acercan unas señoras para pedirme que las ayude a recolectar ropa,

271 Lemuñir, *Nuestra Victoria. A 60 años de la toma de terrenos de la población La Victoria. Relatos de un poblador.*, 13.

272 Grupo de Identidad de Memoria Popular, *Memorias de la Victoria*, 43.

273 Farías, «Lucha, vida, muerte y esperanza. Historia de la población La Victoria», 55-57.

sin importar si estaba sucia o rota. Acepté pensando que después la arreglarían y lavarían, y ahora sé que era para silenciar las ruedas de las carretas”<sup>274</sup>, explicó Alicia Cáceres, quien en 1957 tenía 17 años, estaba casada y participó de la toma.

Asimismo y según la visitadora social Hilda Sotomayor que conoció estos tiempos originales de La Victoria, los pocos camiones que la organización de la toma pudo conseguir, iban con sus focos apagados, todo con tal de confundirse en las sombras del sur de Santiago por la noche.<sup>275</sup> Muchos de los protagonistas de la toma recuerdan que en alguno de esos camiones o buses que se usaron esa noche de octubre, iban “los hermanos Palestro” o el mismo diputado Mario Palestro, y que además de participar en la coordinación, ayudaban a avisar y sumar pobladores a la acción.<sup>276</sup>

A la una y treinta de la madrugada empezó la caravana, con “niños, mujeres, hombres y ancianos”, según Lemuñir. Poco importaba cómo, “¡Había que llegar!”<sup>277</sup>. A las distintas columnas que se dirigían al punto acordado para la toma, se fueron sumando los más decididos de los “sin casa” que salían a mirar el río humano. La misma claridad estratégica que había emergido masivamente en el primer trimestre del año con rumbo a la ruptura en la revuelta, pareció ser aquello que engordó la columna de familias proletarias del sur de la ciudad rumbo a la conquista de un sitio para la vivienda por vías ilegales y que sabían probablemente violentas. Como recuerda Guillermina Farías, “La columna avanzaba y se seguían sumando personas, cualquier oportunidad era buena para obtener un sitio”<sup>278</sup>. Al salir del Zanjón rumbo a la ex chacra La Feria, la columna sumó familias de poblaciones pobres como La Legua y también hacinados de Los Nogales, los mismos que diez meses antes habían intentado una acción

274 Grupo de Identidad de Memoria Popular, *Memorias de la Victoria*, 143.

275 citada en Garcés, *Tomando su sitio*, 130.

276 por ejemplo, en Grupo de Identidad de Memoria Popular, *Memorias de la Victoria*, 57 y 83.

277 Lemuñir, *Nuestra Victoria. A 60 años de la toma de terrenos de la población La Victoria. Relatos de un poblador.*, 13.

278 Farías, «Lucha, vida, muerte y esperanza. Historia de la población La Victoria», 57.

similar en la zona. Como en abril, la idea de espontaneidad solo opaca las formas racionales de la política popular, su cultura interna y su moral específica. Una muchedumbre de carretas cargadas, rodeadas de perros y personas con rostros acerados, caminando al medio de la noche, no eran cualquier cosa ni tampoco algo sorprendente, sino un llamado inmediato a la acción para una hacinada familia proletaria. Según un testimonio citado por Garcés, “Yo venía de La Legua [...] en marcha con carretones a caballo, carretones de mano o con cosas al hombro, veníamos por Santa Rosa y la gente nos preguntaba ¿qué pasa?, ¿qué pasa? Es una toma de terrenos y tomaban sus frazadas y se plegaban al grupo”.<sup>279</sup>

El protagonismo femenino de la acción, si bien no era absoluto, resultaba evidente. La reciente politización y conquista plena de la ciudadanía por las mujeres producía una crisis de relaciones de poder que también tuvo efectos en la toma. Muchas mujeres fueron solas a la toma y así fundaron su hogar. “Aquí, al lado, llegó la hija escondida del padre porque era militar. Así se vinieron varias familias, a escondidas de sus esposos como yo”<sup>280</sup>, recuerda Zulema Huenún, que tenía 32 años en el momento de la toma. Las razones eran más o menos obvias: la desidia o el alcoholismo, a veces ambas. También “la vergüenza” de ser parte de una toma, como era el caso del esposo de la citada Zulema Huenún. “Me fui sola con mi hija que tenía 7 meses, ya que mi marido no me acompañó, porque era un curado. Recuerdo que se quedó acostado. [...] Nos fuimos en un camión varias personas, había mujeres ahí con varias cosas arriba, chuzo, pala, la bandera, un poco de ropa”<sup>281</sup>, recordó luego Luisa del Carmen Lizana, oriunda de La Legua y con 18 años en el momento de la toma. Las mujeres del universo proletario se visibilizaban como una especificidad en la lucha por la reproducción material de la vida, ejerciendo la mencionada ciudadanía en una inesperada y rebelde forma de construir ciudad.

279 Garcés, *Tomando su sitio*, 130.

280 Grupo de Identidad de Memoria Popular, *Memorias de la Victoria*, 31.

281 *Ibid.*, 71.



La verdad no se sabe bien la hora en la que se cruzó la cerca y ocurrió la ocupación de los terrenos. Garcés cita el informe de la policía, que indica que fue a las doce y treinta de la noche, también a Farías y a Sotomayor que aseguran fue a las dos y treinta de la madrugada. Como sea, la toma fue durante la noche, y al salir el sol el terreno ya estaba en manos de los pobladores.<sup>282</sup> Un año más tarde, en el primer número del periódico de una de las dos agrupaciones de pobladores de La Victoria, la toma fue descrita así:

“Al llegar el alba del 30 de octubre de 1957. La noche se llenó de silencio. El cielo rutilante apareció envuelto en sedas suaves y densas, como deseando ocultar las estrellas. Mientras la naturaleza parecía estática. A lo lejos, un rumor como de agua, desbordando de un tranque en la montaña.

[...]

Fueron avanzando los hombres [los guardias] y sus carabinas, fueron descubriendo banderas y más banderas, niños y más niños, mujeres y más mujeres, hombres y más hombres y, entonces, sobresaltados por la sorpresa, al ver esta marejada humana, resueltamente decidida a establecerse en esos terrenos, regresaron ante sus jefes, los que al conocer la realidad no pudieron hacer uso de la fuerza, porque la conciencia digna de chilenos, les hizo comprender que esos hermanos tenían derecho a que se les solucionaran sus problemas en forma serena y tranquila.

El alba, testigo silencioso, se fue calladamente, dando paso al nuevo día y allí, ese bosque de seres humanos, al pie de sus banderas, con la emoción que se llenó de lágrimas, cantaron la Canción Nacional. Era la rúbrica al derecho que confirmaron la posesión definitiva de estos terrenos”.<sup>283</sup>

Según cuenta Lemuñir, en La Victoria se dice que “[e]l Chico Barrios fue el primero en entrar a las chacras de La Feria con una bandera

282 Garcés, 130-31.

283 “Aniversario 1957 – 1958”, *La Voz de La Victoria* n° 1, Santiago, 16 de noviembre de 1958, 1 y 3.

a cuestras”. Le siguió la multitud que componía lo que a esa hora era ya el mayor movimiento de ocupación de terrenos de la historia de Chile. “Las familias se perdieron en el yuyo, levantaron las carpas y en la madrugada del 30 de octubre de 1957 florecieron las banderas chilenas entre el polvo y la maleza”.<sup>284</sup> La imagen de un mar o bosque de banderas copando el terreno ha sido recogida en distintas investigaciones y resalta en fuentes y testimonios. “[...]había tantas banderas”<sup>285</sup>, recuerda Regina Cea, quien tenía apenas 9 años en el momento de la toma. Es algo visible en imágenes del documental “Las Callampas”, de 1957, hecho por el sacerdote Rafael Sánchez, de la PUC y ligado al Hogar de Cristo, con algunas partes filmadas directamente el 30 de octubre de 1957. Era primavera, por lo que la metáfora de un florecimiento de viviendas con las telas tricolores como ápice, daba buen resultado. Cada una de las banderas marcaba la soberanía de una familia sobre un sitio, y además se dice funcionaba a modo de protección ante la policía. Como se indicó más arriba y demostró Cofré y Giannotti, esta práctica y su leyenda de efectividad antipolicial se había extendido por más de una década en las distintas tomas de “ensayo y error” que habían precedido al movimiento de 1957 sobre la ex chacra La Feria. Aquella vez dicho símbolo de las tomas de terreno se hizo nuevamente presente de forma masiva, y así se marcó, con mucha ayuda de la prensa de izquierda, el imaginario de cómo lucía una toma de terrenos en la segunda mitad del siglo XX, bien definido por los mencionados investigadores como una composición donde primaban: “las carpas improvisadas, catres a la intemperie, madres con sus hijos y banderas chilenas”.<sup>286</sup> De esta forma, el desarrollo de la técnica llamada toma, fue también construyendo cultura en torno a ella, facilitando su extensión como parte del creciente arsenal proletario de conocimientos para la acción directa en pos de sus intereses.

284 Lemuñir, *Nuestra Victoria. A 60 años de la toma de terrenos de la población La Victoria. Relatos de un poblador*, 18.

285 Grupo de Identidad de Memoria Popular, *Memorias de la Victoria*, 83.

286 Giannotti y Schmeisser, «La invención de la “toma”, o cómo se transformaron las ocupaciones de terrenos en Santiago de Chile entre 1945 y 1957», 144.

Si se había actuado durante la noche y con sigilo no era sino por temor a la resistencia de los guardias del predio, y a la acción represiva de la policía. Los guardias, como vimos en el relato de los pobladores y de acuerdo a casi todas las fuentes, no ofrecieron combate alguno. La fresca memoria de la revuelta es tal vez la explicación de que no hayan intentado detener la ocupación: no solo estaban ampliamente superados en número, también se habían enterado que algunos miembros de las clases populares de la ciudad le tenían poco respeto a las balas de las carabinas. Carabineros era otro problema, más grande. Se sabía, por experiencia, que carabineros era una fuerza imposible de vencer en combate, por lo que era preferible evadirla. La comisaría del sector estuvo varios días antes bajo vigilancia del Comando de pobladores, para así conocer sus rutinas y prever sus movimientos. A su vez, durante la noche de la toma se habían cortado los cables de teléfono del estadio Corvi, donde se había concentrado la mayoría de los ocupantes, para que no se pudiese alertar a la policía.<sup>287</sup> De esta forma, al llegar los pobladores, no habían carabineros resguardando el perímetro de La Feria. Según algunas fuentes e investigaciones, Carabineros apareció a eso de las seis y media de la mañana, pero no intervino nunca de forma decidida, o incluso habrían sido permisivos con la ocupación.<sup>288</sup> Según la Policía de Investigaciones, citada por Garcés, Carabineros habría intentado impedir, sin éxito, que se siguieran sumando familias a la toma durante la mañana del día 30.<sup>289</sup> Pero según Guillermina Farías, también citada por Garcés, “Los pacos no se hicieron repetir dos veces la orden”, y arremetieron contra la toma “arrasando y golpeando. Hombres, mujeres y niños; ancianos, rucas y banderas; nadie se salvó del tropel”. Como muchas fuentes indican, los abundantes yuyos del predio, así como innumerables accidentes geográficos, terminaban siendo “cómplices de los pobladores, pues permitían, con su metro de altura, esconderse”. Pero todavía según Farías, no hubo paz entre

287 Lemuñir, *Nuestra Victoria. A 60 años de la toma de terrenos de la población La Victoria. Relatos de un poblador.*, 13.

288 Espinoza, *Para una historia de los pobres de la ciudad*, 254.

289 Garcés, *Tomando su sitio*, 131.

pobladores y carabineros, sino que “La desigual batalla duró como hasta las cuatro de la tarde”.<sup>290</sup> Pero, en general, hay coincidencia en que entre el peso del apoyo político de la izquierda y de la Iglesia Católica (fue el Cardenal José María Caro el que intercedió ante el presidente para evitar el desalojo, durante la tarde del día 30), así como, nuevamente, ante el peso del argumento de la superioridad numérica de la multitud de los pobladores; Carabineros y el Gobierno decidieron no desalojar la toma. Como relata Guillermina Farías: “Al tomar conciencia Carabineros de que había niños, mujeres y ancianos, la represión cambió y se dio una nueva orden: que nadie entrara o saliera”<sup>291</sup>.

Con el encierro de la toma, se logró por fin cuantificar el movimiento. Primero las autoridades hablaron de cientos de personas, luego la prensa indicó que eran las familias las que se contaban por cientos en la ocupación. Como durante la mañana del día 30 de octubre siguieron sumándose familias a la toma, a los días se tuvo una cifra más o menos clara: dos mil familias aproximadamente había protagonizado el movimiento de toma de la ex-chacra La Feria. Según una encuesta hecha poco tiempo después por Hilda Sotomayor, indicó “un total de 3.354 familias” de las que “2.168 venían del Zanjón, es decir, un 65%; 446 de la Legua (13%); y, 736 de otras poblaciones (21%)”.<sup>292</sup> La detención del desalojo no significó que la toma estuviese autorizada, y Carabineros produjo un bloqueo de varios días a la entrada o salida del predio. No se les permitía entrar materiales de construcción, y para evitar ser detenidos o perder el sitio conquistado, varios obreros de la toma habían faltado a su trabajo. Debido a la ausencia de atención médica y el impedimento al ingreso de insumos o personal médico, murió un bebé de pocos meses y una anciana<sup>293</sup>. Finalmente, el 1 de noviembre fueron notificados de que no serían desalojados. Ese día, el Comando General hizo una asamblea, en la que además

290 Farías, «Lucha, vida, muerte y esperanza. Historia de la población La Victoria», 57-58.

291 *Ibid.*, 58.

292 citada por Garcés, *Tomando su sitio*, 130.

293 Espinoza, *Para una historia de los pobres de la ciudad*, 252.

de celebrar el triunfo sobre la ex chacra La Feria, se recalcó que la victoria “no le pertenecía a nadie, sino a la organización”, agregando que esos terrenos “un campo de libertad, donde acamparon O’Higgins y San Martín, ya eran el campo de su propia victoria”.<sup>294</sup>

En lo que resulta una constatación del salto estratégico que había dado el conjunto de las franjas organizadas tras la revuelta de abril, al avalar y organizar acciones directas e ilegales, el apoyo político a la toma se fue convirtiendo en solidaridad activa. Los distintos grupos, partidos e instituciones, de forma ordenada, para el día 2 de noviembre ya tenían a un equipo completo de médicos y estudiantes de medicina y habían instalado un policlínico en el campamento. Entre estos destacaban el arquitecto Miguel Lawner -quién luego sería uno de los intelectuales centrales en el gobierno de la UP- y un grupo de estudiantes de esa disciplina, un equipo de profesionales del FRAP que fueron especialmente destacados en el lugar, dirigidos por el Dr. Carlos Montoya, y también un notorio apoyo de regidores y diputados de la comuna de San Miguel, encabezados por la familia Palestro.<sup>295</sup> Ese mismo día 2 de noviembre la prensa mostró la solidaridad del sindicalismo, y el Congreso Provincial ordinario de la CUT, que empezó el 1 de noviembre, resolvió designar una comisión “para impedir el desalojo que ha anunciado el Gobierno y le exprese la solidaridad del Congreso a los pobladores”, además de mil pesos en aportes.<sup>296</sup> La campaña de donaciones que se extendió a otras organizaciones populares de la ciudad tuvo una respuesta masiva, y El Siglo destacó el 4 de noviembre que: “El pueblo chileno [...] ha tendido la mano generosa de la ayuda, materializada en aportes en dinero efectivo, alimentos, medicina y vestuario”, y agregaba que “Hasta el momento de despachar esta información en dinero se ha

294 Lemuñir, *Nuestra Victoria. A 60 años de la toma de terrenos de la población La Victoria. Relatos de un poblador.*, 15-16.

295 “Dispuestos a resistir la violencia. Terrenos conquistados defenderán pobladores. Cuentan con amplia solidaridad”, *El Siglo*, Santiago, 1 de noviembre de 1957, 1; “Queremos hacer un Chile mejor”, dijeron pobladores de ‘La Feria’”, *El Siglo*, Santiago, 2 de noviembre de 1957, 5.

296 “Amplia solidaridad con pobladores del Zanjón acordó Congreso CUT”, *El Siglo*, 2 de noviembre de 1957, 6.

reunido la suma de \$52.532, mientras que en el alimento y vestuario se redondea una suma cercana al millón de pesos”.<sup>297</sup>

La solidaridad movilizó a los diversos actores sociales progresistas a un punto en que la toma parecía una especie de “ilegalidad pop”, cargada de virtud y justificada en la urgencia proletaria. La prensa daba cuenta de una masiva expropiación y apropiación ilegal de terrenos en la capital del país, con una además evidente presencia de la izquierda también ilegal entre sus organizadores, y ante ello, las organizaciones de la sociedad civil le dieron un fuerte respaldo, mientras que los grupos conservadores y el Gobierno parecían paralizados. Todo esto mostraba cuán honda era la ruptura en el orden social y su tiempo histórico que había ocurrido a lo largo de 1957 y de formas diversas. Luego del anuncio del Gobierno que no desalojaría a los pobladores, se autorizó a la institución de caridad ligada a los jesuitas, Hogar de Cristo, a construir viviendas de emergencia en lo que pronto se llamó “Campamento La Victoria”. Así se fue haciendo claro durante noviembre de 1957 y para todos los involucrados que esos terrenos serían su barrio definitivo.

En la toma y origen de la población La Victoria, en un hito fundacional cultural y políticamente de la nueva periferia de la ciudad, convivieron inextricablemente los distintos actores del universo proletario de la ciudad. Desde cesantes y lumpen, hasta obreros perseguidos y militantes clandestinos de la izquierda roja, destacando una abrumadora mayoría femenina, tradicional hasta ahora en los movimientos poblacionales. Confundidos en las tareas de dirección y organización de la toma, direccionando una fuerza popular con una renovada disposición a la reforma profunda y la acción directa, y motivados por la urgencia de la vivienda y la carestía de la vida, militantes y activistas “sin carnet” compartieron agencia en esta acción. La radicalización había pasado de la espectacularidad de la lucha callejera, a la mayor densidad política de la autogestión. Se

297 “Despierta la vida en el Campamento La Victoria”, *El Siglo*, Santiago, 4 de noviembre de 1957, 12.

abría una nueva época, una nueva fase estratégica, para el movimiento popular de Santiago.

### **La Victoria y su ejemplaridad estratégica**

Si autonomía es un atributo que identifica la centralidad del interés directo de una clase o una alianza de clases en la estrategia de lucha, los ocupantes y posteriores pobladores de La Victoria llevaron a cabo de esa forma su movimiento. Para los militantes y dirigentes el objetivo estaba en la consecución de la vivienda, por cualquier medio, lo cual iba desde la toma hasta la negociación directa con la Iglesia Católica y el Gobierno, sin miramientos principistas. La centralidad política por la conquista de la vivienda subordinó a los fines de los movilizados el interés de los partidos rojos, a la vez que terminó por ser el medio y a la vez la forma en que se modificó su estrategia. No era una contradicción entre lo político y lo social, sino más bien una densificación proletaria -social- de una nueva política de izquierda, tanto a nivel ideológico como en el práctico. La imposición del interés directo de las clases populares -y también su realización inmediata en clave expropiatoria o redistributiva- como centralidad política fue una afirmación de la autonomía de los movilizados y un elemento en la base de la radicalización de las franjas organizadas del movimiento popular desde esos años y por una larga década.<sup>298</sup> La autonomía, precisamente porque sigue la razón propia, es una práctica que a los ojos de quien espera un compromiso ideal con las formalidades institucionales de la política, parece veleidosa o irresponsable. Si en 1957 los dirigentes de la población aceptaron agradecidos el apoyo del Hogar de Cristo, no tuvieron problemas en 1959 con expulsar a sus visitadoras, acusándolas de inducir el “divisionismo”. Reivindicando la autonomía de las pobladoras que no aceptaron “el tutelaje de estas visitadoras”, y reivindicando la unidad conquistada luego de dos años

298 Luis Thielemann H., «La rudeza pagana: sobre la radicalización del movimiento obrero en los largos sesenta. Chile, 1957 – 1970.», *Izquierdas* 44 (junio de 2018): 114-33.

de división en la población, los dirigentes entonces sostuvieron: “El campamento de la Victoria orgullosamente dice ¡Nada por caridad, todo mediante nuestro propio esfuerzo! Se mellarán los dientes quienes pretendan ahondar la división de nuestro campamento”.<sup>299</sup>

La toma de La Victoria, como correctamente ha sostenido Alexis Cortés, tuvo un rol de ejemplaridad para los comités de Sin Casa que entonces existían y que se multiplicaron en los años siguientes en la medida que se expandió la noticia del éxito de las tomas de la década de 1950.<sup>300</sup> Apenas seis días después de la toma de la ex-chacra La Feria, unas mil personas provenientes de la población callampa “Salitre”, ubicada en Santiago sur, ocuparon los terrenos de la chacra San Gregorio. Aunque ese mismo día fueron desalojados violentamente por la policía, ese movimiento se convirtió en la base de la población del mismo nombre, fundada y reorganizada por el Gobierno en 1959. Los pobladores de la futura San Gregorio dijeron ese 4 de noviembre de 1957, pocos kilómetros al sur de la naciente La Victoria: “estábamos aburridos de vivir como animales, y a que nos mantuvieran a puras promesas”<sup>301</sup>. En una declaración de la Agrupación Nacional de Pobladores, en que claramente se respaldó la toma de la ex chacra La Feria, de la que de seguro tenían conocimiento previo, y que fue emitida el día 3 de noviembre de 1957, el carácter ejemplar de la ocupación se destaca ante lo que consideran “la grave situación en que se debaten miles de familias de pobladores a través del país” y que se debería “exclusivamente a lenidad de las autoridades encargadas de dar solución a este angustioso problema”. Así, la organización de los pobladores indicó que “En Santiago hay más de doscientas mil familias que han construido sus casas sin ninguna ayuda estatal, en los loteos de las comunas de San Miguel, Conchalí, Quinta Normal,

299 *La Voz de La Victoria* n°5, 7 de noviembre de 1959, 1.

300 Cortés, «El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria», 40.

301 “Siguen el ejemplo de los del Zanjón: Pobladores callampas de La Granja se tomaron sitios de ‘San Gregorio’”, *El Siglo*, Santiago, 4 de noviembre de 1957, 12. Giannotti y Schmeisser, «La invención de la “toma”, o cómo se transformaron las ocupaciones de terrenos en Santiago de Chile entre 1945 y 1957», 147.



etc., lo que demuestra que los trabajadores están en condiciones de edificar sus casas”, agregando que “El ejemplo de los pobladores del Zanjón de la Aguada de permanente insistencia en la solución de su problema, está señalando que sólo la lucha combativa y unitaria nos dará el triunfo, como lo han conquistado ellos, saludamos esta victoria que es el fruto de la organización y combatividad”.<sup>302</sup>

Al resultar su lucha por convertirse en ciudadanos plenos de Santiago, el movimiento que tomó chacra La Feria se constituyó en el hito más conocido y, así, ejemplar de las tomas como práctica radical eficaz en la lucha por la vivienda. Era también un ejemplo de una correcta inversión de la fuerza de masas redescubierta en abril de 1957. A tal punto llegó la identificación entre la lucha por la toma y fundación de La Victoria, que una de sus calles más importantes, las mismas que se llaman como hitos y próceres de la izquierda y las luchas populares, recibe desde su fundación y hasta el presente el nombre de “2 de abril”. Y por esa vía de reconocimiento de prácticas de lucha, fue también y como se ha recalado, un ejemplo a nivel estratégico. Estableció que la conquista de la soberanía sobre la ciudad no tenía que esperar el lento e inseguro avance en el carril de los procesos de democratización institucional que hace décadas estaban en marcha, sino que podía realizarse por la vía de los hechos -en una toma, por ejemplo-; abriendo, de paso, el debate sobre la propiedad<sup>303</sup>. Era una nueva discusión sobre el país en su conjunto: la “idea Chile” se convertía en un territorio a disputar en la lucha de clases. Lo que estaba siendo y podía ser Chile cuando el derecho a la ciudad exigía nada más que, como se dijo, “ser pobre, tener chiquillos, tres palos y una bandera”, era algo a debatir y, entonces, la ideal unidad nacional tal vez ya no era posible. El día 16 de noviembre de 1957, cuando los ocupantes de La Victoria fueron confirmados en los terrenos y el Intendente dio la autorización para el ingreso de elementos de

302 «Organización y unidad: son la base del triunfo de los pobladores», *El Siglo*, 3 de noviembre de 1957, 4.

303 Al respecto y más de fondo, ver Juan Carlos Gómez L., *La frontera de la democracia: el derecho de propiedad en Chile, 1925 – 1973* (Santiago: Lom, 2004).

construcción y similares al Campamento, tal y como lo hicieron en cada paso táctico que tuvieron éxito, celebraron cantando el himno nacional.<sup>304</sup>

\*

La disposición de los partidos de izquierda por asumir la ruptura estratégica expresada en los hechos de abril, se mostró como la aceptación de un mandato de las masas por un salto cualitativo. De ahí el apoyo a la toma y fundación de La Victoria por un abanico importante de organizaciones políticas y de la sociedad civil. Si bien es reconocido en los estudios el apoyo de los comunistas a la ocupación de los terrenos de la ex-chacra La Feria, menos lo ha sido el apoyo de socialistas -con una de sus referencias históricas más relevantes, la familia Palestro- y otros grupos. Destacar aquello no solo reviste un acto de cierta justicia historiográfica, sino que ilumina otros aspectos sobre la relación de la izquierda con los movimientos populares urbanos y que vale la pena destacar en el cierre de este capítulo.

Por mucho que en abril de 1957 el conjunto de la izquierda rechazó públicamente el salvajismo de la protesta popular; tanto en su discusión interna como en la práctica política, asumió que los métodos de acción directa y a veces ilegales habían llegado para quedarse. De esa forma y basados en los hechos de abril y octubre en Santiago como ejemplos, desde entonces apoyó todo tipo de luchas callejeras, ocupaciones y movilizaciones ancladas en el campo proletario, por muy ásperas que fuesen sus formas. Sin abandonar la legalidad y la política electoral, modificaron la estrategia para integrar a los sectores y tácticas más dinámicos del campo popular.

La ciudad crecía a ritmo furioso, a golpes del mercado de la vivienda y a golpes autónomos de las tomas, y sus enormes bolsones proletarios

304 “Confirmados en sus sitios habitantes de La Feria” *El Siglo*, Santiago, 17 de noviembre de 1957, 10.

aprendían de a poco a arreglárselas por las buenas o por las malas, también en la política. Los hechos de Santiago en 1957 marcaron el cambio de tono en la marcha del movimiento popular que imaginaban las izquierda de todo tipo como indicación de “condiciones subjetivas maduras” para la política radical, revolucionaria. Si por arriba el salto electoral de 1958 marcó el inicio de un nuevo ciclo para la larga marcha por las instituciones, la toma y fundación de La Victoria en 1957, autónoma e ilegal, indicó un nuevo nivel de disposición a comportarse como clase y a la ofensiva, un nuevo tiempo para la autogestión de los intereses del campo popular de la ciudad.





**- VII -**  
**EPÍLOGO.**  
**EN EL PRINCIPIO, LA REVUELTA**

Las elecciones presidenciales de 1958 y la campaña de varios meses que la precedió, sirvieron de cuenta del grado de profundidad que había tenido la ruptura política de masas del año 1957. Y aunque la historia del movimiento popular y la historia de la izquierda son carriles separados y muchas veces divergentes; otras veces, como en el período abierto por la revuelta de 1957 y hasta 1973, son coincidentes. La agitación electoral Frapista comenzó con mucha anterioridad a la fecha fijada, el 4 de septiembre de 1958, y se basó en las redes sociales de las organizaciones populares de base con que tenían llegada. Como se vio, ya se había producido un acuerdo entre organizaciones sociales y políticas de izquierda y el campo popular a mediados de 1957, en la Convención Nacional del Pueblo, realizada entre el 15 y el 17 de julio de 1957. En ella resultó electo como candidato del FRAP el socialista Salvador Allende, apoyado principalmente por las bases militantes y de organizaciones sociales, y por sobre la voluntad de las direcciones de los partidos. A cambio de soberanía en sus deliberaciones partidarias, el FRAP obtenía un “baño de masas” y una relegitimación entre las bases del universo proletario de la ciudad y del país. De contrabando y sin reconocerlo, la aceptación y apoyo político que brindaron desde la izquierda partidaria a los métodos ilegales y de acción directa ejercidos por los movimientos sociales en el último año y de ahí en más, también fue parte del acuerdo.

Esta campaña orientada a la nutrición de la base popular de la candidatura de Allende, siguió en 1958 y se intensificó en la medida que se aproximó septiembre. En el primer semestre, los partidos del FRAP realizaron eventos de discusión programática, abiertos a

las bases y que fueron llamados “Jornadas de la Victoria”. Estos se organizaban en cada comuna o distrito electoral, y de preferencia se realizaban en sindicatos o sedes poblacionales. Desde ellos, el FRAP buscó organizar comités de militantes de base de la alianza, los que debían actuar entre sus compañeros de trabajo o vecinos, según correspondía. El peso de las organizaciones sociales populares en estos encuentros, así como su identificación más clasista que ideológica, se notó en sus resoluciones. Por ejemplo, en la Jornada de la Victoria de Santiago Centro, se acordó que “Los dirigentes sindicales allendistas” debían “organizar visitas de candidatos a los sitios de trabajo”, y a estos se les debía entregar “oportunamente [...] una pauta de los problemas que afectan a los trabajadores del respectivo sector o grupo”. Estos “problemas”, en el caso de Santiago centro, decían relación principalmente con la “Defensa de la organización sindical en las reparticiones públicas y semifiscales cuyos sindicatos estaban amenazados de disolución por dictamen de la Contraloría y Ministerio del Trabajo”; y con la articulación de la “Ayuda moral u económica en los conflictos gremiales que se produzcan en la Primera Comuna”.<sup>305</sup> La normalidad del sindicalismo como campaña electoral. Estos comités de base ayudaron a financiar las campañas, crearon “Casas del Pueblo”, que eran especies de clubes y sedes de campaña a la vez. Coordinaron los aportes financieros de base, como el “Día de salario para la Victoria”, la reventa de “toda clase de objeto en desuso” que aportaban los asociados y cercanos, y hasta organizaron eventos de campaña y recreación, como la realización de un “baile al mes”.<sup>306</sup>

En los últimos meses de campaña, la movilización de masas se intensificó. Tres grandes actos se realizaron durante los últimos días de julio y durante agosto de 1958 con los sectores más protagónicos del movimiento popular: uno en el teatro Balmaceda con los empleados fiscales y similares, otro en el Caupolicán con la Asamblea Nacional de Trabajadores (organización ad-hoc del sindicalismo del FRAP) y

305 “Divulgar el programa acordó conferencia de la 1ª comuna”. *El Siglo*, 2 de mayo, 1958, 13.

306 Ídem.

una fiesta de la juventud, también en el Caupolicán. En el primero de estos eventos, Allende fue recibido en el Teatro Balmaceda, el 27 de julio, con un escenario adornado con un gigantesco lienzo rojo que decía “Empleados y Obreros fiscales y Semifiscales con Allende”. El acto había sido organizado por trabajadores de más de una decena de reparticiones públicas que “se presentaron con sus estandartes sindicales”, a pesar de que la izquierda no era mayoría en esos sectores de trabajadores.<sup>307</sup> En cambio, en los dos eventos de campaña que le siguieron y que estaban dirigidos a los grupos populares del universo proletario urbano, se pudo observar la identificación del candidato Allende con la belicosa actitud que habían tomado las organizaciones sociales populares. En el encuentro de la Asamblea Nacional de Trabajadores, coordinadora sindical del FRAP y realizado entre el 1 y el 3 de agosto, Allende realzó la tendencia clasista, de defensa de la movilización frontal y de protagonismo popular de su candidatura y en general de la política de los partidos del FRAP: “Solo el pueblo tiene al pueblo en su mente, y, por lo tanto, únicamente el pueblo puede conquistar su bienestar y sus derechos”, agregando, con una radicalidad poco vista en Allende, que “Chile, América y el mundo entero saben ahora que la fuerza incontenible de los trabajadores y el pueblo hicieron astillas el formulismo legal”, pues “antes que el Congreso, habían derogado en la calle la Ley de Defensa de la Democracia. Con ello, Chile ha vuelto a recuperar la dignidad perdida y sus libertad política”.<sup>308</sup> El 10 de agosto, por último, los jóvenes del FRAP proclamaron a Allende. Este acto fue precedido de importantes eventos en poblaciones como Los Nogales, Juan Antonio Ríos o San Marcos de Conchalí durante la semana previa. La identificación entre campaña electoral y activistas de base hizo que la primera tomase formas de movimiento social. Por ejemplo, en la Población O’Higgins, de la zona sur de Santiago, en esos días de agosto celebraron la Semana de la Juventud Allendista, que combinó la agitación política

307 “‘El gobierno del pueblo y trabajadores dará solución a los problemas de Chile’. Dijo Allende en el Balmaceda ayer a los fiscales y semifiscales”. *El Siglo*, 28 de julio, 1958, 7.

308 “‘Sólo el pueblo tiene al pueblo en su mente’. Dijo ayer Allende”. *El Siglo*, 4 de agosto, 1958, 7.



y electoral con campeonatos de atletismo y pin-pon, y hasta una “velada con baile”.<sup>309</sup>

No es que estos eventos fuesen nuevos o nunca se hubiesen realizado en campañas de izquierda, sino todo lo contrario. Lo interesante y novedoso fue la masividad alcanzada tanto a nivel de las franjas organizadas como en la asistencia a sus convocatorias, así como la densidad política radicalizada de sus discursos e imágenes. Las masas, el exceso del número, la mayoría visible y en la calle, se convertían así en el principal argumento de la campaña de Allende y el FRAP. La movilización de cierre de campaña, del día 1 de septiembre en Santiago lo demostró con creces. El Mercurio, realzando la importancia política de la convocatoria, lo describió así: “La historia de las jornadas cívicas realizadas en nuestro país no registra un acto similar, o siquiera parecido, al de anteaer. [...] La demostración de fuerzas del allendismo se hizo a base de las inmensas legiones de allendistas del Gran Santiago”. Y el conservador periódico lo probaba agregando que: “No había posibilidad ninguna de traer contingentes de manifestantes de otras partes, por la simple y concluyente razón de que en todas las ciudades y pueblos de Chile se hacían actos similares. [...] Habría sido un absurdo”.<sup>310</sup> El argumento de masas era también de relevancia para otros sectores de la ciudadanía. En otra sección de El Mercurio se anunció que la candidatura de Allende realizaría en “barrios y calles” de Santiago una “exposición con fotografías captadas durante el desarrollo del acto último. Esto permitirá a quién quiera ver la autenticidad de los gráficos obtenidos y apreciar la verdadera magnitud del acto allendista”.<sup>311</sup>

Los resultados electorales del día 4 de septiembre de 1958 dejaron a Allende a algo más de 35 mil votos abajo del derechista Alessandri, el ganador de la carrera por la presidencia. La “culpa” de la derrota se le adjudicó, entonces y todavía, al famoso “Cura de Catapilco”, Antonio Raúl Zamorano Herrera, un ex sacerdote franciscano que

309 “En la calle los jóvenes preparan el festival del 10 en el Teatro Caupolicán”. *El Siglo*, 5 de agosto, 1958, 6.

310 *El Mercurio*, 2 de septiembre, 1958, 21.

311 Ídem.

había militado en el PS y cuya candidatura presidencial en 1958 le habría arrebatado una cantidad de votos suficientes a Allende como para que éste hubiese vencido entonces a Alessandri. Además de una frustrada sorpresa electoral allendista, la elección de 1958 dejó varias cosas en claro para los objetivos de este texto. Primero, que la izquierda marxista organizada en el FRAP era mayoritaria en los sectores de trabajadores urbanos, fuerte entre los campesinos y creciente en los grupos medios. En Santiago obtiene el 28% de los votos, perdiendo frente a Alessandri también en la capital, pero solo contando esos votos capitalinos superó cualquier otro resultado en la historia de la izquierda chilena en todo el país.<sup>312</sup> Segundo, que si bien el programa de la izquierda era todavía clasificable como de reformista, su propaganda y contenidos discursivos estaban más radicalizados y amparaban, o eran ambiguos respecto de, las acciones de violencia popular o de acción directa ilegal que estaba comenzando a ensayar importantes sectores del movimiento popular. Esto se debía, sin duda, a la relación política que tenía el FRAP con las organizaciones sociales populares que habían protagonizado los hechos de 1957, y que mostraban una importante tendencia a la radicalización en sus prácticas. La votación obtenida por Allende en 1958 no sólo fue un avance impresionante para la izquierda, sino que un anuncio del estado de ofensiva contra los grupos propietarios y el orden social en que se asumieron buena parte de los mencionados sectores del movimiento popular desde 1957. La crónica del periodista Luis Hernández Parker sobre el resultado de 1958 es la que mejor resume esta situación: “Con el nombre que se le quiera dar, la influencia del allendismo en los medios obreros y campesinos es el suceso más importante en profundidad y repercusión de los comicios del 4 de

312 Allende obtiene mayoría en las provincias mineras del extremo norte y en la zona obrera del gran Concepción y la provincia de Arauco, pierde en las zonas agrarias y por poco en las grandes ciudades del centro del país. De un total de 1.226.122 votos, Allende obtuvo 349.880, Alessandri 385.242, Luis Bossay del PR 189.853, Eduardo Frei M. de la Democracia Cristiana obtuvo 254.477, y Antonio Zamorano 41.572. Cifras de *Political Database of The Americas*, Georgetown University. En línea en: <http://pdba.georgetown.edu/Elecdata/Chile/chile.html> [consultado en septiembre 2019].

septiembre [...] las cifras obtenidas son casi increíbles y configuran, hoy, la mayor preocupación de la Derecha”.<sup>313</sup>

El éxito electoral de 1958 mostró una combinación discursiva de lo que se denominaría durante los años sesenta como las “dos vías” del socialismo al poder, es decir, un camino de acción directa y ruptura institucional y otro institucional y electoral, y que la evidente contradicción entre ambas no era importante, ni real, mientras no se estuviera a la cabeza del Estado, es decir, no lo fue sino hasta 1970. La paulatina pero sostenida radicalización popular de esos años, iniciada con la ruptura estratégica de 1957, más que ser encausada o contenida, fue elevada por la movilización electoral a la categoría de dirección moral y materia prima programática. Se verificó en las urnas que se trataba de un desplazamiento a nivel de masas, cuando las clases populares votaron en una proporción inédita por una alternativa de reforma profunda en las presidenciales de 1958. Aunque la alianza de partidos rojos perdió por muy poco tales comicios, su explosivo crecimiento electoral fue la expresión institucional de una politización popular masiva y que avanzaba sobre ruedas encabritadas. En el principio de la larga y agitada década de 1960, está la revuelta.

\*

Apenas bajó la intensidad de los años 1957 y 1958, la historia narrada y analizada en las páginas anteriores se falseó, primero, y se fragmentó, después, para convertirse así en pasajes estrambóticos de otros procesos, ajenos a la historicidad del universo proletario de Santiago. Como se vio, el proceso comenzó de inmediato. Mientras la izquierda acusó que no podía ser el pueblo el protagonista de los sucesos del 2 de abril, enalteció a la gloria los hechos de octubre, como si sus fechores fuesen personas totalmente diferentes con experiencias inconexas entre sí. Por otra parte, la derecha y buena parte del Gobierno apuntó, como siempre, al obraje de conspiraciones comunistas e

313 Luis Hernández Parker. *Ercilla*, 10 de septiembre, 1958, 10.

infiltraciones del crimen organizado en la revuelta. Comenzó así una descomposición de la historia de 1957 en fragmentos que componían la narrativa histórica de partidos o instituciones, también de la nación. En cambio, la historia de la insurrección, la ilegalidad, la acción directa y la violencia, como parte de una historia política parcial del universo proletario de la ciudad, distinta aunque a veces coincidente, con la historia imaginada de la izquierda y el movimiento popular, volvía a ser un imposible.

En esa disección y recomposición histórica de los hechos de 1957, la izquierda y las organizaciones del campo popular también colaboraron. Probablemente, porque la narrativa propuesta calzaba con las estrategias políticas a las que adherían. El 2 de abril de 1959 fue el primer aniversario de los hechos de ese año que se conmemoraba con la derecha en el poder, y tanto las organizaciones del FRAP como aquellas del movimiento obrero decidieron convertirla en un día de protesta contra una línea política liberal y de ajuste que pasó a ser denominada como “el gobierno de los gerentes”. Se realizó una semana de actividades, desde el día 31 de marzo, y que contó con decenas de actos en los barrios obreros de Santiago. El tono de la convocatoria no dejaba lugar a dudas sobre la relación entre protesta y memoria, también de la transformación en el recuerdo de víctimas de la represión, las que pasaron en esos años de ser tildados de lumpen o provocadores, a héroes. Así, se llamaba a: “expresar la protesta de los trabajadores y sectores progresistas de Santiago contra el proyecto del hambre [...] contra las alzas y Facultades Extraordinarias; por la solución de los numerosos conflictos del trabajo pendiente; por la defensa del patrimonio nacional y de los intereses de los asalariados”; pero, también, “para rendir homenaje a las víctimas que cayeron inmoladas bajo la metralla en las luchas del 2 de abril de 1957”.<sup>314</sup>

La imagen del 2 de abril de 1957 se proyectó en 1959, contra Alessandri, los gerentes y su política de ajuste. Si los partidos marxistas se desmarcaron en sus vocerías nacionales de los disturbios de 1957, dos

314 “Ocho actos habrá el martes en la preparación de mitín. 2 de abril”. *El Siglo*, 28 de marzo, 1959, 3.

años más tardes los asumían como propios. Los comunistas, a través de un editorial de *El Siglo* en abril de 1959, recordaron la revuelta de 1957 como: “[...] aquella jornada heroica con que hace dos años la juventud chilena y los asalariados resistieron la política hambreadora y represiva del Gobierno de Ibáñez, política que está siendo continuada por la administración actual”. Los saqueos, incendios y destrucción se olvidaron, y las clases populares en revuelta se reducían al recuerdo políticamente útil de cuando: “las calles de la capital se tiñeron de rojo con la sangre derramada por un pueblo que no hacía otra cosa que exigir un cambio en la política de carácter económico que nos estaba imponiendo, como ahora, el Departamento de Estado norteamericano”.<sup>315</sup> Mismo tono tomó la revista *Vistazo*, de identificación popular y de circulación obrera, cuando dio su cuenta de la revuelta en 1959: “Esta semana se cumplen dos años del 2 de abril [...] El gobierno inició la conmemoración la semana pasada. La inició con apaleos a los estudiantes nocturnos. Esta vez los estudiantes desfilaban porque la ETCE y los dueños de micros no les quieren dar pases”. Y agregaban en tono severo la advertencia de que los hechos del 2 de abril eran algo indeseable: “Las alzas otra vez amenazan a toda la República, pero los chilenos son más de 7 millones de habitantes y la mayoría ya había nacido hace dos años. Dos años son muy poco tiempo. Y el 2 de abril no se olvida fácilmente. Si lo recordamos en estos días es porque queremos que no se repita nunca más”.<sup>316</sup>

Las fuentes relativas a las distintas conmemoraciones del 2 de abril de 1957 ocurridas en los años posteriores dejan en claro que su memoria fue sostenida por las franjas organizadas del movimiento popular, pero con los ya mencionados reparos idealizantes. La violencia de la revuelta se presentó como resistencia, protagonizada por el pueblo en su totalidad, elevándolas a un sitio de hecho virtuoso y heroico, pero al final, “lamentable”. Cuando en mayo de 1968 la diputada socialista Carmen Lazo se sumó a una marcha de profesores desde el Teatro

315 “Único camino: la lucha de masas”. *El Siglo*, 29 de marzo, 1959, 11.

316 *Vistazo*, n°341, 31 de marzo, 1959, 3.

Caupolicán hacia el local de la FEDECh ubicado cerca de la Plaza de Armas, fue agredida “a palos” por civiles “extraños al movimiento”. Entonces, Lazo dijo a la prensa que con esos métodos “se intentaba repetir el 2 y 3 de abril de 1957”<sup>317</sup>.

Pero en las prácticas políticas de las clases populares, dicha disección y recomposición de la memoria no era posible. Una y otra vez, la población La Victoria debió ser defendida con los métodos toscos de abril de 1957. De la misma forma, las tomas de terrenos en los quince años siguientes tuvieron siempre un componente de lucha callejera y desafío violento a la policía y la autoridad. Las formas de la revuelta de abril, con saqueos, incendios y desafección proletaria a los caminos institucionales, inéditas entonces, se fueron haciendo cada vez más habituales en la historia de Santiago. Y esto ocurría tanto en las luchas populares, como también en otros momentos que se asumía la norma suspendida, como en los terremotos.

Combatían así la ilusión, ridícula pero persistente y muchas veces aparentemente victoriosa, de que los grupos sociales subalternos no recuerdan, y así tampoco tejen historia propia, parcial. La ilusión elitaria según la cual “los otros”, el campo popular, olvidará por igual tanto los agravios odiosos como las experiencias valiosas, y también las tácticas y tecnologías desarrolladas y las explicaciones políticas elaboradas en la intensidad de los días de lucha. Más todavía, ponen toda su fe en que en los barrios atestados de pobres, no sacarán, a la luz de sus propias velas y sabidurías, conclusiones políticas sobre su situación y los caminos posibles por mejorarla. Y que, finalmente, aceptarán sin roces ni evasivas, la disección normativa de experiencias -abril malo, octubre bueno, en el caso de 1957- que construyen los liderazgos elitarios y que les ofrecen como su memoria correcta.

La experiencia traducida en conocimiento y aprendizaje sobre los métodos ilegales y a veces violentos, tenía una historia, aunque entrelazada con la “gran historia”, también diferente. Si el universo proletario fue una existencia real y explícita en sus protagonistas, lo

317 Gabriel Salazar, *La violencia...*, 243 y 244. Ver también, 295 y 296.

fue con una cultura propia, cuya historicidad se nutrió de hechos de autonomía, victorias, represión y muerte, como lo fue la revuelta; experiencias fundamentales en la composición de clase. Algunos días después de participar en el acto del 2 de abril de 1959, los obreros municipales realizaron un evento en el Teatro Sicchel, en Santiago, en conmemoración de los cinco obreros municipales “que cayeron en la masacre ocurrida el 27 de abril de 1934 en el local [de la FOCh] de San Francisco 608”.<sup>318</sup> Habían pasado veintiséis años y no olvidaban. Por el contrario, evocar a unos desconocidos muertos de un día que no era feriado, recitar sus nombres y elevarlos a héroes centrales del panteón, los unificaba como gremio y los hilvanaba en una historia más larga que la vida de cualquiera de los ahí reunidos. Al igual que como ocurre con la memoria de otros muertos, de otros hechos, su evocación por un colectivo reunido en su nombre constituye algo grande, convoca una temporalidad distinta, parcial, de clase. La unidad histórica de revuelta y toma de terrenos que se contiene en el año 1957, se comprende mejor en ese tipo de historias del universo proletario de Santiago.

318 “8 concentraciones previas del primero de mayo habrá mañana”. *El Siglo*, 25 de abril, 1959, 5.







## CONCLUSIONES

Los cambios lentos y las precipitaciones explosivas ocurridos entre las clases populares y que encuentran hito de paso en 1957, han sido descritos en detalle en las páginas anteriores. Sin ánimo de redundancia, sino de insistir en afirmaciones, se proponen a continuación algunas conclusiones, y que en su conjunto plantean el argumento general del texto.

En primer término, está que entre las causas de la “batalla de Santiago” de 1957, así como en otros casos de revueltas populares en otros tiempos y regiones, está la asfixia o destrucción de las vías institucionales de procesar el malestar social. Ante una crisis económica como la que ocurría desde mediados de la década de 1950, con despidos, cierres de fábricas y faenas, y con los salarios a la baja o contenidos, mientras los bienes y servicios iban al alza; el Gobierno sostuvo la legislación anticomunista como base de una política represiva de todo el arco sindical y reivindicativo, para sostener el ajuste. De esta forma, y como se vio en el caso de las desesperadas luchas en las salitreras de 1956, pero también de la represión e indiferencia ante las protestas de enero y febrero de 1957 en Santiago, a los grupos proletarios les quedaba poco margen más que la explosión masiva y violenta. Respecto de las movilizaciones sociales contra las alzas en el verano de 1957, es posible indicar que funcionaron a modo de proceso de ascenso de las protestas hacia un estadio de revuelta. Como tal, se identifican muchos de los elementos que componen una revuelta, en un desarrollo acelerado en esos meses. Así ocurre con la politización popular en clave propia, orbitando en torno al interés directo, de clase, y que fue creciendo hacia fines de 1956, más allá de los organizados y militantes. Se dibujaron así mismo los límites sociales de los bandos en el imaginario de la revuelta. Por un lado, el Gobierno, el Estado

de la Ley Maldita y las clases demasiado ricas para ser afectadas por las alzas; por el otro, la diversidad enorme del universo proletario, unificada por el común agravio de las alzas, la reducción de salarios, la cesantía, en fin, por el empobrecimiento. La unidad social que generaban las alzas entre las clases asalariadas, produjo un bando en lucha, la forma más masiva y total de lo que acá hemos denominado como “universo proletario”; y cuya composición es fundamental para que se produzca la revuelta. Por último, los momentos que propalan los saltos cualitativos de la protesta a la revuelta, como cuando la violencia estatal deja de tener efecto represivo y pasa a tener efecto agitativo o radicalizador de las movilizaciones o cuando en los disturbios se involucran los grupos medios ya sin miedo a la represión; se fueron dando paulatinamente desde enero, con la primera víctima mortal en febrero, y finalmente y con explosiva fuerza en los días finales de marzo.

Esta investigación intentó mantener en todo momento una perspectiva situada en la parcial historia del universo proletario de la ciudad. Aquello implica intentar comprender los hechos y procesos como le ocurrieron a esas personas, y según sus lógicas, historicidad y prioridades. También es una situación específica de cómo y qué buscar en las fuentes. Así, la abstracción llamada universo proletario, pudo explicarse en el análisis de la figura de Manuel Rojas Llantén, una de sus realizaciones. Como se vio, era un sujeto cuya práctica desbordaba los compartimentos estancos de identidades con que se suele analizar al movimiento popular. Rojas Llantén era un sujeto excepcional en su normalidad: era un obrero y dirigente intermedio, pero que protagonizó hechos y momentos únicos. Por lo mismo permite ilustrar la subjetividad popular diversa que protagonizó los hechos de 1957. También, y sin embargo lo anterior, permite explicar la forma real en que se produjeron los nodos que articularon a dicha diversidad del universo proletario en un bando de clase durante la revuelta.

Es posible también concluir algunas cosas respecto de la revuelta misma. Los hechos de fines de marzo e inicios de abril de 1957 en

Santiago, y también en Valparaíso y Concepción, ocurrieron como precipitación de un resentimiento ante el agravio de las alzas, que develaban en su fondo percepciones más asentadas de desigualdad social. Eso resulta evidente en toda la línea de frente del bando en revuelta, en las consignas y explicaciones sobre los hechos que dieron sus protagonistas, de los más moderados a los más exaltados. También se devela en la agudización de la ira que generó, sobre la ya radicalizada multitud, la experiencia de represión violenta y desatada al nivel de la banalidad, por parte de Carabineros. De todas formas, si bien es posible explicar la revuelta y sus formas más salvajes, la dificultad se presenta a la hora de explicar su oportunidad. A pesar del enorme acervo de investigaciones sobre revueltas y hechos similares, no se logra explicar por qué las revueltas ocurren en determinados momentos y no en otros. En la medida que las revueltas no son ni planificadas ni tampoco resultan de meras reacciones contra la injusticia, sino que implican complejas dinámicas e interrelaciones de presiones desde arriba y reactivación de memorias y bandos de clase por abajo, sigue siendo un misterio comprender la razón de por qué específicamente fue a fines de marzo que se desató la revuelta.

Luego de la represión y extinción de la revuelta de abril, con el consabido reguero de muertos y destrucción, la gestión del Gobierno no tuvo tono conciliador. Al revés, asumió con soberbia la situación y dio seguridad a los patrones, quienes la entendieron como un momento para la contraofensiva sobre sindicatos y otros grupos reivindicativos. Reasumiendo su política alcista, volvió a desoír a los sindicatos y partidos que reclamaron revisar y detener sus iniciativas. Por la base, mientras tanto, se resistía a duras penas la pandemia de influenza que azotó Santiago a inicios del segundo semestre de 1957, la misma que dejó miles de muertos entre las clases más pobres de la ciudad. En ese camino, la rabia fue procesada por algunas franjas organizadas del universo proletario de la ciudad, y políticamente se pensó en la traducción de la potencia de abril en hechos concretos, específicamente en lo relativo a la crisis de la vivienda.

De la frustración de la revuelta se fue pensando en la irrupción de la toma y la conquista autónoma del derecho a la vivienda, que se realizó en octubre, con la ocupación de la ex-chacra La Feria. La Victoria, así, significó la salida estratégica a la irrupción táctica, de urgencia, que fue la revuelta. Si la ruptura de abril fue un impasse de masas para el Estado, para importantes franjas del campo popular, fue un aviso de la potencia que yacía en sus bases. Así, la toma de terrenos de octubre de 1957 significó la elaboración de medios más avanzados para los mismos objetivos que se reclamaron en abril. La toma y fundación de la población La Victoria, entonces, puede entenderse como realización práctica de los motivos de la revuelta.

\*

La ruptura estratégica y el ascenso de la radicalización práctica de las organizaciones del universo proletario de Santiago y el país, en la década de los años sesenta, se nutrió de esta memoria inmediata y a la vez permanente de la represión, paralela y subterránea a la historia nacional. Pero los hechos de 1957 modificaron el tiempo estratégico no solo de la izquierda y el movimiento popular del período, sino que más allá, alteraron el carácter histórico de la ciudad. Son hechos basales de un proceso que fundó una tradición y una cultura de rebelión urbana en Santiago, marcada por dos de sus prácticas más relevantes y constitutivas: la toma y la revuelta.

Y así, a pesar de las diferencias geográficas entre los hechos de 1957 y los de 2019 que fueron mencionadas al inicio de este libro, la memoria histórica de la revuelta afloró con rapidez. Cuando no habían pasado ni 24 horas desde la explosión de protesta y violencia popular del viernes 18 de octubre de 2019 en Santiago, el importante diario capitalino La Tercera publicó una nota asociando los hechos a la historicidad de dos revueltas del siglo XX: 1949 y, por supuesto, los hechos de abril de 1957, a los que recordó por el nombre que le dio el General Gamboa:

“La batalla de Santiago”.<sup>319</sup> La misma comparación siguió ocurriendo en los días, semanas y meses siguientes. Por la prensa, historiadores de todo signo hacían notar los evidentes parecidos de 2019 con 1957: el origen de una revuelta en el alza de pasajes, la furia contra los vehículos y estaciones del transporte público, los saqueos e incendios, el protagonismo proletario, etc.<sup>320</sup> Además y al igual que en 1957, en 2019 la política conjuró el demonio de la revuelta popular practicando autos de fe en su contra y criminalizando a sus protagonistas.<sup>321</sup> Lamentablemente, a diferencia de 1957, tras los hechos de 2019 no hubo amnistías. Recién tres años después, en diciembre de 2023, el Gobierno otorgó un puñado de indultos.

Desde la década de 1950 al presente, la revuelta y la toma no han salido del repertorio práctico y estratégico del universo proletario de Santiago, compartiendo comunidad con formas globales de resistencia y lucha. Como en pocos lugares, en Santiago el mapa urbano exhibe importantes y extensas partes que han sido construidas autónomamente y por la vía de la toma, estando hoy integradas a la ciudad normalizada y reconocida. Esa memoria de la refundación autónoma de la capital chilena, combinada al tradicional revoltismo de las urbes latinoamericanas, nos habla de una población compuesta en una historia belicosa. En el fondo, la historia de Santiago muestra en todos sus períodos un proletariado complicado en una metrópolis

319 R.R., «La revolución de la chaucha y la batalla de Santiago, los precedentes históricos de las protestas por alza de tarifas en el transporte», *La Tercera*, 19 de octubre de 2019, <https://www.latercera.com/nacional/noticia/866495/866495/>.

320 Entre los primeros en aparecer, destacan: «Entre la perplejidad y la rabia: el contrapunto de los historiadores Julio Pinto y Alejandro San Francisco por explicar los estallidos en Chile», *El Mostrador*, 22 de octubre de 2019, <https://www.elmostrador.cl/cultura/2019/10/22/entre-la-perplejidad-y-la-rabia-el-contrapunto-de-los-historiadores-julio-pinto-y-alejandro-san-francisco-por-explicar-los-estallidos-en-chile/>; y, Jorge Magasich, «2 de abril de 1957: un episodio de la historia que conviene recordar», *Diario y Radio Universidad de Chile*, 24 de octubre de 2019, <https://radio.uchile.cl/2019/10/24/2-de-abril-de-1957-un-episodio-de-la-historia-que-conviene-recordar/>.

321 «Cámara aprueba con amplia mayoría proyecto “antisaqueos y antibarricadas” y ahora pasa al Senado», *Emol.com*, 4 de diciembre de 2019, <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2019/12/04/969321/Camara-aprueba-antisaqueos-antibarricadas.html>.

a ratos ingobernable. La ciudad blanca y patricia, el viejo Santiago, nunca ha estado en calma. Cuando creyó superada por fin la amenaza multicentenario de una invasión mapuche desde el sur; entonces en el siglo XX y dentro de sus muros empezó una invasión proletaria de la ciudad que hizo permanente la amenaza sobre las clases propietarias que habitan la capital. Los hechos de 1957, la salvaje violencia, rabiosa y no homicida, de marzo y abril, así como la autonomía pacífica, rebelde y creativa de octubre, componen esa historia y son rasgos fuertes en el carácter social popular de Santiago. Su tradición silente pero cuidada, es también de trazos rojos con olor a caucho quemado.

Santiago, marzo 2023







## BIBLIOGRAFÍA

### Artículos

Chowell, Gerardo, Lone Simonsen, Rodrigo Fuentes, Jose Flores, Mark A. Miller, y Cécile Viboud. «Severe mortality impact of the 1957 influenza pandemic in Chile». *Influenza and Other Respiratory Viruses* 11, n.o 3 (mayo de 2017): 230-39. <https://doi.org/10.1111/irv.12439>.

Correa Sutil, Sofía. «Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile (1955-1958)». *Opciones : Revista del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea*, 1986.

Cortés, Alexis. «El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad». *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales* 40, n.o 119 (2 de enero de 2014). <http://www.eure.cl/index.php/eure/article/view/366>.

———. «Los Touraine Boys y el movimiento social imposible de pobladores». *Revista Mexicana de Sociología* 84, n.o 2 (30 de marzo de 2022): 476-506. <https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2022.2.60285>.

Fernández Abara, Joaquín, y Margarita Goldflam Leiva. «Hacia la constitución de una economía de mercados jerárquicos: Modernización capitalista y tradicionalismo social en los industriales chilenos (1952-1958)». *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, n.o 32 (1 de diciembre de 2016). <http://journals.openedition.org/alhim/5550>.

Giannotti, Emanuel, y Boris Cofré Schmeisser. «La invención de la “toma”, o cómo se transformaron las ocupaciones de terrenos en Santiago de Chile entre 1945 y 1957». *Historia*, n.o 54 (2021): 107-50.

Loyola, Manuel. «“Los destructores del Partido”: notas sobre el

reinosismo en el Partido Comunista de Chile, 1948-1950». En *El siglo de los comunistas chilenos 1912 - 2012*, editado por Olga Ulianova, Manuel Loyola Tapia, y Rolando Álvarez Vallejos, 241-79. Historia. Santiago: Ariadna Ediciones, 2017. <http://books.openedition.org/ariadnaediciones/135>.

Patel, Raj, y Philip McMichael. «A Political Economy of the Food Riot». *Review (Fernand Braudel Center)* 32, n.o 1 (2009): 9-35.

Ristori, Conrado, Horacio Boccoardo, y José Manuel Borgoño. «La Epidemia de Influenza Asiática En Chile y Su Repercusión En La Mortalidad». *Boletín de La Oficina Sanitaria Panamericana (OSP)*;49(2), Ago. 1960, s.d. <https://iris.paho.org/handle/10665.2/12420>.

Rojas Flores, Jorge. «La lucha por la vivienda en tiempos de González Videla: Las experiencias de las poblaciones Los Nogales, Lo Zañartu y Luis Emilio Recabarren en Santiago de Chile, 1946-1947». *Izquierdas*, n.o 39 (febrero de 2018): 1-33. <https://doi.org/10.4067/S0718-50492018000200001>.

Rosenfeld, Michael J. «Celebration, Politics, Selective Looting and Riots: A Micro Level Study of the Bulls Riot of 1992 in Chicago». *Social Problems* 44, n.o 4 (1997): 483-502. <https://doi.org/10.2307/3097219>.

Rossemblatt, Karin. «Por un hogar bien constituido : el Estado y su política familiar en los Frentes Populares». En *Disciplina y descató: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX*, 181-222. Santiago de Chile: SUR / CEDEM, 1995.

Rossemblit, Jaime, y Jaime Nazer. «Electores, sufragio y democracia en Chile». *Mapocho* 48 (2000): 215-29.

Salgado, Alfonso. «La Familia de Ramona Parra en la Plaza Bulnes: Una Aproximación de Género a la Militancia Política, la Protesta Social y la Violencia Estatal en el Chile del Siglo Veinte». *Izquierdas* 18 (1 de abril de 2014): 128-45.

Stillerman, Joel. «El 'día-D' en Madeco: La huelga de 1960: sus causas, consecuencias y significados». *Crisol*, n.o 5 (octubre de 1994): 18-34.

Thielemann H., Luis. «La rudeza pagana: sobre la radicalización del movimiento obrero en los largos sesenta. Chile, 1957 - 1970.»

Izquierdas 44 (junio de 2018): 114-33.

Thompson, E. P. «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century». *Past & Present*, n.o 50 (1971): 76-136.

Valenzuela, Guillermo, Abraham Horwitz, Conrado Ristori, Horacio Boccardo, José Manuel Borgoño, y Víctor Bertín. «Aspectos epidemiológicos y medidas de control de la epidemia de influenza en la ciudad de Santiago de Chile». *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana (OSP)* 44 (4) (abril de 1958): 316-29.

Viboud, Cécile, Lone Simonsen, Rodrigo Fuentes, Jose Flores, Mark A. Miller, y Gerardo Chowell. «Global Mortality Impact of the 1957–1959 Influenza Pandemic». *The Journal of Infectious Diseases* 213, n.o 5 (1 de marzo de 2016): 738-45. <https://doi.org/10.1093/infdis/jiv534>.

## **Libros**

Álvarez V., Marco. *La ruta rebelde: historia de la izquierda revolucionaria*. Concepción: Escaparate, 2014.

Angell, Alan. *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. México: Ediciones Era, 1974.

Avello, David Jesús, et. al. *Constructores de ciudad : nueve historias del Primer Concurso "Historia de las Poblaciones"*. Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1989.

Bravo Vargas, Viviana, y Claudio Pérez Silva, eds. *Huelgas, Marchas Y Revueltas. Historias De La Protesta Popular En Chile 1870-2019*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2022.

Castillo, Simón. «La toma de la Victoria y el problema habitacional a través del diario La Nación. Agenda estatal y movimiento de pobladores en Santiago, 1957». *Tiempo Histórico*, n.o 21 (diciembre de 2020): 101-22.

Clover, Joshua. *Riot. Strike. Riot the new era of uprisings*. London - New York: Verso, 2019.

Couyoumdjian, Juan Pablo, Adolfo Ibáñez, Sebastián Edwards,

- Cristián Garay Vera, Rolf Lüders, Cristián Larroulet Vignau, et al. Reformas económicas e instituciones políticas: la experiencia de la misión Klein-Saks en Chile. Santiago de Chile: Universidad del Desarrollo, 2011.
- Dell'Umbria, Alèssi. ¿Chusma?: a propósito de la quiebra del vínculo social, el final de la integración y la revuelta del otoño de 2005 en Francia. Logroño: Pepitas de Calabaza, 2006.
- Eiden-offe, Patrick. La poesía de la clase: anticapitalismo romántico e invención del proletariado. Pamplona: Katakarak, 2021.
- Espinoza, Vicente. Para una historia de los pobres de la ciudad. Santiago de Chile: Ediciones Sur, 1988. <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=249>.
- Federici, Silvia. El patriarcado del salario: críticas feministas al marxismo. Traficantes de Sueños, 2018.
- Flores, Jorge Rojas, Alfonso Murúa Olgúin, y Gonzalo Rojas Flores. La historia de los obreros de la construcción. Santiago de Chile: Programa de Economía de Trabajo, 1993.
- Gamboa, Horacio. En la ruta del 2 de abril. Santiago, 1962.
- Garcés, Mario. Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970. Santiago, Chile: LOM Ediciones, 2013.
- Ginwala, Natasha, Gal Kirn, y Niloufar Tajeri, eds. Nights of the Dispossessed: Riots Unbound. New York: Columbia Books on Architecture and the City, 2021.
- Guha, Ranajit. Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India. Durham, NC: Duke UP, 1999.
- Jesi, Furio. Spartakus: simbología de la revuelta. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2014.
- Lemuñir, Juan Luis. Nuestra Victoria. A 60 años de la toma de terrenos de la población La Victoria. Relatos de un poblador. Santiago de Chile: Cinco Ases, 1992.
- Lira, Elizabeth, y Brian Loveman. Poder judicial y conflictos políticos (Chile: 1925 - 1958). Santiago de Chile: LOM, 2014.
- Loyola, Manuel. «Los pobladores de Santiago; 1952-1964 : su fase de

incorporación a la vida nacional». Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1989.

Marín, Juan Carlos. *Las tomas, 1970/72: estudio sobre las ocupaciones rurales en Chile*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales, 1973.

Mayer, Arno J., y Víctor Lucea Ayala. *Las Furias: violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.

Meiksins-Wood, Ellen. *Democracy against Capitalism. Renewing Historical Materialism*. Cambridge, MA: Cambridge University Press, 1995.

Milos, Pedro. *Historia y memoria: 2 de abril de 1957*. Santiago de Chile: LOM / Universidad Alberto Hurtado, 2007.

Miranda, Nicolás. *Contribución para una historia del trotskismo chileno (1929-1964)*. Santiago de Chile: Clase contra Clase, 2000.

Olin Wright, Erik, ed. *Modelos de análisis de clases*. Valencia: Tirant Humanidades, 2015.

Pozo Mayorga, Cristián. «Orientaciones del Movimiento obrero en Chile. Unidad sindical, antagonismo y reflujo (1952 – 1957)». *Maestría en Estudios Públicos y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México*, 2013.

Reyes, Nora. «Salarios durante la Industrialización en Chile (1927/1928-1973)». *Tesis Doctoral en Historia Económica, Universitat de Barcelona*, 2017.

Rodríguez Weber, Javier E. *Desarrollo y desigualdad en Chile (1850-2009): historia de su economía política*. Santiago de Chile: LOM Ediciones - Centro de Investigaciones Diego Barros Arana - Biblioteca Nacional de Chile, 2018.

Rossemblatt, Karin. *Gendered Compromises. Political Cultures and the State in Chile, 1920-1950*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2000.

Rudé, George. *Revuelta popular y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica, 1981.

Salazar Vergara, Gabriel. La violencia política popular en las «Grandes Alamedas»: la violencia en Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico-popular). Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2006.

Santibáñez Rebolledo, Camilo, y Luis Thielemann H., eds. Revueltas. Disturbios y lucha de clases en la metrópolis [Chile, siglos XX-XXI]. Santiago de Chile: América en Movimiento, 2021.

Serulnikov, Sergio, y Gabriel Di Meglio, eds. La larga Historia de los Saqueos en la Argentina de la Independencia a Nuestros Días. Buenos Aires: Siglo XXI, 2017.

Stallings, Barbara B. Class Conflict and Economic Development in Chile: 1958-1973. Stanford, California: Stanford University Press, 1978.

Tenenti, Alberto. De las revueltas a las revoluciones. Barcelona: Crítica, 1999.

Traugott, Mark. Protesta social: repertorios y ciclos de la acción colectiva. Barcelona: Hacer, 2002.

Traverso, Enzo. Revolución. Una historia intelectual. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2022.

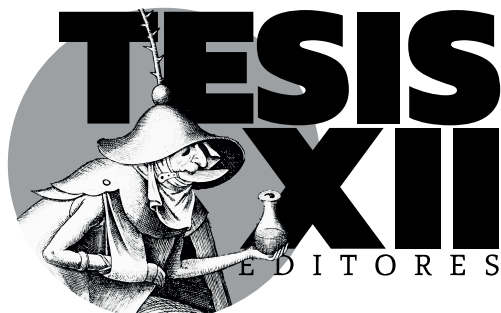
Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica. Pisagua 1948. Anticomunismo y militarización política en Chile. Santiago de Chile: LOM, 2021.

———. Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1938). Santiago de Chile: LOM, 2018.










La clase que lucha, que está sometida, es el sujeto mismo del conocimiento histórico. En Marx aparece como la última que ha sido esclavizada, como la clase vengadora que lleva hasta el final la obra de liberación en nombre de generaciones vencidas. Esta consciencia, que por breve tiempo cobra otra vez vigencia en el espartaquismo, le ha resultado desde siempre chabacana a la socialdemocracia. En el curso de tres decenios ha conseguido apagar casi el nombre de un Blanqui cuyo timbre de bronce había conmovido al siglo precedente. Se ha complacido en cambio en asignar a la clase obrera el papel de redentora de generaciones futuras. Con ello ha cortado los nervios de su fuerza mejor. La clase desaprendió en esta escuela tanto el odio como la voluntad de sacrificio. Puesto que ambos se alimentan de la imagen de los antecesores esclavizados y no del ideal de los descendientes liberados.

Walter Benjamin - *Sobre el concepto de Historia* (XII)





En abril de 1957 se produjo una revuelta social de magnitudes inéditas en la historia de Chile. La proporción de la población involucrada fue inmensa, y partes importantes de la ciudad se vieron por horas y hasta días, fuera de control del Estado. El alba del Santiago metropolitano se iluminó con barricadas en llamas, que no eran sino las señales de la lucha callejera, los saqueos, incendios, y finalmente los fogonazos de las carabinas, fusiles y ametralladoras de policías y militares. Seis meses después, en la zona sur de la ciudad, donde Santiago paulatinamente se iba disolviendo más allá del Zanjón de La Aguada, miles de familias pobres sin casa, ocuparon y se tomaron la ex-chacra La Feria, y desde ahí fundaron la actual población La Victoria. Ambos hechos son precipitaciones de procesos complejos de radicalización y politización popular. En conjunto, los hechos del año 1957 conforman un hito de ruptura y salto estratégico en la composición histórica del universo proletario de Santiago.

TESIS  
XVII

Ariadna  
ediciones



9 789566 095835